

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

“Artículos”

p. 389-584

Juan A. Ortega y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 5. Historiografía y teoría de la historia*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2018

572 p.

Figuras

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-0615-6 (volumen 5)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/697/historiografia\\_teoría.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/697/historiografia_teoría.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

# ARTÍCULOS





## La verdad y las verdades en la historia

391

Voy a dividir la plática que nos ha reunido en este recinto del Instituto de Investigaciones Históricas en tres secciones o partes:

En la primera abordaré el problema –reflejado en el título– que se refiere a la doctrina de la verdad y a las verdades en la historia; en la segunda discurriré sobre el circunstancialismo y perspectivismo histórico, o sea, la historia como vida; y en la tercera analizaré, muy brevemente, el contenido de algunas de mis investigaciones históricas y me referiré a la manera como surgieron, a qué método utilicé y cuál es el mensaje que contiene.

Comenzaré, por consiguiente, definiendo ese acontecer que llamamos, sin mayores trámites, historia; empero es bien sabida la dificultad que entraña cualquier definición y más si se trata de definir una ciencia como la histórica, tan difícil de aprender y de enseñar, según apuntaba Ortega y Gasset. Me limitaré, por lo mismo, a subrayar el papel de esta ciencia ideográfica, interesada en conocer al hombre, meditando en lo que éste hizo ayer y en lo que continúa haciendo hasta el día de hoy. El hombre, ente genérico, ha hecho cosas: cosas no siempre racionales, pues la sinrazón e inclusive la racional irracionalidad han movido el acontecer, como en su tiempo vieron con claridad un Voltaire o un Hegel, cuando se referían a los crímenes de la historia, y como también hoy podemos comprobar con sólo reparar en cualquier

punto del globo terráqueo, en donde los conflictos humanos constituyen la tónica general.

La historia se ocupa de lo que fue y ya no es, y las verdades que ella maneja están condicionadas por las circunstancias históricas que les han dado origen, y por el punto de vista o perspectiva del historiador que las analiza. Circunstancialismo y perspectivismo que ponen en duda la validez de la “Verdad”; es decir, que para afirmar esta validez, hay que negar la historia, que es relativización, condicionamiento. La verdad concreta (que escribimos con minúscula) se nos presenta condicionada históricamente pero, por otro lado, la Verdad (con mayúscula) rechaza cualquier forma de condición.

Si nos referimos a la primera, la verdad con minúscula, ésta se halla condicionada internamente por la historia de la misma historia y externamente por la situación social, religiosa, política, económica, etcétera. La verdad de hoy –lo mismo que la de mañana– parece condenada a correr la misma suerte que la de ayer: ser desalojada por una nueva verdad. Los científicos actuales tienen plena conciencia de ello y lo declaran expresamente. Por ejemplo, A. Einstein y L. Infeld, en su obra *La física, aventura del pensamiento* (Buenos Aires, Losada, 1945), afirman: “En nuestro gran libro de misterios no existen problemas total y definitivamente resueltos [...]” (p. 49), “la ciencia no es, ni será jamás, un libro terminado. Todo avance importante trae nuevas cuestiones. Todo progreso real revela, a la larga, nuevas y más hondas dificultades” (p. 350-351). Éstos son hechos y no mera teoría, y sólo pueden negarlos quienes padezcan de ceguera.

Desde el punto de vista empírico no menos que desde el historicista, puede observarse que la gente reverencia, sin entenderlos, muchos sustantivos abstractos, cuando de lo que se trata es de la sublimación de situaciones o entes concretos. Así, por ejemplo, el patriotismo de algunos los ha inducido a hipostasiar en un mundo celeste sustantivos abstractos que encarnarían la “esencia” de su nacionalidad y que quedan así a salvo de los vaivenes de la vida y de las altas y bajas de la historia. Se habla, pongamos por caso, de la hispanidad o la mexicanidad o la peruanidad como aspectos ajenos a los españoles, mexicanos o peruanos de carne, hueso y espíritu. Proyectamos estos términos a un mundo celestial en donde se resisten a todo cambio y pretenden tener la misma esencia que el concepto de “triangularidad”, que no admite la pérdida de un ángulo o la incorporación de un cuarto ángulo, porque los triángulos tienen una naturaleza semejante a la propia triangularidad, esto es, no pueden

cambiar sus notas específicas. En cambio los españoles, mexicanos y peruanos pueden cambiar sus características específicas y, en verdad, están cambiándolas en este momento y seguirán haciéndolo por el resto de la historia. Porque son hombres y en cuanto tales, ellos y todo lo que hacen está sumergido en la historia, llevan la temporalidad en las entrañas.

La Verdad (con mayúscula) es la cristalización de las verdades particulares surgidas de la experiencia humana a través de la historia. Los tres entes abstractos citados, así como otros muchos que podríamos añadir, son conceptos forjados a partir de verdades concretas. Al olvidar luego su origen se ha pretendido cortar las amarras que las unía a la realidad, en la creencia de que tales ligaduras eran impedimentos y no el sostén mismo de su existencia.

Las verdades, insistimos en este punto, existen en un momento histórico determinado. Que una doctrina sea verdadera quiere decir que soluciona los problemas o las cuestiones que en ese momento se plantean. Nuevos descubrimientos o nuevas situaciones humanas acarrearán inmediatamente nuevos problemas. La doctrina que era verdadera cederá su puesto a otra que sea capaz de dar razón tanto de las situaciones nuevas como de las viejas. Y en esto consiste el progreso o el desenvolvimiento histórico de la verdad. La “vieja” teoría nunca desaparece por completo: vive en la entraña de la nueva, que jamás podría haber surgido sin la anterior. La historia de la ciencia no es más que una descripción de este proceso.

Debemos añadir que la verdad no sólo se da en una situación histórica, sino dentro de un contexto de verdades, pues no hay verdades aisladas. Más aún, la verdad debe poder realizarse en la historia; es decir, debe poder estar representada por verdades concretas. Carecería de sentido y podría resultar incomprensible una verdad totalmente inalcanzable, lo mismo que un ideal totalmente irrealizable; empero, en contraposición a lo anterior, la verdad no podrá realizarse jamás en forma total y definitiva. Dicho en otras palabras, la verdad tiene los caracteres que Croce atribuye al concepto: es omni y ultrarepresentativa. El primer carácter mantiene a la Verdad en contacto permanente con la verdad; el segundo revela su naturaleza dinámica y el proceso de su constante ensanchamiento, que impide que las verdades concretas logren jamás cubrir la totalidad de su territorio.

Semejantes caracteres no son exclusivos de la verdad. La belleza, la ciencia, la libertad, la filosofía, la democracia, el arte y muchos conceptos de igual categoría comparten con la verdad su carácter dinámico, inacabado y son,

igual que ésta, omni y ultrarrepresentativos. Al tratar con estos conceptos se corre el peligro de caer en los siguientes extremos igualmente peligrosos: a) negar su existencia; b) petrificarlos o hipostasiarlos. En el primer caso renunciamos, sin razón, a una guía orientadora; en el segundo, tratamos como axioma lo que en realidad es un postulado y desnaturalizamos la investigación al inquirir por la “esencia inmutable” de algo que es cambiante y expansible.

Este carácter expansible de la verdad impide que una doctrina determinada se convierta en la verdad suprema y definitiva, impide que haya una filosofía perenne. La única posibilidad de que una filosofía, o una teoría filosófica, adquiera permanencia es que se incorpore a la historia. Verdadera no será aquella doctrina que las generaciones futuras repitan al pie de la letra, sino aquella otra que no podrán dejar de tomar en cuenta para descubrir nuevas verdades. En suma, la verdad tendrá que ir integrándose a lo largo de la historia, porque la realidad que ella contempla está en constante desarrollo y expansión. Ninguna doctrina particular puede ser definitiva porque no es definitivo ninguno de los momentos del proceso de desenvolvimiento de la realidad total (Risieri Frondizi, “La Verdad y la Historia”, *Cuadernos Americanos*, v. LXXI, año XII, n. 5, 1953, p. 115-121).

## Circunstancialismo y perspectivismo histórico. La historia como vida

Aunque en la primera parte o periodo de nuestra plática aludimos a la relativización condicionada de la historia, debemos meditar nuevamente sobre ello. Fue la publicación española *Revista de Occidente*, dirigida por Ortega y Gasset, la propagadora dentro de la cultura hispánica (española e iberoamericana) de las tendencias ratiovitalistas de la historia. En México, con el arribo del filósofo José Gaos y del historiador Ramón Iglesia se fortaleció la incipiente orientación historicista que Edmundo O’Gorman y Justino Fernández habían iniciado a partir de la lectura de la revista citada y las publicaciones históricas patrocinadas por la famosa publicación española.

El primer objetivo de la escuela historicista fue combatir tenazmente en contra del positivismo dominante en México, representado por brillantes historiadores cientificistas, autores de obras importantes cuya aspiración máxima era la suprema objetividad y a ella sacrificaban, si era necesario, la vitalización o humanización de la tarea histórica. Para los representantes del método

historicista la construcción histórica no era un meticuloso y agobiante trabajo de cal y canto sobre el cual habría de erigirse la historia como una estructura inmutable, sino que era, más bien, como un juego de perspectivas. Se trataba, además, de hacer una historia interesada en los significados humanos que poseen los hechos históricos. La pregunta fundamental se refería a la inteligibilidad del pasado, al que se interpela en función del ente vivo y cierto de dicho pasado: el hombre. El objetivo del historiador es uno y esencial: comprender al hombre, sin intentar enjuiciarlo y aún menos regañarlo, como censuraba Croce. “La historia –escribía Huizinga– es, de todas las ciencias, la que se acerca más a la vida. En esta relación indestructible con la vida reside para ella su debilidad y su fuerza. Hace variables sus normas, dudosa su certidumbre; pero al mismo tiempo, le da su universalidad, su importancia, su gravedad.”

Se exige del nuevo tipo de historiador no solamente sapiencia y erudición, pues esto es sólo el comienzo, sino especialmente simpatía y comprensión, sin las cuales la historia se convierte en mera arqueología. La justipreciación de los hechos depende de la peculiar perspectiva en que esté situado el observador. Este perspectivismo crítico-histórico de raíz orteguiana es aceptado por el historiador historicista, y consiste, vale la pena insistir en esto, en la aplicación del perspectivismo del filósofo madrileño al territorio de la historia. El *problema de nuestro tiempo* será, por consiguiente, la observación de la realidad histórica desde una cierta perspectiva. Ésta, en tanto que componente esencial de la realidad histórica, obra de tal forma que dicha realidad resulta siempre cambiante, distinta; como cambiantes y distintos son los puntos de vista o enfoques crítico-históricos. Esta radical y notable apreciación y esta caracterización son posibles porque “la verdad histórica –como escribe Iglesia– no es una, sino múltiple, según los lugares y las épocas” (*Jornadas*, n. 51, p. 18). El grave y sentencioso filósofo y maestro Juan de Mairena, dirigiéndose a sus alumnos decía: “para nosotros, el pasado es lo que vive en la memoria de alguien, y en cuanto actúa en una conciencia, por ende incorporada a un presente y en constante función de porvenir. Visto así –prosigue– y no es ningún absurdo que así lo veamos, lo pasado es materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas”.

Siendo como es la historia, el conocimiento más cercano a la vida, síguese de aquí que será la ciencia más expuesta a los cambios, variaciones y reflujos. La historia no puede sustraerse al ambiente en que se la escribe: en primer

lugar, por la inmersión del historiador en un ambiente que hoy es distinto del que era ayer, como también será distinto al de mañana; en segundo lugar, porque la tan apellidada y socorrida imparcialidad histórica no existe ni ha existido jamás. Todos los historiadores son, aunque afirmen lo contrario, parciales a su modo; la parcialidad, el punto de vista propio, son factores ineludibles en la apreciación de los hechos humanos y por lo tanto en su relato, que es la obra histórica. La personal ecuación de cada autor y su complejo de ideas y sentimientos condicionan su manera de mirar las cosas y no nos garantizan en modo alguno ni la objetividad ni la imparcialidad. El historiador historicista rechaza la pretensión de la historiografía científicista de asegurar la existencia de una verdad exclusiva, única, que se puede alcanzar, y de la que se infiere la pretendida imparcialidad.

Si la historia es vida y ésta se presenta siempre como conflicto, lucha y tensión, se sobreentiende que la historia, que relata tales crisis tiene que ser apasionada, combativa y parcial. Cada generación busca una respuesta, un saber de sí misma, una comprensión, supuesto que el pasado al que interroga no es, ni más ni menos, que su propio pasado, el que la constituye. “El pasado humano –escribe Edmundo O’Gorman– en lugar de ser una realidad ajena a nosotros es nuestra realidad, y si concedemos que el pasado humano existe, también tendremos que conceder que existe en el único sitio en que puede existir: en el presente, es decir en nuestra vida” (“Consideraciones sobre la verdad en la historia”, *Filosofía y Letras*, n. 20, octubre-diciembre, p. 249). El pasado no es un pasado cualquiera, sino que es un pasado propio, lo que nos constituye. “En esto consiste –prosigue O’Gorman, citado por Iglesia– la experiencia vital de la historia; en esto radica la más profunda y, en realidad, la única misión del saber histórico, porque gracias a esa convicción, a ese sentir el pasado como algo propio es posible referir ese conocimiento a lo más íntimo y definitivo del sujeto, que es su ser” (Ramón Iglesia, *Letras de México*, marzo-abril 1940).

Conocido es el rechazo que hace Lucien Febvre (*Combats pour l’histoire*) del historiador que se rehúsa a pensar el hecho humano, que protesta la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, como si no hubieran sido elegidos (seleccionados) previamente por él. No menos absurdo es el empeño seudolegalista de la escuela histórica positivista de hacernos creer que a los hechos basta con acumularlos y ordenarlos para que éstos hablen por sí solos. Error mayúsculo, ironiza Ramón Iglesia,

supuesto que el historiador científicista “al asentar este enorme prejuicio dice que está libre de prejuicios” (*Jornadas*, n. 51, p. 11). “Los documentos, las fuentes –prosigue Iglesia– no hablan por sí mismos, pues sus lenguas son múltiples según las personas que los manejan” (*ibidem*, p. 15).

Reunir paciente, meticulosamente, una abundante documentación (la materia prima, digamos) sobre no importa qué tema o institución, para darse simplemente el gusto de imprimirla, es tan sólo responder al vano afán de publicar documentos inéditos. Más aún, al actuar así, el compilador erudito no quiere tener en cuenta, con su pretendido afán objetivista, que todo documento lleva consigo el gravamen de su intencionalidad, de su personal subjetividad, por decirlo así, y sin que se hurten a ésta, inclusive, las columnas y concentraciones estadísticas: subjetividad interna del ordenador y subjetividad íntima del manipulador o intérprete. Dos premisas a las que no escapan los documentos tenidos por más despersonalizados y objetivos, salvo quizá, arguye irónicamente Iglesia, el directorio telefónico (*Jornadas*, n. 51, p. 18).

Frente a la seca estilística de la historia científica, desapasionada y aburridamente objetiva, débese escribir una historia bella, literariamente bien escrita, luminosa, filosóficamente formulada y humanamente entendida. Sólo así será posible situar a la historia en el horizonte cultural del hombre de hoy y se podrá rescatar a la ahuyentada masa de lectores, para que se dejen a un lado los mamotretos eruditos y mamotretillos y se dediquen con fruición a la lectura sucedánea de las historias noveladas.

## Repaso autocrítico

En la década de los cincuenta, el doctor Leopoldo Zea, organizador del grupo Hiperión, jóvenes filósofos mexicanos interesados en indagar sobre el ser e identidad del mexicano, aceptó que en la colección “México y lo mexicano” aparecieran mis dos volúmenes titulados *México en la conciencia anglosajona*, análisis de libros y diarios ingleses y estadounidenses relativos a la Nueva España (siglos XVI-XVII) y al México recién independizado (primera mitad del siglo XIX). El objetivo de estos trabajos fue indagar la imagen que se forjó de nuestro país y su gente el mundo anglosajón. La auscultación historiográfica dio por resultado el comprobar cómo en la pugna angloespañola del siglo XVI los británicos utilizaron todos los argumentos de la “leyenda negra” para

desacreditar a sus enemigos. Esta herencia negativa fue aplicada al mundo novohispano y mexicano en tanto que descendientes sus habitantes del tronco hispánico por un lado y del indígena por el otro.

El *Humboldt desde México* (1950) constituye el desfile apretado de las opiniones que mexicanos representativos escribieron sobre el ilustre barón alemán y su obra el *Ensayo político* novohispano. El espíritu crítico liberal culminaría con la opinión de Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, según el cual el demiurgo viajero debe representar para los mexicanos el modelo a imitar, de aquí su consejo sobre la perentoria necesidad de *humboldtizar* a nuestro país por la vía científica de la desespañolización.

La *Historiografía soviética iberoamericanista* (1961), estudio histórico de los libros rusos sobre México, motivó una seria réplica por parte de los soviéticos. Repliqué a mi vez y critiqué la politización de la historia, puesta al servicio de los intereses del partido. Esto me acarreó la animadversión de los comunistas criollos que interpretaron mi contrarréplica como un ataque al marxismo y al pueblo ruso.

*Polémicas y ensayos en torno a la historia* (1970) se trata de un texto escolar que recoge, estudia y sitúa la idea de la historia de algunos de los más destacados historiadores mexicanos. Estudios sueltos, teóricos, críticos, que nos dan una idea del sentido y la utilidad del conocimiento histórico desde el punto de vista mexicano. Hoy, a 21 años de su aparición, me encuentro revisando y poniendo al día el texto para su segunda edición, que aparecerá en la segunda mitad de 1991.

En 1976 apareció la *Evangelización puritana en Norteamérica*, en donde se estudia el dramático intento fallido de “padres peregrinos” y de los “santos” de adoctrinar a los indios pieles rojas y el fracaso por razones teológicas calvinistas (predestinación, vocación, santificación, elección) de la labor misionera protestante, que dio paso a la destrucción total de los indígenas.

La *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (1980) es un libro constituido por una serie importante de estudios de Guillermo Humboldt y Leopoldo Ranke, traducidos por mí del alemán, en donde se establecen los fundamentos de la historiografía positiva o científica, que se manifiestan en la definición de la historia como “lo que verdaderamente ocurrió”. Los opúsculos traducidos van acompañados de un estudio previo donde pongo de relieve los valores filosóficos y metodológicos del sistema objetivo-cientificista de entender el conocimiento histórico.

*El conflicto anglo-español por el dominio oceánico* (1982) presenta la pugna atroz entre el misoneísmo español del siglo XVI y la modernidad inglesa en la misma centuria. El éxito inglés permitió la presencia anglosajona en América y la continuidad del conflicto, en términos americanos, entre Angloamérica e Hispanoamérica, hasta el día de hoy.

En 1987 aparecieron tres libros: *Zaguán abierto al México republicano*, *Imagología del bueno y del mal salvaje* y *La idea colombina del descubrimiento desde México* (1836-1986). Este último presenta el desfile crítico de los mexicanos más notables que, en ciento cincuenta años, han escrito o discurseado sobre Colón o sobre su hazaña descubridora. Cada uno de los autores tratados matiza su punto de vista positivo o negativo del acontecimiento y maneja las razones hispánicas o antihispánicas de su postura ideológica. El libro, en su parte final, da entrada a la polémica entre O’Gorman y León-Portilla, polémica trunca por cuanto a la posición historiográfica del primero que el segundo optó por ignorar. Mi punto de vista intentó ser lo más objetivo posible y sólo subrayé que el silencio crítico del segundo privó por entonces a la historia de las ideas en México de un capítulo importante.

Por lo que se refiere a la *Imagología*, el método historiográfico empleado permite conocer lo que los conquistadores, colonos, clérigos y frailes pensaron sobre el indio. La conclusión fundamental del libro establece, tras un riguroso análisis de fuentes documentales, que no hay ningún impreso o escrito español de los siglos XVI y XVII donde se afirme que el indio era un animal.

A punto está de aparecer, tras más de diecisiete largos años de haber sido publicado, el opúsculo *Destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica* (Sepsetentas, 1972), que en la colección de los Noventa verá de nuevo la luz. El mensaje fundamental consiste en desentrañar la conformación norteamericana de dicha doctrina religiosa y política, en la que tuvo parte principalísima el terrible peso de la tradición antiespañola heredada de los británicos. En la primera parte se analizan los elementos teológicos (calvinistas y puritanos) del dogma, y en la segunda, los antecedentes y consecuencias históricas que contribuyeron al “predestinado” imperialismo de los Estados Unidos.

Pongo punto final a esta charla y remito al auditorio al contenido temático de mis principales obras, no sin declarar que me he sentido un tanto desasosegado y, más aún, apenado por haber tenido que hablar de mí mismo.



# Poesía e historia en Federico Schiller

401

## I Introducción

Para Aristóteles la poesía era más filosófica y mejor que la historia; y era así porque el poeta podía expresar o vaticinar el futuro, en cambio el historiador sólo podía referirse al pasado, a la contingencia de lo acaecido. El campo del poeta era el de lo posible e imposible; de esta suerte Homero no estuvo atado, como lo estuvo por ejemplo Tucídides, a la triste realidad, contando el acontecer, como escribe el estagirita. Homero pensó un Aquiles ilimitado, liberado, un héroe griego recreado. La historia hace referencia a lo fenoménico, a lo cambiante, a lo aparential y transitorio, al contrario que el arte poético, que se refiere, como en el caso de Homero, a lo paradigmático. El objeto del arte es la representación del arquetipo de la idea platónica; su valor es, por consiguiente, eterno. La historia no puede intuir ideas, no llega jamás al paradigma, se queda, por tanto, en un mero recopilar de documentos, en un simple saber. El historiador no tiene acceso, como lo tiene el poeta, al mundo de las ideas; el artista sí, pues, que puede penetrar el principio del hombre. El trabajo del poeta, seguimos con Aristóteles, no es hablar de lo que ha sucedido sino más bien de lo que hubiera podido acaecer; de las cosas posibles conforme a la verosimilitud y a la necesidad únicamente. Si la poesía es más filosófica y

elevada que la historia tiene ella que hablar forzosamente de lo general y esencial, no de lo pormenorizado y particular. Las únicas limitaciones del poeta son las que le imponen las famosas leyes de la unidad, de la necesidad y de la verosimilitud. En la historia, según Aristóteles, no hay tampoco un elemento de generalidad; no hay explicaciones sistemáticas, no hay leyes, no hay ciencia, en suma.

La historia, comentará a su vez Schopenhauer, cuyo pensamiento sobre el tema está inspirado en Aristóteles, nos enseña a conocer al hombre; la poesía nos presenta idealmente *Al hombre*; la primera, por tanto, nos entrega una verdad particular, empírica; la segunda, una verdad general: la esencia de humanidad. El historiador trata, pues, de probar una verdad particular; el poeta nos presenta la verdad general sin sentirse obligado a recoger todos los fenómenos que como dato arriban ante él. El poeta elige simplemente una situación importante y un pensamiento importante; se remonta y por su propia intuición sitúa caracteres importantes en circunstancias no menos importantes. El poeta nos entrega esencias, introspecciones, modelos eternos; el historiador, falsos modelos individuales siempre. La historia jamás utiliza un incidente improbable, oscuro, incierto, la poesía sí, y lo hace con mucha frecuencia.

De entre todos los poetas el que logra intuir mejor la idea de humanidad es el trágico, en él la subjetividad ha desaparecido completamente o cuando menos sólo queda un leve resto de ella en el *dato*.

Antes de dar a conocer al lector el texto de Schiller sobre este tema, hemos querido presentar las anteriores consideraciones para que a la luz clásica eterna se reconsidere y sitúe el comentario schilleriano frente a la poesía y la historia. Schiller, hombre ilustrado, romántico e idealista fue excelso poeta y excelente historiador; su filosofía de la historia es kantiana, pero intentó superar a su maestro sometiendo la naturaleza humana sin sacrificarla. En aras de la libertad no pocas veces subordinó los datos de la historia a la inspiración poética; con heroica resignación mejor prefirió verse emplazado ante el tribunal de la historia que ante el de la poesía. Historia y poesía se alternan en su obra; con la primera buscaba el espíritu de su nación, con la segunda quería ser el maestro del pueblo. Con los simples datos que suministraba la historia no podía combatir Schiller a sus dos más obstinados y aborrecibles enemigos: oscurantismo y absolutismo; pero con la invención poética pudo Schiller *reconstruir* sus historias, combatir la tiranía del sectarismo espiritual

y luchar contra el despotismo ilustrado. El texto que va a continuación supone una defensa de su peculiar método histórico, y aunque el historiador profesional y erudito rechace tal actitud ancilar hoy día, lo cierto es que subsumiendo Schiller la historia, ganaba sus batallas poéticas y defendía la libertad de los hombres y de las naciones.

## II

### Traducción del texto alemán<sup>1</sup>

#### La verdad poética y la verdad histórica

La tragedia es imitación poética de un hecho digno de compunción, y de esta suerte es opuesta a la historia. Historia sería ella si persiguiese un objetivo histórico, si saliese enseguida a instruir sobre las cosas que han acontecido y sobre la manera de ser de los sucesos. En tal caso la tragedia tendría que mostrarse rigurosa en cuanto a exactitud histórica, porque únicamente podría alcanzar su objetivo por medio de la fidedigna narración de los acontecimientos. La tragedia, empero, tiene una intención poética; a saber, ella presenta una narración con objeto de conmover y por medio de la emoción deleitar. Ella maneja, por consiguiente, un asunto dado de acuerdo con su propósito o intención, y de este modo es precisamente libre en la imitación; tiene poder, es más, obligación, para supeditar la verdad histórica a las leyes de la poesía y para actuar sobre el asunto dado de acuerdo con sus necesidades. Pero como la tragedia únicamente es capaz de lograr su propósito, la emoción, estando en suprema conformidad o máxima armonía con las leyes de la naturaleza, sin perjuicio de su libertad histórica se sujeta a la rigurosa ley de la verdad natural, a la que, en contraste con las históricas, llama verdad poética. Así es como resulta comprensible que a causa de la estricta observancia de la verdad histórica no pocas veces padezca la poética, y que a la inversa, a consecuencia de la crasa violación de la verdad histórica tanto más pueda ganar la poética. En tanto que el poeta trágico, así como por lo general cualquier poeta, se someta únicamente a la ley de la verdad poética, no podrá jamás la más escrupulosa observancia de lo histórico exonerarlo de su deber poético;

<sup>1</sup> Nuestra traducción procede del segundo volumen de las *Friedrich Schiller Werke* en tres volúmenes (Zweiter Band, Gedanke und Gedicht), Ansbach, Impreso por C. Brúgel & Sohn, 1952.



nunca podrá honrarlo una transgresión de la verdad poética, tampoco lo honrará un displicente desdén para con la disculpa. Denota, pues, muy limitadas ideas del arte trágico, más aún del arte poético, emplazar al poeta trágico ante el tribunal de la historia y exigir enseñanza de aquel que con sólo su nombre ya es capaz de producir emoción y deleite. Por consiguiente, cuando el propio poeta renuncia a su privilegio de artista, a causa de una angustiada sumisión ante la verdad histórica, y permite que la historia ejerza una jurisdicción sobre su producción, el arte bien puede emplazarle con todo derecho ante su tribunal.



## Prólogo a la *Filosofía de la historia* de Friedrich Schiller

405

Al final del famoso tratado kantiano sobre la historia, *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*, preséntase a la meditación del lector un programa esquemático para llevar a cabo la investigación histórica. Kant, no sin cierta modestia, declara que no es él precisamente, muy poco versado en historia, quien podía realizar este nuevo tipo de investigación en el que se demostrase el progreso de la razón y, por ende, de la libertad humana: una historia del autodesenvolvimiento espiritual del género humano. Para llevar a buen término tal tarea, prosigue Kant, el nuevo tipo de historiador ha de poseer sólidos conocimientos históricos y ser dueño, fundamentalmente, de una verdadera cabeza filosófica. El nuevo historiador que Kant preconizaba habría de conjugar en sí mismo la erudición y la filosofía. El 26 de mayo de 1789, un discípulo fervoroso de Kant, Federico Schiller, con motivo de su discurso inaugural como profesor de historia en la Universidad de Jena, reanudaba el tema que había dejado planteado su maestro y procuraba subrayar ante el juvenil auditorio que ansiosamente lo escuchaba las condiciones que, a su juicio y de acuerdo con la idea previa kantiana, habría de reunir el futuro investigador. Toda esa especie de proemio, que es la primera parte de su célebre discurso académico (¿A qué se llama y con qué fin se estudia la historia

universal?)),<sup>1</sup> está dedicado a presentar críticamente los dos tipos contrastantes de historiador: por un lado el investigador rutinario, el mero erudito ganapan (*Brotgelehrte*), cuya principal tarea consiste en acumular conocimientos y fuentes, y alardear de su mezquino tesoro sin intentar profundizar y conectar los sucesos con la totalidad; por el otro, el historiador poseedor de una clara mente filosófica, interesado en descubrir la armonía en el conjunto y preocupado por encontrar la verdad conectora que enlaza los acontecimientos, y más atento también a la auscultación de los hechos para poder percibir, en el territorio de su actividad historiográfica, los latidos del proceso o progreso racional que acontece en la historia. Por supuesto Schiller se apresura a declarar que el historiador filósofo tiene que ser tan cuidadoso de su saber como el erudito del suyo; pero constreñido por la propia “miseria de las fuentes” y por los límites recortados y discutibles de la materia histórica, dado que sus extremos superior e inferior no coinciden ni con mucho con los límites de los acontecimientos en la marcha del mundo, Schiller proclama su escepticismo histórico frente a la tradición erudita y comprende que el problema de la verdad para una mente ilustrada debe reducirse a la penetración y reflexión filosóficas, al juicio ético, al comentario lógico.

Este discurso de Schiller acusa por todos lados la influencia de Kant; pero si bien esta breve disertación académica no puede resistir la comparación con las nueve rigurosas proposiciones de la *Idea de una historia universal*, la ventaja del discípulo sobre el maestro se halla, dentro del campo ya de la historia, en que aquél actuó gran parte de su vida como historiador profesional, e intentó así interpretar y verificar la filosofía de la historia de Kant viéndola a la luz experimental de los propios hechos observados y sopesados intelectualmente por el historiador.

Como es sabido, la típica operación iluminista consiste en desembarazarse de Dios a fin de que el hombre quede convertido sola y simplemente en un

1 Este discurso se publicó primeramente en el *Mercurio*, en noviembre de 1789. Para nuestra traducción hemos utilizado el volumen 2o. de las *Friedrich Schiller Werke in drei Bänden* (Zweiter Band, Gedanke und Gedicht) editadas por Reinhard Buchwald, AUSBACH, Insel Verlag, 1952. Como el texto de la conferencia se halla mutilado en dicha edición, tuvimos que recurrir a una edición más antigua, en la que el texto se da completo, la publicada por el famoso editor J. G. Cotta, en Stuttgart y Tübinga, en 1847, en 12 volúmenes (IX-X, p. 356-379). En nuestra versión señalamos con asteriscos la parte faltante en la edición moderna. Damos desde aquí las gracias a la doctora Marianne O. de Bopp, que hizo posible nuestra consulta de la edición de 1847.

ente natural racional; el hombre no en cuanto individuo, sino en cuanto género: la “*Humanitat*”, digámoslo con el término alemán extraído del francés. El desarrollo de la razón es la máxima finalidad que tiene la historia; el hombre general va, pues, decantando su esencia humana en el discurrir de lo histórico. La historia llega así a ser necesaria, puesto que sólo en ella es donde el hombre puede llevar a cabo su autonomía moral por medio de leyes racionales severas y autoimpuestas. Las ideas de Schiller se mueven también en el campo de la inmanencia ética, lo cual pone de relieve su típica herencia kantiana; mas la deuda del discípulo respecto al maestro no se limita únicamente al territorio de la ética, sino que también es patente en otras regiones de la filosofía de la historia. La originalidad de Schiller respecto a Kant no es mucha, según ya dijimos; se trata más bien de matices historiográficos introducidos gracias a la experiencia profesional. Schiller piensa, como Kant, que el progreso del hombre depende del hombre mismo; la felicidad que promete la meta no puede alcanzarse desde fuera sino desde dentro, creándose todo, fiándose únicamente de la actividad de la propia razón. Las acciones concatenadas de los hombres constituyen para Schiller al igual que para Kant la materia de la historia; acciones engarzadas para formar con ellas una totalidad racional, una armonía coherente; para ser entendidas en conjunto, para ser vistas desde fuera, como un espectáculo, como un fenómeno. Es decir, que tales acciones están determinadas de acuerdo con las leyes de la naturaleza, a saber, por la relación existente entre causa y efecto. Schiller, fundado en lo que él llama la invariable unidad y regularidad de las leyes naturales y del carácter humano, postulará un método analógico para iluminar, desde el presente, el pasado; actitud que ya no es propiamente la de un estricto ilustrado, sino más bien la de un prerromántico que se lanza sobre los hechos pretéritos y los siente como propios gracias a las conclusiones obtenidas por experiencia en el presente. Ahora bien, el juicio sobre la Edad Media es, según se sabe, la piedra de toque para distinguir al historiador ilustrado del romántico. Schiller, en su opúsculo *Sobre la migración de los pueblos, las cruzadas y la Edad Media*, saca a relucir su espíritu ahistórico de hombre iluminista al juzgarla como una edad sin ley, pero ya para él llena de sentido; un sentido que solamente podía proporcionarle y que únicamente podía venirle desde su contemporaneidad, la del propio historiador. Así, pues, esta actitud comprensiva schilleriana se hace patente, a nuestro modo de ver, como un avance romántico para interpretar el pasado desde el presente, y no ya, como fue típico en los ilustrados

representativos, una mera interpretación del presente desdeñando el pasado o cuando menos interesándose tan sólo por el más inmediato. El modelo de Schiller es Gibbon, pero con esta radical diferencia: en el primero ya se dan atisbos de comprensión medieval.

La tarea del historiador es explicar el espectáculo de la historia; los fenómenos que estudia el historiador revelan, dicho sea metafóricamente, como quería Kant, un *a priori*, un supuesto plan en la naturaleza. Por de pronto Schiller no se para a explicar el funcionamiento de éste ni las condiciones de posibilidad del mismo; acepta simplemente la hipótesis del maestro y está de acuerdo en que los individuos, los hombres, sin darse cuenta, ejecutan y siguen dicho plan, el que la naturaleza le impone a la historia, con lo cual las leyes históricas no son sino las normas de semejante plan. Por consiguiente, llevando a cabo el hombre lo particular y contingente realiza lo normativo y regular, lo trascendental; de aquí que pueda ejemplificar Schiller –su concordancia con Kant en este caso es total– y escribir lo siguiente: “Lo que oculta la represensiva conciencia de un Gregorio (IX) y de un Cromwell, se apresura la historia a ofrecerlo a la humanidad: que el egoísta hombre puede ciertamente perseguir viles propósitos, pero que favorece involuntariamente excelentes designios”. En suma, el hombre cree estar actuando libremente, mas lo que lleva a cabo es el plan racional que la naturaleza le impone a la historia; en otras palabras, el hombre ayer como hoy busca salvarse, y como ya no puede hacerlo por la vía de la trascendencia, intentará escapar a su destino por el camino de la inmanencia. Este supuesto plan o proceso de salvación tiene por meta, naturalmente, la realización plenaria del hombre, el desarrollo de su libertad moral. A lo largo del curso de la historia se va realizando la esencia del hombre, su razón. Pero si esta meta implica forzosamente para Kant un sentido futurista de la historia, en el que por fuerza resulta menoscabado el presente –una menos historia–, para Schiller en cambio significa la comprensión del presente, su presente, el que constituye esencialmente el patrimonio racional. El plan de Schiller finiquita con la reflexión filosófica sobre un presente de máxima significación y perfeccionamiento éticos; todos los procesos históricos que analiza Schiller en este discurso vienen a mostrarnos, un tanto panglossianamente, el carácter de un presente monádico, el mejor indudablemente de todos los posibles, al que han contribuido todas las generaciones pasadas y en el que ya no quedan sino unas cuantas muestras, muy pocas ciertamente, de la pasada barbarie, de irracionalidad.

La historia se ocupa de iluminar aquellos hechos en que culmina el presente; mas el estudio de la historia, al resumir el pasado para reflexionar filosóficamente sobre él, se adelanta asimismo al lejano porvenir en sus conclusiones. La tarea del historiador consistirá en alumbrar en la corriente de la marcha del mundo aquellos hechos que sirvan para explicar causalmente la marcha de la historia universal, que culmina esencialmente en lo actual y propio. La tarea principal de Schiller en cuanto historiador será, a diferencia del punto de vista futurista kantiano, mostrar cómo ha cobrado existencia el presente; y aquí cabría estampar el famoso aforismo de Schiller: “La historia universal es la historia del juicio último”.

En Schiller, que sigue aquí fielmente a Kant, la historia se mueve o auto-mueve merced a un proceso interno de opuestos; se trata de alcanzar no ya sólo los fines políticos (Estado universal y constitución cosmopolita perfecta) como quiere Kant, sino también los culturales, por medio de los daños que produce la insociabilidad; la necesidad y lo irracional aseguran el desenvolvimiento de la historia del cosmos racional; la ignorancia, la pasión, la codicia, la ambición, la perversidad y el egoísmo son los medios para lograr la felicidad racional de la especie, su mejoramiento moral. Con todo, Schiller no acusa tanto el pesimismo cultural que le provocaba a Kant el espectáculo enloquecedor que para él era la historia. Kant se aseguraba la marcha hacia el futuro de perfeccionamiento ético máximo mediante un mecanismo teleológico alimentado y movido por la irracionalidad; Schiller, en cambio, aposentado en el paraíso leibniziano ya disponible –su presente–, no nos explica cómo va a asegurarse el movimiento en lo porvenir, supuesto que ya quedaban solamente unos cuantos restos de barbarie impulsora. Sin embargo, Schiller saldrá, de este atasco y sobre todo del representado por el inexplicable *a priori* del plan kantiano.

La historia posee para Schiller un sentido pragmático-estético; el mecanismo es dialéctico, síntesis entre lo irracional y lo racional, entre la contingencia del mero acaecer y el desarrollo del plan racional. Esta síntesis es dialéctica, va, pues, más allá de la simple y muy cuestionable conexión kantiana entre el plan y la naturaleza humana. Este proceso es desenvuelto por Schiller en su ensayo intitulado “Algo sobre la primera sociedad humana según el documento mosaico”: al estadio de la inocencia (tesis) sigue el de perversión (antítesis), y a éste un tercer estadio adecuado a la verdadera naturaleza racional humana (síntesis). En este opúsculo logra Schiller situarse, por un lado,

en el punto de enlace con Rousseau y Herder; por el otro con Fichte (explicación conceptual, lógico-dialéctica del presente) y aun con Hegel. Asimismo, en este estudio intentará conciliar la idea de progreso típica de la Ilustración con el pesimismo cultural rousseauniano.

Pero volviendo al plan kantiano que se presupone en la naturaleza, hay que convenir en que se trata precisamente de eso, de una suposición; de la reducción de la historia a un concepto, de un *a priori* necesario para llegar a entender el proceso. Ahora bien, en esta concepción kantiana futurista de la historia, el presente, por decirlo así, se esfuma, queda sin explicación. Pero, según vimos, a Schiller lo que le interesaba era el presente: ¿cómo, pues, intentar al menos salir del callejón sin salida kantiano? Schiller intentó hacerlo en la dirección conceptual que después alcanzó plenamente Fichte (1806). Según lo vemos, se trata del proceso dialéctico de un concepto: la razón observa los acontecimientos y *a priori* establece entre ellos la relación de causa a efecto, de antes y después (tesis), pero la realidad se resiste a ser explicada y tratada tan fácilmente (antítesis); la razón no tiene, pues, otra salida sino sacar de sí esta relación y proyectarla como un plan teleológico en la marcha del mundo y de la historia (síntesis). Más o menos con estas palabras intenta Schiller explicar el movimiento; es decir, por la contradicción entre el logos y la estofa histórica, contradicción u oposición mediante la cual se va tejiendo el encaje de la historia.

Todo este discurso, si bien se mira, es el último canto del cisne ilustrado e idealista de la razón histórica. Mientras pronunciaba tranquilamente Schiller su razonable y confiada plática, en Francia los estados generales reunidos en Versalles el 5 de mayo de aquel mismo año, forcejeaban hasta dar paso a las dramáticas decisiones del 17 y 20 de junio. La Revolución francesa y los sangrientos acontecimientos mundiales inmediatos a ella, pusieron en crisis la iluminada serenidad y confianza de filósofos e historiadores en el progreso moral ilimitado de la razón humana; acaso, pues, la conciencia de la quiebra espiritual de entonces haya obligado a los editores alemanes de hoy a suprimir justamente la parte ejemplificadora del discurso optimista de Schiller, en donde éste no solamente expresa su entusiasmo, sino que se atreve incluso a levantar el velo que ocultaba aquel venturoso porvenir, en el que las naciones vecinas y hermanas ya no era de esperar que se desgarrasen...

## Las culturas prehispánicas en la historiografía anglosajona

411

Desde este momento conviene dejar constancia de que ni siquiera intentamos presentar una panorámica de la historiografía anglosajona en relación con la historia y la arqueología prehispánicas de nuestro país, porque la sola enumeración de los autores que han aportado algún conocimiento sustancioso o decisivo sobre tal o cual cultura indígena nos llevaría no ya a disponer de más tiempo que el que prudencialmente se acuerda a un conferencista, sino a bosquejar un ensayo, aprendiz de libro, donde se incluyesen los estudios fundamentales sobre el mundo cultural indígena antes de la irrupción española. El título, por lo tanto, lo retocaremos ligeramente, puesto que nos vamos a limitar al examen de los primeros pasos interpretativos de la cultura anglosajona en el, para ella, misterioso y atrayente mundo, al menos en un principio, de los indios arqueológicos: “Los inicios de la historiografía anglosajona sobre la cultura náhuatl y la maya”.

*La historia de América* del ilustrado historiador británico William Robertson apareció en 1777 en un momento histórico crucial para el mundo, del que emerge una Inglaterra victoriosa tras la guerra de Siete Años. La obra americanista de este pastor presbiteriano, de filiación religiosa calvinista, está dividida en ocho libros, de los cuales nos interesa destacar, por lo que respecta a nuestro tema, el cuarto pues la tesis principal que en él campea consiste en descubrir y demostrar ante los ojos dieciochescos y pues ilustrados de Europa

el estado social y político de los pueblos indígenas americanos. El propósito general queda expresado de la siguiente manera: “Visión de América cuando fue descubierta y examen de las costumbres y policías de sus más incivilizados habitantes”. Una vez hecho el anuncio, el autor procede con rigor y orden a desarrollar su programa temático: *a*) características geográficas (colosalismo, frigidez, inmadurez e inhospitalidad) del continente americano (tesis neptúnic); *b*) el origen del hombre en América (dependencia del Génesis, como no podía ser menos, por tratarse de un clérigo cristiano); *c*) el grado de inferioridad del Nuevo Mundo respecto al Viejo (tesis tradicional sobre “la calumnia de América”, como la ha llamado Edmundo O’Gorman), tesis procedente de algunos cronistas españoles de Indias, también de Buffon, de Pauw, de viajeros, etcétera, y *d*) el tema antropológico: el indio y su realidad físico-espiritual.

Los libros V y VI se refieren a la conquista española y el VII es asimismo motivo de nuestra atención crítica porque en él analiza Robertson el grado de civilización logrado por mexicas e incas y decide al respecto que los cronistas e historiadores españoles de Indias habían exagerado en extremo, con miras al autobombo, el nivel de civilización alcanzado por estas culturas prehispanicas con las que los castellanos hubieron de enfrentarse y destruir.

La presencia de sociedades aborígenes americanas supuso para el historiador un campo fecundo para todo tipo de especulaciones filosóficas y antropológicas; era como experimentar en vivo sobre organismos sociales, de modo semejante a como los historiadores clásicos, César, Tácito, etcétera, lo hicieron para enriquecer la visión del género humano. Robertson desea “completar la historia de la mente humana y llegar a un perfecto conocimiento de su naturaleza y operaciones”. Asimismo, el estudio de las que él califica como sociedades primitivas americanas, tan extremadamente rudas que a todas podía aplicarse la denominación de “salvajes”, podía servir para deducir cómo fueron las primitivas europeas. Estas observaciones sobre las naciones americanas situadas “en la infancia de la vida social”, en su “simplicidad primaveral”, equivalía al conocimiento, *more analogici*, de etapas sociohistóricas ya consumadas y desaparecidas del continente europeo y de las que sólo se conservaban relatos no muy fidedignos.

Así, pues, la situación presente del indio americano observada o, mejor, deducida por el historiador librescamente, resultaba inferior a la de los primitivos europeos, porque éstos poseyeron virtudes industriosas y productivas

desconocidas por los melancólicos, débiles y apáticos indios, tan carentes de madurez intelectual. Como estas características eran generales para todos los indios, Robertson se vio obligado a disminuir los valores de las grandes culturas indianas de México y Perú para que se acomodaran al esquema crítico-ilustrado, devaluado, propuesto por él. Tales culturas eran invenciones de soldados y frailes; patrañas cuyo objetivo personal apologético era bien claro para Robertson. Aunque mexicanos y peruanos fueron pueblos emprendedores, especialmente los primeros, comparados con los pueblos del mundo antiguo creadores de culturas, no podían aspirar a ser equiparados con ellos. En punto a civilización no lograron alcanzar el mismo grado de madurez; se hallaban todavía en la “infancia de la vida civil”. Las famosas obras de arte de los mexicanos resultaban inferiores a las más toscas del arte egipcio, y la de los peruanos, aunque superiores a las mexicas, ponían de relieve que sus artistas eran como niños “que se hallaban no más allá de la infancia de las artes”.

La contracrítica criolla hispano-mexicana brotó de la pluma del padre Francisco Javier Clavigero, desterrado en Italia (1767), quien, como es sabido, defendió a América de los deslustrados ataques calumniosos del prusiano Cornelio de Pauw y de los no menos virulentos del historiador escocés. Pero, escocido Robertson, replicó a la censura del exiliado jesuita en la quinta edición (1788) de su *History of America*, y en carta privada calificó a Clavigero como “un débil y crédulo santurrón”.

William Bullock, viajero inglés y visitante de nuestro México por la década de los veinte del siglo XIX, una vez que resolvió los asuntos privativamente económicos que motivaron su visita, se sintió extremadamente atraído por los restos de la cultura náhuatl y llevó su entusiasmo hasta el punto de montar en Londres, en el mero centro de la capital, la que fue sin lugar a dudas la primera exposición mexicana en Inglaterra: El México Antiguo, exposición montada en 1823 en el Salón Egipcio, en Picadilly, con multitud de objetos que él adquirió o le prestaron: el famoso y mal llamado *Plano* [de Tenochtitlán, según creía Bullock] *de papel de maguey*, dibujos, modelos de pirámides, códices, piezas escultóricas y, sobre todo, vaciados en yeso, realizados por el propio viajero, del *Calendario azteca*, la *Piedra de Tízoc* y la monumental *Coatlicue*, que había sido de nueva cuenta desenterrada para que Bullock la viese y moldease en escayola. El que hubiese escogido el “Egipcion Hall” para la muestra se explica porque el viajero había presentado con anterioridad otras exposiciones en dicho lugar y muy particularmente porque lo juzgó el más

indicado supuesto que la cultura antigua mexicana tenía, según él, un fuerte parecido con la de Egipto. Más todavía, las estructuras piramidales que él contempló en Teotihuacán y en Cholula rivalizaban con las egipcias. Sin duda esta identificación nos indica una dependencia difusionista; empero el mensaje objetivo fundamental de Bullock, apoyado en la obra histórica y contra-crítica del padre Clavigero, consiste en demostrar a vista de ojos las dolosas informaciones de Pauw y de William Robertson, pues si éstos hubieran pasado una hora de Tetzaco, añade Bullock, no habrían errado tanto en sus juicios y habrían concedido más autoridad y valor histórico a los fieles testimonios de los cronistas e historiadores de Indias negados por el prusiano y el escocés.

Ciertamente Bullock estuvo tan sólo un semestre de estancia en México; pero su obra, *Seis meses de residencia y viajes en México*, editada en Londres en 1824, es una de las más amenas y generosas surgidas de una pluma viajera anglosajona, y por lo que toca al tema arqueológico quiere ser y de hecho es, así el libro como la exposición, una rectificación objetiva frente a inveterados prejuicios antiamericanos y antiespañoles.

El siguiente historiador interesado en la cultura prehispánica náhuatl es el norteamericano William H. Prescott, que en su *Historia de la Conquista de México* (1843) nos proporciona, como escribió Ramón Iglesia “la lectura más grata” sobre dicho tema. Pero no nos interesa ahora la relación del dramático cuanto espectacular acontecimiento histórico que nos relata Prescott, sino el libro I que él intituló “Bosquejo de la civilización azteca”. Esta introducción histórico-arqueológica fue para su tiempo y durante casi más de medio siglo la mejor y más documentada síntesis a la que el estudioso o el lector podían recurrir en busca de información sobre la novedad, para su tiempo, de aquella exótica cultura. Prueba parcial de ello es el interés que en el México, de 1844 despertó el libro, el cual se tradujo inmediatamente en nuestro país en dos ediciones simultáneas: la vertida al castellano por don José María González de la Vega, anotada por don Lucas Alamán, salida de la imprenta de V. G. Torres, en dos volúmenes, y la impresa por Ignacio Cumplido, traducida por don Joaquín Navarro, con apéndice y notas de José Fernando Ramírez, en tres volúmenes. Esta hazaña editorial en nuestro convulsionado México de la década de los cuarenta del siglo XIX se explica, por un lado, por lo atractivamente candente del tema de la conquista y, por el otro, por la extraordinaria novedad que representó el que un extranjero, uno de los más connotados “brahmanes” de la cultura bostoniana y ya famoso historiador de talla inter-

nacional, se hubiese ocupado en resumir y dar a conocer los valores de la cultura náhuatl. Utilizó el autor fuentes documentales de primera mano así como las procedentes de la mayor parte, si no es que todos, de los cronistas e historiadores de Indias, incluida la recién aparecida obra de fray Bernardino de Sahagún, pieza que fue fundamental, por aquel entonces, para la reconstrucción de la civilización azteca. Influido por la novela histórica de Walter Scott y por el método romántico de éste, así como por la historiografía erudita de Agustín de Thierry elaboró su obra. Su admiración por el novelista escocés, por el historiador francés y el libro de Gabriel de Mably *De la manera de escribir la Historia* lo llevó a enfatizar la incorporación del contenido social y civilizatorio, a la manera de Voltaire, en la obra sobre la conquista de México, sin desdeñar por supuesto la verdad del colorido, el color local, las escenas espectaculares, la descripción pictórica del paisaje, los contrastes de luz y sombra y la conexión entre pueblo y dirigentes: fórmulas todas que correspondían al historiador ilustrado, erudito, romántico y políticamente moderado que fue Prescott.

La *Historia de la conquista de México*, por lo que se refiere al primer libro introductorio, representó el máximo nivel alcanzado, insistamos en este punto, por el conocimiento histórico y arqueológico del mundo mexica durante la primera mitad del siglo XIX; también significó una reacción novedosa o un punto de vista nuevo frente al ensoberbecido criterio ilustrado de que hizo gala Robertson en su *Historia de América*, la cual fue muy popular, en todo el mundo anglosajón y contribuyó, como ninguna otra obra, a la condena del mundo prehispánico y de la civilización iberoamericana.

Lo que Prescott quiere demostrar frente al escéptico Robertson, es que la sociedad gentil azteca había ciertamente evolucionado mucho y presentaba en vísperas de la invasión hispana un avanzado grado de adelanto, el cual –no se cansa de repetir– era semejante al logrado por las refinadas culturas orientales del mundo antiguo. La civilización egipcia se convierte en la referencia obligada o en la piedra de toque con la cual el historiador prueba y compara la del Anáhuac. Una y otra vez se esfuerza por destruir la versión popular robertsoniana que rebajaba la cultura azteca, según apuntamos, a niveles tribales un poco más complejos y organizados que los de los iroqueses. El historiador estadounidense se empeñó en demostrar con singular éxito que la organización de los aztecas no había sido como la de los indios piel roja con

los que los norteamericanos todavía estaban en no muy agradables relaciones y contacto.

Los orgullosos monumentos erigidos por los indios mexicanos podían compararse con los levantados por los egipcios; mas había que tener en cuenta que tales gigantescas construcciones no fueron construidas por manos libres en ambos casos, sino por esclavos o siervos que trabajaban a disgusto bajo la presión de sus despóticos gobernantes y señores. La cultura azteca presenta también notas paradójicas de extrema barbarie junto a manifestaciones de elevada espiritualidad y refinamiento; cultura en la que coexisten la edad de la piedra pulida y la edad de la civilización. Las piezas por entonces más conocidas de la estatuaria azteca, *Coatlicue*, *Piedra del Sol*, *Piedra de Tízoc*, entre las más importantes, le parecen absurdas: “arte bárbaro” adecuado a la representación de “colosales monstruos”, de “deidades monstruosas”. La estética de Prescott se inclinaba al principio neoclásico de la capacidad artística y no a la de la voluntad del artista, de aquí su incompreensión. Sin embargo, no deja de parecerse relativista por cuanto que no se debe calificar, según él, por las reglas, sino por el modo de adoptarlas al fin peculiar que se propusieron sus creadores.

Partiendo nuestro crítico y comentarista de la idea general de todos en cuanto a caracterizar la vida indígena americana como inmersa en el salvajismo, va presentándonos paulatinamente los rasgos progresivos más complicados de la cultura azteca hasta alcanzar los mismos el grado de la más acusada barbarie e incluso, en ciertos aspectos, la escala de la civilización, como es el caso con los conocimientos astronómicos de los aztecas. Tal avance convierte a éstos, desde el punto de vista valorativo prescottiano, en los *clásicos de América*. Esta intelectual, existencial, valorativa y arrogadora operación será semejante y simultánea a la que realizará, como veremos, John Lloyd Stephens con la antigua cultura de los mayas o por William Bullock, como vimos, y Brantz Mayer, abrevantes como Prescott de la *Historia antigua de México* de Clavigero, con la llamada azteca o náhuatl. Ante Alva Ixtlilxóchitl, el historiador salemiano se siente orgulloso y reveladoramente americanista, puesto que la lectura meditada y digerida de la obra histórica del teotihuacano eleva y enriquece sus ideas sobre “la civilización mexicana”. El historiador mestizo es declarado orgullosamente, por vía de expropiación, “el Livio del Anáhuac”, y Tetzcutzingo es calificado como el “Monte Palatino” de México. La comparación, identificaciones y paralelismos clásicos de Prescott no son motivos de

halago o lisonja, puesto que ellos brotan de un profundo, continental y absorbente sentimiento de americanidad en flor.

A pesar de lo expresado hasta ahora, la *novedad* postulada por Prescott encontrará una vivísima oposición. Por muy brillante y convincente que fuese el historiador no resultaba fácil curar al lector estadounidense de su despego y negación de lo indio. Todavía en vida de Prescott apareció *Una nueva historia de la conquista de México* (1859) escrita por un abogado inglés, R. A. Wilson, que había vivido en México por breve tiempo, en la que éste combate la tesis relativa a la cultura azteca y considera que es un monumento literario levantado por Prescott sobre el vacío. Los aztecas, escribe desafiante Wilson, era gente bárbara; un ramal de los primitivos indios americanos y descendían, al igual que todos los aborígenes del continente, de los fenicios. Es decir, una vez más la antañona tesis difusionista europea intentaba subordinar lo original americano al Viejo Mundo.

Empero a este ataque siguió otro de más científicas campanillas: A. F. Bandelier, antropólogo y serio estudioso del pasado indígena americano, en carta a su sabio maestro, el etnólogo Lewis H. Morgan (2 de enero de 1874), cuya obra sería para Federico Engels la clave de su teoría sobre el origen de la familia, de la propiedad y del Estado, le hace el cargo *post mortem* a Prescott, de que éste idealizó con exceso a las culturas indígenas y que dotó falsamente a los indios prehispánicos de sentimientos y organizaciones semejantes a los de los europeos. Los errores de Prescott se debían, por un lado, a su apego casi exclusivo a las fuentes españolas y, por el otro, a sus escasos conocimientos sobre la civilización europea. En el ensayo sobre “La escuela romántica de la arqueología americana” (3 de marzo de 1885, Nueva York) ve Bandelier en la organización monárquica azteca descrita por Prescott una exageración del mismo género que la que experimentaron los cronistas ingleses cuando vieron al cacique Powhatan como un emperador y describieron a Pocahontas como a una princesa. Siguiendo parecido criterio, al revisar Morgan la ingente obra de H. H. Bancroft, *Razas nativas de los estados del Pacífico* (5 v.), rebaja el esplendoroso imperio de Moctezuma a proporciones infinitamente más modestas: a un cacicazgo bárbaro. En el ensayo crítico de Morgan, “La comida de Moctezuma” (1876), el banquete de que hablan las crónicas y que Prescott respaldó e hizo suyo, se convierte en un convite bárbaro en el que el pretendido emperador, encucillado sobre el suelo y rodeado de parientes y guerreros semidesnudos, come a dos carrillos las viandas sancochadas

preparadas en el fogón colectivo, repartidas entre todos utilizando la olla comunal y servidas a cada quien en una tosca escudilla de barro cocido.

Es comprensible que estas y otras críticas, aparentemente fundadas, debilitaran mucho el entusiasmo y la confianza depositada en la “Introducción” (libro I) a la obra de Prescott; mas lo peor del caso fue que la censura sobre una parte se amplió sin discrimen sobre toda aquélla. Sin embargo, hoy sabemos que por ajustarse Prescott a sus fuentes hispánicas no erró tanto como se supuso en las últimas décadas de la centuria pasada; que si falló no fue por exceso sino más bien por escasez de datos arqueológicos complementarios. Las críticas de Alamán, de J. F. Ramírez y de Gondra a la obra de Prescott, fundamentalmente la de los dos últimos sobre la cultura azteca, debieran haber hecho más cautos los pretendidos juicios científicos de los impugnadores norteamericanos (tan desdeñosos de la ciencia mexicana), los cuales transformaban al desgraciado de Moctezuma en un *Toro Sentado* (“Sitting Bull”) cualquiera.

El incansable viajero y diplomático norteamericano John Lloyd Stephens, arqueólogo en agraz, visitó por la década de los treinta del siglo pasado Centro América, y en 1841 apareció simultáneamente en Nueva York y en Londres su obra *Incidentes de viaje en la América Central, Chiapas y Yucatán*, que tuvo un éxito sin precedente por parte del público lector, que encontró en ella, además de las espléndidas ilustraciones del arquitecto inglés Catherwood, compañero del estadounidense en la aventura arqueológica de éste, una tesis americanista primeramente, y nacionalista con posterioridad. Una aceptación de la “civilización india”, que para los hombres de allende el Bravo, en general, supuso una reorientación o revolución cultural, además de la aprobación de la tesis autoctonista y del rechazo consiguiente de la difusionista. Este primer libro resultó revelador. Stephens reconoce que las noticias sobre la existencia de Cholula, Mitla y Xochicalco despertaron su curiosidad, que se vio acrecentada con las que él pudo leer en Del Río, Dupaix, Kingsborough y Waldeck sobre perdidas ciudades mayas; pero nos confiesa también que él y su compañero no dejaban de mostrar cierto escepticismo al aproximarse a la ruinas de Copán. Los dos viajeros no llevaban un plan determinado, una tesis anticuaria, como antes se decía, que recrear, orientar o apuntalar; sin embargo, frente a una estela con la que de buenas a primeras se tropezaron, a Stephens se le hizo la luz en la mente, aquella pieza era una prueba palpable de la existencia de una antiqúisima cultura americana, a saber, india.

La visión de este inesperado monumento –escribe Stephens– disolvió toda incertidumbre respecto al carácter de las antigüedades americanas y nos dio la seguridad de que los objetivos que andábamos buscando eran interesantes no sólo como restos de un pueblo desconocido, sino también como *obras de arte*, comprobándose así que el pueblo que antiguamente ocupaba el continente de América no era salvaje.

La aparición de la segunda obra de Stephens, dos tomos sobre *Incidentes del viaje a Yucatán* (Nueva York, 1843), consagró definitivamente al autor y a su triple tesis americanista, nacionalista y esteticista. Stephens quedó asombrado con aquel desenvolvimiento del gusto antiguo autóctono que presentaban Copán, Uxmal, Quiriguá y Palenque. Frente a la famosa cruz palenquina quedó asombrado: ¡aquello era una cosa tan hermosa como jamás la había él visto! La belleza arqueológica maya se le va a presentar con un carácter eminentemente utilitario y absolutorio, por cuanto ella es capaz de purificar el pasado prehispánico, de rescatarlo y aproximarle así al presente. La hermosura arquitectónica y escultórica maya se arbitra por Stephens como un carisma redentor, suficiente para absolver los estigmas bárbaros y selváticos con que la Europa había condenado a las artes no clásicas. Adelantándose a Worringer, permítasenos decir, él solo y con gran conciencia de su nacionalidad y de su circunstancia histórica continental y monroísta, anunciará al estupefacto mundo la existencia de una voluntad estética maya; de una belleza plástica americana original, capaz de elevar el arte aborígen al nivel estético no ya tan sólo del egipcio, sino del grecorromano, y apta por consiguiente para hacer de él la “*herencia clásica*” de América. El sambenito de inmadurez y tosquedad con que los europeos, fundamentalmente los ilustrados del siglo XVIII, habían condenado la cultura indiana quedaba inoperante en virtud de la nueva concepción estética; porque, argüiría Stephens, “un pueblo salvaje no podría haber creado estas estructuras, nunca podría haber esculpido piedras semejantes a éstas”.

Por medio del atributo estético el pasado artístico maya se convertía en nacionalmente utilizable y pues hereditable, a saber, en el pasado clásico de la América anglosajona. Stephens hallaba así un sentido americano a tal belleza y caía en la cuenta de que debía aprehenderla y aprovecharla en beneficio calculado de su nación.

En el transcurso entre la primera y la segunda obra de Stephens, otro norteamericano, Benjamin Norman, alentado por la lectura de los primeros

*Incidents* e inclusive animado generosamente por su autor, emprendió un viaje relámpago a Yucatán, cuatro meses en total, y escribió uno de los *best sellers* de la época: *Rambles in Yucatan* (Filadelfia, 1843). Empero la tesis de Norman trafica con las diversas hipótesis sobre el origen del hombre en América y se declara por la autoctonía; afirma la antigüedad de América, racial y cultural, y para él llega a ser evidente que la ciudad de Chichén-Itzá era ya antigua por la fecha en que se construyeron el Partenón en Atenas y la Cloaca Máxima en Roma. De acuerdo con Norman, los arquitectos indígenas constructores de los edificios mayas pertenecieron a la misma raza india de los “mount builders”. Las construcciones mayas más antiguas pertenecían a la más remota antigüedad y su edad no podía contarse por cientos, sino por miles de años. Con esto expresa Norman su orgullo de americano que proclama su mayoría de edad, su desasimiento o desembarazo frente a la herencia umbilical europea. América o, mejor dicho, su América, podía vanagloriarse de un pasado precolombino espléndido, cuya característica máxima era la de ser antiquísimo, autóctono y que además se constituía en el pasado continental y muy particular y justamente en el pasado estadounidense.

Pese a lo dicho, el paso o la translación de un pasado continental a un pasado exclusivamente nacional, norteamericano, no era fácil de dar y menos de explicar; pero será Stephens quien resolverá la dificultad y se apropiará, por la vía emocional e intelectual explícitas, del trasiego espiritual. Dada la lejanía física de Europa y considerado el desdén europeo por el pasado indígena, así como el afán de subsumirlo, difusionistamente al del Viejo Mundo, Stephens demanda que se les deje solos:

Que dejen, pues, el campo de las antigüedades americanas para nosotros; que no priven a un país desposeído de su única oportunidad de contribuir a la causa de la ciencia; que antes bien nos animen los europeos a reunir y retener en nuestro propio suelo, trayéndolos desde los lugares más remotos e inaccesibles, los restos arquitectónicos levantados por los habitantes aborígenes.

Si los europeos consideraban los moldes del Partenón como monumentos preciosos, los de Copán resultarían lo mismo para los norteamericanos. “Otras ruinas, prosigue Stephens, se podrían descubrir y pronto su existencia sería conocida y sus valores estéticos apreciados; sin embargo, los amantes del arte

en Europa podrían posesionarse de ellos, pero dichos monumentos y ruinas nos pertenecen por derecho propio y decido, por consiguiente, que deberán ser para nosotros.” (*Incidentes*, I, 115.)

La idea del Destino Manifiesto y la política de Monroe en su acepción de “monroísmo arqueológico” están ínsitas, si se lee con atención, en los dos párrafos transcritos.

Un crítico de la *New York Review* se hacía lenguas por el carácter doblemente nacional que poseía la obra de Stephens; es a saber, libro sobre América escrito por un “americano”. Otro crítico de *Knickerbocker Magazine* estalló en alabanzas: “¡Maravilloso, maravilloso! ¿Qué descubrimiento del presente siglo podría compararse con el de Stephens?” Pero todavía faltaba lo mejor: la maniobra intelectual stephensiana para hacer del pasado arqueológico maya un pasado norteamericano.

Un año después de la revelación de Copán (17 de noviembre de 1839) encontró un hermoso estuco en Labná que lo hizo exclamar que las figuras en él representadas tenían una apariencia extraordinaria “como el arte de ningún otro pueblo pudo jamás haber producido”. La instrumentación estética utilitaria y general hacía factible la apropiación, y justamente Stephens representa la conciencia estética de toda una nueva nación que hipostasiaba el pasado arqueológico maya y lo ponía a disposición de Norteamérica. Hasta el cauto Prescott se hará eco de la ingeniosa manipulación estética y conmovido le escribirá a Stephens diciéndole que había realizado una revolución en el terreno más interesante, el que constituía el *verdadero foro de las ruinas americanas*.

El traspaso se justificaba además por la incomprensión e indiferencia de la clase criolla hispanoamericana ante la cultura maya; por cincuenta dólares compró a un hacendado Copán e intentó asimismo adquirir Quiriguá y más tarde Palenque. Esto descalificaba a los criollos, y por si fuera todavía poco, Stephens añade que, como descendientes de españoles, los destructores, según creía él, de las ciudades mayas, no podían esgrimir ningún derecho de inspiración histórica y estética; en cuanto a los indios, tampoco podían reivindicar su glorioso y espléndido pasado monumental dado el estado de envilecimiento, servidumbre, abyección, decadencia y olvido en que habían caído aquellos directos descendientes de los extraordinarios constructores, y por lo que toca a los mestizos, descendientes de españoles e indios, inmensa turba de ociosos de “raza mixta que poseía todas las malas cualidades de ambas razas y ninguna de las buenas”, tampoco había que esperar mucho. En suma,

ni criollos, ni mestizos, ni indios, podían demandar para sí aquel pasado; todos y cada uno carecían, ni más ni menos, de una auténtica conciencia histórica de americanidad. El pasado maya se presenta, por consiguiente, como un extraordinario tesoro que rescatar de la selva y que arrebatar de aquellas manos bárbaras, extrañas, ignorantes y desdeñosas. No tiene, pues, nada de raro que en 1913, siguiendo el camino de Stephens, pero mejor armado estética e históricamente que éste, publicara J. Spinden el primer gran estudio en el siglo XX sobre el arte maya: *Un estudio del arte maya. Su contenido y su desenvolvimiento histórico*. En esta obra, así como en la de Sylvanus G. Morley, *La civilización maya* (1946), se destacan no únicamente los valores estéticos de dicha civilización, sino que se considera incluso superior a la egipcia, amén de subrayar su absoluta originalidad y autoctonía. Esto nos parece que es el último eco del reto americano frente a Europa, iniciado por Stephens, y continuado en nuestro tiempo con mejores armas y argumentos críticos.

Otro viajero y diplomático norteamericano del siglo pasado interesado en la cultura prehispánica fue Brantz Mayer, que en tres obras surgidas de su pluma –*México, lo que fue y lo que es* (1844); *El México azteca, español y republicano* (1853), y *Observaciones acerca de la historia y arqueología mexicanas* (1856)– realiza para la cultura náhuatl una operación semejante a la llevada a cabo por Stephens. Censura en primer lugar la apatía y desinterés de los mexicanos por el pasado prehispánico; está también a favor de la autoctonía cultural y racial y juzga que la destrucción violenta de la cultura mexicana por los españoles significó, nada más y nada menos, que la aniquilación del Ática indígena mexicana; es decir, que los aztecas eran para él, en tanto que conciencia histórico-estética americana, los *clásicos* de América, nuestros griegos. Y ya en plena e intencionada euforia comparativa, considera que Quetzalcóatl viene a ser el dios de la felicidad, al igual que lo fue Saturno en cierta época para los helenos. Siguiendo fielmente a su modelo Stephens, Mayer expone que la escultura azteca podría ser digna del cincel de un escultor de la antigüedad; es, a saber, que todo el pasado artístico indio se constituía en la *herencia clásica* e inspiradora de los Estados Unidos. Establece también las relaciones de semejanza artística entre todas las grandes culturas mesoamericanas y comparando los dibujos de Catherwood con los que Nebel hizo de Xochicalco, así como los existentes en algunos muros de Mitla, halló la conexión estética con los monumentos de Uxmal y Palenque. Incluso más, todas las culturas indígenas, incluidas las más modestas, estaban emparentadas entre sí. Esta

unidad de cultura la había ya establecido Norman, según vimos, y al aceptarla Mayer establecía la legitimidad de un derecho norteamericano que por razones de primacía en el estudio y por exigencias de la unidad continental convertía a Norteamérica en la legítima heredera de todo el pasado monumental indígena. Estados Unidos había pues instrumentado estética y unitariamente el pasado prehispánico y se lo había apropiado con el ansioso y sano propósito de poderse así traducir en esencias americanas. Los *vecinos* poco o nada tenían que alegar dada, según se dijo, la indiferencia y hasta el menosprecio con que veían aquel pasado.

## Consideraciones finales

Durante la primera mitad del siglo XIX los Estados Unidos experimentan dentro de sí aires de poderío y grandeza, efluvios de continentalidad e impulsos de dominación providencialmente programados: *Destino Manifiesto* y *Doctrina Monroe*. Empero, de hecho y pese a premoniciones de origen puritano, no dejaba Norteamérica de verse a sí misma como una Europa de segunda mano; como una Europa trasplantada, ultramarina e inmadura. Vivía con un tremendo desasosiego, el de experimentar la cruel paradoja de sentirse manifiestamente predestinada a dominar sobre un continente en el que se había asentado desde tres siglos atrás, pero a lo náufrago; verbigracia, sin raíces telúricamente válidas. El hombre americano de precedencia anglosajona vio al indio, al otro, como un ente caído, satánico, con el que nunca contó, salvo para marginarlo o raerlo de la faz de la tierra. Si se miraba en su espejo íntimo se contemplaba como un europeo más, pero desprovisto del cordón umbilical de la vivencia histórica de Europa o dependiente de una tradición que le era completamente inservible en su morada americana. Se veía, permítaseme la comparación, como el hombre del que se cuenta que perdió su sombra; de aquí los esfuerzos sobrehumanos, por un lado, para rescatarla, o, por el otro, casi ridículos, por encontrarla o por adquirir una nueva. ¿Dónde hallar un elemento idóneo con el que compensar el pecado original de americanidad insuficiente? ¿Cómo curarse de los achaques ocasionados por el vacío histórico? Por el lado de la cultura hispánica resultaba por tradición religiosa y política (leyenda negra) totalmente imposible; por el lado indígena, peor aún, porque la repugnancia racial anglosajona, heredada del calvinismo, impidió la mezcla de razas y condenó inmisericordemente al indio. Con todo, todavía

quedaba una última posibilidad para el urgente, necesario y salvador acercamiento, fusión y enraizamiento: la asimilación por el lado estético de la cultura indígena desaparecida y destruida. Mediante los nuevos valores arqueológicos puestos al descubierto era posible empaparse artísticamente de auténticas y originales esencias indianas (americanas) sin correr el menor riesgo y, sobre todo, sin terror al contagio humano y a la más que segura degeneración. Resucitando, por lo tanto, un pasado histórico-arqueológico que por muerto era aprovechable y, por lo mismo, no peligroso y digno además de inspiradora imitación; y reivindicando el pasado artístico maya y el del resto del continente, la función directora que deseaba angustiada y perentoriamente asumir Norteamérica, así como la compensación sustancial de que estaba tan ayuna serían logradas con creces. Aceptar como suyo el pasado y tomar conciencia artística de él significaba para los Estados Unidos henchir estéticamente su vacío americano sin riesgo ya, frente a hispánicos e indígenas.

En el sentido en que lo hemos analizado, la historia inicial de la arqueología estadounidense americanista se presenta animada de un espíritu singular; ansia de catarsis espiritual al actuar sobre un pasado artístico indiano juzgado hasta entonces bárbaro y caído; operación que a la larga serviría para absolver a Norteamérica. El pecado de americanidad insuficiente o de americana inautenticidad quedaba redimido.

## Bibliografía

- Bandelier, A. P., “Pioneers”, *American Anthropology*, I, 134, 1874.
- Bullock, William, *Seis meses de residencia y viajes en México*, trad. de Gracia Bosque de Ávalos; edición, estudio preliminar, notas apéndices, croquis y revisión del texto de Juan A. Ortega y Medina, México, Banco de México, 1983.
- Fernández, Justino, *Estética del arte mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972 (véase especialmente “Coatlicue”).
- Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Mayer, Brantz, *México, lo que fue y lo que es*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- Morgan, L. H., “Montezuma’s Dinner”, *National Historical Review*, IV, 1876.
- Morley, Sylvanus, *La civilización maya*, trad. de A. Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, 1947. Edición norteamericana: *The Ancient Maya*, Stanford University Press, 1946.

- Norman, B. M., *Rambles in Yucatan or Notes of Travels through the Peninsula*, Nueva York/Filadelfia, 1843.
- Ortega y Medina, Juan A., “Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente”, *Cuadernos Americanos*, México, n. 5-6, 1956. Reedición en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, Xalapa (Veracruz), Universidad Veracruzana, 1962.
- Prescott, William H., *Historia de la Conquista de México*, México, Porrúa, 1970 (“Sepan cuantos...”, 150).  
La edición primera en inglés: 3 v., Londres, Richard Bentley, 1843; 3 v., Nueva York, Harper and Brothers, 1843.
- Robertson, William, *History of America*, 2 v., Londres, W. Strahan, 1777-1778.
- Spinden, Hebert J., “A Study of Mayan Art”, *Memoirs of the Peabody Museum of American Archaeology and Anthropology*, Cambridge, Harvard University Press, 1941, v. IV.
- Stephens, John Lloyd, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Nueva York, Harper and Brothers, 1843.
- , *Incidents of Travel in Yucatan*, Nueva York, Harper and Brothers, 1843.
- , *Viaje a Yucatán (1841-1842)*, 2a. ed., 2 v., trad. de Justo Sierra O’Reilly, México, s. e., 1937.
- Wilson, R. A., *A New History of the Conquest of Mexico*, Filadelfia, James Challen, 1859.





## Crítica y contracrítica en torno a la *Historiografía soviética iberoamericanista*

427

En 1961 apareció mi libro sobre la *Historiografía soviética iberoamericanista* (1945-1960), que a decir verdad no encontró en México sino una tibia recepción crítica, salvo alguna que otra reseña inteligente, en particular la de mi estimado colega el profesor Martín Quirarte y la de la historiadora Elena Casas Hernández. El primer recensor, aunque amable hasta cierto punto, no deja de censurar sin embargo la excesiva generosidad con que trato a los historiadores rusos Alperóvich, Rudenko, Lávrov y Lavrietski. Según deduzco de su trabajo, él hubiese deseado menos equilibrio y mayor agresividad por mi parte, más indignación y pugnacidad; empero, de hecho mis críticas a los cuatro historiadores soviéticos citados no quisieron deliberadamente traspasar el límite estricto y circunspecto del plano académico.

Cuatro años más tarde, en el número uno de la interesante revista histórica marxista *Historia y Sociedad*, editada en México (febrero de 1965), me tropecé con un ensayo del historiador M. S. Alperóvich; en el que alude a mi libro y subraya mis críticas relativas al empleo del método histórico de investigación de los historiadores soviéticos iberoamericanistas, sin dejar de considerar los aplausos que dedico en mi obra a los valores objetivos y subjetivos

de la historiografía soviética interesada en la historia mexicana. Aunque de paso, Alperóvich aprovecha la ocasión para señalar que los círculos reaccionarios se han mostrado más inclinados a ponderar el lado negativo de mi volumen (es decir mis críticas, calificadas por tanto como negativas por el ruso, que no se refieren –hay que aclararlo desde este momento– al método marxista-dialéctico en general, sino, según creemos, al impropio o mecánico uso del mismo en ciertos análisis parciales de la Revolución mexicana de 1910) antes bien que el positivo: mis alabanzas. Como más adelante tendré que volver a tocar este punto en mi respuesta crítica a otro recensor soviético, Y. G. Mashbits, surgido al paso, al contestar a éste responderé asimismo al anterior.

Alperóvich me califica, por supuesto, de historiador burgués y desde luego tengo que asentir a ello si con esto quiere indicar que nací precisamente en un burgo y que a la sazón vivo inmerso en otro colosal: la capital de la república mexicana. En nota al pie de su ensayo (n. 96) sostiene que:

no teniendo posibilidad en el marco del presente artículo de polemizar con Ortega y Medina sobre la esencia de sus observaciones críticas, nosotros debernos señalar que, aunque algunas de ellas son fundadas, la mayoría, y sobre todo aquéllas que se refieren al método, merecen la más decidida objeción de nuestra parte. Se hace una crítica detallada de una serie de actitudes (desde nuestro punto de vista) de Ortega y Medina en la *bien argumentada reseña* [subrayado mío] de Y. G. Mashbits sobre su libro.

Ciertamente quedé sorprendido puesto que es costumbre dentro del marco historiográfico liberal el desarrollar el diálogo crítico entre los propios interesados y afectados y no buscar la solución en segunda instancia, como parece ser el caso en mi inopinado censor, Y. G. Mashbits. Puede que esto se haya debido a una mera coincidencia, o que de hecho mi sorpresa no deba de serlo forzosamente desde el punto de vista crítico soviético; pero de todas formas aunque el sistema resultó y resulta todavía extraño para mí he decidido considerarlo y encararlo.

Lo primero que hice a raíz de la lectura del ensayo de Alperóvich fue ver la manera de agenciarme la revista histórica soviética *Problemas de Historia* (*Voprosy Istorii*, 12 de diciembre de 1962, p. 160-165); mas no me fue posible conseguirla en México, si bien supe que la revista había llegado y circulaba por los escasos centros marxistas de la capital. Ya desesperaba de tener en mis

manos el ejemplar citado, con la reseña de Mashbits, cuando he aquí que a principios de mayo de este año (1965) recibo de los Estados Unidos una buena xerografía del texto crítico y además una traducción en inglés del mismo. Espontáneamente el profesor J. G. Oswald –a quien por ello le estoy muy agradecido–, de la Universidad de Tucson, Arizona, ponía en mis manos la ansiada reseña. La traducción del título original estampado por Mashbits me pareció excitante (“Well-Reasoned Criticism or Unsubstantiated Attacks?”), y conforme fui progresando en la lectura del texto me fui percatando de la necesidad de darlo a conocer y de impugnarlo. Resuelto a ello pensé en un principio traducir yo mismo el texto inglés; pero después decidí que sería mejor trasladar directamente del ruso la reseña y encargué a una persona muy competente, la señora Carmen Castellote de Wolny, la versión española del texto. Debo declarar que la traducción estimo que es excelente, como corresponde a una persona educada desde su infancia en Rusia y que además estudió en la Universidad de Moscú la carrera de historia. En el texto que va a continuación me he permitido numerar progresivamente la mayor parte de los párrafos a fin de facilitar la réplica y hacer fácil también al lector la prosecución de los extremos del diálogo. El sistema ayuda en efecto al lector; mas no deja de ser molesto puesto que priva a mi respuesta de su natural fluencia.

### Texto crítico de Mashbits. “¿Crítica argumentada o ataques sin fundamento?”

El seminario dedicado al estudio de la actual historiografía mexicana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México ha dado a la estampa un libro consagrado a la historiografía soviética contemporánea de América Latina.

Se trata del primer ensayo emprendido por un autor mexicano para examinar la historiografía soviética iberoamericanista.

1. Dos quintas partes del volumen de este libro se corresponde con las traducciones de los trabajos de Manfred Kossok (RDA). “Sobre la historiografía soviética dedicada a Latinoamérica” e I. R. Lavrietski (URSS). “Análisis crítico de la *Hispanic American Historical Review*” (1956-1958).<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Así están titulados en el libro los siguientes artículos: M. Kossok, “Zum Stand der sowjetischen Geschichtsschreibung über Lateinamerika”, *Zeitschrift für Geschichtswis-*

El capítulo del libro que atañe propiamente al autor se compone del prefacio (p. 7-39) y de un artículo crítico sobre una colección de investigaciones de autores soviéticos, intitulada “Revolución mexicana”, así como de la monografía de M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko, que lleva como título “La Revolución mexicana de 1910 a 1917 y la política de Estados Unidos”;<sup>2</sup> ambas traducidas al español y editadas en México.

La publicación de los ensayos historiográficos de M. Kossok e I. R. Lavrietski aumenta notoriamente el valor del libro para el lector latinoamericano.

El gran interés que el público de México presta a la ciencia histórica soviética es reconocido por el propio autor, en el segundo capítulo de su libro. Esto mismo confirman los comentarios sobre el trabajo de M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko en la prensa mexicana,<sup>3</sup> así como los pertenecientes al conocido historiador Agustín Cue Cánovas:

Sin duda, en este trabajo hay ciertas inexactitudes en la cronología y en el modo de presentar la vida política de México de principios de nuestro siglo. Pero estos deslices no se hacen sentir desfavorable-

*senschaft*, n. 2, 1959; I. R. Lavrietski, “Ensayo de la *Revista Histórica Hispanoamericana* de los años 1956-1958”, *Problemas de Historia*, n. 12, 1959 (la traducción española se hizo del texto inglés editado en *The Hispanic American Historical Review*, n. 3, 1960). [El autor traduce a continuación, en su nota, el título nuestro. El gentilicio “iberoamericanista” es trasladado al ruso como “latinoscoi Ameririki”, lo que nos parece impropio.]

- 2 *La Revolución mexicana (Cuatro estudios soviéticos)*, México, 1960. Aquí están incluidos los artículos de E. T. Rudenko, “Sobre la situación económica y política de México en las vísperas de la revolución burguesa-democrática de 1910-1917”, *Cuadernos Científicos de la Historia Moderna y Contemporánea*, Moscú, 1955; N. M. Lávrov, “Revolución mexicana de 1910-1917”, *La primera revolución rusa de 1905-1907 y el movimiento revolucionario internacional*, Moscú, 1955; M. S. Alperóvich, “Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos en la historiografía mexicana de la posguerra”, *Problemas de Historia*, n. 3, 1958. Del mismo autor: “Aclaraciones de algunos problemas de la historia moderna y contemporánea de México en la literatura burguesa norteamericana de la posguerra”, *Informes y Comunicaciones del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS*, Moscú, 1956. La traducción española de la monografía: M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko, *La Revolución Mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1960.
- 3 El periódico *Novedades* (25 de diciembre de 1960) indicó que el libro de M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko se vendió con mucha rapidez en México.

mente en el método de investigación e interpretación de los hechos y fenómenos de la reciente historia de México... El presente ensayo de la política diplomática de Estados Unidos en relación con la Revolución mexicana –escribe–, es el más amplio entre los publicados sobre este tema. [A continuación indicó que la monografía de los historiadores soviéticos] es un trabajo instructivo y acertado.<sup>4</sup>

Juan A. Ortega y Medina, en suma, también da una alta calificación a las investigaciones soviéticas relativas a la historia de México. Al final de su libro, se dice en particular, “Es necesario reconocer que la aportación soviética a nuestra historiografía es considerable y se distingue por no pocos méritos objetivos y subjetivos” (p. 192). De una manera especial, subraya que si hasta hace poco la historia de México era objeto de estudio, esencialmente de autores americanos, a partir de 1945 aparecen serias investigaciones de especialistas soviéticos, y los autores mexicanos ya no pueden dejar de tenerlos en cuenta (p. 7-9). El autor recalca que aquellos libros que llegaron a su campo visual están escritos por especialistas calificados y competentes que han sabido utilizar con maestría el amplio acervo de datos, incluido el contenido en las publicaciones de los autores burgueses, especialmente de los Estados Unidos.

La utilización de datos tomados de los trabajos de sus adversarios ideológicos, así como la cita de sus opiniones, son, a juicio de Juan A. Ortega, los rasgos característicos de la “técnica historiográfica soviética”, lo que hace que las conclusiones de los autores soviéticos sean ampliamente probatorias (p. 182).

Otros historiadores extranjeros señalan asimismo el rápido desarrollo en la URSS de las investigaciones relacionadas con Iberoamérica. Así, J. G. Oswald (de la universidad norteamericana de Arizona, Estados Unidos), en uno de los ensayos realizados sobre trabajos soviéticos escribió: “Latinoamérica ha adquirido gran importancia en las actuales investigaciones históricas y publicaciones soviéticas”.<sup>5</sup>

4 Agustín Cue Cánovas, “La Revolución mexicana y la diplomacia de Estados Unidos”, *El Nacional*, 23 de octubre de 1960.

5 J. G. Oswald, “Soviet News and Notes”, *The Hispanic American Historical Review*, n. 1, 1961, p. 121.

A los historiadores soviéticos de ningún modo les es indiferente la crítica de sus trabajos en el extranjero. De ahí el interés que prestaron nuestros autores latinoamericanistas a la edición objeto de nuestra reseña.

2. De una vez por todas, conviene señalar que el libro de Juan A. Ortega encierra en muchos aspectos un carácter contradictorio. Reconociendo los méritos de las investigaciones soviéticas sobre la historia contemporánea de México, y afirmando que los historiadores mexicanos están obligados a tener en cuenta la “interpretación marxista de la historia mexicana” (p. 193), Juan Ortega tergiversa al mismo tiempo las finalidades perseguidas por los historiadores soviéticos, y se pronuncia contra la metodología marxista-leninista.

Los investigadores soviéticos jamás han eludido una conversación seria o una polémica relativa a los problemas de metodología, ya que, como dijo A. I. Hertenzen,<sup>6</sup> el método en la ciencia no es un asunto de gusto personal, sino la embriología de la verdad.

6 Alexandr Ivanovich Hertenzen (en ruso Gertsen), escritor, revolucionario y filósofo materialista ruso; nació el 25 de marzo de 1812 en Moscú y murió el 21 de enero de 1870 en París. Sus restos fueron trasladados a Niza, donde descansan junto a los de su esposa, mujer delicadísima que tanto influyó en su vida. Fue hijo natural de un terrateniente ruso, I. A. Yakovlev y de la alemana Luise Haag. De inteligencia precoz, recibió una educación esmerada, pero su condición de hijo ilegítimo perturbó su infancia. Sufrió dramas familiares y vivió intensamente, en perpetua peregrinación por todo el mundo. Fue uno de los hombres que, tal vez, más influyó en el movimiento político y social de su país. En 1847, se trasladó al extranjero, para no regresar nunca a su patria, ni siquiera cuando resultó heredero de importantes bienes, a la muerte de su padre. Participó en la Revolución francesa de febrero de 1848 y fue testigo de su derrota. Desde 1852 vivió en Londres, donde editó el célebre periódico *La Campana* (1857), tribuna de sus ideas políticas. Desde sus páginas, criticó la política retrógrada del zarismo, exigiendo la liberación de los siervos. Logró que el periódico se difundiera en Rusia, donde gozó de gran reputación. En 1869 regresó nuevamente a París. Fue, asimismo, un eminente representante de la filosofía materialista rusa, y según Lenin “Supo levantarse a tal altura, que se colocó al nivel de los grandes pensadores de su tiempo”. Su creación literaria está relacionada con sus ideas filosóficas y políticas. Defendió los principios del realismo crítico y la unión indisoluble del arte con la vida; consideró la literatura como una tribuna política para la propaganda de las ideas avanzadas. Su obra literaria más importante es *Pasado y pensamiento*, su tributo intelectual a Rusia, especie de memorias y de novela-crónica. Su profundo historicismo, así como la manera realista de exponer los hechos, hacen de esta obra un fenómeno único en su género en la literatura universal. [Nota de la traductora.]

3. Precisamente por ello, nos detendremos en primer término en las declaraciones del señor Juan A. Ortega acerca de las bases generales metodológicas y metódicas de la ciencia soviética. Subrayaremos que estas opiniones suyas se basan sólo en el estudio de los trabajos arriba mencionados, pertenecientes a un reducido grupo de autores, y no a toda la historiografía soviética latinoamericanista, ni siquiera la referida exclusivamente a México. El propio autor reconoce que, por no saber el idioma ruso, sólo pudo conocer ciertos trabajos (se supone que traducidos) de los historiadores soviéticos.

4. El autor trata de explicar el interés que nuestros investigadores prestan a Latinoamérica, con el hecho de que esta región se está convirtiendo, en la actualidad, en “escenario de choque de intereses” entre la URSS y los Estados Unidos (p. 9-10). Según Ortega, las investigaciones soviéticas relativas a los problemas de la historia de los países de Latinoamérica, en los siglos XIX-XX, son provocadas, ante todo, por la lucha ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y tienen la finalidad de contribuir al desarrollo del movimiento de liberación nacional en estos países (p. 16-17). Pero semejante explicación de ninguna manera se puede considerar ni convincente ni completa.

5. Uno de los problemas primordiales de la ciencia histórica soviética consiste en un profundo y detallado estudio de la sociedad humana. El autor no sabe (o no quiere saber) que los historiadores marxistas siempre han prestado gran interés por los países de Asia, América Latina y África, y han demostrado la inevitabilidad de la salida de esos pueblos al escenario avanzado de la historia universal, antes de que ello se convirtiera en un hecho irrevocable.

En particular, el estudio feliz de América Latina ya se inició en la URSS en los primeros años que siguieron a la Gran Revolución de Octubre.<sup>7</sup>

6. Juan A. Ortega y Medina trata de demostrar que las investigaciones acerca de Latinoamérica emprendidas en la URSS parece que sirven a los propósitos “de la expansión ideológica soviética” (p. 17). Él no establece la diferencia entre la historiografía soviética y la norteamericana,

7 Citaremos a lo menos estos trabajos: V. V. Svatlovski, *El Estado comunista de los jesuitas de Paraguay en los siglos XVII y XVIII*, Petrogrado, 1924; A. Volski, *Historia de las revoluciones mexicanas*, Moscú, 1928, etcétera.

aunque reconoce que la principal tarea de la última consiste en disfrazar la política de los Estados Unidos en los países latinoamericanos (p. 9-10). De este modo, el autor se adhiere a aquellos sectores sociales de América Latina que no quieren ver la diferencia radical entre Estados Unidos y la URSS, en cuanto al modo de abordar los problemas de relaciones internacionales, y no pueden distinguir entre la expansión ideológica del imperialismo y las declaraciones amistosas de la prensa soviética, dirigida a los pueblos que luchan por una auténtica independencia política y económica. No es casual que el autor se solidarice con la reseña que hizo el historiador mexicano José Valadés acerca de aquellos trabajos de autores soviéticos que se refieren a la historia de la Revolución mexicana.<sup>8</sup> En esta reseña, tras la mención del hecho de que desde los albores del siglo XIX –época de los viajes de A. Humboldt– los extranjeros deformaron la historia de México, se dice, que en la actualidad, a la par de los historiadores norteamericanos, los soviéticos se dedican a lo mismo. Basándose en estas premisas, Juan A. Ortega y Medina afirma que la historia de México puede ser estudiada objetivamente sólo por los mexicanos y considera que eso es imprescindible “para evitar el imperialismo en el terreno de la cultura”, el cual es tan, o tal vez más, peligroso que en el campo de la economía y la política (p. 10).

7. Afirmaciones de este género se encuentran en el referido libro reiteradas veces. Sin embargo, no encajan de modo alguno con el hecho irrevocable de que precisamente la URSS, a la vez que otros países socialistas, se pronuncia resueltamente contra el imperialismo en cualesquiera manifestaciones. La incompreensión por parte del autor de las auténticas finalidades y tareas de la ciencia historiográfica soviética se debe, a nuestro juicio, ante todo, a la escasa profundidad de sus conocimientos. Según él, los trabajos soviéticos “no pueden ser considerados” objetivos, en tanto que estén escritos desde la posición del materialismo histórico, y por eso se distinguen por la estrechez y el dogmatismo de las declaraciones.

8. Nos permitimos recordar a Juan Ortega que los fundadores del materialismo histórico, Carlos Marx y Federico Engels, ya en el siglo

8 J. C. Valadés, “Nosotros, la Historia y la ciencia soviética”, *Excélsior*, 19 de agosto de 1960.

pasado, demostraron la inevitabilidad de las revoluciones socialistas y la bancarrota del colonialismo.

La historia, como es conocido, confirmó brillantemente la justicia de esta conclusión. Infinidad de ejemplos demuestran, a todas luces, que la metodología marxista leninista abre el camino para el conocimiento objetivo y científico del mundo, de su pasado histórico y de la predicación real de su futuro.

9. Es característica otra de las afirmaciones de Ortega: analizando el ensayo realizado por I. R. Lavrietski de la *Revista Histórica Hispanoamericana*, que se edita en Estados Unidos, escribe, que los norteamericanos dieron a la stampa este estudio crítico, mientras que los rusos no se decidirían a emprender un paso semejante (p. 17). Es posible que el autor desconozca el hecho de que en la URSS se traduce, en gran escala, la literatura extranjera, e inclusive los libros de nuestros adversarios políticos. En la Unión Soviética se publicaron trabajos de autores burgueses, como la *Historia de América Latina*, de A. B. Tomas (Moscú, 1960); *América Latina*, de P. Jems (Moscú, 1949); *Historia de México*, por G. Parks (Moscú, 1949), y muchas otras más.

La revista semanal *En el Extranjero (Za Rubiezhom)*, de gran difusión en la URSS, y otras ediciones soviéticas publican sistemáticamente traducciones de los artículos y declaraciones, no sólo de hombres políticos progresivos, sino de los reaccionarios.

10. El autor reprocha a los historiadores soviéticos el hecho de prestar atención especial a la parte económica y partir de la prioridad de la economía. Trata de representar los hechos de tal forma, que un minucioso análisis de la economía en las investigaciones históricas, y el reconocimiento de la prioridad de la existencia ante la conciencia, reflejan la “estrechez de clase” de los historiadores soviéticos, son “síntomas de determinismo” y “limitan” la posibilidad de un análisis de factores subjetivos (p. 26-28).

11. Pero el reconocimiento de la supremacía de la existencia ante la conciencia no excluye, en forma alguna, la necesidad de llevar un cálculo, estrictamente científico, tanto de los factores objetivos como de los subjetivos. Justamente, éstas son las posturas que adoptan los sabios soviéticos. Además, la ciencia marxista-leninista parte del reconocimiento de una unidad indisoluble de la economía y la política. Solamente a la

luz de la incompreensión de la esencia del método histórico marxista-leninista se puede explicar la afirmación del autor de que los historiadores soviéticos recorren tan sólo lo mitad del camino estudiando las premisas del desarrollo de la sociedad y sin revelar la influencia de las ideas en el desarrollo de la última. En realidad, toda la experiencia de la teoría y la práctica del marxismo-leninismo demuestra la gran fuerza de las ideas, las cuales apoderándose de las masas, se convierten en una fuerza material.

12. El método marxista-leninista de investigación de los fenómenos socioeconómicos, parte de la imprescindibilidad de un análisis de acción conjunta de todos los factores que determinan el curso del proceso histórico. Precisamente, en esto es en lo que hacen hincapié los sabios soviéticos. Por ello, cualesquiera que sean las tentativas de contraponer, en los trabajos de los especialistas soviéticos, los principios “económico” y propiamente “histórico”, inevitablemente resultan sin fundamento.

13. Juan Ortega afirma que los trabajos soviéticos vistos por él acerca de la historia de la Revolución mexicana, el análisis de las fuerzas clasistas, o la revelación del carácter de clase de cualesquiera procesos, predomina bruscamente sobre la característica de los problemas nacionales de tipo general (p. 187-188). Él considera que la ignorancia de los problemas nacionales, en general, es típica de la ciencia histórica marxista. Pero los marxistas-leninistas nunca, ni en ninguna parte, han negado la necesidad e importancia de un estudio minucioso de los problemas nacionales de tipo general, tales como la conquista y la defensa de la independencia política. En lo que concierne a los trabajos examinados por el autor, precisamente un análisis acertado de la disposición de las fuerzas clasistas en el curso de la Revolución mexicana constituye el éxito de los historiadores soviéticos y hace que sus trabajos sean sólidos, ya que sin este análisis no es posible comprender el curso, la esencia y los resultados de la misma revolución.

14. Para Juan A. Ortega, existe un cierto “campo común de todos los mexicanos” del periodo de la Revolución. Pero ¿podrá negar el hecho, por ejemplo, tan obvio, de que los líderes campesinos Villa y Zapata, el presidente Madero y el general Carranza se situaban en distintas posiciones de clase?

15. Una de las tesis del autor se refiere al carácter “rectilíneo” de los trabajos soviéticos, lo cual lo relaciona él con la aspiración de la historio-

grafía marxista de convertir la historia en una ciencia exacta, con la pregonada “inclinación económica” en las publicaciones históricas soviéticas. Juan A. Ortega escribe que esas publicaciones son secas y carecen de matices emocionales (p. 24-25, 142-143, 169-170). En su imaginación, la metódica del trabajo de nuestros historiadores no se distingue por mayores complicaciones: para un esquema creado de antemano, se seleccionan datos, los cuales, posteriormente, se elaboran colectivamente; esta colaboración se compone, como mínimo, de tres personas (el autor, el recopilador de datos y otra tercera persona que prepara el texto en concordancia con el plan y la orientación metódicas) y, además, el redactor que comprueba la verificación ideológica de lo escrito (véase p. 28-29). Esta afirmación de Juan A. Ortega no tiene nada en común con la realidad. Las réplicas acerca de la pobreza del lenguaje de los historiadores soviéticos, y de cierto argot, eficaz, sin embargo “en calidad de idioma de las masas” (p. 15), están fuera de crítica. ¿Acaso la literatura soviética no está pletórica de vivos ejemplos, en los que la rigurosidad científica se combina con una brillante forma de exposición, y donde la riqueza multifacética del idioma sorprende con frecuencia al lector?

16. En lo que atañe a las publicaciones desteñidas y grises que aún de vez en cuando aparecen en nuestro país, ¿acaso no es el mismo público soviético quien se pronuncia de la manera más resuelta contra esa clase de defectos?

17. Entre los reproches de Juan A. Ortega, dirigidos a la historiografía soviética, aparece la acusación de que ésta cambia de opiniones en lo relativo al papel desempeñado por ciertos líderes políticos, o en cuanto al significado de unos u otros acontecimientos.

En particular, hace mención del hecho de que en las nuevas publicaciones soviéticas, Simón Bolívar está caracterizado como un héroe nacional de América Latina, mientras que en los trabajos soviéticos de la preguerra, su actividad se apreciaba de otra forma (p. 30-33). Pero la “reaparición de los valores” está lejos de indicar un enfoque erróneo de los acontecimientos. Por lo contrario, testimonia la postura creativa de los especialistas soviéticos hacia el estudio de la historia, la presencia de distintos puntos de vista en la ciencia historiográfica marxista-leninista y demuestra una vez más que la trivialidad no es inherente a los trabajos de nuestros autores.

18. La valorización del carácter y los resultados de la Revolución mexicana de 1910-1917, presentada por los historiadores soviéticos (p. 35, 38, 39, 151, 186-188, 192) suscribe bruscas réplicas por parte de Juan A. Ortega. Él considera, y no sin fundamentos, que la investigación de la historia de México es una de las principales corrientes en la historiografía soviética latinoamericanista. Pero todos los trabajos que él conoce de nuestros historiadores, a su juicio, persiguen por lo visto una finalidad: quitar la aureola de la Revolución mexicana y demostrar que el ejemplo mexicano no sirve para América Latina (p. 38). Semejante afirmación es absolutamente falsa. El público soviético siente gran estimación por la Revolución mexicana y aprecia altamente sus resultados. Nuestros investigadores hacen un análisis justo y objetivo del curso y los resultados de la Revolución y demuestran su importancia ingente para el destino de México.

En la Unión Soviética honran profundamente el heroísmo del pueblo mexicano y de luchadores tan destacados como Zapata y Villa. En 1960 se conmemoró en la URSS el 150 aniversario del comienzo del movimiento de liberación nacional en Latinoamérica, y el 50 aniversario de la Revolución mexicana.<sup>9</sup>

19. De otro modo están las cosas, en lo tocante al “carácter típico” de esta Revolución. Juan Ortega escribe: “Nuestra Revolución, a pesar de sus errores pasados y presentes, puede servir de modelo para los otros países de Latinoamérica” (p. 38). A él no le complace que los investigadores soviéticos tengan su propio punto de vista al respecto. Pero rindiendo culto a la verdad, no pueden dejar de escribir acerca del carácter indeterminado de las reformas y sobre el hecho de que la Revolución de México fue reemplazada por el desarrollo evolutivo del capitalismo. Este hecho ha sido subrayado, con amargura, por muchos mexicanos. Basta con hacer una indicación a las declaraciones de conocidos estadistas e investigadores como Narciso Bassols Batalla, Lombardo Toledano y Jesús Silva Herzog.<sup>10</sup>

9 Véase G. A. Mielnikov, L. V. Piegushev, “El 150 aniversario de la lucha de la independencia de los países de Iberoamérica”, *Mensajero de Historia de la Cultura Universal*, n. 5, 1961, p. 151-158.

10 *Vid.*, por ejemplo, N. B. Batalla, *La Revolución mexicana cuesta abajo. Guion de acontecimientos nacionales e internacionales*, México, Impresiones Modernas, 1960.

20. No es casual que últimamente se haya marcado una determinada sobreestimación de la Revolución mexicana en los trabajos de los autores norteamericanos: en la actualidad, la historiografía burguesa y la sociología de Estados Unidos alzan por escudo a la Revolución mexicana como alternativa a la Revolución cubana.<sup>11</sup>

En el libro que reseñamos se advierten, asimismo, no pocas acometidas torpes, con frecuencia de carácter absurdo. Por algo el libro mereció la aprobación de una persona hostil a la Unión Soviética, como el redactor de la revista *Cuadernos*, Ignacio Iglesias.<sup>12</sup>

21. En el prefacio del libro, Juan A. Ortega expone el pesar que le causa el hecho de que en México haya pocos especialistas que sepan el idioma ruso y que se dediquen al estudio de la Unión Soviética (p. 11-12). Sólo se puede compartir ese pesar.

Confiamos en que no haya que esperar mucho para que llegue un tiempo en el que muchos latinoamericanos puedan leer las investigaciones soviéticas, en sus originales, y para que se traduzcan al español y al portugués mayor número de trabajos soviéticos. Entonces surgirá una base más amplia para los debates conjuntos y las discusiones creativas.

22. Los latinoamericanistas soviéticos aspiran a una colaboración eficaz con los tratadistas de Latinoamérica. Tal colaboración, establecida con intenciones positivas, servirá de provecho a la causa de la amistad entre nuestros pueblos y a la propia ciencia histórica.

Y. G. Mashbits

Traducción del ruso: C. Castellote de Wolny

## Réplica

1. Lo primero que encuentro de enojoso en el texto crítico de Mashbits es que cada vez que tropezó en mi libro con los sustantivos Iberoamérica e Hispanoamérica y con los adjetivos gentilicios *iberoamericano* e *hispanoamericano*

11 *Vid.*, por ejemplo, nuestro artículo “¿Cuba o México? Sociólogo americano acerca de los caminos de desarrollo de los países de Latinoamérica” (*Problemas de Historia*, 1962, n. 1, p. 183-185).

12 I. Iglesias, “América Latina vista por los historiadores soviéticos”, *Diario del Ecuador*, Quito, 12 de marzo de 1962.

los tradujo por *Latinoamérica* y *latinoamericano*, respectivamente.<sup>13</sup> Al hacerlo así no sólo incurre en alteraciones semánticas, sino que adopta términos que tuvieron su probable origen en Washington o en París, su confirmación en el resto de Europa y su proyección incluso en los propios países iberoamericanos o indoamericanos, como también se escribe de vez en cuando buscando asegurar por el lado indigenista, como antes por el latinoamericanista, un nuevo tipo de enajenación histórica. Por supuesto no viene aquí al caso discutir ni debatir ahora por extenso sobre el ingenuo o intencionado escamoteo histórico llevado a cabo por Mashbits, con el que se pretende deshuesar la historia de estos países al declarar nominalmente inoperante a uno de sus elementos constitutivos: lo hispánico. Empero, sí creo necesario denunciar que el crítico soviético no tenía ni tiene ningún derecho a traducir impropriamente términos que para mí son claves. Él pudo, en efecto, declarar su conformidad o inconvinción al respecto; mas lo que no podía hacer es lo que hizo: traducir a su arbitrio impropriamente unos términos que para mí son históricamente significativos y orientadores. No es que me guste el bizantinismo nominalista ni que yo sea en punto a filología o semántica muy quisquilloso; es que en sustancia no son histórica ni lingüísticamente equiparables las denominaciones Iberoamérica y Latinoamérica, al menos desde mi punto de vista. Mashbits, que clama al cielo por mis deslices interpretativos, debería haber sido fiel a los términos empleados en mi libro, pues que con ellos rechazo de antemano, intencionalmente, toda nueva dependencia neoliberal y neocolonialista. Salta a la vista que escribir Latinoamérica y latinoamericano puede ser cómodo, como lo es todo lo sancionado por el uso; pero es un tanto inadecuado dado que la denominación política citada resulta inapropiada, a mi modo de ver, para abarcar y mencionar el rico y distintivo complejo cultural de estos países hermanos tan iguales y tan distintos al mismo tiempo. Hay que aclarar también que en este asunto no tiene nada que ver la desacreditada “hispanidad” resucitada en Madrid y sahumada por los círculos hispanizantes iberoamericanos. Yo sería el primero en utilizar los términos empleados por Mashbits; mas siempre y cuando la integración de Hispanoamérica fuese un hecho, lo que está hoy todavía lejos de suceder, aun cuando hacia tal meta se marcha felizmente.

13 Véase nuestra aclaración a la nota del propio Mashbits.

2. Subraya a continuación Mashbits lo que él llama el “carácter contradictorio” de mi libro, fundándose para así hacerlo en que si bien reconozco los méritos de la investigación histórica soviética mexicanista y considero la necesidad de tener en cuenta en lo sucesivo las interpretaciones marxistas de los historiadores soviéticos, tergiverso al mismo tiempo las finalidades perseguidas por ellos y me pronuncio contra la metodología marxista-leninista. A decir verdad no veo por mi parte ninguna contradicción flagrante en el hecho de que se me acusa, puesto que el reconocer ciertos méritos indudables no creo que me fuerce a admitir que todas las afirmaciones soviéticas tengan que ser aceptadas, a causa del método, como verdades inconcusas. El crítico soviético posee, según parece, un misterioso y perfeccionado detector de hostilidades, fundado en el antiquísimo principio bíblico de que el que no está en todo con ellos actúa contra ellos; lo cual explica a mi parecer el malicioso título de la crítica de Mashbits. Comprendo muy bien que todo historiador o crítico soviético se muestre celosísimo de la pureza de la teoría marxista-leninista y que tenga como consigna oficial-personal la defensa de la misma en no importa qué terreno; pero la delicada sensibilidad, casi a flor de la piel, de que dan muestras los críticos e historiadores soviéticos, o presupone unos principios filosóficos aceptados como artículos de fe, o presume la posesión precaria y superficial de la filosofía que debiera sustentarlos.

3. Lo que más le incomoda, según dijimos, son mis críticas relativas al mal empleo del método histórico utilizado por Alperóvich, Rudenko y Lávrov en sus análisis de la Revolución mexicana. He de aclarar aquí, como ya lo hice manifiesta y oportunamente en mi libro, que mis objeciones se limitan a los investigadores citados y en modo alguno a toda la historiografía soviética iberoamericanista, como parece que da a entender Mashbits; por consiguiente, a confesión de parte, relevo de prueba.

4. Aunque no puedo menos de coincidir con mi crítico en los primeros renglones del párrafo, disiento de él a partir de la expresión que comienza así: “Según Ortega...” He releído cuidadosamente las páginas 16 y 17 de mi libro, citadas por Mashbits y no me he encontrado con la imputación final que él censura. Quizá se refiere, pienso, a la exposición que hago del pensamiento de J. Gregory Oswald en la citada página 16; pero exponer un pensamiento no quiere decir adoptarlo forzosamente.

5. Me acusa Mashbits de no saber o no querer saber que los historiadores marxistas soviéticos siempre se han mostrado atraídos por el estudio de

Hispanoamérica; mas debe recordar mi crítico que si bien desconocía yo que dicho interés puede remontarse incluso a los años veinte (Sviatlovski y Volski), con estudios sobre los jesuitas en el Paraguay y sobre las revoluciones en México, no pasó desapercibida para mí la *Nueva historia de los países coloniales y dependientes* de Mirosevskii ni tampoco los primeros ensayos de Marx y Engels e incluso de Trotsky relativos a España e Iberoamérica. Todos esos trabajos y sospecho también que los de Sviatlovski y Volski, dadas las fechas de su publicación (1924 y 1928, respectivamente), no muestran por ningún lado “el profundo y detallado estudio de la sociedad humana” que caracteriza por contra, según Mashbits, a la historiografía soviética iberoamericanista de nuestro tiempo. No es con ánimo de desacreditar a los padres del marxismo, ello sería pretencioso amén de absurdo, por lo que voy a presentar varias muestras históricas en las que se hace patente el enmarañamiento que presentaba ante sus ojos la historia española e iberoamericana, sino con el deseo de mostrar la absoluta carencia de objetividad que engalana algunas de sus parciales observaciones. A diferencia de los aventajados discípulos soviéticos de hoy día, Engels, por ejemplo, escribía en la *Gaceta* alemana de Bruselas (23 de febrero de 1848) lo que sigue:

Hemos presenciarlo con la debida satisfacción la derrota de México por los Estados Unidos. Tal derrota representa un adelanto, pues cuando un país envuelto en sus propias dificultades, perpetuamente desgarrado en guerras civiles, sin hallar una salida para buscar su progreso; un país cuyas mejores perspectivas hubieran sido su completa sumisión industrial a Inglaterra y que se ve obligado por la fuerza a un desarrollo histórico, no nos deja otra alternativa que considerar que su derrota es un paso hacia adelante. En bien de sus propios intereses convendría que México cayera bajo la tutela de Estados Unidos. En nada se perjudicaría la evolución del continente americano si Estados Unidos, adueñándose de California, llega hasta el océano Pacífico.

¿Injusto Engels? Puede que no; sólo que él, haciéndose eco de la secular idea del progreso, se decide por el liberalismo norteamericano democrático y progresista y condena naturalmente al sistema político-social y económico mexicano, al que ve retrógrado, teocrático y anárquicamente revolucionario.

Marx, atizando en su turno la candela del desprestigio, ya no solamente se contentará con justificar el despojo por la misma vía progresista liberal, sino aun por la étnica. Los mexicanos eran, según Marx, “les derniers des hommes”, como correspondía ciertamente a su origen histórico y racial. Refiriéndose a los norteamericanos de 1847, escribía lo siguiente:

En los yanquis se encuentran sentimientos de independencia y de valor personal en un grado quizás mayor aún que en los anglosajones. Los españoles son seres degenerados; pero un español degenerado es el ideal. Todos los vicios del español, grandilocuencia, jactancia, quijotería, aparecen en los mexicanos elevados a la quinta potencia; pero sin la dureza del español. La guerra de guerrillas en México es una parodia de la de España, y hasta las tropas de línea que huyen en los campos de batalla son infinitamente superadas por los yanquis. Debemos, en cambio, reconocer que los españoles jamás han producido un genio como Santa Anna.

Este extraño argumento de Marx no podía tener otro objetivo sino el de demostrar la inevitabilidad de nuestra desaparición del mundo histórico como nación; esa ausencia, como puede verse, está montada sobre un elemento tan subjetivo, deleznable y anticientífico como el concepto de raza. Además, estos argumentos históricos de Marx y Engels se presentan paradójicamente como portavoces expresos de la doctrina del *Destino manifiesto* norteamericano.

He de insistir en que no me mueve el deseo de desprestigiar a los dos gigantes creadores de la filosofía marxista a cuenta de los extremos citados, pues que ambos tenían sus razones para ver y enjuiciar así los hechos históricos. Lo que salta a la vista es que tanto ayer como hoy cuando faltan datos, comprensión de las circunstancias históricas y simpatía, y sobran, por contra, falaces informaciones, antipatías tradicionales y subjetividad, los resultados del análisis histórico no pueden ser sino falsos, tendenciosos e injustos. Ahora bien, no se entienda por lo transcrito que pretendo demostrar que los historiadores soviéticos citados hacen suya tan inicua línea interpretativa, porque antes bien muestran lo contrario. De todas formas la herencia intelectual denostadora ha pasado de uno o de otro modo no sólo a ellos sino al resto de la nutrida legión en calidad de resentimiento antihispánico operativo y demostrante: los estudios historiográficos soviéticos que yo conozco, relativos a Hispanoamérica, cojean todos del mismo pie denigratorio.

Desde luego Marx y Engels apoyarían hoy muy gustosos las posiciones político-económicas iberoamericanas frente a las pretensiones continentales exclusivas y dominantes de los Estados Unidos; cuando menos sus descendientes espirituales leninistas, los historiadores soviéticos americanistas, prueban hoy día con sus tesis antiimperiales la posibilidad de mi absurda y, pues, antihistórica atribución.

6. Hace hincapié mi crítico en que no establezco diferencias entre la historiografía soviética y la norteamericana y que no hago distinciones entre la expansión ideológica del imperialismo estadounidense y las declaraciones amistosas de los soviéticos. Creo sinceramente que Mashbits no me ha leído bien o lo ha hecho en volandas: lo que sostengo es que ambas, aun siendo, como son, tan diferentes en sus principios, métodos, tácticas y finalidades, resultan, sin embargo, coincidentes. La tendencia historiográfica neoliberal-capitalista y la corriente marxista-leninista, cada una por su lado, suman aun sin quererlo sus esfuerzos para hacer patente nuestro descrédito histórico. Los manifiestos o latentes ataques críticos contra la tradición y los fundamentos hispánicos de nuestra historia política, social y económica (lo cultural, por causa de su innegable riqueza conformadora, está aún en su mayor parte libre de sus acometidas, aunque hay ya suficientes barruntos de agresividad)<sup>14</sup> representan una grave amenaza contra nuestro ser histórico, dado que las pretendidas *verdades* crítico-científicas alcanzadas tienden a desvincularnos no sólo de nosotros mismos sino de los otros iberoamericanos y de todos entre sí.

El liberalismo burgués del siglo XIX y el de nuestros días tenía y tiene respectivamente sus razones múltiples para declarar inoperante a lo hispánico; pero lo irritante es que se sume a esa corriente crítica la historiografía soviética de ayer y de hoy, sin darse acaso cuenta de que al hacerlo así, o bien prolonga, como apunté líneas arriba, la añeja tradición hostil, antihispánica, de raíz judaica, del fundador del marxismo, o se suma inconsciente o tal vez conscientemente a la alegre empresa común y por demás interesada de la alienación histórica.

Para mí la tradición hispánica es un vínculo imprescindible que permitirá (ya lo está permitiendo) a los pueblos iberoamericanos reconocerse,

14 Cuando menos resulta curiosa la coincidencia de las escuelas anglosajona y soviética al considerar que la famosa leyenda negra, tan debatida, no tiene nada de legendaria y sí muchísimo, o por mejor decir, todo de melancólica y cruel realidad.

reencontrarse y luchar y defenderse unidos de las poderosas presiones y arremetidas imperialistas del coloso norteamericano; por consiguiente todo lo que tienda a debilitar o enajenar el valor de esa valiosa vinculación es facilitar el camino a las fuerzas absorbentes del capitalismo industrial y financiero estadounidense. Por eso es que clamé al final de mi libro (p. 193) por una interpretación marxista de nuestra historia; empero desde México, porque estoy seguro de que los marxistas mexicanos no podrán menos de considerar el valor de la atadura común en función de sus propias circunstancias históricas: mexicanas e iberoamericanas. Es muy posible que un historiador marxista mexicano, empleando inteligentemente el método del materialismo histórico, obtenga incluso radicalizaciones más severas y condenatorias que las de cualquier historiador soviético; mas en la búsqueda de sus verdades tendrá por fuerza que exponerse y jugarse dramáticamente su propio ser histórico: un riesgo que, con perdón de Mashbits, no podrá nunca correr el más sincero, objetivo y bienintencionado de los autores soviéticos. Por consiguiente, no es mi intento, como de cierta manera lo insinúa Mashbits, protestar ni poner un absurdo coto a las actividades historiográficas americanistas de los extranjeros; los rusos pueden y deben incursionar en la historia de México y de Hispanoamérica siempre que lo deseen y no podré menos de sentirme halagado por su dedicación y desvelos históricos; mas este sincero reconocimiento no me puede obligar a disimular ni a ocultar los resultados enajenantes de su mensaje, al que en mi libro calificué, con indignación comprensible de mi crítico, de *imperialismo cultural soviético*.

7. Según Mashbits mi incomprensión de las auténticas finalidades de la ciencia historiográfica soviética se debe, “ante todo, a la escasa profundidad de [mis] conocimientos”. Creo interpretar por “conocimientos” los relativos a la filosofía marxista y al materialismo dialéctico e histórico que la explica y mueve; y efectivamente no tengo empacho en confesar que no puedo ni fue mi intención alardear al respecto de profundos estudios marxistas, aunque los pocos que poseo no son tan superficiales como lo supone Mashbits: al menos no me considero tan desamparado intelectualmente cuando sopeso los conocimientos que maneja mi erudito crítico en su réplica.

8. Mashbits se permite recordarme que Marx y Engels demostraron la inevitabilidad de las revoluciones socialistas y la bancarrota del colonialismo; yo me tomo a mi vez la libertad de recordarle algo que es muy bien sabido de todos: que la tesis socialista de Engels expuesta en 1847 en el trabajo intitulado

*Principios del comunismo*, y según la cual la revolución socialista podía producirse simultáneamente en todos los países capitalistas, o al menos en Inglaterra, los Estados Unidos, Francia y Alemania, es decir, en los países más altamente industrializados por entonces, falló lamentablemente. La revolución socialista tardó bastante más de medio siglo y cuajó precisamente en Rusia, uno de los grandes países europeos de menor desarrollo industrial por aquel tiempo. La vida, justo por ser vida, no puede ser predecible, y si lo fuese ya no sería vida; así lo prueba la revolución socialista china, que triunfó en oposición a todos los cánones dogmáticos stalinistas, o como lo prueba todavía mejor la Revolución cubana, la más anticanónica de todas las marxistas habidas hasta ahora, y que hubiera asombrado sin duda al astuto Lenin e incluso al previsor Marx, aunque siempre dejó éste entornadas las puertas para dar paso a lo imprevisible.

La metodología marxista, según se anuncia, abre el camino para arribar al conocimiento objetivo y científico del mundo; y la manoseada afirmación es reiterada por Mashbits en forma semejante a como lo hace el que acepta sin más trámites los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. Sin embargo, hay que preguntarse ¿en qué se basa la condición de posibilidad y de valoración de la objetividad histórica postulada como científica por el crítico soviético? Mashbits, en llegando a este punto, podrá contestar que de acuerdo con la tesis del materialismo dialéctico el ser social es lo primario y la conciencia social lo derivado; es a saber, que para comprender la estructura y el desarrollo de la sociedad hay que considerar en primer término el modo y las relaciones de producción de los bienes materiales y secundariamente hay que tener en cuenta las ideas filosóficas, políticas, religiosas o morales. La respuesta parecerá contundente y definitiva; pero siempre será posible seguir preguntando de qué manera llega el historiador marxista a conocer la forma de producción. Desde luego, sólo le será posible conocerla, analizarla y comprobarla utilizando las fuentes históricas correspondientes; es decir, recogiendo, acumulando y *sobre todo seleccionando* los materiales informativos de primera, segunda, tercera y hasta cuarta mano que pueda encontrar (heurística). Pero entonces salta a la vista que las fuentes informativas sobre el modo de producción no son ellas mismas el modo de producción, sino simplemente derivados conceptuales, inclusive así se trate de meras estadísticas ya originales, ya inventadas, o ya deducidas. Más aún, como toda fuente documental está gravada con el peso subjetivista del autor, testigo o simple transcriptor,

la validez objetiva de la fuente, así como la conclusión científica obtenida durante el examen analítico serán siempre cuestionables. Claro está, podrá argüirse, que todo documento puede ser sometido a un severo tratamiento hermenéutico para que se haga visible su significado más recóndito y cierto; pero el tratamiento técnico más fino nunca podrá revelarnos con absoluta certeza la verdad última, permanente, sustancial. Allende esto hay que considerar asimismo que en el caso de disponer de varias o muchas fuentes el problema se complica, porque en la forzosa selección subyace la sutil trampa de la subjetividad.

Me permito también recordar a Mashbits que no siempre la ciencia histórica soviética ha mostrado un correcto empleo de la objetividad, tal y como lo sostiene mi crítico. No quiero repetir los ejemplos iberoamericanistas que di en mi libro para ilustrar el caso, y que de hecho no han sido refutados en la réplica soviética que he incluido aquí; pero todos ellos ponen de relieve claramente lo que calificué en mi libro de politización de la historiografía soviética, o subordinación de la investigación histórica a los intereses políticos del momento. Para demostrar esta presunta herejía me voy a permitir ahora utilizar otros ejemplos más generales: todo el mundo recuerda con extrañeza la manera como se puso término en 1952 a la discusión histórico-científica en torno al muy celebrado y debatido “modo de producción asiático”, que ha sido considerado hasta hoy como una variante oriental de la sociedad esclavista clásica, de acuerdo con la limitada orientación proporcionada por Morgan-Engels, y sin tener para nada en cuenta las sagaces observaciones del propio Marx en el libro III de *El capital* ni incluso su bosquejo de 1859 sobre *Las formas que preceden a la producción capitalista*, publicado por primera vez en ruso en 1939. Durante la célebre Conferencia de Leningrado (1931), conectada con el fracaso de la revolución china de 1925-1927, se rechazó política, pero no científicamente, bajo la presión de Stalin, la existencia de un modo de producción asiático y aun se decretó la prohibición de mencionar siquiera el término. Otro caso de lo que yo llamo politización de la historia en la Unión Soviética fue la discusión de 1958 en la Universidad de Moscú sobre las famosas “capas medias”. Profesores de orientación filosófico-histórica stalinista, es decir, mediatizados por el no menos famoso “culto de la personalidad”, y profesores antistalinistas se enzarzaron en discusiones más o menos bizantinas hasta que casi por decreto y para sosegar los ánimos se determinó que la interpretación limitada del caso que dio Stalin era errónea. Parece ser que a

pesar del ucace oficial una buena parte de los camaradas profesores siguió aferrada a la vieja fórmula.

Como comprenderá Mashbits por estos dos dechados, lo que está ahora a discusión no es la mecánica del materialismo histórico, sino la sectaria y dogmática interpretación del mismo durante el larguísimo periodo del culto a la personalidad, que no únicamente se opuso a todo intento de explicar mejor la realidad histórica, sino que declaró trotskistas a los que defendían científicamente el modo de producción asiático e incluso *liquidó* pura y simplemente a un cierto número de partidarios del sistema. “A las personas indeseables –escribe el académico soviético B. Ponomáriov– se les proscribía de la ciencia y a menudo se las eliminaba físicamente. Se difamó a los notables historiadores soviéticos Lukin, Piontkovski y otros.” Esto quiere decir, ni más ni menos, que el espíritu de partido se oponía a la objetividad y que la ciencia histórica soviética estaba sometida servilmente a las inspiraciones egolátricas emanadas del culto ya tantas veces citado. Considerando todo lo anterior, la historiografía soviética que yo conozco se me presenta subordinada a los intereses políticos, sometida casi exclusivamente a éstos, y por lo tanto, resulta sospechosa, fluctuante, palinódica. Ayer estuvo subordinada la historiografía soviética a la tarea de la exaltación de la personalidad de Stalin; hoy se nos presenta igualmente sometida a los intereses del Partido-Estado soviético. Empero, ¿quién garantiza en el futuro la imposibilidad de un nuevo culto personalista o la reapertura del antiguo? Además, ¿quién asegura al propio Mashbits que un buen día de estos no se le encargue la rehabilitación histórica de Stalin? Nadie en efecto; mas si llegare tal vez la hipotética posibilidad, Mashbits podría decir con toda seriedad eufemística que se trataba de una “reapreciación” valorativa y creadora. Y habría que darle la razón siempre que no intentase convencer al lector de su apego y fidelidad a su querido método científico del materialismo histórico.

9. No se puede menos de aplaudir en este caso la inclusión de ensayos, estudios y artículos burgueses en las revistas históricas soviéticas, así como la traducción de ciertas obras de historia provenientes asimismo del campo burgués; pero yo me refería a la imposibilidad de publicar un estudio norteamericano tan agresivo como el de Lavrietski en una revista histórica soviética de divulgación. En tanto que Mashbits no lo especifique con mayor precisión seguiré creyendo que tal posibilidad es meramente hipotética. En un país como la URSS, en donde por razones políticas, estatales, se condena a dos escritores

y se legaliza la monstruosidad mediante la farsa de un hediondo proceso, no creo que sea normal la práctica que apunta mi crítico. En tanto que el Estado soviético tenga aún necesidad de afirmarse y prolongarse históricamente, como lo pensara Lenin desde la Primera Guerra Mundial (*El Estado y la revolución*) y como después lo reconocería y prolongaría Stalin, a fin de justificar la instauración –hasta ahora todavía retardada– del socialismo y, con él, la organización y la salvación de la masa obrera inorgánica y carente de plena conciencia, no será posible el ejercicio autónomo de la libertad y de una sana, irónica y, si es preciso, irreverente autocrítica.

10-12. Las críticas que hice en mi libro a los cuatro autores soviéticos tienen por base el empleo dogmático y mecanicista que del método del materialismo histórico han llevado a cabo los citados historiadores. Ya Engels, a su debido tiempo, había llamado la atención sobre el error de otorgar a las fuerzas estrictamente productivas un predominio o determinismo absoluto y unilateral sobre la conciencia y sobre las superestructuras. Marx insistió también en lo mismo a partir de 1859 (*Crítica de la economía política*) y en otros numerosos textos, si bien afirmó siempre la primacía del ser sobre la conciencia. Empero con Stalin, como ya lo indiqué en mi libro (p. 26), las superestructuras se independizan bastante de la infraestructura.<sup>15</sup> Las circunstancias históricas (Revolución de 1917) obligarán a Stalin a otorgar un gran papel a las instituciones del Partido y del Estado soviético, así como a las ideas y teorías, como puede leerse en su *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*. Es decir, la supraestructura (ideologías, Partido, Estado, cultura, etcétera) se adelanta incluso históricamente respecto al desarrollo de la base y del régimen económico, y goza además de cierta prioridad, de cierto papel activo que, a decir verdad, no pertenecen estrictamente a la filosofía de Marx. Conviene recordar que el propio Stalin, en sus *Problemas económicos del socialismo en la URSS* (Moscú, 1952), reaccionaba contra ciertos abusos de tipo idealista, de los que creían voluntariamente que todo era posible mediante la instrumentación; mas él mismo otorgaba a la *ley económica fundamental del socialismo* un valor ideal que no era resultado inmediato de las fuerzas de producción (p. 45). Stalin llegó incluso a admitir la posibilidad de una superestructura indisciplinada, opuesta a cumplir su cometido de defensa activa de la base.<sup>16</sup> Se comprende

15 Vid. *Marxismo y problemas de lingüística*, Moscú, 1954, p. 9.

16 *Ibidem*, p. 7.

que para que los hombres del Partido y del Estado puedan percatarse de esta oposición e indiferencia superestructurales es necesario que el marxismo se haya convertido dentro de ellos en una ideología puesta al servicio de una infraestructura cuyo desarrollo no tanto depende de las fuerzas y relaciones de producción sino de un saber teórico aplicado hábilmente.

Ahora bien, esta comprensión teórica que vela y se ejerce constantemente es la que dictaminó antaño, sin duda alguna, las terribles purgas; condena hogaño a Pasternak y procesa irracionalmente a Siniavski y a Daniel. Purgados de ayer y sentenciados de hoy fueron vistos como enemigos del Estado soviético; a saber fueron considerados traidores y ajenos (en cuanto pertenecientes a la elite supraestructural) a la base.

Los cuatro historiadores soviéticos censurados por mí crecieron y se educaron en una época dominada por el culto a la personalidad de Stalin; es decir cuando predominaba la interpretación filosófica del marxismo hecha por el famoso georgiano en su *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, en donde disocia la dialéctica del materialismo –como puede observarse ya desde el título– con desdén del nexo íntimo establecido entre sus respectivos significados, corriendo dicho materialismo el riesgo de convertirse en un vergonzante *idealismo*; en una nueva metafísica de lo real, o para mejor expresarlo, siguiendo fielmente a Stalin, en una *teoría del conocimiento*, y por lo mismo una teoría todo lo burda y radicalmente realista que quiera pensarse. Se comprende que Rudenko, Alperóvich, Lávrov y Lavretskii por apartarse del Scilla staliniano hayan ido a naufragar en el Caribdis determinista aun sin quererlo. Acostumbrados durante un largo periodo histórico a remar encadenados en la galera filosófico-personalista de Stalin, se comprende que no haya sido fácil para ellos pilotear la nao por sí solos y dirigirla al buen puerto de la actual ortodoxia marxista-leninista.

No negué por consiguiente, en mi libro, como sostiene Mashbits, la unidad indisoluble del materialismo dialéctico; pero seguiré insistiendo en que las interpretaciones de los susodichos historiadores soviéticos resultan incompletas, dado que desdeñan o minimizan la importancia de algunos factores y especialmente el papel de las ideas en el desarrollo de la sociedad mexicana antes, en y después de la revolución. Tampoco niego que, de acuerdo con el método marxista-leninista de investigación, el historiador marxista tenga que analizar el mayor número posible de factores determinantes del proceso histórico, porque de acuerdo con el propio Lenin es preciso tomar

no casos aislados, sino *todo el conjunto* de los hechos concernientes a la cuestión que se examina, sin una sola excepción.<sup>17</sup> Sólo así, sobre “el fundamento de hechos exactos e indiscutibles” se podrá considerar auténtica una investigación. Empero, ¿lo han hecho así mis criticados? Me parece que no, como puede observarse en la disociación entre ciertos hechos económicos fundamentales y los correlativos históricos manipulados especialmente por Lávrov, Rudenko y Alperóvich. ¿Qué explicación dan estos historiadores soviéticos del papel importantísimo representado por el general Obregón en el proceso de la Revolución mexicana? Seguimos esperando la respuesta. ¿Por qué no se dice ni una sola palabra sobre el crédito agrícola bancario que se otorgaba a los terratenientes, que fue prohibido en 1908 por el secretario de Hacienda y que en parte propició el éxito de los revolucionarios de 1910, puesto que dichos terratenientes (grandes, medianos y chicos), irritados con el gobierno, no hicieron nada por defenderlo? Podríamos multiplicar las preguntas, nuevas y antiguas, pero no viene al caso hacerlo ahora dentro de este contexto contracrítico.

13. Tengo que insistir sobre la generalización que una y otra vez atribuye Mashbits a mis juicios. En ninguna parte de mi libro sostengo que la “ignorancia de los problemas nacionales, en general, es típica de la ciencia histórica marxista”. Esta atribución la creo injusta puesto que lo que he censurado es que los objetivos nacionalistas mexicanos no están debidamente estudiados e incluso en muchos casos son desdeñados por los historiadores soviéticos. La nación mexicana y el nacionalismo mexicano no sólo son resultados de la trabazón económica de comunidad vital y de la fuerza ascensional burguesa iniciada a principios del siglo XIX, sino también una categoría histórica con particularidades semejantes a las europeas y con otras completamente originales y propias. México en particular e Iberoamérica en general están constituidos por una raza, una cultura y una historia mestizas; hecho específico determinante que no se puede ignorar. Si armados con las conclusiones stalinianas expuestas en *El marxismo y el problema nacional y colonial*,<sup>18</sup> se intenta el análisis del nacionalismo mexicano, las conclusiones serán fatalmente falsas. La *mesticidad*, permítaseme el neologismo, tiene un importante desempeño

17 Vid. V. I. Lenin, *Obras*, 4a. ed., t. 23, p. 266.

18 Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1941.

en la lucha de clases en México; un papel que colorea y matiza peculiarmente la oposición de las fuerzas clasistas.

14. El “campo común” a que se refiere Mashbits no es para mí sino la *conciencia histórica* mestiza que como valor patriótico aúna a todos los mexicanos, pese incluso a las notorias diferencias aún existentes entre los distintos componentes étnicos que constituyen al gran núcleo mestizo.

Lo que yo indicaba es que precisamente los dos caudillos populares (mestizos ambos) Villa y Zapata, en un momento crucial para el país, invasión americana, no comprenden lo peligroso del momento justo porque su clase era la que menos podía entender la gravedad del problema. En todo caso la reacción de Villa contra los Estados Unidos (Columbus) surge del resentimiento que le provoca la promesa incumplida de apoyo. Como regla general la clase más baja es la más alienada y sin embargo no deja de tener una firme conciencia patriótica y un acreditado fervor nacionalista; el fenómeno sólo puede explicarse si consideramos una conciencia superestructural que a través de la elite, depositaria de la experiencia histórico-cultural, organiza, des-enajena a la masa e insufla en ella ciertas ideas que permitirán a dicha masa tomar conocimiento de sí misma y transformarse en una fuerza material. Pero lo que quedará siempre en el más absoluto misterio pentecostésico es la manera como las ideas mediadoras de salvación se plasman en la conciencia de la elite (llámense individuos o partido) y pasan de ella a la clase proletaria y campesina.

15-17. Me gustaría aceptar todas las explicaciones que formula Mashbits contra mis críticas referentes al sistema y al estilo de redactar la historia que tienen los historiadores soviéticos. Mas no podrá negar, me figuro, las censuras que provienen de su propio campo:

Nuestras revistas de historia –escribe el ya citado académico soviético B. Ponomáriov– han merecido el reconocimiento de la opinión científica soviética y extranjera y entrado sólidamente en las ciencias históricas; en torno a ellas se ha formado un amplio activo de autores y lectores. Sin embargo, en su actividad hay muchos puntos débiles. La temática de las revistas tiene con frecuencia un carácter casual y se determina a veces, no por un plan de los consejos de redacción minuciosamente pensado, sino por la “cartera” que se forma de manera espontánea en la redacción. En las revistas aparecen todavía artículos sobre ternas insignificantes,

parciales. La mayoría de los artículos *se escriben con un lenguaje pesado, inexpresivo, que a menudo ahuyenta al lector*.<sup>19</sup>

Y hablando acerca de las reseñas, el académico añade que son por lo general poco profundas y que se doblan a “una especie de molde”. No está en mi ánimo atribuir estos defectos a la recensión de Mashbits; pero sí quiero insistir en que los textos traducidos al español de Rudenko, Alperóvich y Lávrov presentan esas faltas denunciadas por Ponomáriov. Y desde luego están fuera de toda crítica la literatura rusa de ayer y la soviética de hoy, su heredera, como lo justifican los dos premios nobeles alcanzarlos legítimamente por Rusia (Pasternak y Shólojov).

No censuro tampoco, por el prurito de censurar, el trabajo en equipo, siempre que cada autor participante muestre la suficiente autonomía en su tema. Las discrepancias más o menos disimuladas y sutiles que presentan las diversas redacciones conjuntas antes bien enriquecen que empobrecen la combinación. Mas la manera como en la Unión Soviética se hacen tales trabajos colectivos no es por supuesto la más recomendable. Mashbits objeta mi explicación; pero es el caso que precisamente hojeo y ojeo en este momento los muy divulgados *Fundamentos de la filosofía marxista*, escritos por diez profesores soviéticos especialistas, donde aparece como definitivo redactor el académico F. V. Konstántinov. El lenguaje de esta obra se nota chato, muletillero y corriendo casi a ras del suelo; y como conozco muy bien a los dos traductores de la obra en cuestión, no es achacable a la traducción española el frío y pesado aplanamiento del texto.

18. Ya abordé el asunto al final del párrafo 8 e insistiré nuevamente en que es algo más que una “reapreciación de valores” saltar del Bolívar *canalla* al *patriota*: si ello no constituye un enfoque erróneo no sé entonces qué será. Precisamente la presencia de distintos puntos de vista en la ciencia historiográfica soviética demuestra, no por cierta trivialidad, que sería incluso perdonable, sino por el empleo obsoleto de la lógica tradicional. La maniquea caracterización de Bolívar nos recuerda las explicaciones del veterano sargento ante el sumiso tropel de reclutas expectantes: “flanco derecho es lo mismo que flanco izquierdo, sólo que al revés”. No es ésta la ocasión para presentar la parpadeante imagen de Bolívar a través de la historiografía soviética; pero

19 Subrayado mío.

Mashbits, que la ha de conocer muy bien, tendrá que admitir conmigo que no hay otro caso semejante en toda la historiografía de la cultura occidental. Desde el *Diccionario enciclopédico* ruso de 1891, pasando por las diversas ediciones de la *Breve* y la *Gran* enciclopedias soviéticas, hasta el año de 1939, en que los soviéticos descubren la opinión negativa de Marx sobre Bolívar en la *New American Encyclopedia* de 1858, la curva de la apreciación y del interés bolivariano resulta enloquecedora, cardiaca y desconcertante. De 1939 a 1956-1957 los bonos de Bolívar alcanzan la cotización más baja y deleznable, para volver a subir, casi vertiginosamente, desde 1958 hasta nuestros días. En 1956 en la revista *Problemas de la Historia (Voprosy Istorii)*,<sup>20</sup> un cuarteto de historiadores soviéticos arremete con gran desfachatez contra la mayoría de los historiadores burgueses (norteamericanos y españoles esencialmente) por presentar éstos a Bolívar y a los otros caudillos militares de la independencia como dictadores y déspotas alejados de las masas populares; justamente el mismo punto de vista que la historiografía soviética había venido repitiendo desde 1939 hasta 1957. Ni qué decir tiene que los dichos historiadores burgueses, a los que se cita por sus nombres, son declarados despreciables y reaccionarios; apologistas de las dictaduras agrofeudales de Iberoamérica. En 1958 la biografía de Lavretskii (uno de los componentes del cuarteto) marca la apoteosis de Bolívar, con todo y un prefacio del gran poeta chileno Neruda. Por supuesto el caudillo ya no es presentado como un dictador temeroso de las masas, sino como un héroe popular a la altura del arte. El Bolívar de Lavretskii es también antinorteamericano y antirreligioso, y para demostrarlo el historiador soviético, sin reparar en barras, amaña las citas, en el primer caso, y se hace eco de leyendas sin fundamento, en el segundo. Según Lavretskii, Bolívar no murió invocando al Dios de sus padres y abuelos, sino pensando en su maestro, en un sobrino, que era su predilecto, y sosteniendo en sus débiles manos *El contrato social* de Rousseau; pero en el testamento manuscrito de Bolívar puede leerse que hizo votos de “vivir y morir como católico y cristiano sincero”. En efecto, el 17 de diciembre de 1830 en la hacienda de San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, propiedad de su amigo el español D. Joaquín de Mier, murió *El Libertador* con el crucifijo en las manos; el obispo de Santa Marta y otros sacerdotes católicos lo visitaron antes de tan angustioso trance.

20 *Voprosy Istorii*, n. 11, 1956, p. 52 y s.

19. He creído necesario poner en claro, a título de posibilidad, el mensaje latente de la historiografía soviética y norteamericana, que consiste en dar a entender que el ejemplo revolucionario mexicano resulta inútil e inoperante para el resto de Iberoamérica (p. 38 de mi libro). Mashbits refuta tal hipótesis; pero sus críticas son flojas. Apela a la estimación que siente el pueblo soviético hacia México y su revolución, cosa que es de agradecer; mas no cae en la cuenta que aun apreciando los historiadores soviéticos los resultados de la Revolución mexicana, no pueden menos de verla, de acuerdo con la ideología marxista, como fallida y enajenante en último extremo, a pesar de sus importantes logros.

20. Se confirma lo afirmado en el apartado anterior, cuando se lee que “rindiendo culto a la verdad” hay que admitir, en efecto, que “la Revolución de México fue reemplazada por el desarrollo evolutivo del capitalismo”. Efectivamente la revolución no podía sino evolucionar hacia formas capitalistas dado que desde su origen todos los principios puestos en juego procedían del arsenal político de la clase burguesa, a excepción del floresmagonismo, de raíz anarquista, y del zapatismo, de inspiración indigenista-colonial y regional-antirreformista. La mera exposición de este hecho histórico por parte de Mashbits y de los tres historiadores soviéticos implica la crítica latente de que hemos hablado líneas arriba, que incluso se ilustra con las declaraciones amargas de “tres conocidos estadistas e investigadores mexicanos”. Pero estos tres críticos socialistas mexicanos –caracterización política no indicada por Mashbits– jamás se han pronunciado ni es posible que los dos que aún viven (Lombardo Toledano y Jesús Silva-Herzog, el desaparecido es Narciso Bassols) se pronuncien contra la ineficacia total del mensaje revolucionario y burgués allende la frontera sur, hacia Iberoamérica. Además tanto ellos como el propio Mashbits, amén de Rudenko, Alperóvich y Lávrov, saben muy bien que el gigante norteamericano no hubiese permitido otro tipo de revolución que no hubiese sido la liberal-burguesa, y contra la cual, a pesar de todas las simpatías análogas, se resistió y aun opuso muy serios obstáculos intervencionistas. Más aún, invito a Mashbits para que recuerde conmigo lo que el propio Lenin escribió en su *Caricatura del marxismo*:

En los países avanzados [...] el problema nacional fue resuelto hace mucho; la unidad nacional ha rebasado su propósito; objetivamente ya no hay “tareas nacionales” que cumplir. Por lo tanto sólo en esos países es

posible ahora romper la unidad nacional y establecer la unidad de clases. En los países subdesarrollados, por el contrario [...], la situación es enteramente distinta. En esos países –como regla general– aún tenemos naciones oprimidas y subdesarrolladas desde un punto de vista capitalista. Objetivamente estas naciones todavía tienen tareas nacionales que cumplir, a saber, tareas *democráticas*, las tareas de arrojar a la opresión extranjera.

¿Podrá negar Mashbits que la tarea democrática y nacional de los mexicanos, agravada por los complejos problemas del mestizaje, no podía sino derivar históricamente hacia el establecimiento de la democracia burguesa en México? ¿Podrá asimismo negar mi crítico que el poder político mexicano trabajó y “trabaja en armonía y en dirección al desarrollo que está de acuerdo con las leyes económicas” y no lo hace “contra el desarrollo económico”? Si pues Engels en su *Anti-Dühring* (2, c. 4) y Lenin en la obra líneas arriba citada respaldan, como se ve, *a priori*, la dirección correcta tomada por la revolución burguesa mexicana, no entiendo por qué Mashbits ha de censurar la evolución capitalista de nuestra revolución. Con perdón de Mashbits me parece que la actitud sectaria que él trasluce representa la inercia filosófica de los que todavía viven bajo el influjo del culto a la personalidad.

Como lo ha podido ir viendo el lector, no se trata de que me complazca o no el punto de vista ruso: de lo que se trata es de exhibir el significado velado, hondo y oculto que creo haber descubierto en las críticas soviéticas y que estoy bien lejos de considerar como una conspiración.

21. Estoy, ahora sí, totalmente de acuerdo con Mashbits en este apartado. Efectivamente no tiene nada de casual la sobreestimación de la historiografía y la sociología norteamericanas respecto a la Revolución mexicana. La explicación es convincente y me atrevería a añadir que algunos intelectuales norteamericanos intentan explicar ahora los éxitos de la revolución durante estos últimos años como una comprobación de las ventajas que ofrece la famosa Alianza para el Progreso. La cosa no deja de ser chusca, si no es que completamente absurda; mas en este ingenuo o intencionado hecho yace asimismo ínsita la ya indicada idea de pretender minusvalorar a la revolución por la cómoda vía atributiva.

Desde otro punto de vista es natural que los norteamericanos, y en el mismo caso están, según creo, los soviéticos, simpaticen ahora con la Revolu-

ción mexicana, pese a sus imperfecciones, y la prefieran a las contrarrevoluciones y golpes de Estado que parecen ser hoy día la tónica para el resto de Hispanoamérica. De todos modos es reconfortante observar que nuestra revolución, pese a sus fallas, que soy el primero en combatir y lamentar, está siendo redescubierta en Hispanoamérica. Por mi parte estoy firmemente convencido de la necesidad de proyectar su positivo mensaje y realizaciones más allá de nuestra frontera sur, como parece haberlo entendido la cabeza política más representativa del país. He experimentado la máxima satisfacción cuando he visto confirmado mi pronóstico de hace varios años, al poner en práctica el presidente de la República, licenciado Adolfo López Mateos, un viaje de buena voluntad por Sudamérica. En noviembre de 1960 terminé el prólogo de mi *Historiografía soviética iberoamericanista* con estas palabras: “Ni oficial ni institucionalmente y aún menos en lo particular nos hemos preocupado porque nuestra voz y nuestras obras repercutiesen con ecos dirigidos allende el Suchiate. Empero algún valor ha tenido y tiene todavía nuestra Revolución, cuando a pesar de nosotros mismos sigue siendo una esperanza redentora para los otros”. Los viajes iberoamericanos del expresidente Adolfo López Mateos y del actual mandatario, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, confirman halagadoramente mis previsiones, modestia aparte.

22. Recordará el lector que cuando inicié este trabajo me referí al hecho de que Alperóvich destacaba con sutileza que mi libro había sido elogiado por ciertos círculos reaccionarios y especialmente por el norteamericano señor Oswald y por el español señor Ignacio Iglesias, redactor jefe de la revista “ultrarreaccionaria” en castellano *Cuadernos*, que se publica en París. Esta denuncia la hace asimismo suya Mashbits, quien aclara además que me he solidarizado con la reseña del señor José Valadés y que me he basado en sus premisas críticas para hacer ciertas afirmaciones en mi libro (*vid.* n. 6). Me causa cierta incomodidad el tener que contestar a Mashbits y a Alperóvich en un tono que no es precisamente el más académico. ¿Por qué tiene que responder uno del empleo que hagan otros de sus ideas? Al salir un libro o un ensayo de las manos de su autor, la publicación adquiere por sí misma una independencia espiritual incontrolable ya para el escritor. Uno debe responder de sus ideas; pero no del uso o abuso de las mismas por parte de segundos y aun terceros. Esa técnica procesal resulta a todas luces injusta y da pena observar cómo sigue siendo utilizada no ya tan sólo por dos críticos más o menos independientes, sino incluso por todo un sistema estatal que si ayer tenía más que

sobradas razones para proceder así, hoy ya no tiene ninguna como corresponde a la consolidación extraordinaria de una gran potencia mundial y primera socialista en el mundo.

Los profesores Mashbits y Alperóvich no se dan cuenta de que el empleo del *barbara celarent* no es el más correctamente indicado para dos marxistas cuyas ideas provienen o deben provenir directamente de un proceso tan creador, revolucionario y científico –así lo estiman ellos– como es el materialismo dialéctico. Esta manera de proceder recuerda al encallecido cardenal dos-toiewskano y escolástico mayor: Ignacio Iglesias es un enemigo declarado de la Unión Soviética; menor: y como él alaba a Ortega y su libro; *ergo* tanto el libro como su autor son indignos y pues adversos. Esta silogística trasnochada resulta impropia de dos intelectuales marxistas; pero con todo me doy de santos porque de haber caído en sus manos una crítica alemana que me encomia, no sé a estas horas bajo qué *INRI* crítico soviético me encontraría catalogado e inclusive crucificado.<sup>21</sup> Alperóvich y Mashbits tienen naturalmente todo el derecho para enjuiciar mis borriones; empero lo que no me parece correcto es que para hacerlo tengan que echar mano de los capciosos recursos que les proporciona la lógica tradicional; porque los valores de ésta –admitirán conmigo ambos censores– sólo pueden tener vigencia en tanto que se los considere debidamente subsumidos a una lógica más general y amplia como es la dialéctica; es decir a una lógica que subordina a ella todas las anteriores.

23. Para terminar deseo francamente hacer mío el voto de Mashbits cuando afirma que los “latinoamericanistas soviéticos aspiran a una colaboración eficaz con los tratadistas de Latinoamérica”. Creo por cierto que el diálogo ha de resultar provechoso y ha de ayudar sin duda al fortalecimiento de la mutua amistad y comprensión entre nuestros pueblos. Asimismo el diálogo ha de favorecer en extremo al desarrollo de la ciencia histórica soviética, mexicana e iberoamericana.

21 Véase la nota crítica de K. W. Kürner, “Mexikos Geschichte durch Meskaus Brille”, *Süddeutsche Zeitung*, Múnich, 11 de octubre de 1962.

## Bartolomé de las Casas y la historiografía soviética\*

459

### Preámbulo obligado

Un distinguido filósofo mexicano, Antonio Caso, expresó no hace todavía muchos años, y no sin cierta alarma, que dadas las circunstancias históricas de México, éste ha pasado y sigue pasando vertiginosamente a través de modas y modos filosóficos y políticos que apenas adoptados son desplazados por nuevas y urgentes fórmulas provenientes del exterior. Cuando todavía la última novedad aceptada busca terreno favorable para enraizarse y fecundar entre nosotros, he aquí que otra más reciente y al parecer más atractiva desaloja a la anterior y procura asimismo terreno propicio donde fincar. Este interesante flujo y reflujo de opiniones, ideas y prácticas pone de manifiesto nuestra incertidumbre e inseguridad, puesto que no damos tiempo para que se realice la aclimatación, o, si se prefiere, la fermentación de elementos que en sus países de origen han tardado muchos años y aun siglos en aparecer y perfeccionarse.

\* Conferencia sustentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, dentro del ciclo “Homenaje a fray Bartolomé de las Casas”, el 25 de octubre de 1966.

Esta reflexión viene muy a propósito para meditar acerca del tema, siempre vivo y actual, relativo a la calidad de lo que de fuera debemos seleccionar para nuestro consumo intelectual y material.<sup>1</sup> Nos vemos ciertamente inundados por un formidable alud de bienes materiales e inmateriales; por un estrepitoso torrente de nuevos conceptos científicos, de nociones técnicas, de ideas renovadoras y de procedimientos industriales revolucionarios. Pero al mismo tiempo que recibimos tales bienes atractivos y tumultuosos, nos vemos forzosamente saturados de una o varias filosofías, de uno o diversos sistemas de categorías e incluso de un estilo de vida sustentador de los bienes arriba señalados. Resulta, por tanto, imperioso pensar si estamos o no todavía en disposición de poder aceptar y especialmente asimilar indiscriminadamente la vasta oferta que nos viene de afuera. Algunos, si no es que la mayor parte de nosotros, creemos que sí, pues que se piensa que es la mejor y más rápida manera para pasar de nuestro subdesarrollo presente a un desarrollo pleno en el futuro inmediato; empero, y sin que ello suene a pesimismo, tenemos que llegar a la conclusión de que, mal que nos pese, no podemos permitirnos el lujo de recibir en bloque, ingenua y empíricamente todo ese enorme conglomerado de vistosas y sustanciosas innovaciones. No se trata en nuestro caso, conviene aclararlo, de provocar un reaccionario toque de alarma apelando a una imposible, absurda y peligrosísima autarquía espiritual y material, sino simplemente se trata de llamar la atención sobre la grave y delicada tarea que se nos impone, a cada cual en su propia esfera y rango intelectuales, de actuar a manera de tupido cedazo para sólo dejar pasar lo más fino, necesario y saludable. No apelamos tampoco a un catonismo censor, puesto que debemos estar valientemente expuestos y abiertos a todas las influencias del mundo; lo que demandamos es un excogitado uso de nuestro libre albedrío; es decir de nuestra libertad de discernimiento, para aceptar, adoptar o rechazar en cada caso las influencias y valores ajenos.

Para que no se nos interprete mal, conviene recordar, a propósito de lo dicho, que toda auténtica evolución histórica exige ciertamente, como lo postulaba Juan Jacobo Bachofen en su *Die Sage von Tenaquil (La fábula de*

1 A partir de aquí, hasta donde termina nuestro preámbulo, nos declaramos tributarios de las inteligentes ideas de Ernesto Volkening, que hemos seguido fielmente, salvo en el hecho de que él las aplica a la realidad cultural colombiana y nosotros a la mexicana. Vid. "Apropiación de bienes culturales de raíz ajena", *Eco Revista de la Cultura de Occidente*, Bogotá, Editorial ABC, 76 (agosto 1966), p. 418-438.

*Tenaquil*), una responsable recepción de elementos foráneos; pero al mismo tiempo reclama una fecunda transformación, una metamorfosis o desarrollo ulterior de las influencias recibidas: exigencia inexcusable si es que en verdad se quiere evolucionar históricamente. Se comprende que esta tarea no es fácil supuesto que presupone la presencia de un sujeto o sujetos capaces de realizar tan delicada operación de trasiego, de aclimatación espiritual o de inserción de lo nuevo y extraño en el viejo tronco de lo entrañable, propio y tradicional. Salta a la vista que tales seres intelectuales han de poseer una fuerte personalidad capaz de eliminar el peligro del aniquilamiento de lo propio y con él del destino histórico esencial. ¿Poseemos ya, acaso, una personalidad lo suficientemente afirmada para no indisponernos con los frutos maduros, pasados o inmaduros precedentes del exterior? ¿Somos dueños ya, por cierto, de una definida personalidad cultural lo suficientemente sana, propicia, curiosa, resistente, creadora, asimilativa y en sazón para preservarnos de las peligrosas indigestiones que provocan una recepción puramente mecánica acumulativa de los bienes culturales ajenos? De la respuesta que demos a estas cuestiones ha de depender nuestra capacidad de aceptación, de adaptación o de rechazo.

En cuanto a entes receptores, todo influjo exterior debe ponernos en aviso e incluso en guardia. No se trata, insistamos en esto, de adoptar una actitud negativa, reaccionaria, como dijimos antes; tampoco se intenta establecer cuarentenas intelectuales ni absurdas medidas de profilaxis espiritual nacionalista y mucho menos elevar las tarifas para encarecer los valores de fuera y obligarnos a consumir únicamente los nuestros, porque si se procediese así lo que estaría en peligro sería nuestra propia evolución histórica. Se trata de saber cuántos y cuáles injertos son los adecuados para hacer circular la savia renovadora de nuestro árbol cultural o histórico. El mercado exterior de bienes culturales es abundante y asaz atractivo; mas hay sinceramente que reconocer que la mayor parte de las mercancías es de desecho y está averiada como corresponde a un trágico momento de *crisis de conciencia* de la que no se halla libre hoy día ningún pueblo creador. Los bienes de exportación que tocan a nuestras puertas provienen de esos países cuya cultura se encuentra en crisis, y si nos abrimos de par en par a tales bienes sin hacerlos pasar antes por una adecuada criba intelectual, hay el peligro de que ellos se proyecten y ejerzan su imperioso influjo sobre un país como el nuestro que también se halla en crisis, pero en crisis de crecimiento y no de conciencia. En la etapa

crítica que vive en este momento México, representa un serio riesgo la penetración indiferenciada de sustancias inasimilables. En el organismo nacional todavía a medio hacer existe el peligro de provocar graves lesiones e inhibiciones de crecimiento ante la presencia de elementos de difícil asimilación. Para un individuo así como para una colectividad en proceso de desarrollo no todas las influencias son compatibles. Un irrestricto *laissez faire* espiritual puede producir serias lesiones psíquicas capaces de alterar, pongamos por caso, el fecundo proceso de mestizaje sobre el que se va definiendo nuestra peculiar nacionalidad.

|

Una vez establecidos los términos críticos de nuestro intencionado preámbulo, pasemos propiamente al desarrollo del tema según quedó anunciado en el título de esta conferencia. Hace ya cinco años tuvimos la oportunidad de dedicar nuestra atención al examen de algunos de los principales libros y ensayos escritos por los historiadores soviéticos interesados en los temas de nuestra historia en general y en particular con la historia de la Revolución mexicana.<sup>2</sup> Llamamos entonces la atención del lector acerca del “imperialismo cultural” que el hecho entrañaba, y que hoy por hoy nos sigue preocupando. Nuestros temores se han agudizado al presente al comprobar que el colonialismo intelectual de influencia soviética prosigue su obra lenta y segura en todos los frentes de nuestra cultura histórica. No se trata en el caso de los historiadores soviéticos de una confabulación o conspiración, sino de reescribir nuestra historia bajo la guía marxista del materialismo dialéctico e histórico. Hemos de repetir aquí lo que ya hemos declarado en otras ocasiones: nos sentimos en verdad satisfechos y hasta halagados por esta preocupación mexicana de los historiadores soviéticos, y a fuero de críticos sensatos tenemos que agradecerles sus incursiones por los campos y aledaños de nuestra historia; pero no podemos cruzarnos de brazos frente a esta intensa actividad historiográfica que se proyecta ya sobre México en libros, revistas y ensayos traducidos al español, y por cierto muy decorosamente editados. Si ayer era, como hoy es, un hecho cierto que todo historiador mexicano tiene que tener

2 Véase nuestra *Historiografía soviética iberoamericanista, 1945-1960*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.

en cuenta la copiosa producción historiográfica norteamericana al ponerse a escribir sobre no importa qué tema de nuestra historia; al presente también hay que tomar nota y muy seriamente de la no menos vasta y erudita elaboración soviética.

Lo inaudito, lo increíble incluso es que bien por pereza, o lo que es peor, por manifiesta ignorancia, el estado mayor intelectual de los historiadores marxistas mexicanos no ha respondido emulativamente a la incitación historiográfica soviética ni tampoco lo ha hecho a nuestro reto de 1961 cuando insistimos en la necesidad en que se encontraba de elaborar una interpretación marxista de nuestra historia, empero desde México; es decir en su contexto propio y teniendo en cuenta las circunstancias mexicanas, situación dramática nacional que no puede ser precisamente la de los rusos. Nuestras imputaciones de ayer tenemos que reiterarlas hoy ante el contraste abismal que presenta la gigantesca actividad soviética iberoamericanista al lado de la inhibición total de nuestros historiadores marxistas. Bien es verdad que son muy pocos; pero si trabajasen en serio la calidad podría compensar lo exiguo del número. Sin embargo, lo más reprochable aún es que una revista histórica mexicana de filiación marxista como *Historia y Sociedad*,<sup>3</sup> en su entrega quinta se conforme no con originales mexicanos sino con traducciones al español de textos rusos. La citada revista dedica casi por completo ese número a revisar por vía conmemorativa la extraordinaria figura de fray Bartolomé de las Casas; pero da tristeza comprobar que de los siete ensayos incluidos en el texto, cuatro son de autores soviéticos, otro del español Juan Comas, reimpresión del original publicado en La Habana hace ya once años, y los dos últimos, que no se refieren al tema lascasiano, brotados de las plumas de sendos mexicanos. Por supuesto estos dos últimos trabajos escapan a nuestro acoso crítico, por la razón ya citada, y el de Comas, aunque se refiere a “Los detractores del protector universal de indios y la realidad histórica”, asimismo escapa a nuestras reflexiones críticas dado a que fue escrito en 1955 y dado sobre todo a que nuestro interés se cifra por el momento en el examen recensional de los cuatro ensayos soviéticos ya indicados.

Insistiendo sobre lo dicho tenemos una vez más que manifestar nuestra irritación por el hecho de que para conmemorar al padre Las Casas en el

<sup>3</sup> *Historia y Sociedad*, edición trimestral dirigida por Enrique Semo, México, n. 5, primavera 1966.

cuatricentenario de su tránsito (1566-1966) se haya recurrido al fácil expediente de las traducciones, sin duda a nuestros historiadores marxistas no les interesó el tema, o supusieron mejor que las verdades consagradas ya por los soviéticos eran más eficaces, en función del método científico, para cubrir el expediente. ¿Empero esta desidia y la solución acordada por el editor, consejeros y redactores de la revista nos prueban mejor que nada los peligros de la posible indigestión cultural que noticiamos en nuestro preámbulo? ¿No representa tal determinación editorial un ejemplo clarísimo de lo que en las páginas atrás hemos llamado “colonialismo intelectual”?

La revista histórica citada se inicia con un editorial dedicado a Las Casas en este cuarto centenario de su muerte, en el que se afirma que el batallador dominico español del siglo XVI representa para los actuales luchadores de la independencia latinoamericana “el origen de la ideología anticolonialista en América Latina” (p. 3). Como bandera política, el símbolo no está mal elegido; mas como verdad histórica deja mucho que desear supuesto que, incluso en el *De único vocationis modo*, el método catequístico de adoctrinamiento defendido por fray Bartolomé a base de la suave moción de la voluntad indígena no deja de ser en última instancia una muestra, todo lo generoso que se quiera, de colonialismo espiritual, o de intervencionismo como decimos hoy.

Los autores del editorial, que se proclaman a sí mismos “marxistas latinoamericanos”, se muestran además orgullosos de sentirse los herederos de las tesis expresadas por Las Casas en el *Memorial* de 1562-1563 dirigido al Consejo de Indias. Nosotros también nos mostramos orgullosos con las ideas y actividades del padre Las Casas; pero todavía lo estaríamos más si los suso citados herederos marxistas latinoamericanos del defensor de los indios hubiesen dado a las prensas algo más que las tres breves páginas editoriales y conmemorativas: *mons parturiens* de la historiografía marxista mexicana interesada en Las Casas. Sin embargo, en el apretadísimo espacio utilizado se sitúa al padre Las Casas entre el ideal renacentista-utópico y el anticonformismo indígena, haciendo tabla rasa de su tradicionalismo tomista y de sus sueños medievales joaquinistas. Como todavía les pareciera poco lo afirmado, se sostiene que la actitud de Gonzalo Guerrero combatiendo a sus antiguos compañeros (según lo cuenta Bernal Díaz) fue una posición *progresista*, entendiéndose por tal la resultante obtenida de la rebelión de los pueblos indígenas con el pensamiento avanzado del siglo XVI español. Hay que figurarse a este pobre antirrobinsón hispánico como representativo de las más nobles ideas

de su tiempo, las auténticamente cristianas, renunciando a ellas, dejándose penetrar por orejeras y narigueras y adoptando ardientemente, como todo recién converso que necesita demostrar sus méritos, un canibalismo ritual que acaso le permitiría comulgarse alguna suculenta pantorrilla de algún antiguo compañero: una posición muy progresista sin duda alguna. Lo que fue acaso hijo de la necesidad se interpreta ahora como actitud de progreso.

El primer ensayo histórico soviético incluido en la revista *Historia y Sociedad* es el del historiador S. Sérov, quien inteligentemente se refiere a “Bartolomé de Las Casas: su vida y su obra en los estudios de Lewis Hanke” (13 p.). Los lascasasistas soviéticos conocen todos muy bien la obra de Hanke así como las de otros notables historiadores lascasasianos; pero ninguno de ellos, nos parece, la conoce y profundiza hasta el punto en que lo hace Sérov. Su trabajo se muestra ecuánime en las críticas a pesar de que el autor tenga en él que demostrar el armazón neoliberal, democrático e interpretativo levantado por un historiador norteamericano. La pretendida “lucha por la justicia” postulada por Hanke se aplica, nos aclara Sérov a una época, el siglo XVI, cuyo contenido y concepto de justicia eran bien distintos: “para los españoles del siglo XVI ‘la lucha por la justicia’ era diferente al significado que a esta palabra atribuye la gente del siglo XX en la década de los 60” (p. 11). En efecto la idea de justicia era en el siglo XVI más bien multívoca, como correspondía, según Sérov, a una sociedad muy dividida y a unas clases sociales con muy diversos intereses. También censura el historiador soviético la hipótesis hankiana de que tanto Las Casas como el emperador y los consejeros imperiales estaban movidos por una inquietud semejante a la de un sociólogo moderno cuando especula sobre la manera de probar la capacidad intelectual del indio por medio de experimentos (p. 13). A Sérov le parece inapropiada tal idea puesto que de hecho se trata de la proyección de un concepto moderno para intentar explicar un fenómeno o actitud del siglo XVI. Una y otra vez las críticas de Sérov a Hanke, al igual que las nuestras a los editorialistas ya aludidos, se basan en esa falsa trasposición de valores –con ciertas adiciones– escribe el historiador ruso, los razonamientos de L. Hanke. La definición de científicos ofrecida por Hanke, que se refiere a nuestro tiempo, comprende las exigencias que nosotros planteamos a los científicos del siglo XX. A los del siglo XVI hubiese sido absurdo exigirles objetividad: no la habrían comprendido” (p. 16).

Por otra parte, Sérov está de acuerdo con Hanke cuando éste considera que Las Casas no estaba sólo en las censuras que hacía a la conquista, sino

que más bien venía a ser una especie de jefe de grupo encargado de denunciar la falta de ecuanimidad y de espíritu cristiano en la empresa española; pero el soviético se queda aquí y combate acto seguido la inclinación de Hanke de explicar la actividad defensora del inquieto fraile por las características personales del mismo y no por las causas políticas y económicas que rigieron su actividad. Semejante enfoque de Hanke es para su crítico una manifestación característicamente idealista por cuanto se sustituye el contenido objetivo de los hechos por las buenas o malas aspiraciones de tales o cuales personajes (p. 10).

Sérov enjuicia a su vez la actitud de Las Casas desde un punto de vista menos volitivo. Para él la actividad del fraile respondía a la pugna establecida entre los intereses de la Corona y los de los conquistadores; la consolidación del poder real en las Indias exigía la limitación de los derechos de los encomenderos (p. 11-12). Toda la incesante actividad del padre Las Casas “coadyuvaba en forma objetiva –nos dice Sérov– precisamente a la consolidación del poder real en el Nuevo Mundo” (p. 11). Esta tesis del historiador soviético casi coincide o es prácticamente la misma que presenta el historiador de la escuela histórica idealista J. H. Elliott, quien en el capítulo segundo de su libro *Imperial Spain 1469-1761* publicado en Londres, en 1963, asienta lo siguiente: “Pero aunque la conciencia del emperador y la de sus ministros se vio conmovida por los incesantes esfuerzos de Las Casas, es muy poco probable que se hubiesen llevado a cabo tantas realizaciones si la Corona española no hubiese estado ya predispuesta a favor de las ideas de Las Casas por motivos particulares menos altruistas. Para una Corona deseosa de consolidar y asegurar su propio control sobre los territorios recientemente adquiridos, el auge de la esclavitud y del sistema de encomienda constituía un serio peligro” (p. 14). Es decir, para un historiador marxista como Sérov y para otro idealista como el británico Elliott, Las Casas viene a ser para la Corona española el instrumento ideal jamás imaginado; lo que explica el relativo éxito del fraile. De acuerdo con esta tesis, el padre Las Casas apoyó sin ser consciente de ello, la política nacionalista moderna, absolutista, iniciada por el imperio español; lo que explica sin duda el respaldo que tuvo por parte de los fautores del imperio, por ejemplo el grupo flamenco, con Chièvres a la cabeza del mismo. Pero en cuanto al fraile quiso ir más allá en su programa tradicional, su fracaso se hizo inevitable. El desencantado fraile probablemente no supo jamás que había estado al servicio, aun sin quererlo, de la misma idea nacional imperialista

que después su contrincante Sepúlveda defendería con precisión. El destino le había jugado al padre Las Casas una mala pasada.

Junto a las dos claras opiniones antes citadas, vamos a poner ahora, de nueva cuenta, la de nuestros marxistas criollos y editorialistas. Para ellos (p. 4):

la trayectoria política e ideológica del pensamiento de Las Casas constituye por sí misma la unión entre el anticonformismo indígena y el ideal renacentista, salpicado aquí y allá de ideas utópicas. El anticolonialismo del siglo XVI, del que el Protector Universal de Indios es viva imagen, no puede haber surgido a partir ni del humanismo español por sí solo, ni de la reacción indígena aislada. Toda la vida del padre Las Casas es un proceso dialéctico en el que un ideal humanista utópico (“la conquista racional y la evangelización pacífica”), se une a la realidad histórica cotidiana de la explotación del indio para dar lugar a la lucha política abierta, destruyendo paulatinamente la utopía feudalizante que representaba ese ideal y dando origen a la actitud anticolonialista.

¿Ha entendido el lector algo? Nosotros no; empero a tales galimatías intelectuales se llega por el camino al parecer fácil de la indigestión dialéctica y materialista en este caso. Trasponiendo una vez más los valores de una época a otra, el padre Las Casas finca su grandeza, para sus actuales admiradores, “en haber justificado la rebelión de los americanos contra la explotación española, colocándose con ello junto a su humilde antecesor Gonzalo Guerrero” (p. 16). En fin, estas interesadas afirmaciones estaban bien en los labios de la réplica rediviva lascasasista, que fue el fabuloso padre Mier, o en la pluma incesante del patriota y bonazo que fue don Carlos María de Bustamante; pero en boca de marxistas mexicanos suena a falso y denota la inopia de una auténtica vocación histórica científica.

Mas volvamos de nueva cuenta a Sérov. La famosa disputa Las Casas-Sepúlveda es justipreciada por él de acuerdo con la tesis de Hanke; pero diere de éste al considerar que los beneficiados de la polémica fueron, a fin de cuentas, los propios conquistadores (p. 16); lo que modifica un tanto la tesis anterior, ya indicada, del historiador soviético acerca del beneficio obtenido por la Corona española a cuenta de las actividades lascasasianas. Sérov, escribiendo también por cuenta propia, critica acerbamente la Conquista y los métodos bárbaros y crueles practicados por los conquistadores. En este caso,

como en el ya casi proverbial de los hombres ilustrados del siglo XVIII o de los liberales de ayer o de hoy, el historiador soviético pone su indignado acento en la interpretación belicista y destructora del acontecimiento, desdeñando la explicación transculturativa del dramático suceso. Coincidiendo curiosamente con la reinterpretación norteamericana de la *leyenda negra*, por ejemplo con la tesis de Gibson, Sérov se pronuncia contra la *leyenda dorada* que como réplica urdieron algunos historiadores de filiación hispanizante, conservadora y católica. Sin embargo, el historiador soviético advierte que no se puede oponer Las Casas a España y que tampoco tenemos ningún derecho de inculpar a los españoles cuando éstos reaccionaban contra fenómenos antropológicos que a sus ojos no tenían ni podían tener una explicación adecuada (p. 12-13). La barbarie, la violencia, la ambición y la decantada crueldad de los conquistadores hemos de considerarlas, si es que aplicamos correctamente el método crítico utilizado por Sérov en su examen de las tesis Hanke, dentro del contexto de su pasado; dentro de las propias circunstancias históricas condicionantes, puesto que de hecho resulta difícil encontrar un hombre histórico, típica, innata, ontológicamente cruel.

El segundo historiador soviético es I. Grigulévich, quien escribe un interesante ensayo sobre “Fray Bartolomé de Las Casas, enemigo de los conquistadores” (13 p.). Este nuevo estudio continúa y ahonda el tema estudiado por el anterior historiador soviético: la actitud defensora de Las Casas hacia los indios no se debió tanto a los sentimientos humanitarios del rey, sino a su real deseo de frenar el poder omnímodo de los conquistadores y de sacar el provecho de las tierras conquistadas en ultramar (p. 40). Grigulévich, que se saca de las mangas, como cualquier hábil prestidigitador de la historia, a un Las Casas erasmista hermano espiritual de los Valdés y Vives, se pregunta cómo es posible que el fraile gozase del apoyo de la Corona y se hurtase, pues, a la suerte compartida por los otros erasmistas españoles; es decir a la persecución inquisitorial. La respuesta la encuentra el historiador soviético “en los esfuerzos de los reyes españoles para limitar el poder de los conquistadores que amenazaban sus intereses económicos y políticos, y por crear una fuente permanente de ingresos al tesoro real, proveniente de los impuestos que, de ser ‘libres’, habrían de pagar los indígenas” (p. 47).

La erasmización de Las Casas le permite a Grigulévich oponerse a la tesis de Hanke relativa a la protección de los indios desde el punto de vista de la

famosa “lucha por la justicia”. Para el soviético la tendencia hispánica defensora proviene del grupo de erasmistas que era relativamente pequeño. Carlos V, influido por estas ideas erasmianas cuyo portavoz inmediato era el padre Las Casas, decidió liberar a los indios. Pero lo que oculta Grigulévich, pues no creemos que lo ignore, es que la abuela del emperador, es decir, la reina Isabel la Católica, había ya decretado desde 1500 la libertad de sus súbditos indios; es a saber, dos años antes de que el minusclérigo Las Casas se embarcara para la isla Española. El héroe que nos pinta el historiador ruso tiene que hallarse en profunda relación afectiva con Moro y Erasmo, y, por tanto, es visto como un decidido opositor de la “escolástica aristotélica y otras injusticias sociales” (p. 46). A decir verdad, el único rasgo erasmista del padre Las Casas sería su decidida inclinación a la evangelización de los indios por medios exclusivamente pacíficos; pero la paz no fue únicamente erasmista, sino que representó una aspiración constantemente renovada desde el cristianismo primitivo al medieval, renacentista y moderno. También su amistad con Carranza pudiera considerarse, en cierto modo, como inclinada al erasmismo.

Como Grigulévich no puede explicarse cómo es que un tomista como Las Casas se pronuncia contra la esclavitud y la servidumbre de los hombres, la solución más fácil es convertirlo en erasmista, sin caer en la cuenta de que la doctrina tradicional cristiano-católica, antes y después de la escolástica, se había pronunciado siempre contra la desigualdad de los hombres y había abarcado en su acción caritativa y salvadora a todos los pueblos y naciones del mundo.

Como nos resulta de todo punto imposible subrayar todas nuestras discrepancias, nos vamos a limitar a indicar algunos de los aspectos más controvertibles que hemos hallado a lo largo de las trece páginas del texto. Grigulévich tiene, por ejemplo, que apelar a Marx –muy poco ducho, por cierto, en los problemas de la historia española– para poder explicarse el porqué pudieron coexistir comunidades indígenas independientes. El historiador soviético no ignora el origen medieval de tales cabildos libres; mas prefiere explicarlo, siguiendo a Marx, como una manifestación típica del absolutismo español muy semejante al despotismo oriental. Es decir, el absolutismo habsburgués no funcionaba como el de Francia o Inglaterra, como el europeo típicamente más progresista, sino que funcionaba siguiendo formas que estaban más cerca de las normas asiáticas de gobierno. Esto no deja de ser un argumento de autoridad tan clásico, por ejemplo, como el de un monje medieval que apela a san Anselmo para demostrar la existencia de Dios por vía ontológica.

Grigulévich también regatea a la Iglesia hispánica el papel generoso que representó como armonizadora o amortiguadora de la presión del conquistador sobre los vencidos, a cuenta de la actividad egoísta y puramente lucrativa de muchos de sus representantes. Además, para el demolidor crítico, la obra de la Iglesia, en cuanto actividad espiritual y material a favor de los conquistados, es simplemente un “camuflaje ideológico”. ¿Empero, las actividades económicas, políticas y sociales no se realizan y se han realizado siempre a través de la ideología dominante? ¿No pregonan acaso los cosmonautas y astronautas norteamericanos y soviéticos sus éxitos más a cuenta de las respectivas ideologías que de la ciencia y la técnica modernas que ambos países cultivan en gran escala?

La conquista española es vista por Grigulévich, quien utiliza naturalmente para ello sus lentes ideológicos marxistas y los de aumento que le facilitan los alegatos condenatorios del padre Las Casas, como una injusticia, como un pecado de lesa humanidad. Antes de decidirse él mismo por estos términos se pregunta si dicha conquista fue una hazaña del pueblo español o fue una grande y monstruosa crueldad, o si fue ambas cosas a la vez. Estas preguntas que se le hacen al lector del ensayo ponen de manifiesto la propia desazón del historiador soviético. Desde luego a él no se le escapa que el descubrimiento y colonización de América son dos hechos históricos positivos; dos acontecimientos que ejercieron una influencia positiva sobre el curso del desarrollo histórico mundial: luego la respuesta latente de Grigulévich es que la Conquista, al igual que cualquier otro suceso histórico, fue a la vez un mal y un bien. Asentando esto se pasa a la afirmación de que es un error culpar al pueblo español de las sangrientas acciones, o hacerlo responsable de las consecuencias del sistema colonial. La explicación de Grigulévich es generosa, pero no histórica. Podemos estar de acuerdo con él en que los mejores hijos de España levantaron sus voces contra las injusticias perpetradas contra los indios; pero no es menos cierto que entre los mejores hijos de la España de entonces se contaban también los decididos conquistadores causantes de innumerables entuertos y agravios en las Indias; especímenes los unos y los otros del bien o del mal que se les quiera conceder o demostrar. Dentro de la ética del siglo XVI las hazañas misioneras o las hazañas guerreras eran las resultantes de un mismo temple heroico, de un mismo tipo de hombre histórico; lo que puede probarse a lo largo del proceso conquistador con más de una significativa transformación del soldado

en fraile o del fraile en guerrero; y la propia vida de fray Bartolomé de Las Casas puede ilustrar el caso.

Por último, lo que sí nos parece desorbitado es la transformación de Las Casas en un antecesor de los comunistas actuales. Podemos admitir incluso, pese a la deformación histórica que ello entraña, que los comunistas se consideran, por boca de Grigulévich, herederos ideológicos de todos aquellos hombres que en el pasado lucharon contra las guerras de conquista, contra el colonialismo (p. 46); pero lo que nos parece impropio es querer sacar a Las Casas de su propio medieval telón de fondo histórico para etiquetarlo como una mera mercancía utilitaria y valorarlo de acuerdo con unas categorías que no le corresponden. El sabio cubano don Fernando Ortiz, al que cita Grigulévich, consideró que si viviese hoy el padre Las Casas sería acusado de comunista; pues bien, nada tendría de extraño supuesto que el propio maestro del fraile sería otra vez crucificado si se le ocurriese regresar a este mundo. Tal como es el caso con el famoso *Inquisidor* de Dostoievski. El historiador norteamericano Roger Bigelow Merriman, a quien también cita el soviético, afirma que los conquistadores vieron al padre Las Casas con el mismo recelo y temor que un banquero nuestro hacia un bolchevique (p. 46). Este método analógico-histórico es ingenioso y hasta útil; pero casi siempre resulta falso; tanto por idéntica razón, como la afirmación de nuestro don Toribio Esquivel Obregón, de que Las Casas era, a su modo, un precursor del marxismo enconador de la lucha de clases. Lo curioso del caso es que el *antecesor* de los comunistas, de acuerdo con Grigulévich y Ortiz, es también el *precursor* marxista de don Toribio; adjetivación semejante, pero de valoración contraria, entre personas muy separadas ideológicamente y que por lo mismo pone de relieve la antihistoricidad de esta tarea calificadora en torno a la personalidad y obra del padre Las Casas.

El tercer ensayo que nos toca comentar es de Y. Zubritski, titulado “De la *Protección de los indios* del padre Las Casas al indigenismo contemporáneo” (p. 13). Este trabajo sólo de forma incidental toca la figura del llamado “padre de los indios”, puesto que lo que le interesa al historiador soviético es subrayar los defectos actuales del indigenismo latinoamericano, entre los cuales el más grave es la supeditación de su política de asimilación, incorporación y aculturación de los indígenas al programa del imperialismo norteamericano que fomenta el Departamento de Estado de los Estados Unidos y financian los poderosos monopolios industriales norteamericanos.

Zubritski distingue dos clases posibles de indigenismo: el representado por la corriente liberal-burguesa, que posee incluso en ciertos países su extrema derecha reaccionaria y clerical, y el nuevo indigenismo de orientación marxista-leninista cuya futura política deberá asentarse en el principio absoluto de la *autodeterminación*, o sea la participación directa y efectiva de los indios en los gobiernos federal, estatal y municipal, y la explotación por ellos mismos de sus propios recursos. De hecho y aunque parezcan muy nuevas estas ideas, se trata de la vuelta perfeccionada al status *in statu* de la época colonial, pues incluso se considera factible la instauración de repúblicas indias libres y autónomas como la *maya* de Yucatán-Guatemala, la *aymará* de Bolivia y la *quechua* del Perú. Se debe recordar que dentro de la organización imperial hispánica las llamadas repúblicas de indios eran independientes e incluso sus representantes, como en el caso de Tlaxcala, Texcoco y otras, participaban con voz aunque no con voto en las principales sesiones de las audiencias o del Real Acuerdo. Y por lo que se refiere al proceso cultural, “a los rasgos más salientes de [la] secular cultura material y espiritual” de los indios (p. 61), como escribe el historiador soviético, bueno será recordar asimismo que los actos mantenidos en otomí, náhuatl u otra lengua importante del altiplano en nuestra pontificia universidad poseían el mismo rango, tono y altura que los sostenidos en griego y latín.

De las críticas de Zubritski no se libra nuestro Instituto Nacional Indigenista, cuya política de castellanización de los indios es juzgada torpe e inoperante frente a la natural reacción de las masas indígenas que se muestran sordas y aun hostiles ante tal pretensión. El movimiento indigenista mexicano de inspiración liberal-burguesa aplica recetas y fórmulas de gabinete en lugar de apoyar a las masas indígenas, organizarlas y dotarlas de una ideología avanzada que les permita rechazar con éxito la expansión ideológica imperialista. Por lo que toca, en general, al indigenismo latinoamericano, el historiador soviético lo ve preso de la política estadounidense que subvenciona a toda una serie de instituciones puestas a su servicio, sin excluir incluso las religiosas (misiones protestantes y católicas). El indigenismo reaccionario y clerical utiliza las nobles ideas puestas en práctica por el padre Las Casas para disimular, bajo pretexto o ropaje de caridad o filantropía, su entrega a los intereses extranjeros.

El último ensayo de la revista tantas veces ya citada es el de I. Jorosháeva, y tiene un título en verdad polémico: “Bartolomé de Las Casas y Motolinía” (p.

10). Este ensayo ronda todo él en torno a la famosa carta del segundo al emperador Carlos V. El historiador soviético rechaza en su trabajo la fácil y manida interpretación iniciada por don José Fernando Ramírez de que la rivalidad Motolinía-Las Casas se debió únicamente a la oposición tradicional que las dos órdenes monásticas, dominicana y franciscana, tuvieron entre sí no sólo en España e Indias sino en todas las partes de la cristiandad en donde ambas pugnarón por intereses y medros comunes. Sin embargo, no estaría de más llamar la atención sobre la polémica medieval entre los franciscanos *nominalistas* y los dominicos *realistas*, o por mejor decir esencialistas, dadas las diferencias que las respectivas posiciones filosóficas imprimieron sobre la labor catequizadora y misionera entre los indios. Conviene recordar también, así sea brevemente, algo que los lascasasistas y antilascasistas han desdeñado: el antecedente lascasasiano, es decir, la notable figura y obra de don Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada de 1492 a 1499. Respetando escrupulosamente los acuerdos de 1491 que garantizaban a los moros conquistados el libre ejercicio de su fe, se opuso siempre a la actitud de querer convertir a los moros por la fuerza. Como admirador, de la cultura árabe, su ideal consistía en una asimilación gradual, de la cual así los españoles como los moros habrían de salir beneficiados: “Nosotros –decía Talavera– debemos adoptar sus obras de caridad y ellos nuestra fe”.<sup>4</sup> La conversión debía ser persuasiva, lenta, mediante la predicación y la instrucción, lo que exigiría que el clero cristiano aprendiese el árabe y tratase de comprender las costumbres de la sociedad encomendada a su ministerio.<sup>5</sup>

Que yo recuerde, en la ciudad de Granada a nadie se le ha ocurrido todavía erigir una estatua al humanista y generoso prelado, ni tampoco, que yo sepa, se le ha proclamado “padre de los mozárabes o musulmanes sometidos”. Como las implicaciones políticas y sociológicas son muy diferentes en este caso, la paternidad aureolada no se ha creído hasta ahora necesaria.

En el año de 1499 llegó a Granada el franciscano y cardenal de España, Cisneros, acompañado de los reyes, e inmediatamente imprimió una política compulsiva al proceso de evangelización. El blando jerónimo fue apartado e

4 Vid. K. Garrad, *The Causes of the Second Rebellion of the Alpujarras*, tesis doctoral inédita, Cambridge, 1955, v. I, p. 84, cit. por J. H. Elliott, *La España imperial, 1469-1716*, trad. de J. Marfany, Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1965, p. 48.

5 *Idem*.

inmediatamente y sin calcular los riesgos emprendió Cisneros una política de conversión por la fuerza y de bautismo en masa. Los resultados fueron catastróficos para todos: para los españoles, para los moros conversos y, sobre todo, para la fe cristiana. Sabemos también que Las Casas estuvo en Granada entre finales del siglo xv y comienzos del xvi, y que allí pudo apreciar los resultados poco estimables que la política compulsoria de un intransigente franciscano había traído consigo. Acaso en su iluminado camino de Damasco no hubo de contar tan sólo para Las Casas el famoso sermón de Montesinos en la isla española del 30 de noviembre de 1511, sino asimismo el aparejado recuerdo de lo que había visto hacer en la ciudad morisca de Granada.

Por otra parte conviene también recordar que el celo franciscano ejercido eficaz y generosamente por estas tierras de Anáhuac se debió en primer término a la reforma religiosa que asimismo el famoso cardenal realizó en España. El almácigo de misioneros puros que se desparramó por las Indias no hubiese sido posible sin la violenta revolución espiritual impuesta por Cisneros.

Empero volviendo a la historiadora Jorosháeva y a su análisis crítico de la carta antilascasista escrita y enviada por Motolinía al emperador, lo que primero encontramos es que el enjuiciamiento de Motolinía está hecho a base de esta carta y no de su labor extraordinaria como civilizador y misionero. El historiador soviético desdeña por otra parte el estudio de la *Historia* y de los *Memoriales* de Motolinía en donde éste se muestra, por decirlo así, de cuerpo entero.<sup>6</sup>

Jorosháeva nos construye un héroe todo luz, el padre Las Casas, amante de los indios, defensor de la paz, enemigo de la esclavitud y de los encomenderos, opuesto a los intereses reales y políticos de España; en contraposición levanta una figura, Motolinía, toda formada de sombras, toda recovecos, opuesta a los ideales proclamados por el ángel del bien, defensora de turbios y anticristianos intereses de los conquistadores, legitimadora de la conquista española, apologizadora de Cortés. Ahora bien, el historiador (o la historiadora, que no lo sabemos de seguro) ruso no deja de reconocer que Motolinía, a diferencia del padre Las Casas, era un hombre que aceptaba la realidad como tal, que se acomodaba mejor a las nuevas condiciones, que su conocimiento

6 Aunque obviamente, conviene indicar que no se tome el desdén por ignorancia, de lo cual están bien lejos los historiadores soviéticos iberoamericanistas, todos eruditos y consagrados en extremo a sus estudios.

práctico de los indígenas y sus habilidades lingüísticas eran notables, que conocía muy bien el terreno que pisaba y que su capacidad y caridad como misionero eran extraordinarias, como lo revela el sobrenombre por él mismo adoptado. Empero si esto es así, ¿qué es lo que ha impedido al historiador soviético una comprensión más generosa de Motolinía desde las propias circunstancias y actividades progresistas de éste, en cuanto civilizador cristiano de indios? Para Jorosháeva la historia ha demostrado ya que la razón estaba de parte de Las Casas, como queda probado por el hecho de que los hombres conservan con admiración y gratitud la memoria del dominico, apasionado combatiente contra las crueldades de la Conquista (p. 95). Mas si la Historia da la razón al padre Las Casas, la razón histórica también se la confiere sin cortapisas a Motolinía por su heroica labor y también por sus denuncias de los desmanes perpetrados a los indios. Jorosháeva ve fácilmente a Motolinía como portavoz de la oligarquía de conquistadores, como término medio entre los intereses de la Corona y los del grupo encomendero; pero jamás lo ve como mediador ni como conciliador o escudo defensivo entre los pobres indios y las destructoras fuerzas de la ambición española erigida amenazadoramente contra ellos. Por eso es que le cuesta trabajo explicar la contradicción en la que, según él, incurre Motolinía al denunciar con tanta pasión como Las Casas, las terribles plagas que asolaron a los indios. Por otra parte transformar la batalladora actividad de Las Casas en el siglo XVI a favor de los indios, en la protesta moderna contra todo colonialismo puede, y de hecho es, políticamente útil, lo que no quiere decir que sea forzosa e históricamente cierto.

||

Apelamos a la bondadosa paciencia del lector para terminar este trabajo con unas reflexiones finales. Los hombres tendemos, por higiene mental, a olvidar, y muy pronto, todo lo desagradable, como ocurre con nuestras calamidades y desgracias. No hace todavía mucho se consumaron las crueles matanzas de la guerra pasada, de Hiroshima y Nagasaki, de los campos nazis de concentración, y, sin embargo, ya los vemos muy alejados en nuestro recuerdo, en tránsito de olvido. Así es y así debe ser. Empero no sabemos por qué suerte de arbitrio psicológico, allí en el inconsciente histórico colectivo de nuestra conciencia encontramos agazapado y siempre dispuesto a hacerse efectivo nuestro nunca olvidado y pues jamás perdonado grito de dolor y compasión por

la destrucción de las Indias ocurrida hace más de 400 años. ¿Qué tipo de masoquista rememoración nos agujonea y nos obliga a mantener siempre en carne viva la llaga del recuerdo? ¿Qué nos obliga incluso a no seguir la cómoda vía lenitiva y psicológica que nos llevaría a la tranquilidad y la serenidad espirituales?

Dejando de lado el hecho real de la propaganda interesada que a través de los siglos se ha apoderado una y otra vez del tema, y dejando asimismo de preocuparnos por los cerros de más o de menos que los eruditos y críticos se complacen en manipular ya a favor ya en contra, el hecho fehaciente es que los horrores denunciados por el padre Las Casas siguen vivos, eternamente vivos al parecer, en nuestra conciencia y despertando enconadas polémicas.

Evidentemente en lo más íntimo de nuestro ser nos rebelamos contra todas las iniquidades perpetradas contra el hombre a todo lo largo del discursar histórico; pero ninguna parece sublevarnos hasta el extremo en que lo hace la destrucción de las Indias en nuestro recuerdo. De hecho, buscando la manera de librarnos de una culpa que nos es común hemos procurado proyectarla fuera de nosotros mediante la búsqueda y condena de un responsable que nos sea ajeno. Nos parece, pues, que lo que más se lamenta no es la destrucción en sí, sino la aniquilación del hermosísimo sueño renacentista, neoplatónico, en torno a la idea del hombre natural, puro, ingenuo, incontaminado, mansuetísimo y bellamente conformado; la imagen ideal de los primeros hombres americanos tal y como la descubrimos en las primeras crónicas indianas y en las primeras representaciones de Laudonnière o del grabador Teodoro de Bry.

De esta suerte la destrucción de las Indias es, ante todo, la destrucción del ideal del noble salvaje, de una relampagueante nueva edad dorada que apenas si entrevista quedó inmediatamente muerta, o para ser más exactos, asesinada. Lo que verdaderamente lamentamos hoy como ayer es la disolución de aquel hermosísimo ensueño o sombra clásica. He aquí la más profunda razón, según creemos, para que hasta el presente no le hayamos podido perdonar a España tan sensible como amada y nostálgica pérdida.

# Clavigero ante la conciencia historiográfica mexicana

477

Clavigero es el más popular de nuestros escritores y el más digno de serlo.

Joaquín García Icazbalceta, *Opúsculos y biografías*

De dos secciones consta este estudio dedicado a desentrañar los valores historiográficos de nuestro insigne jesuita ilustrado y pues dieciochesco, Francisco Xavier Clavigero.<sup>1</sup> En la primera procuramos dar cuenta de lo que los mexicanos más representativos y alguno que otro crítico extranjero han opinado sobre la personalidad y las obras históricas de nuestro historiador veracruzano; en la segunda sección nos abocamos, por nuestra cuenta, a dar razón de la problemática histórica ínsita en la *Historia antigua de México*.

Es, pues, de rigor, por lo que toca al inicio de la sección primera, referirnos al biógrafo por antonomasia del padre Clavigero, al también jesuita y veracruzano Juan Luis Maneiro que escribió en latín la biografía de su paisano, la cual ha sido traducida hace ya algunos años por el filósofo y humanista doctor Bernabé Navarro en su *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII* (1956)

<sup>1</sup> Clavigero con g porque así escribía su apellido; sin embargo, cuando transcribimos una cita o un título lo escribimos con j.

y que ha vuelto a ser trasladada al castellano por Jesús Gómez Fregoso en 1979 e incluida en su *Clavijero: ensayo de interpretación y aportaciones para su estudio*, en cuya “Presentación” nos da la peregrina noticia de que se decidió a emprender la nueva traducción porque no encontró “en la ciudad [de Guadalajara] ningún ejemplar de la traducción de Bernabé Navarro”. Ambas versiones tienen, empero, como antecedente la fragmentaria de Gabriel Méndez Plancarte en su *Humanistas del siglo XVIII* (1941).

Maneiro nos cuenta que Clavijero, desterrado en Italia (Bologna), se decidió a escribir su *Historia antigua de México* dado el “afecto que desde siempre había sentido hacia los mexicanos [los indios en este caso] y hacia su tierra y su patria”, y además, prosigue el biógrafo, muy especialmente motivado por las *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* del abate prusiano Cornelio de Pauw (1768), uno de los principales forjadores o, mejor, difamadores, en unión de Raynal, Robertson y Buffon de lo que Edmundo O’Gorman ha llamado “la calumnia de América”. Y refiriéndose Maneiro al método utilizado por su biografiado, expone que éste, en respuesta a unas tenues censuras de que fue objeto, contestó que apreciaba al máximo “seguir el testimonio histórico” que le dictaba la inviolable verdad, “después de indagar largamente todo el asunto”. Porque según declaración de Clavijero, “los trabajos con que investigaba la verdad de un punto dudoso resultaban muy agradables”. Maneiro también se refiere al impacto que produjo la *Historia* no sólo en Italia sino en el resto de la Europa culta y crítica donde la Ilustración había tomado firme asiento.

Por supuesto, a la *Historia antigua de México* (Cesena, 1780) no le faltaron críticos; lo curioso si no es que anómalo del caso es que la contracrítica no sólo provino de los propios autores ilustrados aludidos, sino del propio campo jesuítico desterrado en Italia. El padre Diosdado Caballero que con pretexto de defender al conquistador Hernán Cortés (*L’eroismo di Ferdinando Cortese cofermato contre le censure nemiche*, Roma, MDCCCVI) de las críticas clavijerianas, puso en tela de juicio las elucubraciones históricas y arqueológicas con que nuestro historiador veracruzano había probado y defendido el esplendor de la civilización prehispánica náhuatl.<sup>2</sup>

2 Citado por Elías Trabulse, “Un airado mentís a Clavijero”, *Historia Mexicana*, México, n. 97, 1976.

Lo peor del caso fue que el opúsculo del “abate” Caballero parece ser que influyó en que no se hiciese en España la proyectada edición en español que el propio Clavigero había escrito, y la cual se vería además enriquecida con las *notas* críticas que el bachiller don José Antonio Alzate había redactado para la edición en la península. Las setenta y ocho notas encontradas hasta ahora nos prueban que Alzate, al igual que Clavigero, defendía al mundo prehispánico y al indio contemporáneo; alababa las virtudes de éste, atenúa sus vicios y sostenía también la necesidad de preservar los restos de la cultura prehispánica.<sup>3</sup>

Durante la primera mitad del siglo XIX, el México republicano no tuvo el suficiente sosiego para ocuparse de la *Historia* de Clavigero; sin embargo, para el apasionado historiador de la insurgencia e independencia, don Carlos María de Bustamante, no pasó desapercibida puesto que pudo leer en el famoso *Ensayo político* novohispano (1807-1811, España, 1822) de Alejandro de Humboldt todo lo que este científico extrajo de la *Storia Antica del Messico*, escrita, indica el barón prusiano, por “las sabias investigaciones del historiador mexicano, el abate Clavigero”.<sup>4</sup> Otro historiador que mucho influyó en la fama posterior de Clavigero fue William H. Prescott, cuyo libro primero de su famosa obra *Historia de la conquista de México* (1843) no hubiera podido ser escrito sin el conocimiento exhaustivo de la *Historia antigua de México*, y por supuesto de otras fuentes informativas procedentes de los historiadores y cronistas de Indias.<sup>5</sup> Prescott reconoce que dos de las principales autoridades consultadas por él para escribir el capítulo II del libro primero fueron fray Juan de Torquemada (*Monarquía indiana*) y Clavigero.

Don Lucas Alamán, el gran historiador conservador, califica de inmortal a Clavigero y en la *Historia de México* (1849-1852) lo llama patriótica y ciertamente “nuestro historiador nacional”.<sup>6</sup> Y por su parte el político liberal don Tadeo Ortiz, en su *México considerado como nación independiente y libre* (1832), considera la *Historia* de Clavigero como eminentemente clásica; obra maestra y, por lo tanto, “una de las más bellas producciones en su género que

3 Roberto Moreno de los Arcos, “Las notas de Alzate a la *Historia antigua* de Clavigero”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, v. X, 1972.

4 *Ensayo político*, México, Porrúa, 1966 (“Sepan cuantos...”, 39), p. 5.

5 *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa, 1970 (“Sepan cuantos...”, 150), p. 31.

6 Véase *Historia de México*, México, Jus, 1942, t. I, n. 2.

se habían visto”.<sup>7</sup> José Joaquín Pesado en su artículo publicado en el *Diccionario universal de historia y geografía* (1853) alude, inspirado como casi todos los biógrafos en Maneiro, a las críticas de Clavigero contra las “gratuitas suposiciones de Pauw”.

Las investigaciones arqueológicas de don Fernando Ramírez y las históricas de don Manuel Orozco y Berra son deudoras de los hallazgos hermenéuticos del jesuita desterrado, pues les han de servir para llevar a cabo sus indagaciones y soluciones indianistas. Algo semejante ocurre con Riva Palacio y Alfredo Chavero, pues en la parte que a cada uno de ellos corresponde en el *México a través de los siglos* (1884-1889) reconocen que la obra de Clavigero es básica para el conocimiento de la historia prehispánica y virreinal (conquista) de México.

A comienzos del siglo XX los merecimientos de Clavigero aumentan, como puede apreciarse consultando la *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* de Francisco Díaz de León (1902-1908); la *Bibliografía filosófica mexicana* del presbítero Emeterio Valverde Téllez (1907); las *Noticias bibliográficas de los jesuitas expulsos de América en 1767* de José Toribio Medina, y la excepcional “Noticia bio-bibliográfica” acerca de Clavigero, escrita por Luis González Obregón en su edición de 1917 de la *Historia antigua de México* (séptima edición en español y quinta de la traducción de José Joaquín de Mora). En esta “Noticia” González Obregón escribe que “una obra que con excelente método, aceptable crítica y selecta erudición, limpia de fastidiosos textos y en estilo elegante, trazara el cuadro de la civilización indígena y de la conquista hispánica no la tuvimos sino hasta la aparición de la *Storia antica del Messico*”.

De acuerdo con el orden cronológico que en cierto modo hemos seguido hasta aquí, tócanos abordar ahora las opiniones del que fue un profundo admirador y panegirista de Clavigero, el historiador Rafael García Granados. Con motivo del segundo centenario del nacimiento de Clavigero (9 de septiembre de 1931) se celebró en la capital mexicana la conmemoración de dicho natalicio, que quedó a cargo de la Dirección General de Acción Cívica del Departamento del Distrito Federal, la cual constituyó una comisión organizadora en la que estuvieron representadas las instituciones culturales más respetables de la ciudad de México. El programa organizado comprendió conferencias sobre Clavigero a cargo de don Jesús Galindo y Villa y del coronel Rubén

7 Editado en Burdeos, Imprenta de Carlos Laval, 1832, p. 209.

García; un discurso a cuenta del licenciado Ramón Mena; estudio bibliográfico por el profesor Rafael García Granados y una disertación pública del maestro Francisco Monterde. Hubo además placas que descubrir, exposición de las obras históricas de Clavigero, excursión a Tepotzotlán y pláticas a los escolares de todas las escuelas capitalinas. Fuera del programa se acordó la publicación de la *Historia de la Antigua Baja California* de Clavigero, la cual fue editada por el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía (México, 1933, segunda edición de esta obra). Justamente el prefacio de esta publicación fue escrito por García Granados, quien recordando la lamentación de nuestro historiador jesuita por haberse suprimido en la Universidad Pontificia la cátedra de Antigüedades, propuso, y se salió con la suya, que “la campaña iniciada por Clavigero en 1780 [cristalizara] en 1933 con el establecimiento, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la cátedra de Historia Antigua de México”.<sup>8</sup> Resulta obvio decir que el primer profesor de la cátedra fue el propio Rafael García Granados, y me complace añadir que hacia 1945 concurrí a ella en calidad de alumno de doctorando.

En 1937 don Rafael incluye en su combativo libro *Filias y fobias* el “Estudio bibliográfico” con el que participó en el programa homenajeante de 1931, en donde quedan registradas las ediciones de las obras de Clavigero y los estudios y biografías acerca de este tema.<sup>9</sup> Trabajo en verdad meticuloso, erudito y benedictino no superado hasta hoy y que por lo mismo, con ligeras variantes, fue incluido en el segundo tomo de la *Historia antigua de México* publicada por la Editorial Delfín de México en 1944.

Volviendo de nueva cuenta a la obra de Méndez Plancarte sobre los humanistas mexicanos del siglo XVIII, jesuitas desterrados a Italia por el despótico decreto de 1767, el autor subraya que Clavigero fue uno de los plasmadores arquitectónicos, junto con los demás compañeros exiliados, de la cultura criolla dieciochesca y sumo representante del humanismo, además de precursor del México independiente y maestro de la mexicanidad. Su acendrado mexicanismo se levanta iracundo contra los juicios falaces de los De Pauw y compañía y se consagra a “reivindicar del olvido los valores de la cultura

8 P. VII del prefacio a la *Historia bajacaliforniana*.

9 Publicado por Editorial Polis, México, 1937, p. 279-309.

precortesiana y a trazar la historia interna de las naciones aborígenes”.<sup>10</sup> Se indigna, como consumado Filaletes (amante de la verdad) de las imposturas históricas forjadas por los ilustrados europeos, a los que más valdría calificar de deslustrados, y en su defensa histórica del pasado prehispánico y novohispano muestra ya “una conciencia profética de la patria inminente que está gestándose en las entrañas de la Nueva España”.<sup>11</sup> Clavigero y sus hermanos exiliados quieren ser nada más y nada menos que mexicanos y, como escribe Méndez Plancarte, “México es [para ellos] la patria inolvidable a la que incesantemente vuelven sus ojos velados por el dolor del exilio y su corazón transido de incurable nostalgia”.<sup>12</sup>

Contradictorio y polémicamente agresivo como en todo lo escribió, se muestra el fascículo *Bio-bibliografía del historiador Francisco Javier Clavigero* que publicó en 1931 el por entonces coronel don Rubén García.<sup>13</sup> Por supuesto sus fuentes provienen en primer término, como ocurre con todos los biógrafos del padre Clavigero, de Juan Luis Maneiro; después de los datos y críticas antijesuitas del señor José Miguel Macías y de la información que le proporciona el eminente cronista del *México viejo*, don Luis González Obregón, que a modo de prólogo corre inserta en la *Historia antigua de México*, editada en 1917 por la Secretaría de Educación Pública.

Según el historiador castrense, durante los estudios de Clavigero en el colegio para escolapios jesuitas de San Ignacio de Loyola (llamado a partir de 1767 Colegio Carolino) de Puebla, se dio ahincadamente al estudio de la filosofía “y leyó ocultamente, pues reputábanse de peligrosos para la religión, los libros de Renato Descartes [...] y los de Guillermo Leibiniz”. Pero esta afirmación no es absolutamente cierta, porque la Compañía de Jesús en 1751 y hasta su extrañamiento en 1767 no se mostró reacia a que sus maestros conociesen los libros sobre filosofía, física y teología que se publicaban en Europa, siempre que las lecturas las hiciesen los iniciados en los reservados dispuestos en sus bibliotecas. A lo que la Compañía se oponía era a la enseñanza de las nuevas teorías o doctrinas. Por eso cuando en México, Guadalajara y Valladolid (Morelia) fue profesor Clavigero, encontró la oposición de sus superiores

10 En *Humanistas del siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941 (Biblioteca del Estudiante Universitario, n. 24), p. XI y XIV.

11 *Ibidem*, p. XI.

12 *Idem*.

13 *Vid. supra*, editada en México por el Departamento del Distrito Federal, 1931, 22 p.

que temían la influencia que sobre los alumnos pudieran ejercer las teorías de Tycho Brahe, Newton, Malebranche, Descartes y otros.

Por otra parte, el propio crítico, Rubén García, se contradice cuando recoge la cauta y benevolente corrección que el provincial, padre Juan Baltasar, le hiciera a Clavigero para que moderase su entusiasmo “Tienes razón en lo que expones; pero no es tiempo de hacer novedades: te relevo del empleo para que no violentes tus sentimientos ni atormentes tu conciencia”. Y en Valladolid, por ejemplo, recibió Clavigero la aprobación del provincial, padre Francisco Ceballos, por la manera de enseñar la física, la química y la astronomía modernas.

También resulta desconcertante para el lector que el señor Rubén García, que está haciendo la apología del Clavigero historiador, patriota y progresista, se aparte sin ton ni son de esta vía y, fundado en la *Biografía...* de José Miguel Macías,<sup>14</sup> descargue contra la Compañía de Jesús una andanada de siete descomunales descalificaciones. Aprovecha también la ocasión para darle ligero repaso al historiador Carlos Pereyra, por un elogio que éste hace de la educación jesuita.

Para el historiador español transterrado José Miranda fue Clavigero uno de los astros de la Ilustración mexicana; el otro, Juan Benito Díaz de Gamarra, y ambos a la vez fueron artífices de la modernidad mexicana.<sup>15</sup> Nuestro historiador veracruzano –escribe Miranda– una vez superados los límites obligados a que nos condenaba la biografía de Juan Luis Maneiro sobre su coteráneo, gracias a nuevos documentos encontrados sobre sus actividades, sabemos que se dejó seducir por las nuevas ideas filosóficas adquiridas mediante sus lecturas. Empero, Miranda, discrepando del biógrafo, que quiere someter al biografiado a la camisa de fuerza del peripatético, dada la devoción con que se consagró Clavigero a la filosofía moderna y dado asimismo a su tesón y ardiente temperamento, nos lo presenta primero como un estudiante y luego como un profesor verdaderamente revolucionario que tuvo predilección por la física experimental y propugnó en su famoso *Diálogo entre Filaletes y Paelófilo*, “la necesidad de la experiencia y la supremacía de la razón sobre la

14 José Miguel Macías, *Biografía del egregio historiador, naturalista y polígloto Francisco J. Clavigero*, Veracruz, Imprenta de la logia “Lumen”, 1883. Curiosísimo ejemplar de anticlericalismo y de clerofobia exaltada.

15 Véase su “Clavigero en la *Ilustración Mexicana*”, *Cuadernos Americanos*, México, n. 4, 1946, p. 180-196.

autoridad humana en las ciencias físicas y naturales”. Clavigero, prosigue Miranda, a diferencia de su hermano de orden y amigo, el padre Alegre, jesuita acomodaticio, conciliador y oportunista, “era inquieto, rebelde [...] no podía sufrir el ten con ten, el freno, ni el grifo entreabierto” que prudentemente iba abriendo la Compañía. A pesar de las advertencias y recomendaciones de Alegre, nuestro historiador dieciochesco no quiere proceder con hipocresía pues su combate escrito y oral por la nueva filosofía quiso hacerlo sin cohibirse, sin reservas astutas frente a sus jóvenes alumnos, entre los cuales se halló, como lo escribe Maneiro, nada menos que el adolescente Alzate.

Francisco Javier Clavigero fue por naturaleza “un ser hipersensible e insobornable”; de aquí que Miranda lo califique certeramente como “el gran atormentado de la Ilustración mexicana”, y por ello, susceptible en extremo, se muestra siempre éste mortificado, desasosegado y encabritado frente a la menor injusticia.

Don Jesús Romero Flores, notable historiador michoacano, se encargó entre 1939 y 1940 de poner pelos a la sopa encomiasta de pureza, religiosidad y disciplina con que el biógrafo Maneiro adobó la personalidad clavigeriana. Mas su biografiado era también un hombre de carne y hueso como lo muestran con sus debilidades humanas los “Documentos para la biografía del historiador Clavigero”.<sup>16</sup> Las cartas de éste delinean a un hombre abatido, desalentado, desesperado. El Clavigero de Guadalajara es otro muy distinto del que nos presenta Maneiro: nada activo, nada entusiasta, melancólico, desganado y más bien indiferente a los ministerios sacerdotales. Las astucias del demonio lo rendían y sujetaban cuando novicio, según le escribe a su provincial a Tepotzotlán (carta del 23 de abril de 1748) y lo hacían incluso desobediente. Y encontrándose en Valladolid, el borrador de una carta suya nos presenta a un Clavigero un tanto metiche por haberse inmiscuido “en cierto casamiento intentado ahora hace un año”. En la misma data anterior, pero trece años después, el superior provincial Pedro Reales escribe a Clavigero y lo reprende por graves omisiones: “Son ya tantas las quejas que tengo de su falta de aplicación debida a los ministerios, de su desafecto y desamor a los indios, de su voluntarioso modo de proceder como de quien ha sacudido enteramente el yugo de la obediencia”.

16 Véanse sus “Documentos para la biografía del historiador Clavigero”, *Anales del Instituto de Antropología e Historia*, Stylo, v. I (1939-1940), p. 307-315.

Sin embargo, ante la dramática disyuntiva de 1767 de abandonar a la Compañía de Jesús y quedarse en la Nueva España o ser desterrado a Italia, se decide por el inseguro futuro del exiliado antes que renunciar a su orden: lo que prueba su firme vocación, amor y fidelidad jesuítica.

El historiador español, también exiliado, Víctor Rico González, publicó en 1949 una serie de estudios historiográficos sobre los *Historiadores mexicanos del siglo XVIII*,<sup>17</sup> obra en la que no podía faltar una obligada reflexión sobre Clavigero, y, en la que elogia muy justificadamente la peculiar característica del historiador veracruzano: *su pasión por la verdad* y no, como es más usual decir, sostiene Rico González, *su amor por la verdad*. Porque este “apasionado revolucionario” poseía, dice su exégeta, un “genio ardiente”. Ello explica que su *Historia antigua* sea polémica, de estilo violento, cuando contraataca a Buffon y especialmente al desatinado, injurioso e inmundito De Pauw.

El historiador Rico González menciona en su exégesis que las obras de Clavigero se caracterizan también por “un relativismo histórico que no deja lugar a dudas”. Es decir, que en el historiador exiliado la *Historia* está circunstancialmente determinada; que existen tantas verdades cuanto cambiante y múltiple es la idea de la historicidad de la verdad.<sup>18</sup> Afirmación esta última que resultaba no sólo insólita sino incluso irracional en una época ilustrada, donde la racionalidad constituía la médula y el espíritu de una era que se oponía a la relatividad de la verdad. Y refiriéndose el historiador español a la dependencia de Clavigero respecto a Torquemada, denunciada por el historiador cubano Julio Le Riverend Brusone, está de acuerdo con ello; pero que bien considerado, entre ambos autores existen “tantas diferencias que muy bien pueden equipararse las coincidencias”.<sup>19</sup>

Le Riverend, graduado en El Colegio de México, al estudiar la labor de Clavigero como historiador señala la valoración que de las fuentes indígenas llevó a cabo éste en su *Historia*, así como de sus transcripciones españolas. Más también repara en que el desterrado atendió más particularmente a los tenochcas y subvaluó otras culturas. Sin embargo, lo más importante es que Clavigero “al recoger los sentimientos criollistas e incorporarlos a la historio-

17 Editados en México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1949.

18 *Ibidem*, p. 39.

19 *Ibidem*, p. 44.

grafía, prepara ya el camino a la actitud nacionalista del siglo XIX. A este respecto –prosigue Le Riverend– conviene subrayar que durante el siglo XVIII se opera el cambio de sentido de la tradición indígena que adquiere entonces un tinte patriótico, secularizando el proindigenismo del siglo XVI. Fue el paso previo para la aparición del indigenismo como actitud social, propio del siglo XIX y de nuestros días”.<sup>20</sup>

El capítulo IV del opúsculo *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales. Estudio historiográfico*, de la historiadora Gloria Grajales, está dedicado al examen historiográfico del nacionalismo y la modernidad en la obra de Clavigero.<sup>21</sup> En efecto, de acuerdo con la investigadora, los datos biográficos del ilustre jesuita, la apreciación general de su obra histórica y el sentimiento religioso del mismo se reflejan a lo largo de sus textos; “se va haciendo sentir” su “conciencia de mexicano” y como prueba de este aserto nos remite a las fuentes escritas de Clavigero, donde éste, escarpelo historiográfico en mano, vivisecciona el ser moral del mexicano (positivo y negativo) y su característica religiosidad.

Por lo que toca al examen crítico de la *Historia antigua de México*, Gloria Grajales considera que Clavigero revaloró y renovó la historia del México prehispánico; fue un innovador y mostró gran pasión por lo mexicano, aunque a veces su desequilibrio pasional se muestra patente. Estima, citando a Miranda, que el historiador veracruzano tuvo la sed de saber y mostró una extrema curiosidad por los temas nuevos, lo cual constituye y caracteriza a los ingenios del Siglo de las Luces. Encuentra, además, que la actitud del jesuita desterrado a Italia sigue una dirección sociológica, lo que lo distingue de los historiadores coloniales novohispanos anteriores a él, puesto que el estudio del desarrollo histórico del pueblo indígena de México se funda socialmente en el análisis de las raíces prehispánicas.

A continuación la investigadora transcribe párrafos de la *Historia antigua* como guía para el presunto lector de la obra: “El retorno de Quetzalcóatl”, “Elogio a Tetzcoco y a su rey Nezahualcóyotl”, “Moctezuma Xocoyotzin”, “Doña Marina”, “Hernán Cortés”, “Fray Juan de Zumárraga” y “Sigüenza y Góngora”. De este último subraya el hecho, declarado por el propio Clavigero,

20 Véase “Problemas de historiografía”, *Historia Mexicana*, México, n. 9, 1953, p. 64.

21 Editado en México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1961 (Cuadernos del Instituto de Historia. Serie Histórica, 4).

que los documentos atesorados por aquél, “fue el principio –como afirma el padre Cuevas– que luego había de germinar y dar a su tiempo tan sazonados frutos”.

El doctor en Filosofía Luis Villoro, en su examen crítico de la tesis indigenista de Clavigero, sostiene que dicha tesis, consistente en la revalorización del pasado prehispánico nahua, nos ha permitido adquirir conciencia de ese pasado y, por lo mismo, sentirlo como constitutivo de lo novohispano y de lo criollo; en oposición al arquetipo europeo vigente hasta en aquel entonces, que comienza así a ser sentido como ajeno, como lo otro. Clavigero transmuta lo indígena en ejemplar clásico; lo sublima y lo eleva a la misma altura del pasado clásico grecorromano; a saber, le otorga normatividad, canonicidad, valores universales y trascendentes: humanísticos, referidos al Hombre y no al individuo.<sup>22</sup>

Y no refiriéndonos ahora a *Los grandes momentos del indigenismo*, sino a un ensayo del mismo Villoro, “La naturaleza americana en Clavigero”,<sup>23</sup> indicaremos que en este ensayo el autor subraya atinadamente que “con la generación de Clavigero la inteligencia americana ha vuelto a descubrir su contorno natural. Para ello fue menester considerarlo como parte integrante de la propia vida: esta apreciación de la naturaleza es un factor que hace posible la dirección del amoroso descubrimiento de la tierra con la reivindicación del grupo humano más entrañablemente ligado a ella: el indígena”.

Dos veces en un intervalo de doce años se ha interesado el historiador Jesús Gómez Fregoso en la personalidad y obra histórica de Clavigero. La primera fue en 1967 con una tesis para obtener el título de licenciado en Historia, sobre “Francisco Xavier Clavijero y su *Historia de la Baja California*”; la segunda en 1979 con *Clavijero: un ensayo de interpretación y aportaciones para su estudio*. Las conclusiones del autor por lo que toca a su primera obra, la tesis citada,<sup>24</sup> sostienen que para él no es evidente que el grupo de jesuitas exiliados sea considerado como “el primer núcleo consciente de una nueva nacionalidad mexicana”, si bien acepta que todos sus componentes manifes-

22 *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1955, p. 9-89, 90, 115, 127-129.

23 En *La Palabra y el Hombre*, n. 28, octubre-noviembre 1963.

24 Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Iberoamericana, 1967, p. 543-550.

taron estimación por lo mexicano.<sup>25</sup> Refiriéndose a Clavigero advierte al lector que a esta figura debe estudiársele en su totalidad de persona humana, es decir, considerando su condición de mexicano y jesuita. Y respecto a la segunda parte de su tesis sobre la *Historia de la Baja California*, el impulso que determinó a Clavigero a escribirla se debió a sus “inquietudes jesuíticas” que lo llevan a emplear un contenido apologético a favor de la Compañía.

En su segunda obra intenta desmitificar la personalidad del ilustre veracruzano.<sup>26</sup> La primera sección del libro es la traducción anotada de la biografía de Clavigero escrita por Maneiro; la segunda sección se refiere al “criollismo novohispano y el indigenismo de Clavigero”. Gómez Fregoso pone en duda la sinceridad del indigenismo de estos jesuitas nacionalistas, dedicados los más a la enseñanza “y no precisamente al trato directo con los indios”.<sup>27</sup> El indigenismo de Clavigero es así clasificado como “de café”, verbigracia, teórico, muy romántico; pero sin compromisos concretos con las luchas indígenas. Más aún, el crítico llega al extremo de expresar que “el nacionalismo criollo, del que Clavigero es un magnífico exponente, puede también tacharse de racista y autosuficiente”.<sup>28</sup>

En su monumental obra sobre *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, el erudito italiano Antonello Gerbi dedica veinte páginas (245-265) a glosar las refutaciones de Clavigero contenidas en las *Disertaciones* contra las imposturas de los ilustrados europeos en general y particularmente contra De Pauw. La manera del contraataque polémico es la de retorcer “contra Europa misma o contra el Mundo Antiguo los argumentos elaborados por los europeos”: técnica del *tu quoque*. Por boca de Clavigero “América se defiende enumerando minuciosamente las debilidades de Europa”.<sup>29</sup>

Con motivo de la repatriación de los restos del ilustre veracruzano, ocurrida el 5 de agosto de 1970, el pueblo y el gobierno del estado de Veracruz rindieron homenaje “al vástago ilustre y figura prócer de la Patria, que dio a

25 *Ibidem*, p. 90.

26 *Clavigero: ensayo de interpretación y aportaciones para su estudio*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1979.

27 *Ibidem*, p. 99.

28 *Idem*.

29 Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, 2a. ed. en español corregida y aumentada, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 261.

conocer al mundo las raíces de nuestra herencia cultural”. Fue el doctor Miguel León-Portilla el encargado de escribir y leer públicamente un trabajo que mostrase la calidad y la proyección de la vida y la obra de tan insigne porteño y que tal escrito quedase asimismo como testimonio perenne del acontecimiento, con el que se honraba al “humanista e investigador profundo de nuestra realidad cultural e historia”.<sup>30</sup> Para León-Portilla –también él historiador y humanista–, Clavigero desde que era estudiante de filosofía mostró su inclinación “por las corrientes del pensamiento moderno”. Como fiel Filaletes, toda su vida se mantuvo abierto a las ideas modernas, incluyendo en ellas su interés científico y a la par nacionalista “por descubrir en las culturas indígenas posibles valores de significación universal”. Su modernidad se manifiesta no sólo en la *Historia antigua*, sino también en la de *Baja California* y en otros opúsculos.

Como es sabido, y como lo subraya León-Portilla, fueron las *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* de Cornelio de Pauw las que impulsaron a Clavigero a escribir su primera *Historia* en defensa del hombre y del mundo indígena prehispánicos; así como su segunda *Historia* la escribió para deshacer infundios y hacer resaltar las increíbles hazañas misioneras de sus hermanos de orden en la ignorada península de Baja California.

León-Portilla considera que el abordaje filosófico de Clavigero otorga a la *Historia antigua de México*<sup>31</sup> una significación universalista y además hace de ella un modelo de presentación moderna. Es una obra –añade el crítico y exégeta– “que conserva en mucho su vigencia y debe ser leíd[a] como la clásica presentación del México antiguo, en el Siglo de las Luces”. Y no sólo eso, ella trasunta y decanta asimismo un “acendrado mexicanismo” mediante el cual el criollo desterrado “encuentra en lo indígena una de sus raíces culturales más hondas”.

Por lo que toca a la *Historia de la antigua o Baja California*, no se trata en este caso de la presentación “en el Siglo de las Luces, como ocurrió con la anterior *Historia*, de lo que habían sido las culturas indígenas en esta porción del Nuevo Mundo”, sino de la vida de unas míseras y hambrientas tribus salvajes que habitaban una península pobre y abrupta, adonde habían llegado sus

30 Miguel León-Portilla, *Recordación de Francisco Xavier Clavigero. Su vida y su obra*, Veracruz, Museo de la Ciudad de Veracruz, 1970.

31 Francisco Xavier Clavigero, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1970 (“Sepan cuantos...”, 29).

hermanos de orden para elevar a aquellos infelices a la dignidad de hombres cristianos. Intentar dar razón de esta prodigiosa transformación fue precisamente lo que inclinó a Clavigero a escribir la historia de dicha transmutación.

León-Portilla refiere los esfuerzos de Clavigero para proveerse de fuentes escritas sobre la historia y la geografía peninsulares, sobre el mundo natural y moral y sobre el sacrificio y el heroísmo de los tenaces misioneros jesuitas. Otro apartado de la introducción se refiere a la historia y a la historiografía sobre la Baja California, y nos cuenta también el prologuista los peligros que durante el siglo pasado amenazaron la integridad del territorio peninsular dejado de la mano de Dios. Se ha pensado, como en el caso ya citado del historiador Jesús Gómez Fregoso, que este trabajo de Clavigero podía tener mucho de apología; pero la respuesta de éste, acotada por León-Portilla, nos muestra que el historiador veracruzano hacía con su *Historia* justicia a sus correligionarios y era fiel para con el público lector.

En fin, el prologuista acepta que la *Historia de la Baja California* es una obra clásica, por cuanto su utilidad o interés práctico significa la apertura de posibilidades “con miras al presente y al futuro”; de aquí la justificación de esta nueva edición de la obra del exiliado veracruzano que, como remacha su comentarista, “supo descubrir la significación universal de la cultura patria”.<sup>32</sup>

El que fuera por la década de los setenta subsecretario de Cultura Popular, el antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán, publicó en 1976, en la colección SepSetentas (número 249) una antología de Francisco Xavier Clavigero, cuya selección y estudio introductorio llevó a cabo con acertado tino. Con conocimiento y habilidad, el profesor resume en cinco principios los fundamentos antropológicos de Clavigero:

*Primero*: la afirmación del jesuita sobre la unidad del género humano (postulada originalmente por los misioneros y por el padre Acosta); la valoración igualitaria de las almas de europeos y americanos y la necesidad de una educación que borre las diferencias entre los hombres, y una condición más: la libertad económica y política.

*Segundo*: descansando en el postulado anterior, señorea la concepción racional del hombre y del universo y, por consiguiente, el rechazo de la dimensión preternatural y demoniaca.

32 Prefacio, p. XII, XXV y XXXI

*Tercero:* establecidas las dos afirmaciones anteriores, el criollo primero y el mexicano actual después se incautan de la naturaleza y la historia indias, lo que explica la exaltación de todo lo indio que brota en la *Historia antigua de México*.

*Cuarto:* luego entonces ya no existe impedimento alguno que impida el mestizaje biológico y cultural entre españoles e indios mexicanos. Empero hay un matiz peculiar que señala críticamente Aguirre Beltrán: Clavigero no desea el mestizaje entre hombres, cultural, política y socialmente desiguales (p. 45).

*Quinto:* el último postulado concierne a la emancipación americana.

De este modo es como Clavigero –sostiene el comentarista– resulta ser “uno de los portavoces más conspicuos de este estado de ánimo que es el que precede a la revolución por la independencia”.

Creemos necesario hacer una advertencia al final de esta primera sección. No hemos aspirado a ser exhaustivos por lo que respecta al número de autores consultados; sabemos de antemano que no han desfilado por estas cuartillas todos; pero sí lo han hecho los que hemos considerado más significativos para nuestro propósito informativo.

## II

Tres motivos confesados impulsaron al jesuita mexicano desterrado en Italia, Francisco Javier Clavigero, a escribir su *Historia antigua de México*: evitar una ociosidad enojosa y culpable “durante su destierro”, “servir a [su] patria en cuanto [sus] fuerzas le alcanzasen” y “reponer en su esplendor a la verdad ofuscada por una turba increíble de escritos modernos sobre América”.<sup>33</sup> Los escritores modernos que habían calumniado a América en general y en particular a México eran los ilustrados –mejor sería deslustrados– Cornelio de Pauw, abate prusiano; el naturalista francés Buffon, y Raynal y Robertson, entre los más censurables, quienes criticaron y pusieron en duda los valores de la naturaleza natural y moral de nuestra América. Clavigero al igual que otros jesuitas americanos de los extrañados, desde su melancólica nostalgia de la tierra en que nació, se crió y educó, sale en defensa del terruño y combate contra esos críticos falaces con una emoción peculiar que ya podemos llamar nacionalista. En carta de Clavigero a su amigo Mariano Fernández de

33 *Historia antigua de México*, México, Delfín, 1944, v. I, p. 43.

Echeverría y Veytia le expresa a éste que emprendió su “obra por servir en lo que pudiese a [su] patria” (carta del 25 de marzo de 1778), sin parar mientes tanto en las dificultades y fatigas de la empresa como en los gastos que le ocasionaría la misma.

La *Historia* del jesuita veracruzano no quiere ser, como las de sus antiamericanos contrincantes, una obra crítica filosófica o considerativa, como por aquel tiempo se decía, supuesto que está montada y demostrada mediante el aparato crítico comprobante de las verdades asentadas. Los historiadores dieciochescos no se preocupaban de éstas, para ellos, minucias y les bastaba enunciar reflexiones, juicios morales y políticos. Los historiógrafos ilustrados no necesitaban ahondar en el conocimiento de hechos específicos, porque semejantes conocimientos ponían en crisis las consideraciones y fundamentos críticos formulados por ellos con respecto al descubrimiento, la conquista, la colonización y los conceptos estereotipados sobre el indio y sus culturas.

Para rectificar juicios tan generales y combatir los enormes errores que ellos entrañaban, y que herían sus pensamientos y sentimientos más íntimos, Clavigero tiene que tomar partido a favor de su México y de los indios. Se trata, de acuerdo con su visión de la historia, de restablecer la verdad y la justicia mediante el relato fiel de lo verdaderamente ocurrido. Ahora bien, justo porque el historiador está al servicio de la verdad es por lo que no puede ser al mismo tiempo filósofo, como expresa Le Riverend Brusone.<sup>34</sup>

Situado nuestro historiador jesuita en un ambiente cultural denso y todavía iluminado por los postreros destellos del humanismo, teniendo además a su alcance las nutridas y selectas bibliotecas italianas, sin parangón en su tiempo, e inmerso por consiguiente en unas corrientes culturales en donde tradiciones y novedades se enfrentaban, es perfectamente natural que su idea de la historia presentase las contradicciones inherentes a una época de desequilibrios, de cambios radicales. Clavigero en el texto de las *Disertaciones* se muestra fiel a sus creencias de hombre católico y ceden por tanto su experiencia y conocimientos ante la autoridad bíblica: “El sumo respeto que se debe a los libros santos –escribe– me obliga a creer que los cuadrúpedos y los reptiles del Nuevo Mundo descienden de aquellos que se salvaron del diluvio universal en el arca de Noé” (*Disertaciones*, 1). Y por la misma razón muchos de los graves problemas de la arqueología americana que se le presentan son

34 Véase su “Prefacio” a la *Historia antigua de México* (n. 1).

fundamentados sobre el testimonio autoritario del Antiguo Testamento. En la *Historia antigua de México* se muestra pues el autor más libre para emitir sus ideas; se atiene a la que ha sido llamada “una teoría de la objetividad histórica, la primera que aparece desarrollada con cierta amplitud en la historiografía mexicana”,<sup>35</sup> y en función de la cual no sólo se niega la intervención diabólica en la vida y las costumbres precortesianas, clave de la interpretación de los cronistas e historiadores de los siglos XVI y XVII, sino también las analogías y dependencias cosmogónicas y legendarias de la historia americana con los episodios y hechos de la tradición bíblica. Así, por ejemplo, la identificación de Cholula-Babel sostenida por Boturini.

Es cierto que Clavigero siente repugnancia por ciertos aspectos y hechos de la civilización indígena, e incluso en la *Historia de la antigua o Baja California*, obra póstuma, no le tiembla la pluma para denunciar abominaciones y torpezas de los indios. En términos generales, él prueba las bondades del indio y aporta razones justificativas de sus debilidades. En el fondo sus ideas sobre éste son, ante todo, alegatos políticos; de aquí el uso de ellos por parte de la generación criolla independentista. Empero su cristiano amor a los indios, su filioindigenismo, trasunto de su amor por la humanidad, no comprende el amor hacia los negros, frente a los cuales muestra gran desdén.

Como humanista se nota en nuestro historiador la huella retórica de sus lecturas clásicas. A Cicerón debe, sin duda, la recomendación para el historiador de “no violar las leyes de la historia”. Mas preguntémosnos ¿de qué clase de leyes nos está hablando? Desde luego no se trata de normas materiales, ya positivistas o psicológicas, puesto que todavía no habían sido formuladas, sino más bien de leyes formales metodológicas que nada tienen que ver con el contenido científico. Y para este propósito recordemos lo que escribe el gran orador latino respecto a las tres supuestas leyes de la historia: “que el historiador no diga nada falso, que no oculte nada verdadero y que no haya en él sospecha de pasión y aborrecimiento”.<sup>36</sup> Pues bien, cuando nuestro jesuita desterrado se refiere a la ley suprema de la historia, que se funda en la fidelidad y la depuración de las fuentes informativas, está siguiendo, repitamos, la huella retórica de los clásicos y confirmando los consejos ciceronianos

35 *Idem*.

36 *Diálogo del orador*, libro II, CXV.

sobre la necesidad de emplear “un estilo abundante y sostenido, fluido y apacible, sin las esperanzas judiciales ni el agujón de las contiendas forenses”.<sup>37</sup>

Y prestemos ahora oído a la interpretación que da Clavigero de esa ley suprema de la historia. “En nada he tenido más empeño que en mantenerme en los límites de la verdad, y quizá mi historia sería mejor recibida por muchos, si la diligencia que he empleado en averiguar lo verdadero hubiera sido aplicada a hermostrar mi narración con un estilo brillante y seductor, con reflexiones filosóficas y políticas, y con hechos creados por mi imaginación”.<sup>38</sup>

En fin, termina su pensamiento al respecto con su corolario ciceroniano, cuando escribe que “siempre ha tenido a la vista aquellas dos santas leyes de la historia, a saber: no atreverse a decir lo falso, ni tener miedo a decir lo verdadero; y creo que no las he infringido”.<sup>39</sup> La historia es también para Clavigero como lo fue para su modelo, *magistra vitae*; empero este su rezagado clasicismo escolástico no le impedirá ser un filósofo e historiador ilustrado, aunque a la hispánica y catolicísima manera.

Por consiguiente, la *Historia antigua de México* y las *Disertaciones* están intercaladas con reflexiones y comentarios a la moda ilustrada, e inclusive con emociones personales que proyecta Clavigero en personajes y episodios históricos lacrimosos, y, sobre todo, cuestiona en muchas ocasiones a ciertos historiadores (Motolinía, Sahagún, etcétera) a los que aprovecha, pero con los que no está de acuerdo; por ejemplo, con Torquemada, al que califica de “falta de memoria, de crítica y de gusto”,<sup>40</sup> a pesar de su aplicación y diligencia. Como en su *Historia* –prosigue el crítico– hay sin embargo “muchas cosas preciosas que en vano se buscarían en otros autores, me ha sido necesario hacer con ello lo que Virgilio hizo con las obras de Ennio, esto es, buscar las perlas entre el estiércol”.<sup>41</sup>

No fue por supuesto Clavigero el primer americano en enarbolar una encendida y justificada crítica contra los calumniadores de América, contra la civilización indohispana fundamentalmente. La degeneración moral y natural acordada a nuestro continente por los Gage, Marmontel, Raynal, Robertson y sobre todo por el abate prusiano Cornelio de Pauw. De acuerdo con

37 *Idem*.

38 *Historia antigua de México*, 1944, p. 44.

39 *Ibidem*, p. 45.

40 *Ibidem*, p. 29.

41 *Ibidem*, p. 30.

Antoine Joseph Pernety en su *Examen de recherches*, el primer crítico hispanoamericano de De Pauw fue “Mr. le Comte de Orcassidas, Créole, fils d’un Viceroi du Mexique”, que se encontraba en Berlín en 1771 completando su instrucción. Es a saber el aristocrático cubano que llegaría a ser, como lo fue su padre, virrey de la Nueva España (1789-1794), segundo conde de Revilla-gigedo, quien de viva voz le comunicó a su interlocutor su disgusto por la hipótesis manejada por De Pauw respecto a América y sus habitantes. Los segundos críticos, entre ellos Clavigero, fueron los jesuitas expulsados y residentes en Italia, quienes redactaron nostálgicas historias de la patria ausente: la *Historia natural de Chile* del padre Molina; la *Historia general del reino de Quito* del padre Velasco; el *Ensayo sobre la historia natural de la provincia del Chaco* del abate José Jolis (SJ); la obra sobre el Orinoco y Tierra Firme del padre Gili y el tratadito del padre Peramás sobre la *República de Platón y los guaraníes*.

Las refutaciones de estos padres se apuntan principalmente contra De Pauw y, por lo que toca a nuestro Clavigero, éste lo llama sucio y mordaz no sólo por los errores históricos que contienen las *Recherches philosophiques*, sino también por “su particular empeño en desmenuzar todas las materias que tienen relación con los placeres obscenos”.<sup>42</sup> Mediante una sarcástica técnica tuquoqueísta, permítaseme el término, que no tiene desperdicio, Clavigero se convierte en un polemista contundente. La erudición de que hace gala Clavigero no sólo le sirve para rechazar los despropósitos e injurias del prusiano, sino que también está al servicio del incipiente nacionalismo mexicano ansioso de una patria muy suya e independiente; de aquí la exaltación apolo-gética de la cultura mexicana que no cede en nada frente a los valores consagrados de las antiguas y refinadas culturas clásicas del Viejo Mundo. Sólo le faltó acaso ironizar como lo hizo Kant, para el cual el cacique Attakakullakulla era inferior al héroe griego Jasón sólo porque no poseía nombre griego.

42 En *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1945, v. II, p. 158-159.



# El historiador don Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana\*

497

## Aclaración previa

Yo quiero que mi *Cuadro histórico* sea para la posteridad el texto de la historia, y que si al escribirlo incurriese en equivocaciones, éstas sean de entendimiento y no de malicia.

Carlos María de Bustamante, cit. por Jorge Flores D., “Don Carlos María de Bustamante”, *El Nacional*, 18 de agosto de 1943

La imparcialidad y exactitud tan necesarias a todo historiador son las cualidades que puntualmente le faltan al señor don Carlos [María de Bustamante].

José Joaquín Fernández de Lizardi, *Segunda carta del Pensador al Payo del Rosario*

El título de nuestro ensayo implica la realización de una doble labor: el análisis crítico de las opiniones mexicanas vertidas en torno al contradictorio historiador oaxaqueño y nuestra propia actividad crítica frente a las ideas históricas del autor. Sin embargo, esta última tarea todavía no la hemos

\* A mi estimado amigo, el ingenioso escritor oaxaqueño Andrés Henestrosa, por la mutua admiración que ambos profesamos a la ilustre y patriótica figura del historiador don Carlos María de Bustamante.

podido completar dado la extensión inmensa de la obra de Bustamante y dado también el volumen que alcanzaría este trabajo nuestro si incluyéramos lo indicado líneas arriba, y que sin duda resultaría impropio en el cuerpo de este anuario.<sup>1</sup> Por lo mismo sólo adelantamos aquí, dividido en dos partes, el estudio provisional de lo que hemos podido cosechar en nuestra incursión previa por el campo analítico de los comentaristas e historiadores interesados en las ideas y en las obras, propias o editadas, del infatigable don Carlos María de Bustamante. No hemos aspirado a la totalidad, porque estamos seguros de que más de un autor habrá escapado a nuestro acoso intelectual, razón más que importante para que recibamos con interés y beneplácito todas aquellas sugerencias que se nos hagan sobre un autor o autores faltantes. Desde luego, conviene aclarar, hemos rehuido los artículos de periódicos o revistas no especializadas, y no precisamente porque no sean importantes, sino por la imposibilidad de abordarlos nosotros solos. Deliberadamente y para evitar repeticiones nos hemos desentendido de los historiadores que podemos considerar relativamente como de segunda fila (Otero, T. Ortiz, Zerecero, Bocanegra,<sup>2</sup> etcétera), sobre los cuales actúan de modo expreso o latente algunas de las ideas de Bustamante; asimismo hemos omitido la recepción favorable o adversa de las *verdades* históricas del autor en los textos escolares (primarios o superiores) de ayer o de hoy.

Por último, nuestro ensayo está dedicado a la prócer figura del historiador Bustamante, y sólo aspira asimismo a ser una modesta contribución en homenaje al *Congreso del Anáhuac*, cuya conmemoración sesquicentennial está ya a la vista.

1 Ortega se refiere al *Anuario de Historia* (v. III, 1963, p. 11-58), donde aparece originalmente su estudio sobre Bustamante. [N. del editor.]

2 Por ejemplo, Bocanegra repite lo que afirman Alamán y García Icazbalceta, y de su propia cosecha sólo nos da este retrato crítico de Bustamante “El primero, por preocupación o por patriotismo, apenas ha dejado el confuso conocimiento que dan sus obras, de las cosas, sin ofrecernos un cuadro que arroje la luz suficiente para guiarnos como guía la antorcha de la historia que es por sí misma tan resplandeciente y pura, porque descansa en lo cierto de los hechos y en la fidelidad del editor”. *Memorias para la historia de México Independiente, 1822-1846*, edición oficial de J. M. Vigil, México, Imp. del Gobierno Federal, 1892, p. 4 de la “Introducción”.

## Sus contemporáneos, epígonos y postepígonos

La selva historiográfica que constituye la inmensa y dispersa obra de Bustamante ha (y nos ha) desorientado a todos o casi todos los historiadores o comentaristas que han tenido que acercarse a ella en busca de hechos, datos, opiniones y sobre todo luces. Liberales, moderados y conservadores de ayer y de hoy se han perdido muy fácilmente en el intrincado, aunque imprescindible, bosque histórico bustamantino y han errado con frecuencia por esto al percibir las contradicciones y paradojas del exuberante cuanto pintoresco y herodótico historiador de la insurgencia y la independencia de México. Sin embargo, una vez descubiertos –según creemos– los ejes temáticos de nuestro autor, así como subrayados su norte y mensaje crítico-patrióticos, el tránsito intelectual al través de la ingente obra se torna feliz, sorprendente y orientador.

Uno de los extraviados en el bosque, que si no es el primero cuando menos resulta el más conspicuo, fue don Lucas Alamán, que proclamándose “un [su] amigo”, pero declarándose ciceroniana y alevemente “más amigo de la verdad”,<sup>3</sup> escribía sus *Noticias biográficas del licenciado don Carlos María de Bustamante* a los tres meses de fallecido éste. La portada del folleto se adorna con un epígrafe latino entresacado de Séneca (*De ira*, lib. III, cap. XXII), que don Lucas traduce elegantemente así: “Tiénense aquí que considerar ejemplos que evitar, y otros, por el contrario, que merecen ser imitados”, con lo que el autor nos precave y orienta acerca de sus juicios y prejuicios críticos. El circunspecto Alamán, al que Bustamante había ardorosamente defendido en el proceso que se le abriera por su *participación* en el asesinato de Guerrero, esperó pacientemente como un moro a que el cadáver, en este caso de *su amigo*, pasase por delante de su puerta, y sólo entonces se dio rápidamente a escribir y hasta hablar mal de su bullicioso y hasta la víspera latente adversario. La mañosa biografía que nos ofrece Alamán está inspirada en el folleto

<sup>3</sup> Lucas Alamán, *Noticias biográficas del licenciado don Carlos María Bustamante, escritas por un amigo de don Carlos, y más amigo de la verdad*, México, Tipografía de R. Rafael, 1849. (Nuestras notas alamanistas no se corresponden con ese folleto, sino con *Noticias biográficas del licenciado don Carlos María Bustamante y juicio crítico de sus obras*, en *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos (Inéditos y muy raros)*, 4 t., compilación de Rafael Aguayo Spencer, México, Jus, 1946, t. 3, p. 279-336.) En la portada del folleto se añade además que estas noticias han sido “escritas por un amigo de don Carlos y más amigo de la verdad”, rúbrica que no aparece en la edición ya indicada arriba de Jus.

autobiográfico que el propio don Carlos escribió para justificar primeramente su tránsito desde empleado fiel de las oficinas virreinales a la activa insurgencia, a la que nació, escribe Alamán, “impulsado por la muerte del licenciado Verdad, su protector, al que mucho lloró así como por sus relaciones con el marqués de Rayas, el canónigo Alcalá y otros”. Alamán insiste en que Bustamante “había sido favorecido y atendido extraordinariamente en su carrera”<sup>4</sup> y su objeto no es otro sino hacer destacar el malagradecimiento del ilustre oaxaqueño entregado a ciertas actividades de insurgente vergonzante, de “hojalatero”, como escribe maliciosamente su crítico, que culminarán con su entrega apasionada a la insurgencia activa y patriota. En segundo lugar la famosa autobiografía servíale a Bustamante para justificar su tibia adhesión al gobierno *picalugano* o anastasiobustamantista, así como para rendir pública cuenta de su inestable simpatía para con el imperio de Iturbide en los primeros momentos, lo que explica el título de esta pieza casi judicial de auto-defensa, inspirado en el que se lee en la del famoso y cauto obispo de Puebla, el ilustrísimo Pérez, que reza así: *Hay tiempos de hablar y tiempos de callar*,<sup>5</sup> con lo que el obispo en plena independencia y Bustamante en plena revolución santannista (1833) recordaban las palinódicas y predicadoras palabras del *Eclesiastés* (3.7). Bustamante se adelantaba a una probable proscripción decretada por los “magnánimos, justos e ilustrados patriotas” contra su insurgente persona; lo que explica el previsor versito que antecede a la lectura del texto: “Por si acaso me destierran o me muero en el camino, que sepan los mexicanos en lo que les he servido”.

El juicio que como historiador le merecía Bustamante a Alamán, fundado en la lectura minuciosa y meditada del *Cuadro* y del *Diario* históricos, así como en el conocimiento de las diversas ediciones y publicaciones de don Carlos, ha hecho escuela en México hasta hace bien poco: Bustamante queda exhibido por su carácter contradictorio y voluble; por sus credulidades infantiles, por sus extravagancias, chabacanerías, desorden expositivo, garrulería e hispanofobia; por sus contradicciones temáticas y biográficas y por sus inapropiadas y escandalosísimas ediciones de historias y obras antiguas, que aparecen plagadas de errores, zurcidos, interpretaciones y notas inservibles

4 *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos...*, t. 3, p. 290.

5 Carlos María de Bustamante, *Hay tiempos e hablar, y tiempos de callar. Biografía de un antiguo insurgente*, México, Imprenta de Valdés, 1833, 36 p.

(Gómara, Sahagún, Cavo, Alegre, Beaumont, Ixtlilxóchitl, etcétera). A pesar de estos defectos, Alamán no puede menos de alabar interesadamente la propensión de Bustamante “a combatir las ideas exageradas que sost[enía] el partido llamado puro”,<sup>6</sup> y por supuesto no deja tampoco el crítico de subrayar favorablemente el patriotismo republicano sin tacha ni titubeos del entusiasta historiador, así como “sus buenas y rectas intenciones”;<sup>7</sup> su pasión por la historia antigua (prehispánica) y por la independiente (que lo lleva a rescatar documentos preciosos en medio de toda suerte de dificultades pecuniarias, revolucionarias y políticas), que contribuye a despertar la afición por el estudio de la historia nacional y que permitirá, como ha sucedido en efecto, que andando el tiempo otros historiadores escribiesen sus obras, incluso el propio Alamán, aunque lo reconozca éste un tanto indirectamente: “nadie que quiera ocuparse de la historia nacional –escribe– puede dispensarse de tener en su biblioteca las obras de Bustamante”.<sup>8</sup> Más tarde volverá a insistir en esto mismo en la primera parte de su *Historia* (libro 7, cap. 7), aunque no dejará una vez más de señalar la parcialidad, la falta de crítica y las *ideas enteramente falsas* que, según él, propalaban los escritos del autor del *Cuadro histórico* acerca de la revolución de independencia. Termina el censor su estudio biográfico indicando la necesidad que había de que el historiador fallecido tuviera imitadores, “que trabajando con la constancia que él lo hizo, s[upiesen] evitar sus faltas”;<sup>9</sup> cosa esta última a la que se avocó diligentemente don Lucas, aunque por corregir y eludir las fallas del modelo, a quien inteligentemente saqueó, dicho sea de paso, incurrió en otras no menos graves y censurables, como puede verse por sus propias palabras, a nadie mejor aplicadas –¿jugarrera del inconsciente?– que al mismo celoso y receloso crítico: “¿Cuántos, y acaso de los que más agriamente han acusado a don Carlos Bustamante, con los mismos o mayores defectos que él (se refiere fundamentalmente a Zavala), no pueden presentar en compensación este noble desinterés, esta resolución de servir en todo a su patria?”<sup>10</sup> En suma, en la crítica de don Lucas Alamán, como ya apuntamos, se encuentra la mayor parte de las censuras que los autores posteriores enarbolaron contra la obra de Bustamante. Unos 17 años

6 *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos...*, t. 3, p. 316.

7 *Ibidem*, t. 3, p. 315.

8 *Ibidem*, t. 3, p. 334.

9 *Ibidem*, t. 3, p. 335.

10 *Ibidem*, t. 3, p. 319.

antes de que el gran historiador conservador escribiese la fingidamente elogiosa biografía crítica de Bustamante, el inquieto y vigoroso político ultraliberal, don Lorenzo de Zavala, terriblemente molesto por la lectura del *Cuadro histórico*, editado en 1821, trueno contra la obra tachándola con todos los defectos posibles y ataca a su autor con críticas despiadadas y rencorosas que iban a dar de lleno en el pecho del ingenuo autor:

Las autoridades de México han cometido el error –escribe Zavala– de permitir a Bustamante entrar en los archivos, franqueándole los documentos interesantes del antiguo virreinato y otras oficinas públicas, y este hombre sin crítica, sin luces, sin buena fe, ha escrito un tejido de cuentos, de consejas, de hechos notoriamente falsos, mutilando documentos, tergiversando siempre la verdad, y dando un testimonio vergonzoso para el país, de la falta de candor y probidad en un escritor público de sus anales.<sup>11</sup>

El pobre don Carlos se quedó de una pieza cuando pudo leer las críticas durísimas de su peligroso contrincante y reaccionó colérico contra éste. En verdad a Bustamante lo tomaron de sorpresa las despiadadas censuras, pues se había creído a cubierto de las mismas, dado el sincero sentido de su apasionado mensaje y dadas las dificultades de todo tipo que tuvo que vencer para escribir y editar su *Cuadro histórico*, y considerada sobre todo su nota al lector, publicada al final del tomo tercero, en la que pide comedidamente que se le señalen las equivocaciones en que haya incurrido, puesto que “siendo ciertas las confesa[rá] gustoso y se retractará [de ellas] dócilmente”.<sup>12</sup> Bustamante suplica también que se le disimulen los defectos que se hayan notado, ya que “el grande objeto que en todo [se] ha propuesto [...] es la gloria de la nación mexicana”.<sup>13</sup> Desde ésta su primera gran obra apunta el autor cuál es el ideal que lo guía y cuál es el objetivo que se propone y al que jamás dejará de aspirar: su amor y pureza patrióticos; como lo prueba el que se refiere a la gloria de la *nación mexicana* y no a la de tal o cual caudillo,

11 Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, 2 v., París, Imprenta de P. Dupont et G. Laguionie, 1831, v. 1, p. 2.

12 Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución de la América mexicana*, reimpresión, México, Imprenta de D. Celestino de la Torre, 1821, v. III, p. 438.

13 *Idem*.

hombre político, congreso o partido. Esta razón patriótica resulta para Bustamante decisiva, importantísima, como correspondía evidentemente a una nación políticamente recién nacida que tenía sobre todo que justificarse ante sí misma: resolución amorosamente dramática que pareció olvidar o desdeñar Zavala en su crítica.

Bustamante que, como expresa Alamán, que bien lo conocía, se mostraba tan firme en los principios, una vez que los adoptaba, como intrépido y constante para sus amigos así como para sus enemigos,<sup>14</sup> contraatacó vigorosa y furiosamente: mas como se hallaba cegado por la ira, sobresaturado de sacrosanta indignación, no resultó muy brillante ni hábil su defensa, a pesar de que tuvo más de una década por delante para prepararla y pese a su reconocida habilidad como abogado defensor de causas difíciles.<sup>15</sup> Su técnica argumental defensiva *ad hominem* es en este caso el típico “más lo eres tú” de los pícaros escolapios, acusando pues a su opositor de vengativo por haberse negado él a franquearle sus manuscritos para que aquél escribiera su *Ensayo histórico de las revoluciones de México*. Esto lo asienta Bustamante en la introducción a la segunda edición del *Cuadro histórico*,<sup>16</sup> en la que insiste otra vez ante sus lectores en las dificultades que tuvo para escribir su historia y en la “festinación” con que se apresuró él mismo a redactarla. Ya al final se revuelve de nuevo contra su enemigo y le agradece con sorna sus ataques supuesto que mucho más le habría entristecido merecer elogios de ciertas plumas y bocas. Bustamante termina prácticamente con Zavala, ya de suyo finiquitado dentro de la política mexicana de 1843, emplazándolo ante la generación

14 *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos...*, t. III, p. 315.

15 Así lo expresa Alamán, *op. cit.*, p. 288. Desde luego Bustamante aprovechó la edición que él mismo hizo de Cavo (1836-1838) para atacar a su enemigo, del cual dice “que mente desolladamente”. Algunos de los conceptos expuestos por Zavala son calificados de “desatinos y delirios garrafales”. Toda su obra no es sino un “zurcido de embustes”, y en ella no se encuentran más que “delirios y errores”. Bustamante asegura que Zavala había escrito su “historia sin saber ni aun los nombres de los primeros personajes que figuraron en ella”. *Vid. el Suplemento a la Historia de los tres siglos de México, durante el gobierno español, hasta la entrada del Ejército Trigarante, escrita por el padre Andrés Cavo*, preséntalo el licenciado Carlos María de Bustamante como continuador de aquella obra, México, Imprenta de Luis Abadiano y Valdés, 1836, t. III, p. 318 (el t. IV se imprimió en 1838).

16 *Cuadro histórico de la revolución mexicana comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla*, 2a. ed. corregida y muy aumentada, 5 v., México, Imprenta de J. Mariano Lara, 1843, v. I, “Prólogo”.

futura: “Cuando en la continuación del *Cuadro* hable de los hechos peculiares de Zavala, lo conocerán nuestros pósteros en su punto de vista: hoy la generación presente pronuncia su nombre con pavura, y ella, que nos conoce a los dos, sabrá dar el valor que se debe a tales imputaciones con que me honró y engalanó”.<sup>17</sup> Como puede apreciarse la defensa de Bustamante no está montada sobre la plataforma historiográfica, sino sobre la política, en la que se sentía tanto más seguro y victorioso cuanto más derrotado, hundido y envilecido veía a su rival.

A nuestro juicio la defensa política de Bustamante falla ante el recuerdo de sus veleidades iturbidistas en cierto momento, las cuales le hicieron olvidar sus primeros entusiasmos populares, y la exaltación que hizo de la revolución del pueblo y de sus insurgentes adalides; empero la defensa que él no pudo ni supo hacer de sí mismo ya la había llevado a cabo desde 1831 uno de los españoles liberales refugiado en Londres, don Pablo de Mendíbil, al publicar su *Resumen histórico de la Revolución de los Estados Unidos Mejicanos, sacado del Cuadro histórico que en forma de cartas escribió el licenciado don Carlos María Bustamante*.<sup>18</sup> Zavala se había servido, claro está, de este resumen, al que calificó como “uno de los libros más útiles que se han escrito sobre la guerra de la revolución de la Nueva España, porque ha sabido el autor aprovecharse de los documentos históricos que publicó don Carlos Bustamante en su *Cuadro histórico* y ha purgado aquel fárrago de una infinidad de hechos falsos, absurdos y ridículos de que está lleno el tal *Cuadro histórico*”.<sup>19</sup> Pero juzgando por lo que el propio Mendíbil dice, hay que pensar que el mismo Zavala pudo haberse hecho su resumen y pasar por alto o disculpar bondadosamente los arrebatos patrióticos de Bustamante y sus aplausos jacobinos, insistamos en esto, en honor de los caudillos populares de la insurgencia –¡ahí precisamente le dolía, y mucho, a Zavala!– que lo llevaban al apasionamiento, pero no al grosero error. Oigamos por tanto al sincero español, al que no por liberal dejarían, por ejemplo, de herirle los alegatos antiespañoles del exaltado autor, para el que no existía diferencia alguna, en punto a crueldad, entre

17 *Idem.*

18 Pablo Mendíbil, *Resumen histórico de la revolución de los Estados Unidos Mejicanos sacado del Cuadro histórico, que en forma de cartas escribió el licenciado Carlos María de Bustamante*, Londres, R. Ackermann, 1828.

19 Zavala, *op. cit.*, t. I, p. 2.

los españoles del siglo XVI y los del siglo XIX,<sup>20</sup> y que sin embargo avalúa el contenido y justifica el *tono* justiciero e indignado del aristarco:

El licenciado [...] escribiendo en forma de cartas, dotado de una imaginación viva; de un decir afuente y de un modo de sentir delicado y enérgico: habiendo sido además testigo de lo que se refiere, por haberlo presenciado, o por haberlo oído de los que, así como él mismo, tuvieron gran parte en la revolución, no podía menos de escribir con aquella fuerza y exaltación que estoy muy lejos de reprobar, porque además de ser este un efecto de generosos sentimientos, puede asegurarse (por más que esta proposición se presente con cierto aire de paradoja) que es más frecuente hallarse la verdad en los historiadores movidos por un ardiente amor a su patria, que en los que se precian de ser enteramente desapasionados, y que lo son en efecto.<sup>21</sup>

Y continúa escribiendo Mendíbil, que acaso sin sospecharlo reflejaba las dos maneras de tratar la historia y los dos estilos diversos con que Bustamante y Zavala abordaron respectivamente la tarea histórica: “Cierto es que deben leerse los primeros con precaución y criterio; pero también lo es que poseen una eminente prenda que no se encuentra en los segundos, cual es el calor de los afectos, más interesantes y provechosos cuando está templado por la buena fe y la veracidad, que la impasible indiferencia, aun cuando esté ilustrada por la crítica y guiada por la exactitud”.<sup>22</sup>

Para Mendíbil, la actividad historiográfica de Bustamante, en cuanto testigo de vista y en cuanto historiador verdadero, justamente por apasionado, permitiría que el *Cuadro histórico* llegase con el tiempo “a servir como el primer cimiento sobre el que se levante el edificio histórico de la revolución mejicana”:<sup>23</sup> inconcusa verdad que el tiempo y los historiadores liberales posteriores se encargarían de fundamentar y demostrar.

20 Cfr. Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución de la América Mejicana. Carta primera, dedicada a la buena memoria del señor don José María Morelos*, Puebla, Oficina del Gobierno Imperial, 1821, v. I, p. 427.

21 Mendíbil, “Prólogo”, *op. cit.*, p. IX.

22 *Idem.*

23 *Idem.*

En 1836 el doctor en teología José María Luis Mora criticaba con fundamentos semejantes a los de Zavala la obra ya citada de Bustamante y empleaba además un lenguaje tan hiriente y agresivo como el del célebre político yucateco.<sup>24</sup> Mora es consciente de las dificultades alegadas por el propio autor; mas ello no le impide expresar que en la compilación bustamantista

se han hacinado con poca crítica y menos discernimiento, una multitud de noticias, de relaciones, de memorias y documentos que se hallan en *oposición* [cursivas nuestras] sobre puntos muy capitales y romper la unidad del relato, única garantía de la verdad. En el *Cuadro histórico* hay sin duda hechos verdaderos y documentos importantes; pero están de tal manera entrelazados con fabulas y patrañas, y sobre todo con las pasiones rencorosas y parciales del autor grabadas en todas sus páginas, que se expondría mucho quien bebiese en estas aguas sin haberlas depurado. Bustamante no es hombre que dirá de propósito una mentira; pero acoge con suma facilidad todas las vulgaridades que lisonjean sus pasiones, y disimula u oculta frecuentemente la verdad cuando no cuadra con el entusiasmo irracional que concibe por las personas, con el odio gratuito que las profesa, o con el sistema político a que se adhiere hoy por prevención, y contra el cual mañana declamará sin motivo. Para poder pues utilizar la que hay de servible en esta compilación de entusiasmos, odios, falsedades y dicerios, ha sido necesario verificar los hechos con los actores que existen y llenar de apostillas correctivas un ejemplar del *Cuadro histórico*. Los lectores podrán advertir las diferencias por el cotejo entre esta obra y la de Bustamante si se tomaran el trabajo de hacerlo.<sup>25</sup>

Dejando aparte las minucias críticas relativas a los errores de Bustamante en punto a exactitud sobre tal a cual suceso o personaje, podemos preguntarnos en qué consiste el íntimo y decidido rechazo de Mora, semejante al de Zavala, que más tarde fue sentido y expresado también por Alamán. A nuestro

24 Según Arnáiz y Freg, la obra de José María Luis Mora, *México y sus revoluciones* (París, Librería de Rosa, 1836) fue comenzada desde 1825 en refutación a Bustamante (vid. José María Luis Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941).

25 Mora, *México y sus revoluciones*, París, Librería de Rosa, 1836, v. IV, p. IV.

entender, e insistiendo en lo que ya insinuamos al referirnos a Lorenzo de Zavala, las razones internas de la repulsa residen en la conocida actitud de desconfianza y temor de tales autores frente a la insurgencia, que es precisamente a la que glorifica románticamente en un principio el patriota Bustamante, el honesto insurgente y brigadier e inspector general de la caballería, de acuerdo con el nombramiento que le expidiera, nada menos, que el gran Morelos. Alamán, quien no pierde ninguna ocasión para punzar y ridiculizar, se burla de este nombramiento, en el que no lo lució muy brillantemente don Carlos, dadas “las disposiciones poco marciales”<sup>26</sup> que siempre tuvo; empero su crítico, que tampoco descolló mucho por sus arrestos bélicos, al descalificar por la vía del ridículo al historiador de la insurgencia intenta de paso debilitar los valores históricos de ésta. Bustamante loa a la insurgencia en sus jefes más representativos y los ve como intérpretes de la revolución popular; a través de ellos se expresa la voz a la vez autoritaria y anárquica del pueblo, que logra así romper sus cadenas y liberarse de la servidumbre colonial. El aplauso caluroso y entusiasta con que don Carlos saluda la irrupción de la masa mexicana en el escenario histórico, no podía de ninguna manera agradar a los políticos de la clase media y burguesa o aristocrática que habían desviado y festinado en su propio beneficio el estallido revolucionario; mucho menos podía satisfacer a unos historiadores enamorados del evolucionismo naturalista dieciochesco y de la normatividad y racionalidad histórica, que ellos traducían en sentido común y provecho de clase.

Don Ignacio Cumplido, el célebre y benemérito editor de tantas obras importantes y, por supuesto, de algunas de las de Bustamante, fue mucho más generoso y comprensivo que los tres historiadores y hombres públicos citados; como editor y como diputado por el departamento de Jalisco, muestra en su agradecida dedicatoria, impresa en el tomo quinto de la segunda edición (1843) del *Cuadro histórico*, que lo que guiaba la pluma de su autor “era el amor de la virtud y de la libertad”. Cumplido, sin ninguna reserva ni repliegue doctrinal, continua así: “México debe a usted [a Bustamante] la conservación de los hechos gloriosos que nos emanciparon de la metrópoli: sin su celo y laboriosidad, muchos de esos hechos se habrían perdido en la noche de los tiempos y nuestros descendientes ignorarían todo el precio a que los padres

26 *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos...*, t. III, p. 293.

de la Independencia compraron nuestro ser político”.<sup>27</sup> Todo el mundo sabe al presente quiénes son los *padres de la independencia*, pero la unanimidad de la aceptación, que hoy nos parece obvia, sólo podía ser alcanzada mediante la reiteración clamante del historiador, actor y testigo de la insurgencia. En suma, don Carlos María Sánchez Merced de Bustamante y Osorio escribió “*ad perpetuam*”,<sup>28</sup> como él mismo indica, es decir, *ad perpetuam [rei memoriam]*, para perpetua memoria de la hazaña en el corazón sensible de la gente. Por eso su *Cuadro histórico*, inspirador e inspirante, desazonaba a los escamoteadores de la voluntad popular; porque hacía de la insurgencia una epopeya mexicana, una aspiración permanente del pueblo. Y no es que nuestro Bustamante no echara de menos, como sus tres oponentes, la necesidad de destruir menos y organizar más; pero estas fallas, que él observa, de los caudillos y de la masa insurgente no le provocan falsos lamentos ni interesados repliegues evolucionistas.

Alamán hace notar que el *Cuadro histórico*, “la única historia que tenemos de la revolución que vino a terminar con la independencia”<sup>29</sup> (observe el lector como rehúsa el escritor el empleo del infinitivo *culminar* o *desembo-car* u otros semánticamente afines) es leído y extractado por los extranjeros, *creído* por los nacionales y engalanado por los romancistas con fabulosas patrañas; por lo mismo teme los grandes daños causados por éste y otros escritos en la opinión pública. Las “ideas erróneas” puestas en circulación por Bustamante,<sup>30</sup> amenazaban los intereses de la clase cuyo portavoz era el talentado don Lucas Alamán.

En 1852, por la misma fecha en que aparece el último volumen de la *Historia de México* de Alamán, publica José María Tornel su *Breve reseña histórica*, en la que, ateniéndose a la técnica crítica alamanista de ese tiempo, califica asimismo al *Cuadro histórico* de “insípida novela”. Por esta despectiva expresión se nota que el general santannista cojeaba del mismo pie que el anterior recensor en cuanto a opinión interesada e interpretativa. A Tornel le molesta también muchísimo el que Bustamante se hubiera propuesto hacer de cada insurgente un héroe, pues de este modo “hacía dudoso el mérito de

27 Nota-prólogo de Cumplido incluida en el tomo V, del *Cuadro histórico* (1843), agradeciéndole a Bustamante la dedicatoria de dicho volumen.

28 “Prólogo”, *Cuadro histórico...*, 1843, t. I, p. IV.

29 *Ibidem*, t. III, p. 325.

30 *Idem*.

muchos, con el aplauso indiscreto de la conducta de todos”.<sup>31</sup> A diferencia de Zavala, que como historiador, según Tornel, es “más templado, porque al fin era un hombre de talento y guardaba a la decencia algunas consideraciones”,<sup>32</sup> Bustamante, “quien no obró jamás sino por el estímulo de alguna pasión vergonzosa, ni sabía escribir si no era atropellando cuanto la verdad, la justicia y el decoro podían merecer”.<sup>33</sup> Esto lo publica Tornel, ya dijimos, en 1852, tras de haber conspirado contra Arista, apoyado a Lombardini y aplaudido la llegada del eterno y oportuno salvador Santa Anna, quien reconocido hizo su ministro de Guerra. Aunque Tornel estuviese dolido por algunos juicios, como siempre apresurados, de Bustamante, el hecho de estar ya éste muerto hacía cuatro años, debería haber hecho pensar al general lo injusto y ciego de sus ataques, porque además no podía ignorar la actitud mucho más moderada de Alamán, quien entre dardo y dardo aplaudía el estilo “fácil, fluido y claro, a veces elegante y no pocas animado y sentimental” de Bustamante, aunque de vez en cuando recaía éste en “lo burlesco y chocarrero” –lo cual es certísimo–, pero que no le impedía moverse a los impulsos “de un sincero patriotismo y de unas buenas y rectas intenciones”. Es comprensible que un general como Tornel, defensor de la dictadura perpetua santannista atacara alevosamente al historiador fallecido, porque el *Cuadro histórico* (1821) así como la mayor parte de la obra bustamantina no son sino una ardorosa defensa de la libertad republicana y un enconado y nunca cejado ataque contra la tiranía. En la “Advertencia” que, como prólogo puso Bustamante a los *Apuntes* (1845) antisantannistas, se refiere a la “ruina de Santa Anna y recobro de la libertad nacional que nos había usurpado”.<sup>34</sup> Estas críticas, unidas a las que expresara en 1832 con su *Invasión de México por don Antonio López de Santa Anna*,<sup>35</sup> lo indispusieron políticamente con su Alteza Serenísima y por supuesto con Tornel; lo que nos explica, sin duda, que este último, recordando acaso la para-

31 General José María Tornel y Mendivil, *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana, desde el año de 1821 hasta nuestros días*, edición de *La Ilustración Mexicana*, México, Imprenta I. Cumplido, 1852, p. 323.

32 *Idem*.

33 *Idem*.

34 Carlos María de Bustamante, *Apuntes para la historia del gobierno del general don Antonio López de Santa Anna*, México, Imprenta de J. M. de Lara, 1845. Véase la “Advertencia”.

35 Carlos María de Bustamante, *Invasión de México por don Antonio López de Santa Anna*, México, Imprenta del C. Alejandro Valdés, 1832.

doja de su casi tocayo Mendíbil, para quien el historiador ardoroso era más verdadero que el desapasionado,<sup>36</sup> atacase al oaxaqueño con una especie de gran lanzazo retórico y epigramático a moro muerto, que aspira a ser lapidario pero que sólo se queda en semiingenioso: “El licenciado don Carlos María Bustamante, de quien puede asegurarse que solamente se equivoca en sus escritos, cuando dice alguna verdad”.<sup>37</sup>

Desde luego el resentimiento de Tornel parece también probarlo la anécdota famosa, no sabemos a ciencia cierta si verdadera o fingida, sobre el célebre cetro de Nezahualcóyotl. Según se cuenta, un indio que trabajaba en una hacienda perteneciente al general dio en esculpir un cetro o bastión de mando que le pareció de perlas a Tornel para tomarle el pelo a don Carlos y dejarlo en ridículo. En ocasión en que pasaba por delante de la puerta de la casa del general, le envió éste un recado para que pasase, pues le quería mostrar algo interesantísimo. En cuanto Bustamante vio la pieza y oyó de labios del general que había sido desenterrado en una de sus haciendas, no pudo contenerse, y con presteza la identificó como el cetro del ilustre poeta y rey Coyote Hambriento. La burla sangrienta corrió de boca en boca por todos los mentideros y reboticas de la ciudad, y si bien ella delata la indigencia de conocimientos arqueológicos de Bustamante, cosa por lo demás nada rara supuesto que por entonces la arqueología mexicana andaba realmente en mantillas, demuestra por otra parte el apasionado interés indigenista y patriótico del entusiasta don Carlos. Alamán parece aludir al caso cuando en su retrato psicológico de Bustamante expresa que éste era “hombre de ingenio vivo, de ardiente imaginación que fácilmente declinaba en irreflexivo entusiasmo, de una credulidad a veces pueril, dejándose arrastrar por la última especie que oía y mover por la última impresión que recibía, lo que le hacía ser ligero en formar opinión,

36 Mendíbil, *Resumen histórico de la revolución...*, p. 19.

37 Tornel y Mendíbil, *Breve reseña histórica...*, p. 341. Esta mordacidad de Tornel no se compadece –¡a lo mejor sí!– con la actitud munificente de costear en 1843, cuando era secretario del Despacho de Guerra y Marina, la edición de *Fastos militares de iniquidad, barbarie y despotismo del gobierno español ejecutados en las villas de Orizaya y Córdoba en la guerra de once años, por causa de la independencia y libertad de la nación mexicana, hasta que se consumó la primera por los tratados de Córdoba, celebrados por los excmos. sres. Agustín de Iturbide y Juan de O’Donojú. Dalos a luz como documentos que apoyan las relaciones del Cuadro histórico de la revolución* (México, I. Cumplido, 1843) y dedicada por Bustamante “a la sombra generosa de la Exma. señora doña Agustina Díez de Bonilla de Tornel”.

inconsecuente en sostenerla y extravagante en manifestarla”.<sup>38</sup> A esta misma predisposición infantil aludirá años más tarde Guillermo Prieto, cuando afirma que era difícil de analizar el carácter intelectual de Bustamante, supuesto que creía “en toda especie de monumentos que le presentaban de mala fe como antiguos”.<sup>39</sup>

Otro santannista, don Juan Suárez y Navarro, tocado también en lo vivo por los dardos de Bustamante, arremete contra éste por el ataque desencadenado contra el serenísimo en el *Nuevo Bernal* (1849):

Verdaderamente desgraciados los mexicanos bajo todos aspectos –escribe Suárez y Navarro–, su infortunio ha llegado hasta el extremo de tener por narradores de sus anales a personas sin crítica, sin instrucción y sin buena fe. Un tal don Carlos María de Bustamante usa de su malignidad en la obra que escribió pocos momentos antes de hundirse en el sepulcro. Los herederos de su mala fe, de sus vulgaridades, de su odio y de su manía, nos han presentado también otro escrito, en el cual la historia de los últimos acontecimientos se dibujó, con tintes oscuros, con el pincel grosero que puso en sus manos la ira y el encono.<sup>40</sup>

Según Suárez y Navarro, “la decrepitud y la arrogancia del licenciado Bustamante le arrostró a titular” su obra el *Nuevo Bernal Díaz del Castillo*; y las “quince personas” o autores de la segunda obra de inspiración bustamantista, intitulada *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* (1848-1849) no quisieron ser menos que don Carlos María, y para hacerse más singulares, se denominaron en los anuncios “La Familia de Renepont”. El crítico termina maliciosamente expresando que “la posteridad trabajará mucho para encontrar qué analogía tienen los protagonistas del Judío Errante con la nueva familia de los quince”.

El joven erudito Joaquín García Icazbalceta recoge en la primera década de los cincuenta la visión crítica alamanista y nos confiesa que ha extractado y copiado muchas veces las palabras de la biografía anónima de Bustamante,

38 *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos...*, t. III, p. 315.

39 Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos (de 1828 y 1843)*, París/México, Librería de la viuda de C. Bouret, 1906, p. 331.

40 Véase la *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna*, México, Imprenta de I. Cumplido, 1850, p. IV.

que como sabemos es la escrita por Alamán en 1849; mas que, según parece, ignoraba García Icazbalceta quién fuera el autor de la misma. Pero en punto a deslindar la *responsabilidad* de Bustamante a causa del daño ocasionado por sus escritos e interpretaciones de la insurgencia, así como por su contribución a forjar en la “raza hispanoamericana” (“española” escribe García Icazbalceta precisando aún más el gentilicio que su modelo) una idea errónea de sí misma y un falso concepto de su posición en la Nueva España,<sup>41</sup> García Icazbalceta se muestra más inflexible que Alamán y rechaza pues el argumento disculpante de éste, quien alegaba que este proceder de Bustamante no era nada extraño supuesto que participaba del delirio general que inspiró a todos los criollos firmantes del acta de independencia. A la propagación de este delirio, según lo califica el historiador conservador, nadie contribuyó más que don Carlos.<sup>42</sup>

Alamán, que en el Congreso tuvo que aguantar más de una vez los contradictorios y fustigantes discursos de Bustamante, afirma –acaso por ellos– que a veces se le calificaría por el liberal más exaltado, y otras por el más tenaz retrógrado.<sup>43</sup> Esta, al parecer, flagrante contradicción es aceptada por García Icazbalceta y le sirve para caracterizarlo, según él, de modo contundente. Incursionando por la entonces rara y novedosísima vía de la interpretación psicológica, el futuro gran “maestro de toda erudición” escribe que

el carácter y la educación [tradicional] de Bustamante le inclinaban a lo último [es decir a ser retrógrado] y a ser partidario de la dominación española, pero había llegado a formarse un carácter facticio de insurgente, que conservó toda su vida. Al través de sus esfuerzos para desempeñar el papel que se había impuesto, solía a veces descubrir sus inclinaciones naturales, dejando caer la máscara que él mismo tomaba sinceramente por su verdadera fisonomía.<sup>44</sup>

41 Joaquín García Icazbalceta, *Obras*, México, Imprenta de V. Agüeros, 1897 (Biblioteca de Autores Mexicanos), v. IV, p. 407. Véase en el *Diccionario universal de historia y geografía*, México, 1853-1856, v. I, registro “Bustamante”. Véase asimismo la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. (Nosotros hemos utilizado la edición de 1954, editada por A. Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 365.)

42 *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos...*, t. III, p. 326.

43 *Ibidem*, t. III, p. 316.

44 García Icazbalceta, *Obras* (1897), p. 406.

Desde luego estamos de acuerdo con el inteligente comentarista en cuanto a este jánico y contradictorio personaje insurgente y español que nos presenta; mas no podemos aceptar igualmente sus conclusiones. El último ataque del crítico, el más decisivo, es también de inspiración alamanista; se refiere a la manía editora dominante que poseyó don Carlos y que le hacía consumir todos sus ahorros en la alcancía que era para él la imprenta.<sup>45</sup> Ya vimos las críticas de Alamán acerca de las ediciones incorrectas de Bustamante, así como de la pasión editora de éste; pero don Lucas no deja con todo de ser benevolente a causa de la heroica carga que el propio editor se echó a costas por puro patriotismo y locura intelectual. Empero García Icazbalceta, más alejado ya de la efervescencia política y más preocupado e interesado por la valoración estrictamente hispanista, erudita y científica no le perdona ningún error ni lo justifica en plano alguno. Lo curioso no es que García Icazbalceta procediese así, sino que la mayor parte de los críticos y editores contemporáneos hayan hecho suyas, sin sopesarlas, las censuras de aquél, las cuales les sirven asimismo para descalificar totalmente al autor del *Cuadro histórico*, metiendo en el mismo injusto costal descalificador sus incorrecciones editoras y su cálido e inmarcesible mensaje histórico.

A nosotros se nos figura que la crítica erudita de don Joaquín García Icazbalceta disfrazaba o fingía su menosprecio antiinsurgente. Se debe recordar que él escribía alrededor de 1853-1854 y por consiguiente respondía a la tónica tradicional, monarquizante y dictatorial inaugurada por su Alteza Serenísima Santa Anna (aunque para disimular políticamente sus aspiraciones se contentaba éste con el nombramiento de capitán general). En general esta época, no podía aceptar con simpatía la insurgencia; mas como el ataque a la misma y a su denodado defensor no podía realizarse directa y abiertamente, había que hacerlo por el flanco de la erudición, el más vulnerable como lo había muy bien visto Alamán y como lo observaba ahora su seguidor desde la augusta estatura intelectual que le proporcionaba (*magister dixit*) el *Diccionario universal de historia y geografía* publicado en México de 1856 bajo la dirección de Orozco y Berra. García Icazbalceta, molesto por el valioso y arrebatado mensaje insurgente e indigenista de Bustamante, lanzó las flechas de

45 *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos...*, t. III, p. 318. García Icazbalceta, *Obras* (1897), p. 407.

su severa crítica con el intento acaso de hacer olvidar o minimizar la actividad editora bustamantista.

Como editor de obras ajenas –escribe García Icazbalceta– baste decir que Bustamante no comprendió nunca la importancia del cargo que desempeñaba e incurrió en cuantas faltas puede incurrir un editor. Era para él cosa de poca monta verificar en el texto alteraciones que hiciesen decir al autor lo contrario de lo que había pensado, o suprimir un pasaje, bien porque iba contra sus opiniones o porque le parecía escaso de interés. Jamás pudo prescindir de la manía de intercalar en el texto sus propias observaciones confundiéndolas con las del autor, y menos pudo curarse del prurito de añadir notas a cada paso; las que son por lo general ridículas, triviales, inútiles, fastidiosas y en algún caso obscenas. Parece que luego que le caía en las manos un manuscrito, le añadía su respectiva cantidad de notas y suplementos, y sin examinar la autenticidad ni la corrección de él, corría a la imprenta a satisfacer su pasión dominante de hacer sudar las prensas.<sup>46</sup>

En la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* y refiriéndose al texto de Sahagún editado por Bustamante, se lamenta el polígrafo mexicano de lo incorrecto de la edición, así como de las notas inútiles añadidas, cuando no impertinentes.<sup>47</sup> Repitiendo a don José Fernando Ramírez, expresa que “ninguna sirve para ilustrar el texto”.<sup>48</sup> Sin embargo, Ramírez fue mucho más indulgente con Bustamante y con sus apresuradas y mal anotadas ediciones de los escritos inéditos de Chimalpáhin, Gama, Ixtlilxóchitl y los padres Sahagún, Cavo, Vega, Beaumont, Alegre, etcétera, “que, aunque no pueden ser calificadas de acabadas y perfectas historias, son sin duda unos monumentos inapreciables que nadie podrá dejar de consultar para escribirla”.<sup>49</sup>

Las críticas despiadadas de García Icazbalceta, así como las más indulgentes de José Fernando Ramírez hubiesen desacreditado para siempre la

46 García Icazbalceta, *Obras* (1897), p. 408.

47 *Ibidem*, p. 305.

48 *Idem*.

49 *Obras de José Fernando Ramírez, 2. Adiciones a la Biblioteca de Beristáin. Opúsculos históricos, 2 v.*, México, Imprenta de V. Agüeros, 1897 (Biblioteca de Autores Mexicanos), v. I, p. 300.

obra de cualquier autor que no hubiese sido Bustamante; pero como, pese a todo, su mensaje mexicanista (patriótico e intelectual) era ya parte constitutiva, esencial del mexicano liberal, republicano, dicho mensaje resultaría perenne, en tanto que la perennidad aquí invocada se entienda en el sentido que acordamos a la realidad histórica de México y a los hombres que la han constituido, la constituyen y la constituirán, como es de esperarse, en el futuro. El criterio reivindicativo no se hizo esperar y fue tan reactivamente positivo, como en la política nacional lo fue, *suum cuique*, el plan y la revolución de Ayutla. Efectivamente, en el modesto *Manual de biografía mejicana o galería de hombres célebres de México*, publicada en París en 1857, pero de hecho terminada durante el gobierno moderado del general Comonfort, su joven autor, el liberal y ultrarromántico Marcos Arróniz, aunque no *salva* a Bustamante como historiador y menos como editor, lo reivindica como patriota y como actor de la insurgencia.

El señor Bustamante –escribe– es acreedor a la gratitud nacional por haberse consagrado enteramente a su patria, ya corriendo riesgos inminentes para cooperar a su independencia, ya asegurándole el derecho de representación, y aun en medio de aquel choque tan tumultuoso de las armas, en que la fuerza era la única razón, quiso y trabajó porque hubiese representantes del pueblo y porque se escuchase su voz y se acatase su voluntad. En su vida literaria siguió infatigable el mismo patriótico camino, aglomerando datos, reuniendo documentos y consultando personas para la aclaración de algunos hechos. En cuanto al uso que hizo de tan importantes materiales, no ha sido siempre ni muy feliz ni muy acertado, y con su carácter crédulo y exagerado mil veces desfiguró la historia de su país; pero a pesar de esto es innegable el bien que ha hecho, pues los que quieren escribir sobre este asunto, tienen en sus obras magníficos elementos de qué aprovecharse muy bien. Nosotros creemos que no merece propiamente el título de historiador, por faltarle algunas de las cualidades indispensables; pero fue un feliz, un activo e inteligente compilador.<sup>50</sup>

50 Marcos Arróniz, *Manual de biografía mejicana o galería de hombres célebres de México*, París, Librería de Rosa, Bouret y Compañía, 1857, p. 89.

Sobre Arróniz pesaban indudablemente los juicios de los antecesores y los de su propia época, ya mucho más al tanto sobre el contenido y la problemática de la historia. Con todo es reconfortante ver cómo comprende y justifica a Bustamante por la vía política liberal. La tesis comprensiva del biógrafo anticipa la de la generación de la Reforma, y podemos decir que gracias a esta revaloración bustamantina se establece el contacto intelectual entre dicha generación y la de la insurgencia. Asimismo, dejando a un lado a los exaltados defensores del clericalismo y a los más desaforados conservadores, la generación moderada, por decirlo así, establece un puente inteligible entre ambos extremos mediante la comprensión previa de Bustamante.

El 26 de octubre de 1865, es decir trece días después de la expedición de la bárbara ley del 3 de octubre, por la que las autoridades imperiales condenaban a la pena de muerte a todos los prisioneros republicanos pertenecientes a los ejércitos y guerrillas de la república, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el licenciado don Manuel Larráinzar, socio de la misma y personaje importante de la administración imperial, hombre honrado e inclinado a la moderación, daba comienzo a una serie de conferencias o lecturas acerca de *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México*.<sup>51</sup> El tema así enunciado obligaba a Larráinzar al análisis crítico de la historiografía mexicana y de los historiógrafos nacionales más importantes; entre ellos, naturalmente, y en lugar destacado, Bustamante. La simpatía que muestra el ilustre chiapaneco por don Carlos es patente y significativa: a grandes rasgos nos cuenta la vida del historiador; nos destaca la participación ardiente, noble y patriótica de éste en la insurgencia y la importante aportación del mismo dentro del campo de la historiografía. Aunque Larráinzar utiliza las noticias de Alamán y García Icazbalceta, no acepta, sin embargo, las críticas de éstos y manifiesta sin ambages que no es posible separar la vida pública del historiador de la obra, puesto que existe una “íntima relación” entre ambas; verbigracia, que son complementarias, que la una se explica por la otra y viceversa. La laboriosidad que mostró Bustamante, su loable deseo de transmitir a la posteridad los hechos más notables y el empeñoso afán de reunir muchos datos

51 Manuel Larrainzar, *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México*, México, edición de Ignacio Cumplido, 1865. (Como sólo poseemos una copia mecanográfica de este raro folleto, impreso a doble columna, citaremos únicamente el capítulo correspondiente.)

y noticias son motivos de respeto y admiración para el crítico, si bien no deja éste de reconocer que el famoso *Cuadro histórico* es tan sólo una compilación ordenada y abundante de “preciosos materiales” con los cuales es posible establecer “los fundamentos de nuestra historia contemporánea”.<sup>52</sup> Es decir, Larráinzar sabe que no está frente a una historia, sino frente a una masa de importantes datos

de la cual puede sacarse mucho provecho al escribir aquélla conforme a las reglas del *arte*, como lo han verificado todos los que después de él han tomado a su cargo esta tarea, sin haberle hecho siquiera en esta parte la debida justicia, sino por el contrario deturpándolo y echándole en cara faltas y defectos que, o no cometió tales y en el grado que se le increpan, o si los tiene y se descubren errores, falsas ideas y absurdas preocupaciones, más que de una amarga censura, y de calificaciones injuriosas, era mejor refutarlas con mesura y circunspección, para que sin lastimar, luciera la verdad y se corrigiera el mal efecto que pudiera producir.

Esta juiciosa defensa se realiza naturalmente contra los ataques, ya conocidos, de Zavala, el cual a pesar de considerar farragosos los trabajos de Bustamante, debería haber caído en la cuenta, según Larráinzar, de que sin ellos “tal vez no habría sido tan fácil al autor la obra en que tales cargos se han formulado, especialmente cuando en lo sustancial, y en una gran parte, se debe coincidir con los hechos que se refieren en la obra censurada”.<sup>53</sup>

Prosigue Larráinzar su tarea de rescate y justificación y opone a las críticas escandalosas de Zavala las alabanzas de Mendíbil y el reconocimiento, en cierta manera, del propio Alamán, quien “para escribir el tomo quinto de su *Historia de México*, nos indica Larráinzar, se sirvió de muchos documentos recopilados en el tomo sexto del *Cuadro histórico* de don Carlos María Bustamante”. Las *coincidencias* de los otros historiadores con Bustamante prueban la verdad histórica registrada por éste y alejan de él toda sospecha de mendacidad adquirida o congénita; las diferencias, según Larráinzar, dependen de la diversidad de opiniones, de las ideas que se profesan o de los medios de que se dispongan para juzgar. Por lo que toca a las labores de Bustamante, Larráinzar

52 *Ibidem*, cap. VII.

53 *Idem*.

sigue a García Icazbalceta; pero no lo acompaña en el febril morbo erudito que mostró éste.

Se comprende que la obra bustamantista resultase grata para la conciencia conservadora moderada, supuesto que el propio imperio mostraba cierta sincera y a la vez estudiada inclinación por la insurgencia, en la figura de Hidalgo (a la que se corteja), por el indigenismo y por la arqueología prehispánica. Conocido es que el mero emperador no disimulaba sus *desviaciones* liberales. La reivindicación de Bustamante que lleva a cabo Larráinzar revela uno de los puntos de contacto o de la coincidencia histórica e ideológica del grupo imperial-liberal con los liberales republicanos. Conviene pues traer inmediatamente a colación las opiniones de Guillermo Prieto para reconocer los puntos de tangencia y divergencia. Aunque el activo político juarista publicó sus sápidas e imprescindibles *Memorias de mis tiempos*<sup>54</sup> en 1906, su actividad crítica frente a la obra de Bustamante pertenece de lleno a la generación reformista que hizo posible, con su sacrificio, la consolidación del liberalismo. Prieto defiende a Bustamante y a la causa de éste porque, en definitiva, siente que es la suya. A partir de Ayutla (1854), Guillermo Prieto se convierte en un liberal y activo defensor de las instituciones republicanas e incluso llegará más adelante a la jefatura del Ministerio de Hacienda, justamente en uno de los momentos más críticos y adversos para el gobierno de Juárez. Desde esta limpia ejecutoria liberal, el escritor proyecta examinar la figura y la obra de Bustamante, al que alaba por su actividad y entusiasmo insurgente y por su exaltación de los héroes de la insurgencia. Prieto denuncia con acrimonia la conspiración intelectual de los historiadores conservadores empeñados en desautorizar a Bustamante y en desacreditar de rechazo la revolución insurgente.

En 1849 –escribe el corrosivo Fidel– falleció don Carlos María Bustamante, quien no ha sido imparcialmente juzgado por la Historia, porque la preponderancia del partido servil y clerical, dueños de la prensa, árbitros para desfigurar los hechos y para ser los únicos que sin rectificación pudieran hacer dominantes sus imposturas, no han dejado percibir en su verdadera luz el retrato de este patriota distinguido. Bustamante, al dejar

54 Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, 2 v., París/México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1906.

una excelente posición en Oaxaca y abrazar la causa de la Independencia, lo hizo con ardor viejo y patriotismo sincero. Durante mucho tiempo fue el único defensor de los derechos del pueblo, el que puso en evidencia las maldades de los gobernantes españoles en su mayoría; se esforzaba por aniquilar el fanatismo [...]; reivindicó los nombres de los héroes y, cosa singular, Alamán mismo, jefe del partido conservador, aprovechó toda clase de noticias dadas por Bustamante para formar su historia y presentar muchas veces, sin quererlo, el conjunto inconsecuente de sus opiniones.<sup>55</sup>

El Bustamante de Guillermo Prieto es ya casi un liberal cumplido, perseguido pues, como él mismo, “por los anatemas de la Iglesia, por el ridículo, por la censura literaria y por los diferentes disfraces de intereses que hería”.<sup>56</sup> Pero Prieto no oculta, aunque en el fondo le duela, que el historiador era “creyente hasta el fanatismo [y] adolecía su carácter de muchas de las preocupaciones vulgares sobre la creencia”. En cuanto al estilo lo halla “desaliñado y sin trabazón”, lo que permitía a sus contrarios formular juicios con que desacreditarlo.

En el tomo segundo del *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, biográfico, de industria y comercio de la república mexicana*, el general José María Pérez Hernández, de origen cubano, extracta “la mayor parte de la biografía anónima que public[ó] en 1849 el señor don Lucas Alamán, cuyas palabras [copió] muchas veces”.<sup>57</sup> El artículo “Bustamante” resulta, con todo, más bien moderado y se excluye de él todo exceso jacobino: es simplemente una obligada noticia histórico-biográfica sin compromiso con ninguno de los dos partidos todavía en pugna. Sin embargo, el establecimiento impresor tenía un nombre bien significativo: “Imprenta del 5 de Mayo”.

En 1877 el benemérito general e historiador don Emilio del Castillo y Negrete (uno de los pocos bustamantistas de esta época dominada ya por la personalidad del general Porfirio Díaz, que comenzaba su primer periodo constitucional) escribe en su *Galería de oradores mexicanos en el siglo XIX* unos apuntes biográficos de don Carlos María de Bustamante, inspirados en el

55 *Ibidem*, p. 330.

56 *Ibidem*, p. 331.

57 José María Pérez Hernández, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, biográfico, de industria y comercio de la República Mexicana*, 4 v., México, Imprenta del Cinco de Mayo, 1874, v. II, p. 777.

anónimo folleto de Alamán, cuyo autor declara extrañamente Castillo y Negrete desconocer, y en el registro de García Icazbalceta, publicado por primera vez, según dijimos, en el *Diccionario universal de historia y geografía* (1853), que asimismo parece ignorar de qué pluma procedía. En primer lugar a Castillo y Negrete le parecen demasiado severos los juicios de estos dos, para él, anónimos autores y defiende a Bustamante dado que éste sólo se proponía guardar laboriosa memoria de los sucesos más notables de la independencia, y permitir así que otros historiadores como Alamán y sus seguidores se beneficiasen del patriótico acarreo de materiales realizado por Bustamante, el iniciador –nos ilustra Castillo y Negrete– de los trabajos históricos en México;<sup>58</sup> en segundo lugar, el animoso crítico, él mismo un erudito, defiende a Bustamante como historiador y editor puesto que él también tiene noticias suficientes sobre el estado habitual de desorden de nuestros archivos y bibliotecas en todas las épocas. Asimismo le excusa el apasionamiento temático de que dio muestra don Carlos, pues que éste mucho sufrió por la independencia y porque más de una vez fue víctima de los realistas. Por último se refiere a los famosos cuarenta mil pesos que, según Alamán (o García Icazbalceta), gastó Bustamante en sus trabajos históricos; mas Castillo y Negrete juzga, no obstante, exigua la cantidad, supuesto que se trataba de justificar adecuadamente la independencia.<sup>59</sup>

El primer periodo presidencial porfiriano coincide, como puede comprobarse, con este sosegado y discreto elogio a Bustamante; pero este ciclo político así inaugurado, como todavía se hallaba demasiado cerca y anclado al antecedente inmediato reformista, no podía menos que aceptar también el enfoque crítico liberal del aun joven Francisco Sosa, quien en su *Biografía de mexicanos distinguidos* (1884)<sup>60</sup> vuelve a insistir, como Prieto, en los valores patrióticos eminentes del licenciado e historiador oaxaqueño Carlos María de Bustamante. Destaca su mérito como historiador de la insurgencia y hace valer con justicia su actividad de editor infatigable, pues que sin ella se hubiesen perdido para siempre obras importantísimas. Bustamante, prosigue Sosa, “no merece el desdén con que de él hablan muchos a quienes nada deben ni

58 Emilio del Castillo Negrete, *Galería de oradores de México en siglo XIX*, 3 v., México, Tipografía de Santiago Sierra, 1877, v. I, p. 125.

59 *Ibidem*, p. 126.

60 Citamos por la 2a. edición de su artículo biográfico, incluido en Francisco Sosa, *Las estatuas de la Reforma*, 2a. ed., México, Ofic. Tip. Secretaría de Fomento, 1900.

la patria ni las letras”.<sup>61</sup> A continuación nos presenta la lista de las obras más importantes de Bustamante y nos aclara que a pesar del gran número de defectos de que están plagadas, “aún así prueban el patriotismo de Bustamante y sus deseos de que no se perdiesen tantas y tan curiosas noticias acerca de la guerra de Independencia”.<sup>62</sup> Indica también Sosa que el historiador Alamán se había aprovechado ampliamente de la obra de Bustamante para enriquecer la suya y desorientar a sus lectores; más aún, insinúa la necesidad de comparar lo escrito por ambos para deslindar los campos y poner en su punto las verdades tendenciosas y unívocas de Alamán; es decir someter toda la obra histórica alamanista a la piedra de toque de Bustamante:

Del estudio comparativo de [sus] escritos –escribe– se deduce la necesidad de aquilatar con sano juicio lo que en ellos hay de verdadero, mezclado, como lo está, con los desahogos de las contrarias pasiones que los animaban. Pasarían sin contradicciones las aseveraciones algunas veces calumniosas de Alamán, si Bustamante no hubiese recopilado tantas y tan útiles noticias como en sus libros se encuentran. Como el genio se impone casi siempre, Alamán, superior a Bustamante en inteligencia y saber, sería, por decirlo así, autoridad infalible en materias históricas, y *mucho*, como ya indicamos, *sufriría con esto la verdad y el buen nombre de nuestros héroes*. Estas ligeras observaciones bastarán a probar la importancia que encierran los trabajos de Bustamante que, lo repetimos, tienen abundantes defectos, mas no por ellos pierden el mérito que en nuestro humilde juicio debe concedérseles por una conciencia ilustrada.<sup>63</sup>

Vale la pena imaginar lo que habría pasado si, como piensa Sosa, no hubiese recogido Bustamante tantos datos, si no hubiese escrito nada acerca de la insurgencia, o si se hubiera perdido para siempre su obra sin dejar la menor huella. En cualquiera de los casos hay que suponer que nuestra versión actual, tradicional y oficial de la historia patria estaría plenamente influida por las brillantes explicaciones conservadoras de don Lucas Alamán; es a saber, por unas verdades que sólo lo serían a medias. Hemos, por tanto, de

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 113.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 120.

<sup>63</sup> *Idem*. *Cursivas nuestras*.

agradecer a Bustamante su ardoroso empeño que hizo y hace todavía posible la inspiración historiográfica democrática y popular, y que permitió y permite aún la orientación y puesta en marcha de gran parte de los sueños e ideales nacionales de antaño, de hogaño y de siempre. En definitiva, las ideas de Alamán y de Bustamante representaron en su tiempo e inclusive en el nuestro las polarizaciones extremas del multiforme ser nacional, las tesis y antítesis necesarias.

Conforme avanza el tiempo la figura de Bustamante va resultando una figura patriótica pero inocua y sobre todo alejada ya histórica y políticamente de la doble generación lerdista y tuxtepecana que aspiraba al poder. Siete años más tarde el predominio porfirista se ha afianzado (segunda elección o reelección) y los problemas que plantea el *Cuadro histórico* no amenazan ni ponen en crisis los cimientos políticos del porfirismo ya vencedor. Precisamente en 1884 el famoso cura de San Juan de los Lagos, don Agustín Rivera y Sanromán, escribe sus célebres *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la revolución de independencia*<sup>64</sup> para justificar esta última y deshacer los “sofismas” del historiador Alamán y de su farragoso eco, el historiador español Niceto de Zamacois, autor, como se sabe, de una *Historia de México* en 30 volúmenes. Este nuevo fuego crítico no obedece ya como antes a una lucha vital de actores y testigos de la independencia ni tampoco a una dramática necesidad propagandística y utilitaria, como aconteció con los hombres de la Reforma, sino que es propiamente la respuesta a la actividad historiográfica de algunos españoles que desde la capital de México se daban a la entusiasta tarea de reivindicar el nombre de España y de justificar los pecados americanos de ésta; sobre todo los de la época de la independencia. Junto al citado Zamacois tendremos que poner a Lorenzo de la Portilla, amigo entrañable de los Sierra, y a Enrique Olavarría y Ferrari, historiador distinguido y autor del cuarto tomo del *México a través de los siglos. México independiente* (1884-1889).

Pues bien, Rivera, que en punto a desenfado histórico y estilístico no tiene nada que envidiar a sus tres modelos (Las Casas, padre Mier y Bustamante) escribe en un estilo irónico, intercalado, como expresa Alamán respecto al del doctor Mier, “con chistes oportunos que hacen entretenida y ame-

64 Nosotros citaremos la edición de 1922 patrocinada por la denominada por entonces Secretaría de Educación, cuyo titular era José Vasconcelos.

na la lectura”, y pues salpicado de frases “joco serias”, latinazos y tirones críticos a la levita de su admirado, pero no aceptado, Alamán, y a los faldones más superfluos y pomposos de la de Zamacois y a los de la del señor Adolfo Llanos, autor de un libro sobre *La dominación española en México*.

En su prólogo, de inconfundible armazón lógico-escolástica, como lo es toda la obra, hace gala de todas las acrobacias silogísticas y dialécticas de la escuela y sale en defensa de Bustamante para amparar su obra contra los ataques de los alamanistas de buena fe y contra las interpretaciones apasionadas, disparatadas, insensatas y falsas de los bustamantistas de buena y mala fe. Bustamante y Alamán son para Rivera “los padres de la historia de la revolución de independencia”<sup>65</sup> y por lo mismo son las fuentes de todas las historias, folletos y artículos periodísticos que se han escrito posteriormente sobre la misma. El doctor Rivera distingue, siguiendo a Tácito, entre *hechos* y *apreciaciones*. Por lo que se refiere a los primeros, tanto Alamán como Bustamante –nos aclara– los refieren bien y con posible verdad; por lo que respecta a los segundos, hay que aplicarles las reglas de la crítica, pues ambos escribieron con parcialidad. A Bustamante lo ve además como “un hombre sencillo y de bellissimo corazón; pero de buena capacidad intelectual y no un crédulo, como lo pintan los alamanistas, para desacreditar su *Cuadro* y su opinión y autorizar la de ellos”.<sup>66</sup>

Refiriéndose al cargo de parcial que Alamán hace a Bustamante, el rabulístico y demoleedor cura de Lagos expresa que tal acusación le recuerda el adagio que reza así: “dijo la sartén a la caldera: quítate allá, negra”.<sup>67</sup> Si de algo pecó don Carlos María de Bustamante, continua su defensor, fue de “un patriotismo exagerado”.

Pero Rivera, que también se siente muy patriota, aunque no hasta los extremos irreflexivos de su modelo, lo absuelve y no tiene empacho en hacer suyos y aumentar los principios críticos formulados por el oaxaqueño: 1) hay una estrecha relación entre la revolución de independencia y la nación india del tiempo de Moctezuma; 2) la dominación española fue por conquista y no por alianza; 3) durante la dominación de España a México, los españoles hicieron a los mexicanos bienes y males, y los mexicanos hicieron a los españoles

65 *Ibidem*, p. 10.

66 *Ibidem*, p. 12.

67 *Ibidem*, p. 13.

bienes y males; 4) México en 1810 tenía derecho a la independencia, y 5) la civilización de México en 1810 era insuficiente. Este último principio es añadido por Rivera y representa una crítica severa y sin duda bastante injusta para la vieja España, por el desamparo cultural en que había dejado a la Nueva. Apoyado en primer término en Bustamante, en segundo lugar en el padre Mier y, más alejadamente, en el tremebundo y justiciero Las Casas,<sup>68</sup> Rivera deshace los “sófismas” de los señores Zamacois y Llanos y censura las explicaciones históricas conservadoras, tradicionales, formuladas por Alamán; el neoztequismo que enarbola Rivera no deja de ser, con todo, un eco ya trasnochado del neoztequismo imperial experimentado entusiasta y fervorosamente por Bustamante y por otros hombres animadores de la independencia. En el pleito *post mortem* Alamán-Bustamante, nuestro neoescolástico cura falla inapelablemente a favor del último; sus formidables recursos silogísticos le *permiten* demostrar que su verdad posee una contundencia legalista de carácter universal e irrecusable.

Desde luego este indigenismo militante, de tan ilustre prosapia, que postulaba Rivera en términos históricos, sociológicos e incluso arqueológicos, no podía hallar un eco muy favorable en una época que insistía optimista aunque equivocadamente en disolver lo comunal indígena en unos principios gubernamentales inspirados en los valores estrictamente individuales de la sociedad liberal mexicana moderna. Por lo tanto Rivera y su paradigma Bustamante resultaban desplazados, ajenos a la realidad histórica, o, por mejor decir, a lo que se creía que era ésta. Cuando Antonio García Cubas publica por estos años (1888) su *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*,<sup>69</sup> en cinco volúmenes, incluye en el primer tomo la biografía de Bustamante; pero lo que hace es insertar casi íntegra la que había escrito García Icazbalceta: en suma, los tiempos pintaban bastos para la reivindicación de Bustamante. También por 1888, el escritor español ya

68 La “Alacena” (Suplemento de *El Nacional*, domingo 7 de junio de 1964) de Andrés Henestrosa, se refiere a la identidad histórica y estilística que él encuentra, y está en lo propio, entre Bustamante y Rivera. Resulta curioso a la par que estimulante comprobar cómo hemos coincidido ambos en este punto, si bien a Henestrosa le corresponde, como es justo, la primacía de haberlo proclamado primero y a mí la de ratificarlo y ampliar la secuela historiográfica hasta sus orígenes lascasasistas.

69 Antonio García Cubas, *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, 5 v., México, Antigua Imprenta de Murguía, 1888.

citado, Enrique Olavarría y Ferrari, que incluso llegó a ser diputado, escribió su *México independiente*, en donde cortésmente paga “un tributo de respeto al mérito del diputado don Carlos María Bustamante, viejo insurgente, que a pesar de los extravíos de su imaginación y de la ligereza de sus juicios, fue un patriota insigne”;<sup>70</sup> pero el historiador español, mexicanizado totalmente de hecho, nada más nos dice acerca de la obra histórico-política de Bustamante, salvo esas elusivas y apagadas alusiones, y ello pese al exhaustivo empleo del *Cuadro histórico* en su historia del México independiente. Para Olavarría y Ferrari, cuya obra representa los intereses de un régimen y de una época para los cuales ya nada significaba, como dijimos antes, el considerado peso muerto de la realidad indígena, o el no menos amenazante de las alusiones extraviadas a la insurgencia popular, Bustamante no representa pues ningún mensaje esperanzador; pero como el distinguido historiador y diputado porfirista es un hombre intelectualmente honesto, no puede menos de subrayar, a título acaso de ejemplo, la actitud varonil de Bustamante cuando éste sostuvo la ilegalidad de la elección de Guerrero; actitud notable que en pleno porfirismo adquiriría, por contraste, una resonancia política peculiar. Ingeniosa y velada crítica de un historiador que a lo más que podía atreverse es a presentar la resolución viril de Bustamante, quien jamás habló ni escribió, como escribió Alamán haciéndole en esto justicia, “para adular al poder existente”.<sup>71</sup>

Ocho años después de que el cura don Agustín Rivera saliese en defensa de Bustamante, de la insurgencia y de las culturas indígenas destruidas por la conquista española, aparece el primero y único volumen publicado hasta ahora del *Diario histórico de México* (1896), que infatigable y pacientemente había ido pergeñando y escribiendo con tenacidad de benedictino secular el ínclito don Carlos. Éste, poco antes de morir, envió a la librería del Colegio Apostólico de Guadalupe de Zacatecas sus 39 volúmenes manuscritos del diario; pero en virtud de la excomunión de los frailes de dicho colegio pasó la obra a la biblioteca del Estado en donde la encontró el señor Elías Amador, el cual se impuso la tarea de editarla “en vista de la importancia palpable y utilidad que pu[diera] tener para la historia patria y para todas las personas

70 Enrique Olavarría y Ferrari, *México a través de los siglos. México independiente, 1821-1855*, México, Espasa y Compañía, 1888, t. IV, p. 191.

71 *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos...*, v. III, p. 319.

amantes del estudio de la misma”.<sup>72</sup> Por supuesto don Elías Amador, a pesar de su entusiasmo patriótico y editorialista, no pudo pasar del primer tomo (que comprende los tres primeros volúmenes manuscritos), porque le faltó ayuda oficial y porque sus recursos monetarios particulares eran limitados; en consecuencia los 36 tomos restantes permanecen todavía inéditos.

El editor, prolongando la línea crítico-liberal reformista, acepta los defectos de Bustamante en cuanto historiador técnico; pero otorga gran importancia al papel que representa éste dentro del escenario grandioso de las luchas de nuestra independencia. El benemérito editor escribe a menos de quince años del centenario de la independencia y por lo mismo su entusiasmo liberal lo lleva a combatir los puntos de vista de Alamán y García Icazbalceta, a los cuales empero no nombra. Considera que “de todos modos el señor Bustamante fue un hombre útil a la patria, un historiador infatigable, un enemigo tenaz de los gobiernos retrógrados y opresores y de los vicios sociales que han degenerado al pueblo”.<sup>73</sup>

Posiblemente el crítico estaba pensando en los gobiernos conservadores que durante el santannato y las luchas de reforma se opusieron tenazmente al progreso liberal; pero es el caso que su crítica hería también de rechazo al gobierno porfirista, ya por esta época tan retrógrado y opresor como los censurados. Y si además de esto se cae en la cuenta de que la tesis histórica antiespañola de Bustamante había sido ya lenificada por los autores del *México a través de los siglos*, como lo será más adelante, asimismo, por Justo Sierra en su síntesis política superadora de la tesis española y de la antítesis indigenista (*México, su evolución social, 1900-1901*), nada de extraño tiene que el régimen de Porfirio Díaz no se interesase por la edición total del diario manuscrito de Bustamante.

Aunque Elías Amador admite que Bustamante fue católico sincero y observante fiel del credo católico, no acepta como Guillermo Prieto que fuese fanático; es más, el fervor reformador de nuestro crítico convierte a su héroe en

un buen demócrata, [en] un buen liberal, [en] un buen reformista, hasta donde se podía ser liberal y reformista –nos aclara– en aquella época

72 Carlos María de Bustamante, *Diario histórico de México*, arreglada por Elías Amador, Zacatecas, Tip. de la Escuela de Artes y Oficios de la Penitenciaría, 1896. Véase el prólogo, p. V.

73 *Ibidem*, p. III.

tremenda, de la que surgieron en tumultuosa confusión y en prolongada lucha las primeras luces de la libertad mexicana, las primeras palpitaciones de nuestra joven república, los rayos precursores de nuestra regeneración social, y los atrevidos caudillos y patriotas que, en no interrumpida y gloriosa falange, han venido sucediéndose y proclamando hasta hoy el triunfo de los derechos del pueblo y de la autonomía nacional.<sup>74</sup>

La necrofilia oportunista de que dio muestras el régimen porfiriano durante los festejos del Centenario, desenterrando, trasladando y exhibiendo los restos de los héroes insurgentes, tuvo su previa preparación intelectual en 1908 al ser encargado el ilustre maestro don Jesús Galindo y Villa de localizar en el Panteón de San Fernando los nichos y tumbas donde aún había despojos heroicos. El investigador al punto localizó en el nicho 17 del pasillo de tránsito los huesos de don Carlos María de Bustamante, y con tal motivo se permitió una incursión crítico-biográfica del héroe intelectual. La ocasión era propicia al lucimiento; pero Galindo y Villa se limitó a seguir la biografía esbozada por Arróniz, eliminando incluso algunas de sus espinas liberales, acaso para no herir la digna sensibilidad, casi a flor de piel, del estirado régimen de los *científicos*. Para el nuevo crítico, el ilustre oaxaqueño no merecía propiamente el título de historiador por faltarle algunas de las cualidades indispensables, si bien fue un activo e inteligente compilador.<sup>75</sup>

En suma, el pobre don Carlos quedaba descalificado y no sólo no pasaría al nuevo panteón nacional, por causa de su insuficiencia heroica, sino también por sus deficiencias historiográficas. Con todo –ya tendremos ocasión de insistir en ello más adelante– dos voces sensatas y entusiastas se han hecho oír en nuestros días (Garibay-Henestrosa) pidiendo el traslado justiciero y honroso y exigiendo así que se repare el agravio. De esta suerte acaso Salvador Novo hallará con ello la ocasión de detectar y retransmitirnos un nuevo y lucianesco diálogo de ultratumba: el que sin duda habrán de sostener fabulosamente los sendos espíritus del doctor Mora y del licenciado Bustamante, tan enemigos en vida como irreconciliables, cabe pensarlo, en la allendidad.

74 *Idem.*

75 Jesús Galindo y Villa, *El Panteón de San Fernando y el futuro Panteón Nacional. Notas históricas, biográficas y descriptivas*, México, Imprenta del Museo Nacional, 1908, p. 19.

A una década de la conmemoración del centenario torna nuevamente Sosa a la carga, y en la segunda edición de su libro *Las estatuas de la Reforma* (1900) repite los extremos bustamantistas que ya conocemos. Traslada íntegramente su artículo biográfico y explica en términos patrióticos la justicia que asiste al estado de Oaxaca para erigir en el Paseo de la Reforma la estatua de este hijo predilecto: don Carlos María de Bustamante. Como la celebración patriótica está ya muy cerca y como él, Sosa, a sus 52 años cumplidos, pertenece más bien a la generación de la reforma, su tesis sigue siendo la tradicional del liberalismo a ultranza; es decir la celebración centurial bajo el signo bustamantista y no bajo la advocación alamanista; en suma la perpetuación de la bipolaridad histórica irreductible.

Mas el interés del régimen porfirista era más bien estatuario y homenajeante que histórico, y por lo que toca a su avanzada histórico-intelectual, creía ya superado el conflicto, lo sentía ya hipostasiado en el concepto de mestizaje. Sosa no, en su reiteración bustamantista, está interesado, como su héroe, en realzar los valores indígenas y los populares de la insurgencia simbolizada en Hidalgo y Morelos. El régimen quería estatuas (Cuauhtémoc, Independencia, etcétera) símbolos retóricos y abstracciones heroicas; mas había que acallar primero la voz del pueblo que hablaba por boca de Bustamante, el testigo diligente y probo. Con este fin se evita cuidadosamente popularizar las imágenes del *Cuadro histórico*, y don Elías Amador, como ya sabemos, se queda sin poder realizar su sueño editorial.

Por boca del grupo de los científicos porfiristas habla el *enfant terrible* de la historiografía mexicana, el paradójico y tremebundo Francisco Bulnes, para tildar a Bustamante de “escritor popular, vehemente, precoz, frecuentemente liberista y frenético por servir al público manjares afrodisíacos de sensación”.<sup>76</sup> Si consideramos el parrafito transcrito con la misma malicia que era habitual en Bulnes para denunciar las “grandes mentiras” de nuestra historia, se observará que el autor casi se está retratando, excepción hecha del primer calificativo, que en modo alguno le cuadra al desorbitado historiador y polemista. La pasión de Bulnes es semejante a la de Bustamante, aunque de signo político contrario; ambos aspiraban a “herir al enemigo a todo trance, de frente o de espalda”, siempre tensas las orejas para oír de dónde partían los

76 Francisco Bulnes, *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras*, París/México, Imp. de la Vda. de Bouret, 1904, p. 661.

aplausos con los que aumentar su prestigio. Bulnes escribe propiamente “inmoral prestigio”, lo que resulta más adecuado para el mismo que para su “populachero” Bustamante, habilísimo, según él, “para explotar las pasiones públicas”. En definitiva, el “genialoide” Bulnes (como lo calificó su gran amigo Federico Gamboa, es decir el término medio entre el hombre de talento, al que deja atrás, y el hombre de genio propiamente dicho, al que no iguala todavía) endilga a Bustamante los epítetos que a nadie mejor convienen sino a él mismo.

Obedeciendo tal vez a la indicada y latente consigna política e historiográfica del régimen porfirista, la vida de Bustamante que incluye el licenciado Alejandro Villaseñor y Villaseñor en su *Biografía de los héroes y caudillos de la Independencia*,<sup>77</sup> publicada con toda oportunidad en el año conmemorativo del centenario (1910), se inspira, como no podía ser menos, en la tendenciosa y vieja versión alamanista, a la que sigue servilmente, y no en las más próximas y liberales de Arróniz, Castillo y Negrete, o de Sosa. Villaseñor no nombra para nada a Alamán ni a García Icazbalceta, que son las fuentes en las que él abreva; de este último, además de las inclusiones en los dos diccionarios históricos ya citados (1853, 1888), pudo disponer de la última versión biográfica antibustamantista contenida en la edición, también indicada, de Victoriano Agüeros de 1897; es decir tres años antes del magno festejo. Sin embargo, el acierto de Villaseñor consistió, a pesar de todo, en la inclusión de Bustamante entre los claros varones de la insurgencia; porque el biógrafo no podía ignorar el desdén con que se expresó Alamán a propósito de las escasas dotes marciales del biografiado.

Asimismo en 1910 y con una orientación informativa en el sentido tradicional es el artículo sobre Bustamante que aparece en el *Diccionario de geografía, historia y biografías mexicanas* de A. Leduc, Lara Pardo y C. Roumagnac. Una vez más se repite la consagrada imagen del “patriota e historiador”, que si bien es salvable por lo primero, resulta con todo condenable por lo segundo.<sup>78</sup>

Ya en pleno festejo conmemorativo fue traído de Lagos su desmelenado y nervioso cura para que en la capital de la federación pronunciase el discurso

77 Alejandro Villaseñor y Villaseñor, *Biografía de los héroes y caudillos de la Independencia*, 2 v., México, Imprenta de V. Agüeros, 1910. Véase “Bustamante”.

78 Alberto Leduc, Luis Lara Pardo y Carlos Roumagnac, *Diccionario de geografía, historia y biografías mexicanas*, París/México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1910.

apoteótico en honor de los héroes,<sup>79</sup> cuyos restos, depositados en severos féretros y urnas, se encontraban expuestos a la veneración pública y oficial en el patio central del palacio nacional. Don Agustín Rivera y Sanromán, que aquel mismo día había sido nombrado *doctor honoris causa* por la flamante Universidad Nacional, aprovechó la ocasión para hablar de los Hidalgos y Morelos liberadores de la nación india oprimida y de los héroes de carne y hueso demolidores del opresivo y viejo régimen colonial. Su inspiración bustamantista y su bien conocida facundia llegó a resultar incómoda, según se cuenta, para la momia dictatorial que presidía el acto. Molesto acaso don Porfirio por las repetidas e inflamadas alusiones a la revolución social y política comenzada en 1810, referencias que desentonaban sin duda en medio de aquel brillante y satisfecho cónclave de uniformes, levitas y condecoraciones, ordenó su brutal “ya, cállenlo”, y fogoso cura –nuevo Hidalgo oratorio redivivo– tuvo que enmudecer a poco. Don Porfirio sellaba así en la de Rivera la boca de todo pueblo; empero éste, pronto lo sabría el dictador, no sería tan fácil de silenciar: el 6 de octubre de 1910 había sido callado Rivera; mas en noviembre del mismo año los sucesos de Puebla, Chihuahua y Veracruz demostraban que el pueblo había tomado por su cuenta la palabra.

## Críticos de nuestro tiempo

La revolución de 1910, las luchas interrevolucionarias y la consolidación política posterior del régimen surgido de ellas no podían ser los más propicios por el momento para la actividad historiográfica; sin embargo, consolidado el gobierno bajo la eficaz y firme mano del general Obregón, el país comienza lentamente a recuperarse y autodescubrirse. Respondiendo a ese descubrimiento de sí mismo y, por lo tanto, del pasado esplendido indígena, así como de la triste realidad social en que vivía inmerso el indio, se sacan del olvido los *Principios críticos del virreinato* (1922) del presbítero Rivera, inspirados en el indigenismo bustamantista, así como en su entusiasmo insurgente, según

79 El discurso estaba programado oficialmente para el 30 de septiembre 1910; pero la solemnidad fue transferida al 6 de octubre. Véase en la “Crónica oficial de las Fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México”, 1911, p. 85; véase también la impresión de este discurso en *Crónica oficial de las fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*, dirección de Genaro García, México, Imp. de Manuel León Sánchez, 1910.

escribimos, y también se publica, naturalmente, el *Cuadro histórico* en reedición patrocinada por la Cámara de Diputados (1926), ya en pleno periodo callista. La revolución triunfante ponía pues en manos del pueblo el contundente ejemplo patriótico de la insurgencia y la independencia, que por este arbitrio intelectual se fundía y confundía popularmente con el estallido revolucionario restaurador de las libertades alcanzadas en 1810.

En 1933, un mexicano, un transterrado ilustre, Victoriano Salado Álvarez, tráfuga del positivismo y del porfirismo científico, publica en Madrid *La vida azarosa y romántica de don Carlos María de Bustamante*. El prologuista de esta biografía es otro historiador ilustre, pero amargado y resentido, el también transterrado y servidor huertista don Carlos Pereyra, que ya para esta fecha, al igual que el autor del libro, se ha despojado de su ropaje positivo y liberal y se ha embutido cómodamente la camisa de fuerza del reaccionario clerical. Con todo, no nos explicamos cómo es que Salado Álvarez, un hombre menos acibarado que Pereyra, no pusiese reparos a un prólogo que, en cierta manera, se opone y contradice la visión romántica bustamantista del texto. Para el historiador saltillense, Bustamante fue un hombre de tipo medio, un mediocre que sólo se distinguió por su grotesca vulgaridad, por su lenguaje chabacano y por sus sentimientos risibles.<sup>80</sup> El áspero crítico anuncia que si Salado Álvarez incluyó la vida de Bustamante en la colección americanista en honor de los “Héroes y personajes de la independencia americana” y que si prefirió a este personaje fue precisamente porque no quiso ocultar esos dones de mediocridad y las pequeñeces y desfallecimientos de su héroe.<sup>81</sup>

A pesar de este proemio avieso y desorientador, la biografía de Salado Álvarez se lee con gusto y aun resulta preciosa. A manera de acto fallido el prologuista nos brinda esta reflexión: que justamente la vida aventurera de Bustamante trasluce, cual una miniatura histórica, una especie de resumen condensado de la trágica historia de México. En la carrera de fracasos de Bustamante, nos instruye Pereyra con un símil biológico-histórico, está contenida, como el ave en el huevo, toda la tragedia de México: “La vida azarosa y romántica de don Carlos María de Bustamante es la azarosa y romántica

80 Víctor Salado Álvarez, *La vida azarosa y romántica de don Carlos María de Bustamante*, prólogo de Carlos Pereyra, Madrid, Espasa-Calpe, 1933. Véase el prólogo de Carlos Pereyra.

81 *Idem*.

vida de un pueblo. Este libro de Salado Álvarez contiene más historia que todas las historias. El honrado testimonio personal del jurista insurgente que contando lo que vio anticipó lo que habían de ver los nietos de sus contemporáneos”.<sup>82</sup>

Es decir, la lectura del libro le permite a Pereyra reflexionar sobre su propia época (Revolución mexicana) y encontrar por el método analógico un idéntico paralelismo entre los tiempos caóticos de que fue testigo Bustamante y los no menos desordenados que tuvo él que vivir y soportar: insurgencia y revolución son históricamente análogas y por lo mismo odiosas. Para un amante convencido del orden y del progreso, para una mente todavía residualmente positiva como la de Pereyra el espectáculo de la revolución, cualquier revolución, significaba sacarlo de quicio; esto acaso pueda explicarnos su recaída metafísica y su jurada enemistad a Bustamante, a la insurgencia que éste apologiza, a la Revolución mexicana que lo destierra y a la segunda república española, que resume: todas sus fobias y a la que vio complacido asesinar y sepultar.

Por lo que se refiere al texto de Salado Álvarez, sus 266 páginas nos revelan la lectura de Alamán, de García Icazbalceta y de la autobiografía. El historiador se interesa más por la vida que por los libros de su biografiado; de los 26 capítulos de la obra sólo el XIV (“*Los Diarios de Bustamante*”) se refieren a la obra histórica de éste. Sin embargo, el autor parece haber vencido la: prevención de Alamán y haber hojeado previamente gran parte de los manuscritos inéditos, precisamente los famosos temas que constituyen el *Diario histórico de México*, cuyas informaciones, “aunque no son de primera importancia, contribuyen a que se forme idea de la vida política, doméstica y social del país, que se conoce sólo por las relaciones acartonadas de los historiadores”.<sup>83</sup>

La revisión histórico-crítica de la obra de Bustamante obtiene incluso en nuestros días unos fallos todavía más demoledores; sobre todo por la vía erudita. Por supuesto las dos primeras décadas de nuestro siglo, como hemos visto, no podían ser las más adecuadas para la actividad historiográfica calificadora. No obstante, poco antes que Pereyra y Salado Álvarez publicasen la obra ya reseñada, Carlos González Peña, docto miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, en su *Historia de la literatura mexicana* (1929) no puede

<sup>82</sup> *Idem.*

<sup>83</sup> Salado Álvarez, *op. cit.*, cap. XIV.

menos de dedicar unos cuantos renglones críticos a la figura y obra del historiador Bustamante. Además de los obligados datos biográficos y bibliográficos, expone dicho autor, en forma desdeñosa e injusta, que el historiador oaxaqueño resulta incorrectísimo y revuelto; ingenioso a ratos, pintoresco e imaginativo; patriota desinteresado y puro, eso sí, más crédulo y carente de plan. Para González Peña, Bustamante es pues un simple compilador útil de noticias importantes para la historia nacional y un editor poco escrupuloso; pero salvador de obras que sin su entusiasmo se habrían perdido.<sup>84</sup>

Pertenciente a este mismo eje crítico, don Julio Jiménez Rueda, literato,<sup>85</sup> censor literario, profesor de literatura y ateneísta, en 1928 describe a Bustamante como un hombre voluble, apasionado, ingenioso y malicioso. De hecho, afirma, se trata de un periodista, que escribe historia (*Diario histórico*) mediante impresiones rápidas y una inagotable vena satírica. Bustamante es también poseedor de un espíritu combativo; testigo vivaz de los usos y costumbres del pueblo. Para Jiménez Rueda, el diario zacatecano todavía inédito constituye seguramente un rico fondo de fuentes históricas importantes.<sup>86</sup> En definitiva, los balances críticos de estos dos autores significan un sensible retroceso frente a los puntos de vista liberales de Castillo y Negrete, Sosa, Arróniz y Rivera; pero de todas formas cierran ambos el ciclo crítico negativo iniciado por Alamán casi a mediados del siglo XIX.

Las opiniones contemporáneas sobre Bustamante y su obra son profusas, y esto nos obliga a agruparlas en dos grandes series: el grupo erudito-crítico y el crítico-revalorizador. Por lo que se refiere al primero, ya nuestra calificación pone de manifiesto al lector que se trata de profesionales de la historia, empeñados esencialmente en desacreditar a nuestro inquieto historiador y en descalificarlo a cuenta de su ligereza, ingenuidad y pecados editoriales. Este primer grupo, en el que se encuentran Wigberto Jiménez Moreno, los padres Cuevas, Burrus, Sommervogel y Jorge Gurría Lacroix, recarga más el acento crítico sobre el editor que sobre el historiador y procesa técnicamente a Bustamante por las ya indicadas incorrecciones, por la inescrupulosidad editora y por sus imperdonables fallas de erudición. De hecho todas estas censuras

84 Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, México, Cultura y Polis, 1940, p. 192.

85 Véase Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, México, Botas, 1945, p. 157.

86 *Idem*.

son fundadas, lo que no impide que en cierta manera sean injustas, por lo que vamos a decir: se le imputan a Bustamante unas faltas que él no podía conscientemente haber cometido; como en la regocijante disputa de los filósofos, se le atribuye un planteamiento problemático y después se le amonesta doctoralmente por no haberlo resuelto. Es decir, se le echa en cara que sus ediciones no son apropiadas de acuerdo con las directrices técnicas del método histórico-científico, sin querer caer en la cuenta de que dicho método-crítico necesitaría cosa de medio siglo para ser conocido en México, y que, por consiguiente, todo lo que editó Bustamante durante la primera mitad del siglo XIX renquea naturalmente por su anarquía subjetiva y fórmulas tradicionales. Debemos recordar que el método erudito alemán aparece entre 1824 y 1826, en que se publican los dos tomos primeros de los *Monumenta* germánicos, y que las obras más importantes de Ranke, el primer historiador que aplicará a la historia moderna los principios de Niebuhr, comienzan a aparecer a partir de 1834 y sólo veinte años más tarde será saludado el alemán por Thiers como el máximo historiador de Alemania y acaso de Europa.

Mal se le pueden atribuir a Bustamante unos pecados cuya existencia estaba él lejos de sospechar. Para el 9 de enero de 1844 en que recibe Alamán el envío que le hacía Prescott de la *Historia de la conquista de México*, ya la obra bustamantista estaba prácticamente terminada. La historiografía mexicana erudita y moderna, aparte Alamán que recibe el inmediato influjo técnico del norteamericano, comienza con la controversia Lacunza-Cortina de 1849, al año siguiente de haber muerto Bustamante; se continua con las *Ideas sobre la historia*, de Larráinzar (1853), y florece espléndida (a través de Vigil y de la curiosa polémica Prieto-Rébsamen) con el *Concepto-científico de la historia*, de Ricardo García Granados (1909). Por supuesto los grandes eruditos nuestros, García Icazbalceta, Orozco y Berra, Fernando Ramírez, Peña-fiel, Chavero, etcétera, fueron todos posteriores a Bustamante, y el hecho de que el primero de éstos, fiel editor de obras históricas, criticase, según vimos, al oaxaqueño por los yerros indicados, podemos comprenderlo y aun perdonárselo por sus ansias juveniles (sus primeras publicaciones son de 1852, en el *Diccionario universal* ya citado tantas veces) y sobre todo por su falta de perspectiva histórica;<sup>87</sup> atenuantes que no son sino agravantes en los críticos

87 García Icazbalceta tenía entonces 27 años.

contemporáneos; sabios todos en extremo, aunque no hasta el punto en que lo fue el autor de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1886).

Una vez realizado este descargo, vengamos ahora al examen de las censuras que Jiménez Moreno, en su prólogo a la edición de la *Historia* de Sahagún (Robredo, 1938), proemio excelente, según señala el padre Garibay, dedica, por las razones ya citadas, al inerme Bustamante. Desde un estricto punto de vista crítico moderno resulta lógico el repudio de la edición bustamantista de 1829: adulteraciones del texto, notas impertinentes, ociosas, a menudo equivocadas, advertencias innecesarias. Estos reproches son los mismos que a su tiempo manifestó don José Fernando Ramírez, dado que ninguna de estas “notas impertinentes” ayudan a explicar el texto.

En 1932 se tradujo al inglés el texto de Sahagún preparado por Bustamante; la prologuista y traductora Fanny R. Bandelier compara la edición del historiador oaxaqueño con la que realizó Kingsborough, y le otorga al primero mayor reputación, pues que éste, a despecho del hecho de que carecía de dinero, de crédito y de que se vio obligado a solicitar donaciones en efectivo, tuvo éxito al publicar su gran libro en un plazo de once meses; en tanto que el inglés, que había logrado el original bastante antes y no estaba entorpecido por carencia de fondos, gastó mucho mayor tiempo para publicar su edición.<sup>88</sup> Por lo que se refiere a los defectos, la edición de Bustamante es más incorrecta que la de Kingsborough; empero se debió al hecho de haber omitido el editor ciertas partes que él juzgaba “indecentes”.<sup>89</sup> Es decir, don Carlos, como buen católico de su tiempo, no quiso escandalizar a sus lectores con relatos que él estimaba poco edificantes; de aquí las supresiones que, aunque hoy día pensamos que son reprobables, no lo eran tanto para 1829, máxime cuando ello entrañaba serias preocupaciones morales en los hombres de entonces. El propio Lorenzo de Zavala escribirá moralizadamente lo que sigue: “Que el espectáculo del desorden y del vicio deja siempre peligrosas impresiones; y que menos sirve a separar que a animar a él su vista, estimulando la excusa que suministra el ejemplo. El mismo mecanismo físico hace que una relación obscena deje en el alma más casta semilla de turbación, y que *el mejor medio*

88 Véase Bernardino de Sahagún, *A History of Ancient Mexico*, trad. de Fanny R. Bandelier de la versión de Carlos María de Bustamante, Nashville (Tennessee), Fisk University Press, 1932, p. 294.

89 *Idem*.

de conservar la virtud es el de no presentarle las imágenes del vicio”.<sup>90</sup> Es a saber, dos hombres tan antagónicos como Bustamante y Zavala coincidían al menos en no querer ofender el pudor público; la verdad de la historia dependía aún de las preocupaciones morales en boga, y esto explica la presencia de muchas notas (que hoy juzgamos impertinentes), de muchas citas, apoyaturas y omisiones

Por la misma vía analítica de Alamán-Jiménez Moreno marcha el tren crítico de Gurría Lacroix en su prólogo al primer volumen de la *Continuación del Cuadro histórico* de Bustamante (1953).<sup>91</sup> A quince años de distancia del anterior, su examen crítico no ha avanzado mayormente y se limita a repetir con otras palabras los tópicos ya formulados. Como la causa está ya sentenciada, el nuevo juez ratifica la condena y rechaza la moderna comprensión del caso: los escritos bustamantinos le parecen “enmarañados, inescrutables; las notas inútiles; las obras carentes de plan y el lenguaje pueblerino, vulgar y chocarreo”, pero graciosísimo. No obstante estos defectos, Gurría Lacroix estima que las obras de Bustamante son de imprescindible lectura para todos los historiadores, y que Alamán, Tornel y Zavala bebieron en ellas, pese a la pobre idea que se forjaron de su autor. A pesar de sus censuras, Gurría Lacroix salva a Bustamante por el “valor histórico” que posee la obra de éste y por la formación cultural y en cierto modo científica que poseyó el historiador oaxaqueño, si bien como escritor resultase el más “acientífico y desorganizado” de aquella época.<sup>92</sup> Sin embargo, el interés de Gurría Lacroix por Bustamante ha debido de ser muy grande, pues de otra manera no sería posible justificar el entusiasmo y el esfuerzo que ha puesto a lo largo de diez años en la edición de los cuatro valiosos volúmenes de la *Continuación del Cuadro histórico* (1953-1963).

Sólo una voz discrepante se alza desde el seno crítico de este grupo erudito, la de Salvador Noriega, quien prologa la edición de *El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea la Historia de la invasión de los angloamericanos en México*, publicada en 1949; pero de hecho destinada a aparecer en 1947, a los cien años de la injusta invasión norteamericana que provocó las iras y la santa indignación de Bustamante. La Secretaría de Educación Pública tuvo el acierto

90 Cfr. Lorenzo de Zavala, *Objeto, plan y distribución del estudio de la Historia*, Mérida, Edición del *Diario de Yucatán*, 1954 (Cuaderno n. 192), p. 31.

91 Carlos María de Bustamante, *Continuación del Cuadro histórico de la revolución mexicana*, 4 v., México, Biblioteca Nacional de México, 1953, v. I.

92 *Idem*.

cultural y patriótico de reeditar la última obra que escribió y publicó en 1847 el historiador oaxaqueño; es decir la titulada *El nuevo Bernal Díaz*. Pues bien, en el prólogo de esta segunda edición, aunque el autor, señor Noriega, no lo declara de un modo explícito, se intenta comprender a Bustamante y perdonarle por la vía heroica sus imperfecciones como historiador. El deber intelectual de Bustamante cede ante su haber patriótico: “ese amor acendrado a México y el anhelo, siempre presente, de su independencia y de su grandeza”.<sup>93</sup>

Más adelante el prologuista señala que el fin primordial de esta obra bustamantista es dejar consignados los hechos que presencié don Carlos y que atestigué con su pluma; en segundo lugar, que su autor quería con su crónica advertir las equivocaciones y señalar los peligros para evitarlos; y por último que la propia obra pone de manifiesto el espíritu del autor con sus defectos sobresalientes y sus cualidades fundamentales (p. xv).

Noriega percibe claramente la contradicción existente entre las intenciones del autor y el título de la obra, supuesto que se trata de una nueva verdadera historia de la invasión yanqui, contada verazmente por un nuevo Bernal Díaz no conquistador sino conquistado. Empero Bustamante, tan contradictorio en tantas cosas, tenía que serlo también en ésta, y no le quedó otro remedio sino contar las victorias del enemigo; por lo que la obra, cuyo título “promete ser una epopeya”, se queda en una “negra crónica” (*ibidem*).

Salvador Noriega termina su prólogo absolviendo una vez más a Bustamante: “En medio del desorden del relato resalta un amor inalterable y violento para México”. El libro, reeditado en una fecha tan significativa, merecía un prólogo o estudio más extenso de la figura y obra de don Carlos María de Bustamante; pero como ignoramos las razones del entuerto, nos damos al menos por satisfechos con un proemio generoso aunque sin profundidad crítica.

Con motivo de la edición moderna de la *Historia de México*<sup>94</sup> del padre Cavo (1949), el padre Ernesto J. Burrus, paleógrafo, editor y anotador del texto, junto con el padre Cuevas, prologuista del mismo, se despachan a su gusto advirtiendo al presunto lector el engaño en que han vivido los que creyeron que Bustamante había impreso el texto de Cavo (1836). Esta edición es

93 Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea, Historia de la invasión de los anglo-americanos en México compuesta en 1847*, introd. de Salvador Noriega, México, Secretaría de Educación Pública, 1949, p. xi.

94 P. Andrés Cavo, *Historia de México*, paleografía del texto original y anotación de Ernesto J. Burrus, pról. del P. Mariano Cuevas, México, Patria, 1949.

—según escriben— un verdadero desastre por causa de los cambios y alteraciones que a Bustamante le plugo hacer, y por lo mismo no hay seguridad en ninguna de sus afirmaciones. Burrus cita en su auxilio a Sommervogel, para el cual la edición bustamantista está viciada. Los críticos hacen suyas las censuras de Jiménez Moreno y utilizan además, para remacharlas, las de García Icazbalceta, a quien ellos confunden en sus críticas prisas con don Bernardo Couto, colaborador asimismo de los dos importantes diccionarios históricos ya citados. Podría haberse esperado de estos eruditos historiadores jesuitas una más casuística y laxa comprensión; más, según parece, en su indignación mucho tiene que ver el tratamiento desenfadado habitual que dio Bustamante al texto e incluso al nombre de la importante obra de Andrés Cavo, a la que aquél intituló así: *Los tres siglos de México durante el gobierno español*. Invencción grave, sin duda alguna, pero no menor acaso que la de los editores modernos, que al publicar el manuscrito original castellano lo han denominado *Historia de México*, cuando, según parece, el buen padre, de su puño y letra, lo llamó *Historia civil y política de México*, título mucho más esclarecedor y significativo que los dos anteriores.

Dentro de este grupo erudito-crítico pongamos por último al especioso y prolífico historiador y periodista Rafael Heliodoro Valle, fallecido no hace aún muchos años (1959), quien inspirado en la lectura del libro ya reseñado de Salado Álvarez considera a Bustamante un típico grafómano, un periodista para quien escribir era algo así como “un acto fisiológico”.<sup>95</sup> El crítico traza la historia del *Diario histórico* y considera que es un trabajo heroico el que aguarda aún al que se atreva a ser editor y anotador del mismo. Insiste una vez más en considerar a Bustamante como un periodista —como de hecho lo fue éste— y lo cataloga como un escritor a vuela pluma. Ahora bien, no sabemos si se trata en este caso, por causa tal vez de las afinidades electivas, de un rendido elogio o bien de una rígida censura; porque bien mirado el propio Valle fue durante toda su vida un grafómano impenitente y un escritor más que apresurado.

En 1960 en el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, publicaba Alberto Valenzuela Rodarte su primero y último avance de historia literaria mexicana.<sup>96</sup> En

95 Rafael Heliodoro Valle, “El diario de Bustamante”, *Historia Mexicana*, v. II, n. 2 (octubre-diciembre 1952), p. 240.

96 *Boletín de la Biblioteca Nacional*, México, n. 3, t. XI (julio-septiembre) 1960.

el capítulo XXII anunciaba el autor el análisis crítico de Bustamante; pero de éste no adelantaba en verdad nada. Al aparecer el año siguiente su *Historia de la literatura en México* buscamos dicho capítulo y lo encontramos ahora corrido en numeración (cap. XXIII) y dedicado solamente, lo que es de lamentar, a Clavigero y Cavo. Sólo se dice de pasada que “el impetuoso y simpático periodista insurgente”<sup>97</sup> publicó y completó la historia del padre Cavo; más adelante se añade que “el autor del *Cuadro histórico* es un buen testigo de cómo su México estaba todo él de acuerdo, al pensar de las cosas esenciales”,<sup>98</sup> empero del Bustamante reflejado en la conciencia clerical del señor Valenzuela seguimos sin saber palabra: lo que ciertamente no sabemos si es una desgracia o una suerte.

La última promoción crítica justipreciadora de la personalidad y obra de Bustamante está representada por los tres historiadores siguientes: Ernesto Lemoine Villicaña, Xavier Tavera Alfaro y Antonio Martínez Báez. El primero, con motivo de la reedición facsimilar de la *Memoria estadística de Oaxaca*, publicada en 1821 por el licenciado Carlos María de Bustamante, considera a éste un hombre ilustrado, dieciochesco. Lemoine se yergue contra la injusta crítica moderna antibustamantista y la considera “extremadamente dura, rayana en la crueldad”.<sup>99</sup> No sin cierta timidez, motivada acaso por la enorme presión intelectual que ejerce naturalmente sobre él, y ha ejercido asimismo sobre todos, la fama y la autoridad indiscutible de García Icazbalceta, reconoce que las censuras de éste y de otros pecan de injustas, porque los censores se desentienden adrede de la conformación intrínseca de la humanidad que fue Bustamante, del medio que le tocó vivir, de las circunstancias en que realizó sus incontables obras, de las corrientes político-culturales que en choque constante y violento se cruzaron en su espíritu, pasional de suyo: ello, unido a una apresurada y no bien encauzada educación, explica en buena parte las deficiencias, las limitaciones, las peculiaridades de su estilo y de sus ideas, de sus análisis del México pasado y del que le tocaba vivir.<sup>100</sup> Es decir, Lemoine prefiere a Bustamante antes que a Alamán (al contrario de lo que le ocurría a García Icazbalceta, ante cuya autoridad se excusa), dado que el relato de aquél

97 Alberto Valenzuela Rodarte, México, Jus, 1961, p. 228.

98 *Ibidem*, p. 232.

99 Carlos María de Bustamante, “Prólogo”, *Memoria estadística de Oaxaca y descripción del valle del mismo nombre*, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1964, p. VII.

100 *Idem*.

sobre la independencia no le parece tan caótico ni tan abrumador, sino antes bien amenísimo, pasional, vívido, humano, natural, contrario e insurgente.<sup>101</sup> Por supuesto, ello no quiere decir que desdeñe Lemoine a Alamán, cuyos méritos son otros, sino que justamente por haber vivido Bustamante la insurgencia, en el *Cuadro histórico* se presenta ésta con mayor conocimiento y humanidad que en la *Historia* de Alamán.

Interesa destacar que la publicación de Lemoine Villicaña instó al benemérito historiógrafo Ángel María Garibay K., a escribir en el diario *Novedades* dos artículos recensorios sobre la edición citada, en los cuales alaba al editor y al prologuista y considera a Bustamante como “el incansable obrero de nuestras cosas”,<sup>102</sup> y por tanto lo hace merecedor si no, por el momento, de ocupar un sitio de honor en la Rotonda, adonde hacía poco (24 de junio de 1963) habían sido trasladadas las cenizas del doctor Mora traídas de París, cuando menos lo estima acreedor a una buena edición de toda su obra.<sup>103</sup> Estos dos artículos le dan pie al agudo y alertante Andrés Henestrosa para intervenir patrióticamente en este asunto y proponer que el próximo sesquicentenario del Congreso del Anáhuac (13 de septiembre) debe proporcionar a Bustamante una reactualidad que nunca debió perder.<sup>104</sup> Naturalmente Henestrosa vota por Bustamante y rechaza a Alamán; se suma también a la propuesta del padre Garibay y considera que, cuando menos, se debería editar la obra inédita de don Carlos, que no es otra a la fecha sino el *Diario histórico* enviado por Bustamante a Zacatecas, y que según parece habrá de publicar algún día nuestro amigo y colega Arturo Arnáiz y Freg.

El segundo historiador, Xavier Tavera Alfaro, en dos artículos de divulgación, muy similares entre sí,<sup>105</sup> en los cuales estudia el famoso Congreso del Anáhuac desde la correspondiente perspectiva bustamantista y alamanista, se da cuenta de que los puntos de vista de los dos historiadores resultan contradictorios si son consideradas las circunstancias en ciertos hechos. Tavera Alfaro hace suyo el criterio reivindicativo de Lemoine Villicaña de cara a Bustamante, y encuentra que existen más distorsiones de la realidad en la *Histo-*

101 *Idem.*

102 *Novedades*, 24 de septiembre de 1963.

103 *Ibidem*, 31 de julio de 1963.

104 *El Nacional*, Revista Mexicana de Cultura, n. 854; 2 de julio de 1963.

105 *Cfr. Boletín Bibliográfico*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, n. 280 (1 de octubre de 1963), y la revista *Siempre* (18 de septiembre de 1963).

ria de México de Alamán que en el *Cuadro histórico* de Bustamante, a pesar de la anarquía y la falta de método de éste, frente a la metódica y ordenada (empero resentida) obra de aquél.

Los dos jóvenes historiadores, Lemoine y Tavera, vienen a fin de cuentas a dar la razón al lejano Mendíbil; la coincidencia de los tres es, ante todo, autoconciencia liberal, que borra las enormes diferencias generacionales y anula el espacio y el tiempo. En nuestro rosetón historiográfico véase cómo soplan hoy día los vientos bustamantistas favorables; sin embargo, creemos que esta reorientación insurgente y popular ha sido promovida por la revolución de los filósofos y no de los historiadores. La última promoción o generación de jóvenes filósofos mexicanos, que se han convertido también en historiadores de las ideas, de nuestras ideas, han remozado la problemática histórica y han replanteado y arrojado nueva luz sobre los viejos y trillados temas (insurgencia, independencia, reforma, revolución). Su problema no ha sido encontrar nuevos documentos o reeditar y acreditar los más antiguos y escasos, sino elevarse a consideraciones de tipo general y filosófico frente a los hechos. Yerran a veces por falta de datos y de profundidad historiográfica, mas los resultados de sus estudios han provocado una sana y auténtica crisis en el círculo de los historiadores profesionales. Los estudios de Zea, Villoro, López Cámara, R. Moreno, B. Navarro, Hernández Luna, Villegas, etcétera, orientados en la cátedra del filósofo español doctor Gaos, han ejercido y ejercen de hecho una influencia favorable sobre los estudiosos de la historia; es más, creemos que la proyección de las categorías filosóficas sobre el territorio de la historia nacional ha hecho perder a los historiadores la confianza que antes depositaban casi exclusivamente en su pobre acribia informativa y erudita.

El tercer historiador que traemos aquí a colación y con el cual terminamos este ciclo historiográfico previo, que era de todo punto necesario presentar antes de iniciar nuestro propio abordaje crítico de Bustamante, es el licenciado Antonio Martínez Báez, quien prologa atinadamente la edición facsimilar de tres estudios de Bustamante sobre Morelos, publicados por la Biblioteca Nacional.<sup>106</sup> Según el prologuista, “si se compara la inmensa y valiosísima aportación que realizó Bustamante a la historia mexicana, con las exageraciones y

106 Carlos María de Bustamante, *Tres estudios sobre don José María Morelos y Pavón*, ed. facs. y nota prel. de Manuel Alcalá, notas sobre el licenciado Carlos María de Busta-

parcialidades en que incurrió al escribir, con acendrado patriotismo, sobre los hechos de los que fue testigo importante y aun actor principal, resulta siempre un saldo muy favorable al escritor oaxaqueño”.<sup>107</sup> Cree Martínez Báez, y está en lo cierto, que con la publicación de esos tres escritos, “se rinde un justo homenaje a uno de los mayores historiógrafos nacionales imprescindible para el estudio de nuestros anales.”<sup>108</sup>

Tenemos que registrar finalmente aquí, fuera del orden cronológico, el articulito biográfico que por la década de los cuarenta, según creemos, incluye en su *Diccionario biográfico mexicano* el compilador Miguel Ángel Peral.<sup>109</sup> No arroja ninguna novedad temática o interpretativa, aunque nos ilustra con este hecho de significación patriótica conmemorativa: una escuela primaria del Distrito Federal lleva el nombre de don Carlos María de Bustamante.

También conviene asentar aquí que en 1961 ha sido editado nuevamente el *Cuadro histórico*, reimprimiendo la edición ya citada de 1926. Esta vez ha sido la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Proclamación de la Independencia Nacional y del Cincuentenario de la Revolución Mexicana la que ha llevado a feliz término la empresa divulgadora: ello comprueba la tesis de que la revaloración de la obra de Bustamante constituye ya una verdad definitiva para nuestro tiempo.

mante y José María Morelos y Pavón de Antonio Martínez Báez, México, Instituto Bibliográfico Mexicano, 1963 (Pub. n. 9 del Instituto Bibliográfico Mexicano).

107 *Ibidem*, “Nota preliminar”, p. 19.

108 *Ibidem*, p. 28.

109 *Diccionario biográfico mexicano*, edición de Miguel Ángel Peral, México, PAC, [1944].

## Un plagio de don Lorenzo de Zavala

543

Uno de los personajes históricos que más ha inquietado y sigue inquietando a la conciencia historiográfica mexicana es, sin duda, Lorenzo de Zavala. Sus actividades políticas, su actuación en la cuestión texana y sus obras, comentarios, críticas y traducciones han dado lugar a un incesante y siempre renovado empeño de interpretación por parte de los historiadores profesionales, así como por los que circunstancial o aficionadamente lo han hecho y aún lo hacen blanco, con o sin justificación, de toda suerte de censuras, alabanzas, murmuraciones o reivindicaciones. El signo y la sustancia históricos de este controvertido personaje parecen afirmarse a través del tiempo y definirlo como un ser entrañablemente polémico y contradictorio.

La última hazaña de don Lorenzo justifica su fama una vez más; empero, la cosa no deja de ser chusca y hemos de confesar sinceramente que a punto estuvimos también nosotros de caer en la trampa hábilmente preparada por el autor con vista a deludir a sus contemporáneos y de rechazo a sus pósteros. El 28 de noviembre de 1954 comenzó a publicar el *Diario de Yucatán*, de Mérida, en sus ediciones de jueves y domingos, una sugestiva serie de artículos, que aparecieron bajo el atractivo título de Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la Historia, cuyo autor era nada menos que el famoso don Lorenzo de Zavala. Fue tal el éxito de esta serie que el director del periódico, don Carlos R. Menéndez, decidió agruparla en una especie de sobretiro que

incluyó en los Cuadernos de Historia, Colección Hombres y Sucesos de Otros Tiempos. El citado editor, en prólogo brevísimo “Al lector”, advierte que con motivo de una visita del ilustre historiador don Luis Chávez Orozco a Mérida (octubre de 1954) tuvieron ambos amigos la oportunidad de conversar acerca del papel histórico e historiográfico representado por el inquieto político conkalense.

Chávez Orozco le comunicó la existencia de una “obra notable”, prácticamente desconocida debida a la pluma del célebre yucateco; es decir, el Programa ya citado, que Zavala había publicado en el *Águila Mexicana* a partir del 7 de octubre de 1824. El historiador guanajuatense consideró sin duda alguna este trabajo por él descubierto, como “precursor de la magistral obra en dos tomos, el *Ensayo histórico de las revoluciones de México, 1808-1830*, y permitió que el señor Menéndez lo publicase en su diario, como así sucedió en efecto según lo hemos relatado líneas arriba.

El editor en su sucinto proemio transcribe algunos fragmentos de una carta que le envió Chávez Orozco, en los que éste se refiere a la obrita de Zavala en estos elogiosos términos:

La raíz del Zavala historiador no hay que buscarla exclusivamente en el juicio imparcial y en el manifiesto, sino también en la base teórica que previamente (1824) elaboró en su Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la historia, obra llena no sólo de arrogancias juveniles y atisbos deslumbrantes y vigorosos, sino de tesis maduramente concebidas, como que han sido corroboradas después por las últimas teorías psicológicas.

Dejando a un lado lo del Zavala juvenil, puesto que cuando comenzó a publicar estos artículos en el *Águila Mexicana* tenía ya sus muy bien cumplidos 36 años de edad, hay que admitir efectivamente con el comentarista que el programa presentado por Zavala es, por cierto, una obra de madurez emparentada, si se quiere (?), con el método crítico de Van Gennep y con el de Carlos Marx. Que por lo que toca a su contenido filosófico e histórico este ensayo se aproxima en cierto modo a la tesis de Max Scheller (?), y que, por último, en este opúsculo, Zavala se atreve incluso a definir valientemente a Rousseau, “el ídolo del momento”, como un hombre que en sus Confesiones quiso inmolar su amor propio.

A decir verdad el descubrimiento de Chávez Orozco parecía notable: gracias a sus desvelos de investigador podíamos conocer una faceta más, interesantísima, de Zavala. Prácticamente nadie conocía, salvo su descubridor, el seductor material atesorado en el diario de 1824; con su publicación se rendía un extraordinario servicio a la historia intelectual de México. Considerándolo así la Academia Mexicana de la Historia volvió a imprimir en sus *Memorias* (t. 23, n. 3) el opúsculo citado, pues se estimó que la publicación yucatanense de 1954 no dejaba, pese a todo, de ser rara y por lo mismo tan desconocida o casi para la capital mexicana y para el resto de la república como la primera aparición de 1824. El responsable académico de esta tercera edición (o cuarta si se considera el sobretiro del diario) transcribió el texto íntegro sin notas ni comentarios y por lo tanto sin poner en duda de que se trataba de una obra original de don Lorenzo de Zavala. Dos años después en 1966, el historiador Manuel González Ramírez volvió a incluir el texto ya indicado en el volumen 32 de la Biblioteca Porrúa, consagrada a las obras de Zavala en cuanto periodista y traductor, y por supuesto tampoco aparecen notas ni comentarios orientadores en el mismo. Este último editor estima por consiguiente que la obra es de Zavala, se limita a recogerla no directamente, sino de las memorias académicas y la stampa, junto con otros trabajos del mismo autor, en la primera sección consagrada al “periodista”.

Recuérdese lo que insinuamos al principio sobre la trampa del incorregible yucateco, y que ya ha llegado el momento de poner a descubierto mediante el aporte de los detalles esclarecedores del caso. Don Lorenzo de Zavala nos ha jugado una mala pasada; se la jugó a un historiador tan inteligente y hábil como Chávez Orozco, se la ha jugado, asimismo, al entusiasta señor Menéndez y, por supuesto, se la ha jugado también a la docta Academia y al licenciado González Ramírez. Aunque mucho nos desilusione saberlo se trata simplemente de un plagio. Don Lorenzo de Zavala, a los 36 años y 4 días de su vida, comienza a traducir las un tanto raras *Leçons d'histoire* de un ilustrado francés de segunda fila: el conde de Volney.

Hay que suponer que durante el primer viaje de Zavala a Europa (1820-1822) cayó en sus manos el poco conocido librito de Volney, *Lecciones de historia*, publicado en París el año III, en el que se recogen las pláticas o sesiones sostenidas por el autor en el anfiteatro del Jardín de Plantas y aprobadas por las autoridades escolares de la Escuela Normal. El subtítulo de estas lecciones corresponde íntegramente al que estampó Zavala a la cabeza de la traducción:

Programa, Objeto, Plan, etcétera. Nosotros no hemos podido consultar aún la primera edición original francesa; pero sí hemos consultado en la Biblioteca Nacional un pequeño volumen, cuarto menor, con la traducción al español de las lecciones de Volney, en cuya portada se lee lo siguiente: *Lecciones de historia pronunciadas en la Escuela Normal, por M. Volney, Par de Francia, autor de Las ruinas, etcétera, París, Imprenta de David, 1827 (catalogación: 904, v. I)*.

El nombre del mediano traductor permanece en la sombra; pero del cotejo cuidadoso de su texto con el de Zavala se deduce en seguida que se trata de la misma obra; mas la traducción de Zavala nos parece mejor que la del anónimo traductor, y escribimos “nos parece”, porque sólo la comparación minuciosa de ambas traducciones con el texto original francés podría determinar con justicia el caso. En cierto modo el traductor (Zavala) recrea el texto, lo lima de toda excrecencia deísta, lo mexicaniza en más de una ejemplificación y lo hace nuestro en cuanto a los objetivos que con ello perseguía en 1824.

Si se lee cuidadosa y maliciosamente el texto de Zavala, se nota en alguna que otra página que está traduciendo; apenas empezado su trabajo, en el párrafo 19, se refiere a un “anfiteatro” en donde se daban de seguro las lecciones; pero como el presunto autor no estaba exponiendo de viva voz, sino escribiendo en un diario nacional para el público lector mexicano, ajeno a todo anfiteatro o salón de conferencias, comenzamos a sospechar que el texto que había intentado hacer pasar Zavala por suyo no lo era en modo alguno. Ya para finalizar su obra alude por segunda vez a Volney, se refiere al viaje de éste a Siria y al nuevo método de investigación histórica utilizado por el viajero francés. Aunado a esto hallamos que el texto transpiraba un ideario ilustrado bien digerido que por aquí y por allá mostraba un inconfundible desdén histórico de raíz cartesiana y volteriana. Nos extrañó mucho que un hombre como Zavala, tan convencido como él lo estuvo, y en esto todos sus críticos coinciden, de la utilidad política y formativa de la Historia, aceptase, sin reparo alguno, el desprecio ilustrado, intelectualista, dieciochesco, hacia el pueblo trabajador, hacia los artesanos y labradores. La enseñanza de la Historia no era útil ni provechosa para los niños, sobre todo para los de la clase popular, los futuros trabajadores del mañana, a los cuales de nada le servirían los conocimientos históricos salvo para perder el tiempo y entorpecer sus esfuerzos productivos. Para un país como México que necesitaba urgentemente forjarse una conciencia nacional, tal como la entendió patéticamente

don Carlos María de Bustamante, de aquí sus renovados esfuerzos historiográficos, y como también la entendió en un sentido más liberal don Lorenzo de Zavala, como lo demuestran sus múltiples alegatos en el *Ensayo* y en el *Viaje*, el egoísta menosprecio ilustrado no tenía sentido supuesto que las circunstancias mexicanas eran distintas.

El Zavala que estaba empeñado en desterrar los hábitos tradicionales del pueblo mexicano mediante la utilidad del conocimiento histórico; el Zavala que quería “la mejora social”, la “ilustración del pueblo” y el “alimento del espíritu” de éste se compadecía difícilmente con el Zavala ilustrado y desdénoso que se transparentaba en el opúsculo tantas veces citado. Atando todos estos sospechosos cabos sueltos llegamos a la certidumbre de que la obrita no era original de Zavala. ¿Pero, entonces de quién era? Alguno que otro galicismo, y hay muchos a lo largo del texto, nos llevó a concluir que se trataba de una traducción. Eliminadas las grandes figuras ilustradas francesas, como Montesquieu, Voltaire, Condorcet, Turgot, etcétera, nos quedamos con unas cuantas secundarias como Mallet, Mably, Volney, y por autoeliminación efectuada por este último, de acuerdo con su propio texto, nos redujimos a él. La oportunidad de encontrar en la Biblioteca Nacional, según dijimos, las *Lecciones* en traducción española nos aclaró el asunto; a saber: que el texto original pertenece a Volney.

Independientemente de la equivocación sufrida por el historiador Luis Chávez Orozco en cuanto a la paternidad del texto en cuestión, hay que admitir con él, sin reserva alguna, que las ideas de Volney traducidas por Zavala dejaron en éste una profunda huella. En efecto a lo largo del *Ensayo histórico* puede comprobarse la influencia o raíces volneynianas; sobre todo en el *Viaje a los Estados Unidos*. Zavala dejó, sin traducir gran parte de la sesión sexta, cosa de cuarenta páginas, en las cuales Volney toca algunos nuevos tópicos históricos. Estudia, por ejemplo, los diversos grupos lingüísticos europeo asiáticos, o indoeuropeos como decimos ahora; realiza una crítica acerba contra las guerras; analiza críticamente la situación económica, política, racial y cultural de su tiempo y, sobre todo como buen ilustrado, toma parte activa en la polémica típica de su época y se declara partidario en todos los aspectos de los modernos a costa de los antiguos, esto es, de los clásicos. Esta añeja controversia es recogida por Zavala y va a servirle para nutrir su conciencia histórica liberal. Claro está que en el yucateco el litigio no es ya exactamente el mismo, sino el de la decidida preferencia por los modernos



hombres norteamericanos (en todo superiores, según él) y su desdén para los “escombros góticos” o antiguos (contemporáneos): españoles y europeos e hispanoamericanos. La admiración y el entusiasmo de don Lorenzo de Zavala por los Estados Unidos es la proyección, ya en valores liberales, del entusiasmo y admiración de los hombres ilustrados por sus propias realizaciones modernas, racionales y triunfadoras.

# Un olvidado ensayo histórico de don José María Vigil

549

## Introducción

El culto e infatigable estudioso que fue Vigil, a quien tanto debe la cultura nacional por su tenacidad intelectual y sus extraordinarias dotes de investigador, dejó por ahí, como otros tantos beneméritos mexicanos de la historia, un curioso e importante ensayo sobre el cual vale la pena meditar un poco. En 1878, en un periódico de título y contenido significativamente progresista *El Sistema Postal*, como correspondía a los nuevos tiempos, comienza nuestro jalisciense a publicar una serie de artículos que se amparan bajo este apremiante y orientador título: *Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria*. Bajo tal denominación yace una dramática y reiterada apelación a la conciencia nacional todavía no consolidada del todo. Vigil, que escribe este ensayo cuando se inicia propiamente la etapa pacífica y progresista del porfiriato, hace un vibrante llamado a la concordia y se empeña honradamente en quitar todos los obstáculos que hasta entonces habían impedido la reconciliación nacional. Entre los obstáculos afectivos e intelectuales que impedían la suma de esfuerzos se hallaba la distinta concepción de la historia nacional que, desde la época de Mora, había separado a los mexicanos y ahondado sus diferencias políticas. Vigil construye o reconstruye, si se quiere, su visión de la historia patria al dotar a ésta de un carácter mestizo salvador; su recreación

no es sino una síntesis de los dos opuestos polos histórico-políticos de nuestro ser nacional. El mérito de Vigil consiste en haber sido acaso el primero en definir la conciencia nacional en términos de comprensión mestiza.

Antes de proceder al análisis de sus ideas hemos creído oportuno describir el telón de fondo de los acontecimientos históricos, porque sólo así cobra mayor intensidad la idea original y esotérica del intelectual, quien especulando o predicando al parecer en el desierto, según se ve atrás, una inspección superficial, deja oír su voz y mensaje no sólo a su generación sino sobre todo a las siguientes.

### Trasfondo histórico

Las elecciones del 26 de septiembre de 1872 dieron el triunfo, por mayoría aplastante, a don Sebastián Lerdo de Tejada; el candidato derrotado era un general laureado de 42 años, Porfirio Díaz, que por segunda vez había luchado infructuosamente por alcanzar la presidencia de la República. Lerdo, hacia fines de 1875, intentó reelegirse; pero antes incluso de que tuvieran lugar las elecciones estalló la revuelta porfirista, proclamada en el Plan de Tuxtepec (1 de enero de 1876), modificada en Palo Blanco (21 de marzo) por el propio Díaz, que dio al traste con las aspiraciones egoístas de Lerdo en materia política. El principio revolucionario de la “no reelección” presidencial fue enarbolado mediante una reforma a la Constitución (Decreto del 5 de mayo de 1878), sería sancionado el principio prohibitivo, se suprimía el Senado y se desconocía la autoridad del presidente, declarándose como únicas leyes las de Reforma y por suprema la Constitución. A pesar de la derrota de Díaz en Icamole, la revuelta siguió su curso. Don José María Iglesias, ministro de la Corte Suprema, desconoció la reelección de Lerdo por considerar que las elecciones habían sido amañadas; asumió el cargo de presidente de la República y fijó su residencia en el estado de Guanajuato. El general Díaz obtiene la victoria en Tecuac (16 de noviembre de 1876) gracias al auxilio oportuno de su amigo el general González, y a Lerdo no le queda otra opción sino emprender el camino del destierro, ocupando Díaz acto seguido la presidencia (23 de noviembre). El nuevo presidente intentó avenirse con Iglesias; pero tras la entrevista de la Capilla, en Querétaro (21 de diciembre), en donde no se llegó a ningún acuerdo, el pundonoroso defensor de la constitucionalidad fue derrotado y hubo de refugiarse, como Lerdo, en los Estados Unidos.

Salió de la capital mexicana en enero de 1877 y no regresó a ella sino diez meses después, en octubre. Cabe decir que, hasta el año de 1891 en que murió, se mantuvo al margen de la política, sordo a los halagos y desdeñoso a los favores provenientes... de arriba; y, por lo mismo, admirado por muchos hombres de su época y respetado hasta por sus propios adversarios. Para Díaz siempre fue, empero, un mudo y digno testigo de incomodidad.

Bajo la firme mano de Díaz comenzó México a marchar por el camino del progreso y del orden. Los restos que aún quedaban de la vieja estructura colonial iban desapareciendo inexorablemente ante las arremetidas económicas, sociales y políticas de los nuevos tiempos. La capital había por fin quedado enlazada con el puerto de Veracruz mediante la línea férrea inaugurada en 1872; la típica fisonomía rural del país comenzaba muy lentamente a cambiar por medio de una débil e incipiente industrialización, apoyada en capitales extranjeros. Como consecuencia de este proceso, bien pronto se dejó sentir la fuerza de la masa obrera proletaria; el día 1o. de noviembre de 1876 se celebró el Primer Congreso Obrero del Círculo de Artesanos que, afiliado a la Internacional, inicia los primeros movimientos huelguísticos en el país.

Tras las elecciones de mayo de 1877 es electo presidente de la República el general Díaz, cuyo gobierno logra el reconocimiento del de los Estados Unidos; evita la guerra entre México e Inglaterra, por la cuestión de Belice; inicia el acercamiento con los demás países iberoamericanos, y restablece las relaciones diplomáticas con Francia. Prosiguiendo la política ferroviaria iniciada por Lerdo, mas siguiendo ahora un eje económico-geográfico distinto, otorga Díaz generosas concesiones a las compañías del Central y Nacional Mexicanos. De 1880 a 1884, el *compadre* de Díaz, general Manuel González, ocupa la presidencia: era la segunda vez que en la historia política del México independiente se hacía la transmisión de poderes en forma pacífica.<sup>1</sup>

## Rescate del pasado e hipótesis del mismo

Vigil comienza deplorando en su ensayo el abandono en que se hallan los estudios históricos “en nuestra educación científica y literaria”, y aboga acto seguido por una dedicación intensiva hacia ellos como el medio más adecuado para profundizar sobre la realidad mexicana; es decir, se plantea el estudio

1 La primera había tenido lugar al suceder el general Arista a don José Joaquín Herrera.

de la historia nacional como instancia de salvación de lo esencial y propio. Vigil fue uno de los primeros y de los pocos mexicanos de aquel entonces que, a su formación humanística clásica, sumaba unos fundamentos filosóficos y unos conocimientos lingüísticos modernos (alemán, inglés, francés e italiano) de primer orden, excepcionales. Es por ello que en pleno periodo reformista y posreformista –tan ajeno y tan negativo frente a la tradición y los valores indígenas– considera, por ejemplo, que el náhuatl debe tener para los alumnos mexicanos el mismo valor y rango formativos que el griego y el latín. Pero a diferencia de algunos semicultos extraviados de hoy día, Vigil considera que en cada estado de la federación se debería estudiar la lengua indígena aún existente en cada uno de ellos. Quería, insistamos en esto, que en los estudios medios y superiores se divulgasen las civilizaciones prehispánicas (su historia, su literatura, sus artes) como medio de autoconocimiento y enriquecimiento espirituales; demandaba también, como más tarde lo exigiría Alfonso Reyes con innegable genialidad y gracejo, el latín y el griego, y, algo más, el náhuatl o el maya, si no exclusivamente para las izquierdas, cuando menos sí para todos los estudiantes mexicanos ya liberales o conservadores, o bien moderados.

Aspira Vigil a una educación a la par universalista y mexicanista que nos equilibre y nos mantenga en nuestra fisonomía espiritual propia, en nuestra característica personalidad, en nuestra balanceada idiosincrasia nacional; es decir en nuestro auténtico modo de ser que nos distingue, en tanto que mexicanos, de los demás pueblos y naciones. Vigil tenía fe en el proceso educativo a causa de las fuerzas regeneradoras que desencadenaba él mismo. De acuerdo con su programa el patriotismo sería renovado y fortalecido al fincar sus raíces en lo entrañable y peculiar. No se trata de perseguir y entronizar un ideal educativo abstracto y ajeno, sino de tener en cuenta lo auténtico y propio, único modo de evitar el peor de todos nuestros vicios: el autodesprecio, que es el primer paso, según Vigil, en el camino del envilecimiento y de la nulidad. Hay que advertir que estas ideas no tienen nada de gratuitas ni de ociosas, puesto que el autor está dirigiendo sus críticas contra el sistema educativo preparatoriano (aunque él pertenecía al cuerpo docente de la escuela) legalizado en 1867 por don Benito Juárez y puesto en marcha por el filósofo positivista Gabino Barreda el 1o. de febrero de 1868. Frente a la sólida formación científica y universalista del sistema educativo barrediano, opone Vigil una contextura humanista y mexicanista como primer problema nacional que

resolver; frente a un mecanismo positivo y progresista, una actitud filosófica auténtica; a saber, no escéptica. La aventura idealista que como programa ofrecía Vigil no pudo encontrar eco en medio de una generación entusiasmada con el positivismo comtiano y spenceriano como medio de lograr rápidamente el tan suspirado proceso; sin embargo, serían las generaciones posteriores las que, desengañadas con el modelo progresista propuesto, aspirarían a la salvación de lo propio por el camino de la metafísica, tal como lo quisieron Caso y los ateneístas, y tal como el propio Justo Sierra lo propugnó al inaugurar la Universidad en 1910 y al cultivar la historia patria siguiendo la inspiración humanista y mexicana (mestiza) de su antecesor y también contemporáneo José María y Vigil.<sup>2</sup>

El escritor e historiador jalisciense, aunque criollo puro, es el primer mexicano que percibe los valores de la conciencia mestiza y los entiende y cultiva como programa nacional para un futuro de superación. Él nos advierte y pone en guardia contra el odio irracional que provocaba la etapa histórica de la Colonia; porque el estudio de ese pasado lo considera indispensable para poder comprender bien el presente. El pasado no es pues para Vigil un peso muerto que podemos negar y del que podemos fácilmente desprendernos, sino que es algo que gravita sobre nosotros y por lo mismo nos forma y conforma: intentar rechazarlo es imposible y absurdo; asumirlo es lo más adecuado y correcto. El hecho mismo de que para salir de ese sistema colonial hubiera tenido el país que pagar muy cara la empresa, derrochando rango y riquezas en un holocausto sin paralelo, es para Vigil la prueba de la operatividad de ese pasado. En el sistema colonial halla él los gérmenes de nuestras costumbres y hábitos; de aquí la necesidad de estudiarlo para comprender los problemas presentes. Otro tanto ocurre con los rezagos prehispánicos, si bien de signo contrario; por consiguiente debemos estudiar asimismo esa “barbarie”, puesto que vive y persiste aún entre nosotros y de su conocimiento depende que ella, en cuanto deformidad residual, deje de amenazarnos y nos posibilite así la ansiada paz y progreso. Probablemente al lector le parecerá que es incongruente el que Vigil afirme y niegue al mismo tiempo el pasado prehispánico; pero de hecho no hay tal incongruencia, porque una cosa es para él el pasado cultural prehispánico, valioso desde cualquier punto de vista, y otra esos residuos de la tradición a cargas emocionales perturbadoras

<sup>2</sup> Vigil: 1829-1909; Sierra: 1848-1912.

y pues, según su criterio, negativas. Por supuesto hoy no lo entendemos así; pero no podemos exigirle a Vigil una comprensión antropológica que no estaba al alcance de su tiempo.

Los pueblos, nos dice Vigil, y está en lo cierto, no pueden prescindir de su pasado, puesto que éste es la única base segura para conocer el presente y preparar el porvenir. Esta reacción del historiador frente a la tesis histórica jacobina, que rechazaba por igual los valores hispánicos y los indígenas, es comprensible puesto que él piensa que sólo la asunción de la instancia cultural hispanoindígena permitirá que de ser México un país de anomalías se convierta en un país normal; es decir, que asuma conscientemente su personalidad mestiza en cuanto único camino de salvación. Para alcanzar la meta propuesta se necesita una *instrucción histórica* para todos; de esta suerte el hombre mexicano podrá transformarse en *ciudadano mexicano*: la categoría natural en calidad civil. En lugar del camino enajenante emprendido por el positivismo barrediano, él propone el único que hará posible salvar el desnivel cultural que separa a México de los Estados Unidos y de la Europa avanzada; la instrucción útil en general y en particular la instrucción histórica inútil.

El siguiente paso del crítico es un somero examen de los compendios históricos existentes por entonces, a los que considera farragosos, narrativos, descarnados y carentes de ideas generales, lo que da por resultado el hastío y la repulsión de los educandos. Las biografías disponibles carecían de lo más importante; verbigracia del trazo de la personalidad moral del personaje descrito, de la valoración de su obra, de la influencia ejercida en el país. Es decir, las encuentra desprovistas de un fondo ético y axiofilosófico, de espaldas a la tradición ilustrada y aun romántica.

Observa además las dos tendencias o escuelas históricas, de carácter destructivo, que se combaten en México infructuosamente y con resultados negativos: la *española* (negadora del pasado indígena) y la *mexicana* (condenadora del pasado español). Con esta adjetivación caracteriza Vigil la oposición histórica existente entre la escuela conservadora o tradicional y la liberal o progresista. Vigil actúa dentro de la corriente liberal moderada, evolucionista, y por lo tanto posee una comprensión de la historia que es ajena, si no es que adversa, a la concepción liberal pura, antitradicional. Lo que el sereno crítico ve de ineficaz en la oposición es que el “carácter contradictorio” de las dos direcciones no proporciona al “ciudadano mexicano una seguridad en sí mismo”. Esta inseguridad emocional producida por la típica contradicción

escolástica, origina un sentimiento depresivo que nos hace (Vigil pluraliza) sentirnos inseguros y juzgarnos incapaces para todo lo grande y extraordinario. Nos abruma, por lo mismo, un *funesto sentimiento de inferioridad* que se acusa mayormente en la raza indígena, pero que no deja tampoco de manifestarse en la raza criolla dominadora, que se muestra así carente de energía creadora y de fe en sí misma. La catarsis espiritual, propuesta por Vigil para superar el complejo que aqueja a indios y criollos, y que casi no actúa, curiosamente en los mestizos ya la conocemos: consiste en la ya indicada revaloración de la historia mexicana, es decir en una purificación o nuevo acrisolamiento que permitirá refundirnos y desprendernos de la amargante y decepcionante triste herencia de la generación de independencia y de la del XVIII.

La esterilidad intelectual mexicana de su tiempo no la atribuye Vigil a la naturaleza física del país ni a la físico-moral del hombre; la nula aportación de México a la grandeza del siglo XIX en curso se debe a causas que se hallan más al alcance de nuestro poder y voluntad. El país se encuentra en este momento, discurre Vigil, en el límite de una crisis peligrosa. México sólo tiene esta alternativa: ineludible grandeza y aniquilamiento. La sociedad mexicana, cada vez más ilustrada, tiene que resolver a su favor la dramática disyuntiva. “En el conocimiento de sus propios elementos –concluye Vigil– reposa el secreto de su grandeza.”

La contribución de Vigil al *México a través de los siglos*, así como sus prólogos y otros trabajos históricos nos indican que él, consecuente con su programa, asentaba sobre sólidas bases históricas el desarrollo de la nación. El tiempo ha venido a dar la razón a Vigil, una vez que el forzoso y necesario despertar revolucionario nos ha permitido una interpretación dialéctica de nuestra historia, en donde las dos posibilidades irreductibles y polarizantes son subsumidas. Todavía no se ha alcanzado la grandeza presumida por Vigil, mas en la búsqueda de ella nos hallamos todos, afanosos y comprometidos, y especialmente los cultivadores de la historia, puesto que, de acuerdo con el crítico, la comprensión de ella es la única garantía que tenemos para reconocernos a nosotros mismos, por consiguiente, para poder progresar. Porque en definitiva, si es que entendemos bien el mensaje de Vigil, el famoso complejo de inferioridad que traba y frena al mexicano no deja de ser a fin de cuentas sino una viciada e incorrecta digestión de su historia.



## Edmundo O’Gorman y su idea de la historia

557

### La producción historiográfica ogormaniana

El historiador Edmundo O’Gorman, descendiente de Leona Vicario (cosa que él habitualmente calla, por modestia, pero que conviene airear en casos como éste para disipar los humos incomprensivos y hasta hostiles que levanta su irlandés apellido paterno en más de un meteco historiador), a lo largo de su ya larga y fecunda vida profesional ha llevado a cabo una importantísima serie de producciones historiográficas. Sin que traigamos aquí a colación sus primeras publicaciones, iniciadas en 1937, constituidas en su mayor parte por prólogos, comentarios críticos, reflexiones documentales y exégesis históricas, publicadas ya en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, ora en la *Revista de Investigaciones Históricas*, así como en *Letras de México* o en *El Trimestre Económico*, el primer gran trabajo historiográfico de O’Gorman es su todavía útil y reeditadísima *Breve historia de las divisiones territoriales*, aparecida precisamente en ese año de 1937 en que el abogado Edmundo O’Gorman inicia su larga y profunda excursión por el controvertido y mal trabajado campo de la problemática histórica. Entre 1938 y 1940, en que se publica su erudito y desconcertante prólogo a la edición de la *Historia natural y moral de las Indias* del padre Acosta, en el que, entre otras originales cosas, exonera al historiador

jesuita del absurdo cargo de plagiarlo con que la historiografía tradicional mexicana lo había sambenitado, por obra y graciaseudopatriótica de don José Fernando Ramírez y, sobre todo, de Ignacio Chavero, realiza O’Gorman un ágil estudio crítico sobre la producción histórica de don Luis González Obregón. Son estos años de la década de los treinta, años de aprendizaje y consolidación; de incursiones editoriales a base de los textos de santo Tomás Moro y del Conquistador Anónimo. Son, decimos, años de dura brega profesional, crítica, en los que O’Gorman despliega al servicio de la investigación histórica sus mejores cualidades de abogado; es decir, una lógica jurídica implacable para defender a su cliente, la historia, de los entuertos científicistas con que se pretendía inútilmente anular o desconocer la presencia siempre perturbadora de lo contradictorio y particularizado.

En 1942 aparecen sus *Fundamentos de la historia de América* o anticipo prologal de lo que cinco años después se intitulara su famosa y heideggeriana *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947), en cuya carátula aparece grabada con rebuscada intención una viñeta que representa una calavera taurina del genial dibujante Posada. Hasta ese momento todo ha sido en cierto modo estudios introductorios para una obra de gran envergadura: *La idea del descubrimiento de América* (1951), que, como lo indica ya desde el título, no es una historia más del llamado descubrimiento sino un exhaustivo y profundo estudio de la comprensión interna del suceso; es decir, de la historia de la Historia del mismo. Adelantemos que O’Gorman, a diferencia de lo que hará el historiador francés Bataillon en su polémica con nuestro historiólogo mexicano, no se preocupa por el *cómo sucedió* del descubrimiento sino por el *qué* de dicho descubrimiento. Su pregunta se centra sobre el ser en sí del hecho histórico.

En 1956 publica O’Gorman en *Diánoia, Anuario de Filosofía*, UNAM, un ensayo titulado significativamente “Historia y vida”, que resulta imprescindible para captar lo que el autor entiende, en última instancia, por historia en tanto que realidad vital anterior a su transformación en hecho histórico mediante la atribución de una intencionalidad. Dos años después y como remate de su preocupación americanista aparece *La invención de América* (1958) donde el planteamiento historicista de Edmundo O’Gorman busca hallar una vital y adecuada respuesta a esta cuestión: ¿cuándo y cómo hace acto de presencia América, geográfica e históricamente, ante la conciencia de la humanidad occidental?

Sería erróneo suponer que entre uno y otro gran pilar de su producción historiográfica O'Gorman se hubiese abstenido de escribir y publicar lo que podemos denominar, no sin cierta injusticia, trabajos menores. Entre 1937 y 1958 aparecen, entre otros, ensayos sobre *La conciencia histórica medieval* (1943), realizados en el seminario de José Gaos; la *Antología* (1945), política del pensamiento del padre Mier; su audaz réplica a Alfonso Reyes: "Teoría del deslinde y deslinde de la teoría" (1945); su réplica escrita a Lewis Hanke (1953); su edición de don Justo Sierra (*Evolución política del pueblo mexicano*) (1948); su *Cena de los aforismos* (1959), y la enriquecida serie de prólogos, ediciones y notas críticas que siguen apareciendo hasta el día de hoy con esforzada actividad.

## El hecho histórico

Dicho todo lo anterior, que era necesario para enfocar nuestro estudio crítico subsiguiente, debemos avocarnos ahora, supuesto que ya conocemos los mayores valores y volúmenes de su producción historiográfica, al examen de la que el propio O'Gorman llama "la estructura real del devenir histórico". El deseo de querer alcanzar la unidad conceptual de lo que se nos da en el mundo del acontecer histórico como pluralidad, se ha intentado y se sigue intentando todavía hoy por las diversas escuelas interpretativas de la historia, considerando las particularidades y contradicciones bajo lo que O'Gorman denomina la especie lógica del error. En la visión futurista así como en la inmanentemente nacionalista, positivista o evolucionista, se afirmaba la unidad histórica a costa de la variedad. El pasado por entero, debido precisamente a esas variaciones, no poseía significación propia y era, por lo mismo, producto del error; sin embargo, debido a las diversas concepciones evolucionistas se pensó que el error podía ser superado en cada etapa mediante un presente cada vez más progresista, más relativamente perfecto y menos inclinado a errar. Para O'Gorman, tal teoría absoluta de la historia, tal absoluto evolucionismo no sólo sacrifica las verdades históricas particulares sino que a su vez es un producto histórico variable. De suerte que la antinomia histórica se nos presenta como la afirmación de la unidad a costa de la pluralidad, o de ésta a expensas de aquélla.

Para hacer luz en esta antinomia conceptual O'Gorman se pregunta acto seguido: ¿qué es, en efecto, un hecho histórico? Por supuesto, se responde,

un hecho histórico es algo que acontece, que pasa o transcurre; ahora bien, no todos los acontecimientos son hechos históricos, si reflexionamos, por ejemplo, en que un temblor de tierra es, sin duda, un acontecimiento, pero que no obstante no lo podemos considerar, pongamos por caso, en la misma manera que consideramos el hecho histórico de la muerte de Cuauhtémoc. Recuerdo haber leído en el *Cuadro histórico* de nuestro mitógrafo sin par don Carlos María de Bustamante, que en el amanecer del día en que se dio la famosa batalla de Puente Calderón, al salir el sol los rayos de luz dieron vida visible a una inmensa nube que en forma de palma se extendía por el cielo y servía a manera de puente aéreo a los dos ejércitos que se miraban taciturnos y terribles. El general Calleja, militar experimentado y capaz de obtener provecho de cualquier situación o fenómeno, hizo extender por las filas realistas la voz de que aquella palma radiante era serial promisoría y milagrosa (sobre todo esto último) de la victoria a alcanzar. Tenemos pues ante nosotros y contado por el vivaz historiador insurgente la descripción de un fenómeno físico, de un hecho natural que quiso ser aprovechado, es decir intencionalmente dotado de una nueva cualidad humana en tanto que hecho histórico providencial. Don Carlos, que como ardiente insurgente no comulga con ruedas realistas de molino, decide que la tal milagrosa palma es una superchería, un falso milagro, y reduce el hecho a su límite fenoménico físico. He aquí un acontecimiento al que Calleja y los suyos dotaron de un sentido intencional que lo transformó en hecho histórico amén de milagroso; en cambio Bustamante rechaza tal atribución y acepta el hecho como un simple fenómeno natural. De lo que se deduce que es el hombre el que califica de hecho histórico a tal o cual acontecimiento o suceso del mundo social, político, natural e incluso mítico, religioso o sobrenatural. Si pues es el hombre el que dota a no importa qué hecho de intencionalidad histórica, síguese de aquí que indagar por los hechos históricos consiste, por parte del historiador, en llegar a conocer el sentido que le otorga la atribución de intencionalidad. El historiador se pregunta por lo que está dentro o más allá de la mera superficie de la noticia o del *se dice*. ¿Y dónde, preguntémonos ahora, dónde está la verdad del hecho historizable? De acuerdo con la historiografía objetivista positivizante la *verdad* del hecho relatado se inclina del lado de Bustamante y no del de Calleja; pero de acuerdo con O’Gorman, si es que lo hemos entendido bien, no habría antinomia entre dos verdades contradictorias o de signos contrarios y, por consiguiente, las dos poseerían su propia eterna e intencional verdad (ya

realista, ya insurgente). El hombre puede, por consiguiente, conferir la calidad de hecho histórico a cualquier acontecimiento con tal de que así se lo exija su dramática y vital necesidad.

## Historia y vida

Al igual que acontece con el hecho histórico, la visión total del suceder histórico depende del sentido de la intencionalidad atribuido de acuerdo con las exigencias del sujeto atribuyente. Se argüirá que existe un acontecer previo y necesario para la constitución de los hechos históricos, dado que la historia es la vital realidad anterior a esa operación que transforma los hechos en bruto en hechos de significación histórica. Y, en efecto, O'Gorman aceptará la objeción supuesto que se trata de un acontecer puramente fáctico, carente de sentido y acerca del cual no podemos decir sino que se trata de una realidad que solamente cobra sentido bajo la especie de hecho histórico; es decir, repetamos, como algo resultante de la voluntad de un agente consciente que por este medio de intencional atribución satisface sus exigencias vitales concretas. Por ello la historia es vida y la finalidad que ella conscientemente persigue es orientar su actividad en el futuro mediante la inteligibilidad de su acción pretérita, de su pasado. El conocimiento historiográfico es la manera en que el historiador adecua el pasado a las exigencias del presente; es a saber, pone al pasado, en tanto que hecho histórico, al servicio de la vida. Se trata de un conocimiento historiográfico con fines futuristas, pragmáticos y, por consiguiente, no es sino un instrumento de previsión interesada, instrumentalista y parcialista. Historia es vida, vida consciente de sí misma pero sin pretensiones de saber lo que sea el misterio del vivir; porque, como escribe O'Gorman, saberse vida no es lo mismo que saber qué es la vida.

## Combates por la historiología

No se limitó Edmundo O'Gorman a realizar sus tareas específicas, pues sin cejar en ellas un punto no dejó de preocuparse en combatir la historiografía tradicional naturalista imperante en el México de su tiempo: décadas de los 30 y 40. Atacado por los representantes de dicha escuela por la novedad que su método historicista entrañaba, arremetió con denodado impulso, como lo ejemplifican en su caso las tres famosas polémicas en que ha tomado parte:

la semifallida con Silvio Zavala, la enconada con Lewis Hanke y la más intelectualizada y académica con Marcel Bataillon. Aunque el análisis de las polémicas es tentador tenemos que dejarlo ahí por el interés mayor que, por el momento, despiertan los seis puntos de su revisión crítica a la historiografía científicista: 1) que el pasado humano, pese a los aspavientos de la escuela, con su pretendida imparcialidad y universalidad, es manipulado para hacer de él un adecuado útil al servicio de intereses prácticos; 2) que esa manera de considerar al pasado humano constituye la relación espontánea y primaria que tenemos con la historia, relación de donde brota todo conocimiento objetivo de la historia; 3) que llega un momento en que la historia, hasta entonces considerada bajo la especie de “depósito de experiencia”, se “eleva a la dignidad de ciencia”. Lo cual consiste, ni más ni menos, en lograr que las verdades historiográficas adquieran la apariencia de las verdades elaboradas por las ciencias naturales; 4) que semejante operación se realiza aplicando desde afuera al estudio de la historia un método científico de investigación que bajo la fórmula rankeana de “lo que verdaderamente pasó” cosifica al pasado y lo declara ajeno y separado de la vida; 5) que justo por esa pretendida elevación científicista de la historia, el pasado humano, en cuanto útil, sigue empleándose como instrumento al servicio de intereses prácticos; por último, 6) que la historiografía tradicional muestra señales de disolución puesto que sus verdades se tornan cada vez más inútiles. Las tesis historiográficas científicistas o, por mejor decir, la tesis rankeana según la cual el historiador debe narrar *wie es eigentlich gewesen*, es el velo que quiere impedir la *verdad* decisiva de que el pasado es nuestro pasado. Tomándolo de Ortega y Gasset, afinándolo con la filosofía existencial de un Heidegger, con ayuda del maestro Gaos, sostiene O’Gorman que lo que debe interesar al historiador no es la historia del pasado del hombre, sino la historia del hombre en el pasado. O’Gorman reprocha justamente a Ranke, el representante más conspicuo de la historiografía naturalista o inauténtica, en que ésta se ha empeñado en no dejarle ver a la existencia humana su constitutiva historicidad: ser conscientes del pasado y reconocernos en él. Por contra, la misión fundamental de la verdadera ciencia de la historia consistirá, pues, en revelar nuestra identidad, o mejor aun, remacha O’Gorman, “en recordar que nuestra existencia es histórica, que somos historia”.

## Ejemplo al canto

Hace tiempo escribimos lo que sigue y que aún nos parece útil para explicitar todo lo que llevamos dicho: “Si a Edmundo O’Gorman se le invitase algún día a escribir una imposible historia universal comenzaría sin duda, como San Juan el Evangelista: En el principio era el Verbo; es decir, la palabra, el comienzo de la aventurosa apertura ontológica; de dotación de sentido a intencionalidad a las cosas y hechos, porque para nuestro historiólogo el conocimiento histórico consiste en averiguar cómo ha sido provisto de ser historizante un acontecimiento: pongamos por caso el llamado Descubrimiento de América. Consiste asimismo en saber cómo se le ha atribuido a tal suceso una intención; cómo se le ha multinombrado, y no por capricho, a través del tiempo y cómo se ha opinado, en suma, sobre él. La tarea del historiador no consiste en manejar esencias sino en indagar cómo han sido dotados de sentido los hechos sobre los cuales dirige él su mirada especulativa, con el fin de revivirlos y aprehenderlos. El historiador tiene que considerar la manera en que los hechos han sido transformados por el hombre en hechos históricos; porque aquéllos, en cuanto puramente fácticos, no pueden nouméricamente decirnos nada y permanecen impenetrables. La verdadera historia se nos presenta como una realidad cuya estructura crítica revela las sucesivas donaciones, donaciones, nos dirá O’Gorman, que el hombre le ha hecho. Esto explica que cuando nuestro historiador se acerca al debatido tema del descubrimiento de América no se refiera a dicho descubrimiento en su apariencia externa, sino a la historia de la Historia del descubrimiento de América. A él no le interesan sino las doxai historiográficas dotadoras de entidad; las *invenciones*, para decirlo en su lenguaje favorito, realizadas por los cronistas o, lo que viene a ser lo mismo, las ideas elaboradas sobre el hecho de haber sido descubierta América. Como se ve, el problema de O’Gorman se refiere a la *ideación* de la realidad histórica de América, a la significación que cobra América en la conciencia histórica y que pone, por lo mismo, en crisis de fundamento el modo tradicional fáctico, causalista y casual de contar el suceso del descubrimiento. El tema sobre el cual pregunta O’Gorman pone inmediatamente de manifiesto el paralogismo flagrante que informa a dicho tema: el autor pregunta por las contradicciones que se observan en estas dos tradicionales y contrapuestas afirmaciones: que Colón descubrió América y que, no obstante,

la descubrió por casualidad. La cuestión no es ociosa ni bizantina, porque ella no se refiere al plano superficial físico de la realidad geográfico-histórica americana, sino al plano superior intelectual interpretativo de tal realidad, independientemente de la verdad o sin verdad física del descubrimiento. En definitiva, lo que importa a O’Gorman es descubrir la estructura íntima del ser del suceso denominado descubrimiento de América; lo que le preocupa es la manera como se ha concebido y explicado el acontecimiento. En el gran bautizo americano del descubrimiento, O’Gorman no pregunta por la virginal y nouménica criatura, ser sustancial inalterable, predeterminado y lustrable (descubrible), sino que interroga a los múltiples padrinos y a los padres putativos de la “creatura América”.

O’Gorman, por último, a través de sus obras nos enseña que la verdad histórica, como opinaban los clásicos, es tanto más cierta cuanto más bellamente es escrita. Y al que lo dudare le recomendamos la lectura de las obras y estudios fundamentales surgidos de su brillante pluma.



## La heterodoxia historiográfica de Edmundo O’Gorman

565

|

Por tercera ocasión tengo el gratísimo privilegio, en este 24 de noviembre del año del Señor de mil novecientos ochenta y seis, de participar en el homenaje académico que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México rinde al maestro y amigo Edmundo O’Gorman con motivo de su cumpleaños. Pude festejar al maestro en 1968 con la edición de *Conciencia y autenticidad históricas*, homenaje a nuestro sabio y fustigante historiador, al que hace veinte años consideré y aún sigo considerando hoy *emérito aetatis anno LXXX dicata*, con sólo añadir dos equis más de erudición y profundo y combatiente saber histórico a la única del sexagésimo ordinal latino para convertirlo en el octogésimo de su fecunda vida. La segunda oportunidad tuvo por supuesto lugar con motivo del septuagésimo aniversario y fue también suerte mía el poder hacerme cargo, como en el caso anterior, de la edición titulada *La obra de Edmundo O’Gorman*, en la que sus viejos y noveles discípulos expresaron en discursos y conferencias la trayectoria historiológica del maestro y la huella indeleble que ha dejado en los espíritus investigadores la constante lucha por superar los límites meramente acumulativos de la historiografía positivista. En ese pequeño libro de poco más o menos cien

páginas, tuve la oportunidad, entre otros colegas, de dedicar unas reflexiones a la “idea de la Historia” sustentada por O’Gorman y, sobre todo, tuve asimismo el gran placer intelectual de iniciar el ciclo discursivo con una alocución que de parecida manera al “érase que se era” de las viejas fábulas comenzaba con un nostálgico “y va de cuento”. Muchas cosas dije entonces sobre el admirado maestro y que no es el caso recordar ahora; empero sí me atrevo a reiterar algunas de las consignas que por entonces me atreví a espigar de la vasta producción historiográfica o’gormaniana.

Que al ponerse Edmundo O’Gorman a escribir y reescribir la historia, siempre le ha movido el amor a la patria. Él mismo lo estampó dos años antes en lengua latina, como bella divisa, en su *México el trauma de su historia* (1978), que reza: “*Ducit amor patriae*”. Él insiste en que el pasado, “lo que en verdad ocurrió”, según la consagrada fórmula positiva y naturalista de Ranke, no es lo que meramente pasó, sin alterar por ello la esencia ontológica de lo histórico, sino que, por lo contrario, es lo que nos constituye, puesto que dicho pasado no es una cosa, un objeto natural que lo mismo que ocurrió pudo haber dejado de ocurrir; es algo propio y unido de modo natural al acontecer humano. Asimismo para O’Gorman, la mayor parte de los problemas que nos plantea la historia son laberintos sin salida si no se cuenta con el ábrete sésamo de la filosofía, y también nos precave contra la injusta proclividad de muchos historiadores a regañar a los muertos en lugar de intentar dar explicaciones por ellos.

En una de sus primeras obras, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947), prosiguiendo la finalidad crítica ya iniciada en el pequeño volumen intitulado *Fundamentos de la historia de América* (1942), O’Gorman nos advierte que en la historia la noción de error no tiene validez en el mismo sentido en que dicha noción se aplica a las ciencias físico-naturales. Que el historiador debe explicar las cosas como se vieron y vivieron en el pasado; es decir, de modo distinto a como las vemos y vivimos nosotros hoy. Desde este punto de vista perspectivista o historicista de la historiografía moderna, si es que interpretamos acertadamente a O’Gorman, regaña mucho y demuestra poco o nada; en lugar de comprender al hombre, se empeña en enjuiciarlo. La experiencia vital de la historia consiste en hacernos re-vivir el pasado, que éste no es un pasado cualquiera, sino que es un pasado propio y que sólo así “es posible referir ese conocimiento (histórico) a lo más íntimo y definitivo del sujeto que es su ser”. Mas dejemos la palabra precisa al autor, para el cual “el

pasado humano en lugar de ser una realidad ajena a nosotros es nuestra realidad, y si concedemos que el pasado humano existe, también tendremos que conceder que existe en el único sitio en que puede existir; en el presente, es decir, en nuestra vida”.

Contra lo que opina y, al parecer, continúa aún opinando la escuela historiográfica positivista, O’Gorman enseña a todo lo largo de su cuantiosa y rica obra interpretativa, conceptual, comenzada en 1937, con su *Breve historia de las divisiones territoriales* y que se corona hasta ahora con su investigación sobre la historia traumática de México (1977), que los hechos no hablan por sí mismos, sino que es el historiador el que los hace hablar. No es suficiente dedicarse a la exhaustiva cacería de datos y documentos, pasión favorita de la vieja escuela, porque con el simple acopio acontecimental, con la sola criba informativa, no construimos ningún edificio historiográfico valioso. Como escribía el malogrado historiador transterrado Ramón Iglesia hacia 1940, refiriéndose a la edición, notas y prólogo deslumbrante y original del maestro, a la *Historia natural y moral de las Indias* del padre Acosta, “Un estudio histórico de E. O’Gorman”, *Letras de México* (marzo de 1940), “en el esfuerzo reflexivo sobre los datos ya conocidos, [más] que en la simple acumulación de datos nuevos se halla la auténtica cultura histórica, más filosófica hoy día que puramente científica”. Y a punto de terminar su nota crítica, Iglesia insiste en que el trabajo de O’Gorman “debe ser leído con atención especial por los jóvenes [mexicanos] estudiosos de la historia, a los que nunca se les recomendará lo bastante de que no se olviden que la rebusca minuciosa de nuevos datos y documentos jamás puede ser un fin en sí mismo, sino un medio para elevarse a perspectivas superiores”.

Así lo hice yo mismo en aquel, ay, ya lejano 1940, y así lo continúo recomendando propedéuticamente a los alumnos facultativos del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, año con año. Y no sólo tal proemio revelador, sino toda la importante obra esclarecedora sobre temas históricos mexicanos que culminará con el ya famoso *Trauma*, libro al que se ha criticado formalmente por su carencia de aparato bibliográfico; pero de hecho estas notas faltantes deberá hallarlas el lector interesado o el especialista, en los estudios previos escritos por O’Gorman en esa dirección mexicanista, amorosa y patriótica, en la perspectiva del futuro, como él escribe: “*Alia tentada via est. At spes non facta*” que me permito traducir así: “Hay que intentar otra vía, puesto que la esperanza no está rota [perdida]”, hermoso y significativo lema

en donde se encuentra la clave para la comprensión no sólo historiográfica, sino fundamental y dramática para el entendimiento de la dialéctica motora de nuestra historia decimonónica, disolutora del maniqueísmo histórico representado por nuestros conservadores y liberales, quienes a fin de cuentas vienen a ser las dos caras del jánico personaje interpretativo de nuestra historia desde 1821 a nuestros días.

## II

La segunda preocupación del maestro O’Gorman, la preocupación esencial o por excelencia, es su pregunta sobre la comprensión de América. Sobre todo se refiere al ser de América, al ser de ese ente del cual la historiografía tradicional predica que fue descubierta. Aceptar esto implica suponer *a priori* que América posee una estructura ontológica que la hace capaz de ser objeto de un “descubrimiento”, y justamente lo que O’Gorman intenta aclarar y lo logra cumplidamente, es por qué se ha dicho precisamente eso. Pregunta pues por *la condición de la posibilidad* de la idea que conceptúa a la empresa colombiana como siendo el descubrimiento de América. O’Gorman se desentiende, pues, del tema tradicional, trillado, de quienes han escrito y de los que siguen todavía escribiendo sobre la historia del descubrimiento y no sobre lo que para él es lo fundamental: la historia de la *idea* del descubrimiento: su tarea es reconstruir el proceso histórico de esa idea o concepto o, dicho de otro modo, desentrañar el contenido o génesis de la idea de que América fue descubierta, y no de la génesis histórica del descubrimiento. Se trata para él, en suma, como lo indica en su introducción general de su obra *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos* (1951), no de examinar el llamado descubrimiento de América considerándolo un hecho en sí, sino de analizar la historia de la historia del descubrimiento de América. Adviértase, además de que el problema de nuestro historiógrafo se centra en el concepto mismo de descubrimiento en cuanto ideación de la realidad histórica aludida, se cuestiona la validez del concepto y no se le da por supuesto. “Mi obra –nos advierte el autor– para que no desbarremos, no se refiere al devenir real de las ideas ni a la reconstrucción mental de cómo en el pasado vivieron unos hombres unas ciertas ideas, sino que está interesada en el proceso histórico de la *idea* del Descubrimiento”.

Para llevar a cabo tan exhaustiva, meticulosa y rigurosa investigación, el autor analiza en su libro, así en profundidad como en extensión, las obras fundamentales que acerca del capital acontecimiento han ido apareciendo a lo largo de los siglos a partir de la famosa leyenda del piloto anónimo. De acuerdo con la ideación ínsita en las obras históricas examinadas, divide el material en tres secciones críticas: *etapa antigua*, en que se analizan, amén de la leyenda del piloto, las opiniones expresas o latentes de López de Gómara, Fernández de Oviedo, Fernando Colón, el padre Las Casas y el cronista Herrera; la *etapa moderna*, a base de las interpretaciones de Beaumont, Robertson, Muñoz, Navarrete, W. Irving, Condorcet y Alejandro de Humboldt, y la *etapa contemporánea*, que inicia también con Humboldt y continúa con los enredos, audacias y controversias interpretativas ya estudiadas en su mayor parte por el historiador Enrique Gandía.

Una vez realizado el extraordinario intento de mostrar lo inadecuado del concepto de descubrimiento para aprehender la realidad histórica, que así se ha conceptualizado tradicionalmente, pasa O’Gorman en su siguiente libro, *La invención de América* (1977), a mostrar la impropiedad de hablar de “un descubrimiento de América”, dado que, como él expresa, “el ente así designado no tiene una estructura ontológica de lo que pueda predicarse un ‘descubrimiento’”. El intento del autor es ir mostrando cómo “el ser americano” se va concretando a partir del “ser asiático” (islas y tierra firme) en el que Colón se ancló definitivamente. Cuando se habla o se escribe sobre el llamado “Descubrimiento de América” se está utilizando una fórmula que, de acuerdo con O’Gorman, se refiere a un ente ya constituido en el ser americano, y no se hace cuenta de que se trata de explicar un ente cuyo ser depende del mundo en que ha ido surgiendo dentro del seno de la cultura europea. De esta suerte, dicha cultura tiene, escribe el maestro, “la capacidad creadora de dotar con su propio ser a un ente que ella misma concibe como distinto y ajeno”.

He aquí que los europeos de fines del siglo XV se toparon con un continente al que había que dotar y conceder un sentido y atribuirle una significación histórica, cultural, de acuerdo con el esquema tradicional y, por lo mismo, dependiente del eurocentrismo dispensador de ser a todas las otras culturas ya conocidas o por conocer. Europa se convierte en entelequia, en el arquetipo histórico otorgador de sentido moral a toda civilización.

Esta capacidad creadora de la cultura occidental convierte a Europa en el “albacea de la historia universal”, lo cual explica tal vez, dada la primacía

ontológica otorgada por el autor a aquella cultura, la vehemencia y el ardor crítico de su más reciente polémica contra la relativamente novedosa y discutida afirmación de que el descubrimiento de América no fue sino un *encuentro* de culturas: la mediterránea europea y las autóctonas mesoamericanas y andinas.

Lo que llamamos descubrimiento de América constituye una serie de hechos cuya significación sólo cobra sentido teniendo en cuenta la imagen geográfico-histórica anterior al acontecimiento. Edmundo O’Gorman sostiene denodadamente que América no cobró existencia en el ámbito de la cultura occidental “como resultado de un descubrimiento, mediante el cual se hubiera develado o revelado el ser de ese ente como algo previo, ya hecho y constituido desde siempre y para siempre; en todo tiempo y lugar y para todos”. Tal se desprende de la interpretación ontológica de la hazaña colombina de 1492 desde el punto de vista del descubrimiento.

Más que resumir las ideas del maestro, vamos ahora a utilizar la luminosa síntesis que él mismo inscribe en su *Trauma* para mostrar la original aportación de su ya famosa *Invención de América*

Propuse en cambio –añade O’Gorman– para sustituir esa manera esencialista de entender la aparición de América –la idea de que el surgimiento de ese ente fue el resultado de un proceso inventivo gestado en el seno de la arcaica y cerrada concepción tripartita del mundo geográfico-histórico, proceso que culminó en la ideación de las nuevas tierras como “cuarta parte” del mundo y que, al poner en crisis de fundamentos aquella antigua manera de entenderlo, la sustituyó a su vez, por una concepción abierta que abrazó, por lo pronto, a la totalidad del globo terráqueo como domicilio cósmico del hombre, y en el límite, a todo el universo. Congruente con esa idea, llamé a ese proceso el de la “invención de América”.

Al explicitar la conceptualización ontológica de las nuevas tierras “cuarta parte” del mundo, distinguí las dos modalidades de su ser: la física, en cuanto ente de naturaleza, y la moral, en cuanto ente histórico. A la primera, corresponde la ideación de América como “continente” geográfico; a la segunda, la de “Nuevo Mundo”.

Al examinar, en seguida la estructura constructiva de esas dos modalidades del ser de América, mostré que, en cuanto “continente” fue concebida como homogénea respecto a los otros continentes o “partes”

del mundo. O para decirlo en términos de la época, que se trataba de una porción de la naturaleza, constituida y organizada de acuerdo con los cuatro elementos constitutivos de la materia y de los tres reinos de la jerarquía anímica de los entes, según el pensamiento aristotélico-ptolomeico-escolástico entonces vigente. Ninguna novedad era una provincia –hasta entonces ignota– de la naturaleza creadora; pero, eso sí, sólo una provincia más en una serie infinita de otras posibles. Por lo que toca a la constitución del ser moral de América, es decir, en cuanto fueron concebidas las tierras como “Nuevo Mundo”, la primera circunstancia que se impuso fue la existencia del mundo indígena, que, por su alto desarrollo cultural en algunas regiones, no podía ser ignorada como dato esencial del problema. La respuesta consistió en reconocer esa realidad antropológica, pero únicamente dentro de la esfera del acontecer natural, es decir, descontada su significación histórica sui géneris, por estimarse carente de sentido “verdadero” respecto al acontecer histórico universal –el propio al Viejo Mundo– y sólo plenariamente encarnado en la cultura cristiana europea. Se trataba, pues, del hombre en estado de naturaleza y de unas sociedades naturales que iban desde la barbarie hasta la civilización, pero fuera de la órbita de la historia propiamente dicha. El indígena –pese a sus logros que, en opinión de algunos, cumplían los requisitos aristotélicos de la sociedad civil perfecta– fue conceptualizado, en definitiva, como una realidad histórica en estado de mera potencia que debería actualizarse mediante la incorporación del indio a la cultura europea y en todo caso, al cristianismo.

Soslayada de ese modo la singularidad moral autóctona del continente americano, quedó éste entendido como una ampliación del escenario histórico de la cultura europea, o si se quiere, quedó constituido en la posibilidad de ser una Nueva Europa, y en eso estriba, precisamente, la estructura moral con que fue inventada América y tal, pues, el sentido auténtico y original de la denominación de ese ente como “Nuevo Mundo”; no, por tanto, porque fuera un mundo nuevo, sino por ser una nueva posibilidad del “Viejo Mundo”.

Puede resumirse lo inmediato anterior diciendo que, por su constitución histórica, América consistió en el programa de actualizar en el nuevo continente una nueva Europa lo que, es obvio, supone el trasplante de la civilización europea a las nuevas tierras.

Es muy comprensible que siendo tal la tesis de Edmundo O’Gorman, se haya alzado contra la ya oficialización del encuentro, porque como en el caso de la idea de descubrimiento, ésta conlleva también la misma condición entitativa del suceso histórico, del denominado por el doctor León-Portilla encuentro de dos entes: el Viejo y el Nuevo Mundos, que implica forzosamente la previa y esencial existencia de estos dos entes; empero como en 1492 se entendía por mundo la totalidad de todo lo creado por Dios, la dual adjetivación sustantiva resultaba en aquel tiempo herética y en el nuestro ontológicamente inexacta.

Lo que se dice de encuentro de dos mundos se hace también extensivo al contacto de las dos culturas desde el punto de vista de su fusión y del mestizaje cultural derivado del hecho. Mas de acuerdo con O’Gorman, en lugar de una unión de los respectivos sistemas de ideas y creencias de indios y españoles, lo que ocurrió fue un *apoderamiento* o trasplante de la civilización española a América, lo cual hizo imposible la fusión, puesto que el trasplante o implantación implicó como condición necesaria el rechazo de las culturas indígenas en todo lo relativo a su *Weltanschauung*.

No es mi intención proseguir en el análisis de las impugnaciones que O’Gorman enarbola contra las tesis de León-Portilla, puesto que el examen crítico de la polémica o’gormaniana, sin respuesta hasta el momento, la reservo para el final de un trabajo, ya en trance de aparecer, intitulado *La idea del descubrimiento colombino desde México (1836-1856)*.

### III

Sólo adelantaremos que la actitud reservada, hermética, al margen del diálogo polémico, nos ha privado hasta el momento de lo que bien pudiera haber constituido un capítulo o sección fundamental dentro del campo de la historia de las ideas relativas a la historiografía mexicana. Contrasta esta actitud con la adoptada hace ya treinta y tres años por el historiador francés Marcel Bataillon, quien en el *Bulletin Hispanique* (LV, I, 1953) comentó críticamente el libro, por entonces reciente, de O’Gorman, *La idea del descubrimiento de América*. Desde luego resulta tentador el tema acerca de la decantación intelectual y la rica cosecha metodológica e historiográfica que puede obtener del estudio crítico publicado por nuestra casa de estudios en 1955, “Dos consideraciones de la tarea histórica con motivo de la idea del descubrimiento de América”

pros y contras de la ponderada polémica que hizo época. Mas el hecho de que una antigua alumna mía, Carmen Ramos, hoy distinguida doctora en ciencias históricas, lo haya realizado, me releva del abordaje crítico, máxime que como editor del ya citado libro-homenaje, *Conciencia y autenticidad históricas*, le encargué un ensayo al que intitulamos “Edmundo O’Gorman como polemista”. En él, la autora analiza la polémica O’Gorman-Lewis Hanke en torno a la figura y obra del padre Las Casas. Ni qué decir tiene que el historiador positivizante estadounidense estuvo bien lejos de comprender el perspectivismo historiográfico de nuestro mexicano historiólogo, e inclusive en medio del ardor polemizante, como es lógico en un contrincante bastante menos ducho en conocimientos hagiográficos que nuestro O’Gorman, llegó incluso a confundir a santo Tomás de Aquino con santo Tomás Apóstol, o tal vez ocurrió al revés; lo cual no debe importarnos mucho por proceder el equívoco de un historiador protestante poco habituado sin duda a la familiaridad con que nosotros nos codeamos con la santidad supracelestial a pesar de nuestros muchos y manifiestos pecados. El segundo encuentro fue lo que la historia llama “Fallida polémica con el doctor Silvio Zavala”, descalificado, como puede deducirse por “default”, y permítaseme el uso del símil deportivo, con lo cual nos privó ayer como nos priva hoy el doctor León-Portilla, según señalamos líneas arriba, de un fecundo intercambio de ideas en torno a la comprensión y la explicación auténticas del problemático hecho histórico.

Y es que Edmundo O’Gorman es un polemista temible, contundente, difícil en el terreno histórico; no es, como muchos han insinuado, que le guste discutir para hacer prevalecer su método y concepción histórica contra viento y marea. No se trata de que desee lucirse a costa de opositores dialécticamente más débiles, sino que no puede evitar explayar y defender su interpretación histórica, porque en esa su denodada defensa y ataque a ultranza se juega en cada lance su historicidad, su propia conciencia del pasado en tanto que mexicano y latinoamericano.

Pero no es el maestro Edmundo O’Gorman un polemista afortunado, salvo en el caso, según apuntamos, de su discusión con el gran hispanista Bataillon, quien irritado por la lógica o’gormaniana opinó que el problema que debatía el maestro coincidía con el suyo y se creyó en el caso obligado de utilizar la fórmula correctiva *magister dixit*. Al final de la abierta discusión no hubo vencedor ni vencido, cada uno de los debatientes mantuvo su campo, si bien honestamente reconoció el francés que el error crítico había partido de

él. No se eclipsó, por supuesto, la fama del gran historiador galo; pero el accidente dejó en algunos de sus alumnos y emuladores un resentimiento que, incapaz de sublimarse en un noble y fructífero combate de ideas, adoptó también frente al embate polémico de nuestro historiador, el ignorar el desafío intelectual, siendo que, según un reciente lema de éste, “el debate es crisol donde se afinan y apuran las verdades”.

O’Gorman califica como “aberración histórica” el pensamiento del historiador Jacques Lafaye expresado en su voluminoso libro *Quetzalcóatl et Guadalupe. La formation de la conscience nationale au Mexique 1531-1813*, editado en Francia (1974). Esta obra tan importante por estar “dedicada –escribe O’Gorman– a tan central capítulo de los anales de la vida espiritual de nuestra patria”, es analizada con un escalpelo crítico, agudo y esclarecedor, hasta el punto de recordar y sintetizar el operador una suma de doce proposiciones analíticas de las cuales sólo una, la primera, tiene visos de verdad y las once restantes son “falsas o erróneas; ya por carencia de apoyo documental, ya por ignorancia manifiesta de los hechos, ya por contener inferencias o conjeturas contradictorias entre sí, absurdas o francamente extravagantes y risibles”.

¿Y qué es lo que el historiador Lafaye ha hecho ante este ataque frontal que pone en entredicho su obra? Pues ya va para tres años la demoledora crítica publicada en 1983 por la Universidad Iberoamericana y Lafaye ha dado, hasta hoy, la callada por respuesta. Él tenía y sigue teniendo el derecho consuetudinario a responder ya en alguna de las revistas en que tenga el hábito de escribir, ya en la revista histórica de la mencionada universidad; mas parece que si no hace uso de este derecho es porque las supuestas verdades conclusivas de su obra son indefendibles y dejan, pues, maltrecha su honestidad intelectual.

El otro “enemigo que huye” frente a la contundente censura o’gormaniana es Georges Baudot, quien, hasta la fecha, ha rehuido el debate a que lo emplazaba su severo crítico. En *Utopie et histoire au Mexique* (1977), Baudot incluyó una crítica a la edición de la llamada *Historia de los indios de Nueva España* (1969) y a la llamada *Memoriales* (1971), obras ambas de Motolinia; pero donde O’Gorman, refiriéndose a la primera, tiene sus dudas tocantes a atribuir a fray Toribio el texto de la *Historia*. A la crítica respondió O’Gorman en 1978 con un extenso artículo, “Al rescate de Motolinia”, pero esta contra-crítica no encontró respuesta en Baudot; tampoco encontró eco en éste la publicación, cuatro años más tarde, en 1982, de *La incógnita de la llamada*

“*Historia de los indios de Nueva España*” atribuida a Motolinia, en donde se refutan las ideas y tesis expuestas y defendidas por el historiador francés en su *Utopie et histoire*. Empero, pese a su “huidizo silencio” al editar en 1985, en España, la *Historia*, no tuvo más remedio que referirse a la edición o’gormaniana, dejar a un lado tan escurridiza actitud antiprofesional y escribir lo siguiente: “Edición [la de O’Gorman] gravemente insuficiente tanto por los manuscritos y documentos que desconoce como por el extravagante e insostenible propósito de querer demostrar a toda costa que no es Motolinia el autor de la obra”.

O’Gorman contraatacó con toda su pesada artillería erudita historiográfica y acabó por invitar a su contrincante a sostener un futuro e inmediato debate supuesto que “es obvio que existen dos tesis radicalmente opuestas respecto a la fecha, al responsable, a la índole y objetivo y a la identificación del manuscrito original de la *Historia de los indios de la Nueva España* atribuida al célebre fraile misionero”; pero nuestro desafiante historiador sospecha y lamenta que la propuesta para debatir el asunto, cuyas bases sobre puntos concretos formularía una corporación o grupo de especialistas, servía para dictaminar de modo pertinente en el caso “de contumacia por parte de uno o ambos opositores”.

Este desafío intelectual, esta especie de torneo erudito a la vieja usanza caballeresca, este reto historiográfico, me temo que no podrá llevarse a cabo, puesto que la probabilidad profesional de Baudot no ha querido responder a las fundadas censuras de su oponente, quien, a pesar de todo, aún sigue “esperando a Baudot”.

Para terminar voy a utilizar como invocación, la salutación final con que rematé mi discurso del 24 de noviembre de 1976, aunque retocándolo ligeramente: Doctor Edmundo O’Gorman, interpretando el deseo de los aquí convocados hago votos porque su presencia entre nosotros se prolongue innúmeros años más. En cuanto a mi muy particular deseo, sólo aspiro a seguir considerándolo, como hasta ahora, maestro de siempre y por siempre amigo.



# La interpretación histórico-filosófica del pensamiento latinoamericano de Leopoldo Zea

577

No recuerdo bien si fue en 1944 o 1945 cuando me encontré por vez primera con el doctor Leopoldo Zea,<sup>1</sup> pues al morir el maestro Antonio Caso dejó vacante la cátedra de Introducción a la Filosofía de la Historia, la cual fue ocupada por el joven profesor, al que el propio sabio y brillante maestro fallecido había propuesto previamente, acaso premonitoriamente alertado por la inminencia de su ya muy cercano e ineludible tránsito. Tuve un doble privilegio cuya remembranza conservó entre las cosas valiosas que la vida de tarde en vez nos acuerda: haber asistido como alumno doctorando durante todo un semestre al curso impartido por don Antonio sobre Schopenhauer, “El mundo como voluntad y representación”, y haber sido asimismo expectante discípulo de don Leopoldo, cuyo nombre ya sonaba como autor del ensayo *Superbus philosophus* (1942), de *El positivismo en México* (1943) y de *Apogeo y decadencia del positivismo en México* (1944). El compromiso

1 Texto leído por su autor en homenaje al doctor Leopoldo Zea el 30 de junio de 1987 en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

del novel maestro universitario en el maravilloso, si no es que milagroso semillero de ideas estimulantes que fue Mascarones, fue grande, pues éramos un grupo de estudiantes de posgrado atentos, contestatarios y provocativos que esperábamos con afilada crítica la exposición del doctor Zea sobre, la “Filosofía de la Historia” de Nietzsche. El expositor salió indemne de la prueba y acrecentado su prestigio, y tuve desde entonces con él una liga intelectual sólida, cuyo debe y haber ha venido enriqueciéndose a lo largo de los años, desde la firme base de una leal y sólida amistad que entrambos nos profesamos.

Asistimos juntos a los seminarios que impartió José Gaos sobre Descartes, Heidegger y Aristóteles, y yo, no tengo empacho en confesarlo, tuve la oportunidad de codearme con la pompa y gala de la inteligencia histórico-filosófica mexicana de aquel entonces: Justino Fernández, Edmundo O’Gorman, Antonio Gómez Robledo y Arturo Arnáiz y Freg, entre otros más; alguno que otro críptico y agazapado jesuita desaforado, denunciante del escandaloso “Gaos o, si ustedes lo prefieren, caos en Mascarones”, y, por supuesto, Leopoldo Zea.

A fines de la década de los cuarenta y comienzos de la siguiente, encabeza Zea el que fuera famoso grupo de jóvenes filósofos existencialistas que se proponía, de acuerdo con su inspirador, dar a los mexicanos conciencia de su responsabilidad social para que actuasen o sufriesen de acuerdo con ella, conscientemente, las consecuencias de su irresponsabilidad. Se trataba de formular una pregunta sobre el ser del mexicano a la que había que contestar desvelando en la respuesta la autenticidad de este ente. Respondiendo a ello los hiperionistas escribieron en la colección dirigida por Zea, *México y lo mexicano* (1952-1956) diversos ensayos y libros en donde procuraron responder a la cuestión ontológica formulada por el director. Yo no pertencí a dicho grupo; pero como historiador fui invitado por Zea a participar en la colección donde el problema de todos los autores fue despabilar la conciencia del sujeto histórico mexicano; de aquí que se haya visto en ellos a los representantes del nacionalismo filosófico que en la década de los cuarenta tenía el apoyo de la cultura oficial o gobiernista. Sus obras representaron para entonces las mejores reflexiones mexicanistas sobre la indagación histórico-filosófica, historicista por supuesto, del –repi-tamos– “ser del mexicano”.

De 1966 a 1970 fue Zea director de la Facultad de Filosofía y Letras, y comprendiendo la necesidad de conocer y profundizar en la cultura de nuestro vecino del norte, justo por su vecindad y por la presión que en todos campos del saber y del poder ejerce Angloamérica, creó con objeto cognoscitivo e intelectualmente defensivo el Centro de Estudios Angloamericanos en donde se impartieron cursos sobre la historia intelectual de los Estados Unidos e historia de la cultura norteamericana. Una vez más el doctor Zea me hizo objeto de su distinción y puso la dirección del centro en mis manos a la par que invitó como colaboradora, secretaria académica y editora de la revista *Anglia* de dicho centro a la doctora Josefina Vázquez. La publicación intentó y logró dar una visión interpretativa de todos los países de lengua inglesa y cultura anglosajona, y aunque sólo aparecieron seis números, las colaboraciones nacionales y extranjeras ínsitas en ellos, dieron a la revista un prestigio bien merecido. Al dejar el doctor Zea la dirección de la facultad se juzgó que el centro facilitaba la intromisión norteamericana en los problemas universitarios y la solución antiuniversitaria fue suprimirlo sin comprender los profundos motivos nacionalistas que impulsaron a su creador.

Como maestro y amigo, le platicué y comenté sobre un libro en embrión donde me abocaba al estudio del horizonte espiritual y político-económico de la evangelización puritana en la Nueva Inglaterra, y recibí de él, como siempre, el estímulo necesario para terminarlo y la ayuda para publicarlo. El doctor Zea pudo ejercer una decisiva influencia en este caso no sólo por su propio interés temático, sino porque desde 1947 era presidente del Comité de Historia de las Ideas en América, de la Comisión Histórica del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Empero no crean los presentes que nuestro homenajeado se conformó con facilitar la publicación, sino que tuvo además la gentileza de acompañarla con un esclarecedor y enjundioso prólogo que constituyó entonces y continúa constituyendo hoy un todo indisoluble como antecedente imprescindible del contenido.

Toda la ingente obra de Leopoldo Zea, desde la década de los cuarenta a la fecha, posee un vigoroso eje filosófico-político constituido por el rechazo de todo tipo de absolutismo y la fe declarada por la libertad verdadera; es decir, la responsabilidad humana, humanista; la del hombre, que como él escribió en 1940, trata de salvaguardar su individualidad creadora, libre. De modo parecido a lo que opinaba Juan Bautista Vico, para el cual la naturaleza

era cosa ya hecha que sólo Dios conocía por ser su creador, Zea estima también que esa naturaleza sigue siendo incognoscible; pero a su lado existe otra, la que el propio hombre se va haciendo conforme vive y se esfuerza en constituir y afirmar su libertad en la historia.

Indagando y profundizando Zea en el estudio de las ideas, a lo que lo había impulsado su maestro José Gaos, el historicismo de Ortega (circunstancialismo y perspectivismo) y el estudio de la ideología mannheimiana y de la sociología del saber de Scheler, llegará a la sistematización de la historia de las ideas tal y como lo expresa en sus dos primeras obras (1942 y 1944), sobre todo en el *Positivismo en México*, y a la utilización del método histórico para comprender mediante él la circunstancia mexicana; toma de conciencia a través de la filosofía positivista o análisis del positivismo en México en cuanto a su aceptación, imposición, sentido y limitaciones del mismo para los mexicanos. Como Leopoldo Zea no desliga la historia de la filosofía, ni separa a ésta de aquélla, cuando cambia la una tiene por fuerza que cambiar la otra. Y como nuestra historia es mexicana y por lo mismo distinta a la historia europea, particularmente la de Francia, la filosofía comtiana cambia y tiene que adaptarse a nuestra realidad histórica; es a saber, tiene que conciliar los intereses de una nueva clase, la burguesía colonialista, a la que, como no posee el ímpetu industrial ni el poder económico de la europea y la norteamericana, no le queda otro remedio sino ponerse a las órdenes de ésta.

Prosiguiendo el maestro con su investigación sobre la historia de las ideas en México, fue pergeñando en 1947 una serie de artículos que posteriormente serán publicados bajo el título de *La filosofía en México* (1955) donde se analiza el planteamiento de problemas que son propios de esa concepción filosófica, a los que se da soluciones asimismo propias en cuanto corresponden a semejantes problemas. No se trata, nos advierte Zea, de imponer a la realidad mexicana unas determinadas concepciones filosóficas, sino antes bien se trata de buscar aquellas concepciones filosóficas que convengan a esta realidad. Contrariamente al modo de operar hegeliano, Zea no define la realidad por la idea, sino a ésta por aquélla. De suerte que no sacrificará la realidad a las ideas, sino las adaptará a la realidad. En el análisis de la realidad histórica mexicana se importan ideas filosóficas que, consciente o inconscientemente manipuladas, se pondrán al servicio de la realidad de nuestro México: ideas

de independencia o libertad política; libertad de conciencia reformista y libertad económica y social revolucionaria. Y por último búsqueda libre y exenta de tributaciones al exterior en todos los campos del saber y del arte de lo auténticamente mexicano como aportación original nuestra a la cultura universal.

En un libro publicado en 1949, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, Zea se refiere a la posibilidad de entender el proceso histórico hispanoamericano mediante la instrumentación de la lógica hegeliana; pero rechazando de antemano la divinización del espíritu, escribe el filósofo historiador o, si ustedes lo prefieren, el historiador filósofo, porque él piensa a la conciencia como algo concreto y ajeno a la abstracción metafísica. El confrontamiento fenomenológico hegeliano de América y sus hombres hará, como se sabe, de ésta, pura naturaleza y de ellos una humanidad encubierta, inferior, cosificada y otorgada a regañadientes. Y como de acuerdo con Zea, la lógica dialéctica de Hegel es asimilativa, conservadora, y no como la tradicional, negativa y excluyente, al aplicarla a la realidad histórica latinoamericana rechaza los intentos hispanoamericanos de considerar al pasado propio como ajeno y negativo. Mas como el pasado es en realidad lo que nos constituye, él, Zea, exige que se tome conciencia de la realidad histórica constitutiva, rechazando las utopías constitucionales, literarias y culturales que al revisar nuestra historia observamos que fueron, antes bien, motivo de estancamiento que de progreso. Pasadas las ilusiones utópicas, nos dice Zea, “los hispanoamericanos siguieron siendo hispanoamericanos, esto es, hijos de esa realidad llamada Hispanoamérica”.

En sus dos obras siguientes, *América como conciencia* (1953) y *América en la historia* (1957), examina el problema de la identidad de los hispanoamericanos en relación con sus ancestros europeos y determina con rigor que lo indígena se ha amalgamado en tal grado en nosotros, hombres mestizos y por lo tanto “bastardos” usufructuadores de los bienes culturales europeos, que ya no tiene sentido para nosotros. Esto es, la cultura precolombina no puede considerarse como una cultura propia.

Se refiere también el autor al *criollismo* hispanoamericano y lo considera nuestra más típica enfermedad, dolencia de inadaptación, de vacío histórico, de autonegación; porque al criollo le parece poco América y Europa demasiado. La historia del hombre iberoamericano es el desconocimiento de la propia

realidad, el rechazo de lo que le es propio, la negación de su ser americano y su deseo imposible de querer ser otro. En América como conciencia, lo americano original, hombres y tierras, son también considerados desde la perspectiva europea. La visión es doble, positiva y negativa: tierra de promisión y continente satánico, humanidad e infrahumanidad. A la mirada de los europeos conquistadores y colonizadores, los indios son satanizados y su cultura es juzgada diabólica; mas convendrá con nosotros el doctor Zea en que las calificaciones poseen no obstante un valor positivo dado que el diablo sólo podía estar interesado en pastorear, así sea malignamente, a hombres y no animales. Se produce por parte del europeo lo que ha llamado recientemente Zea *el encubrimiento* de América, verbigracia el análisis del ser y la cultura indígenas mediante categorías que no les corresponden, que no les son propias. La concepción del mundo indígena es subsumida; su empecatada cultura arrasada y es sustituida por una *Weltanschauung* distinta y ajena. Sin embargo, el mundo demoníaco aborígen no muere del todo y en el lento transcurrir de los siglos irá sigilosamente apareciendo, sobreviviendo, pese al estrecho cerco político, económico, social y mental de la época colonial. Círculo aprisionador aristotélico-tomista que las nuevas filosofías y ciencias experimentales acabarán por romper, y a cuya destrucción contribuirá no poco el entusiasmo imitativo de nuestros insurgentes, independentistas, liberales y positivistas por los éxitos de la América del Norte, que tanto contribuyó a la conformación de la conciencia hispanoamericana. Ésta fue la primera cara admirativa presentada por la jánica potencia anglosajona, bien pronto reemplazada por la otra faz intervencionista y egoístamente interesada que provocó el rechazo hispanoamericano e inmediatamente el redescubrimiento de las cualidades propias olvidadas o repudiadas. Pero Zea se muestra abiertamente comprensivo, conciliatorio e intercomprensivo entre las dos Américas, supuesto que le parece negativo el que Hispanoamérica se considera a sí misma por obra de algunos de sus pensadores poseedora de la máxima espiritualidad y relegue a Angloamérica al papel de representante máximo de la pura materialidad, tal el caso de Rodó.

En la obra ya citada, *América en la Historia*, Zea relacionará la historia americana con la historia general, subrayando la marginalidad que experimenta el hombre hispanoamericano frente a la historia europea y euroamericana. El hombre americano de procedencia ibérica se siente desterrado de la historia, marginado, supeditado y es la ideología burguesa del liberalismo

occidental la que lo lleva a confeccionar y cargar consigo su conciencia de inferioridad; conciencia de su atraso respecto a la cultura occidental, de la que son copartícipes los españoles y lo fueron no hace mucho los rusos de la época zarista.

En 1978 publicó Zea su *Filosofía de la historia americana* en donde una vez más intenta provocar en el lector hispanoamericano la conciencia plena de su libertad, de su desenajenación. El primer paso consiste en investigar los hechos; pero no cualesquiera hechos, sino aquellos que se refieren a la historia de las ideas en Latinoamérica en relación con la conciencia iberoamericana de dependencia y a los intentos por alcanzar la liberación. Se trata pues de una filosofía liberadora; de una toma de conciencia por parte de los hombres sometidos y explotados de Iberoamérica, en virtud de la cual ellos actuarán en la búsqueda consciente, explícita y necesaria de la libertad que es como debe corresponder al desarrollo histórico de la América indoibérica. Según Zea, el nuevo proyecto de liberación ha de partir de lo propio mediante el rechazo de la dependencia y la subordinación, negando por consiguiente no sólo la admiración de lo otro, de lo ajeno, sino también el desconocimiento o rechazo de lo propio. En definitiva se debe conocer y asumir la propia historia, la propia realidad (proyecto que el maestro llama asuntivo), única y más segura forma para la regeneración de nuestra realidad americana.

Por último, sólo nos resta subrayar el bolivarismo que respalda en Zea su combate por la liberación de nuestra América a partir del reconocimiento de lo propio. Su vocación latinoamericana lo ha llevado a ser reconocido si no el pionero de la empresa liberadora en cuanto necesaria toma de conciencia, sí a ser considerado como el iniciador del movimiento de la filosofía de la historia de Hispanoamérica. Zea ha sabido aglutinar las dispersas corrientes latinoamericanistas y ha hecho de su Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, sin pretensiones hegemónicas, el medio más adecuado para la integración cultural del mundo iberoamericano y español. Gracias a su entusiasmo y dedicación se han multiplicado los estudios latinoamericanos no sólo en nuestro país sino en toda América e incluso en Europa y en otros países del Viejo Mundo.

Antes de terminar deseo afirmar que el doctor y maestro Zea es bien consciente de que al mundo latinoamericano no le cae bien ni le es apropiado, como periódicamente y casi a diario se hace, clasificarlo como perteneciente



al Tercer Mundo. Bien es cierto que desde el punto de vista estrictamente económico nos cuadra, aunque nos pese tal clasificación; pero debemos tomar muy en cuenta que, como sostiene el psicólogo marxista Wilhelm Reich, “la clasificación ideológica de una sociedad es diferente a su clasificación económica. No hay una correspondencia exacta entre las condiciones económicas de un país y sus estructuras mentales ideológicas”.